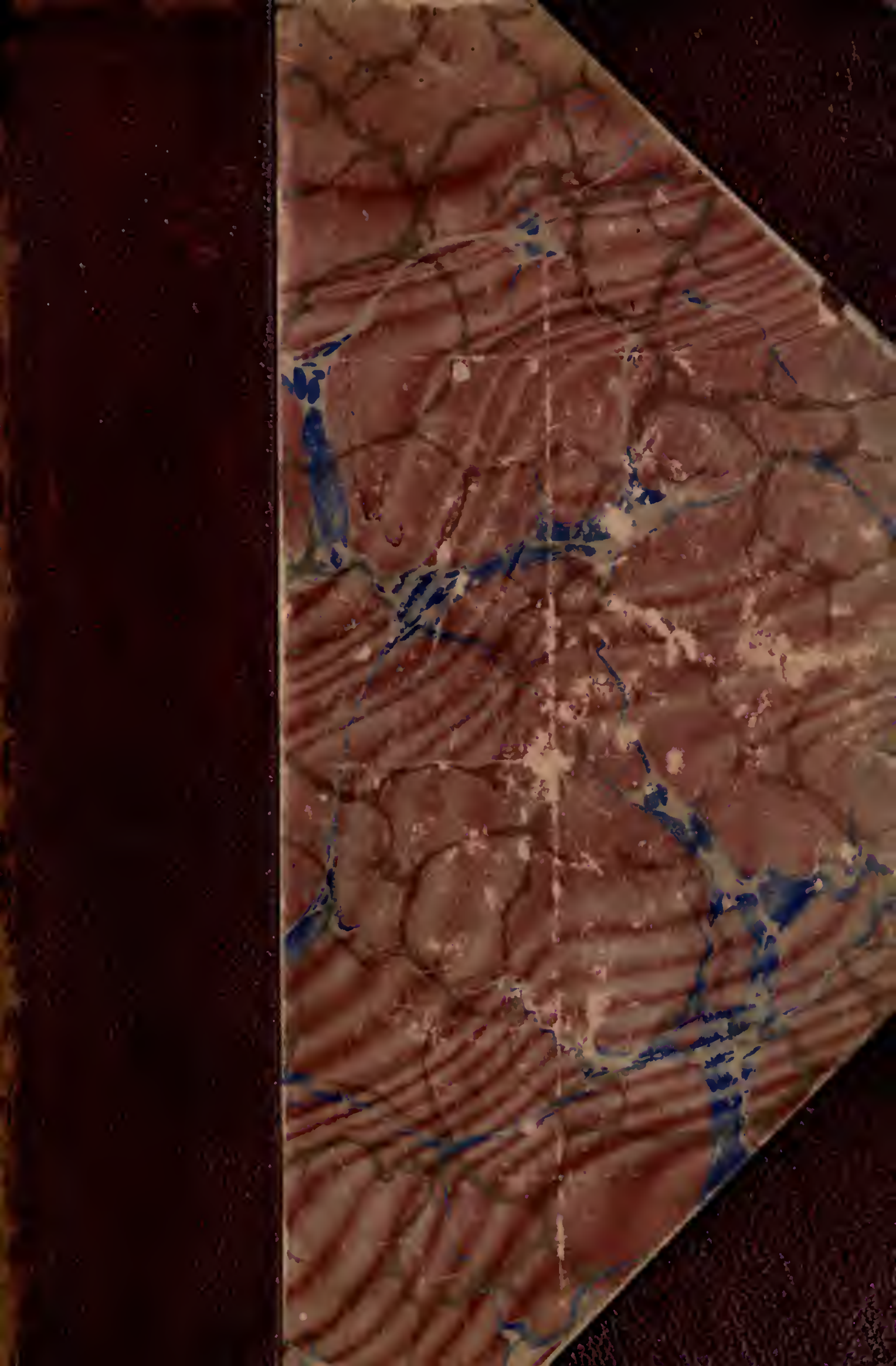
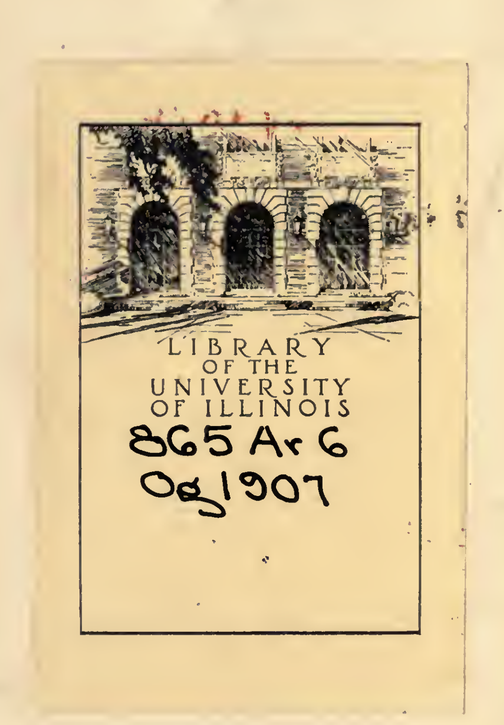






3.50



OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO

LA GAVIOTA


A. ROMERO
EDITOR
MADRID

LA
GAVIOTA

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES ESPAÑOLAS

POR

FERNAN CABALLERO

con un prólogo de

DON EUGENIO DE OCHOA

TOMO PRIMERO



MADRID
LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO, EDÍTOR
Calle de Preciados, núm. 23.
1907

Imprenta y Estereotipia de A. Gascón, Colegiata, 6.



PRÓLOGO (1).

Apenas puede aspirar esta obrilla á los honores de la novela. La sencillez de su intriga y la verdad de sus pormenores no han costado grandes esfuerzos á la imaginación. Para escribirla, no ha sido preciso más que recopilar y copiar.

Y en verdad, no nos hemos propuesto componer una novela, sino dar una idea exacta, verdadera y genuina de España, y especialmente del estado actual de su sociedad, del modo de opinar de sus habitantes, de su índole, aficiones y costumbres. Escribimos un ensayo sobre la vida íntima del pueblo español, su lenguaje, creencias, cuentos y tra-

(1) Para una edición de LA GAVIOTA que se empezó á dar en 1853, escribió el autor este prólogo. Aunque ahora, siendo aquel tanto mas conocido, pudiera acaso parecer menos necesario, hemos creido deber conservarlo, porque fija perfectamente el punto de partida del escritor, y el fin moral á que aspiraba en sus obras. Su Patria y el mundo civilizado atestiguan con unánime aplauso que lo ha conseguido.

(NOTA DEL EDITOR.)

diciones. La parte que pudiera llamarse novela, sirve de marco á este vasto cuadro, que no hemos hecho mas que bosquejar.

Al trazar este bosquejo, solo hemos procurado dar á conocer lo natural y lo exacto, que son, á nuestro parecer, las condiciones mas esenciales de una novela de costumbres. Así es, que en vano se buscarán en estas páginas caracteres perfectos, ni malvados de primer orden, como los que se ven en los melodramas; porque el objeto de una novela de costumbres debe ser ilustrar la opinión, por medio de la verdad, sobre lo que se trata de pintar, no extraviarla por medio de la exageracion.

Los españoles de la época presente pueden á nuestro juicio dividirse en varias categorías.

Algunos pertenecen á la raza antigua, hombres exasperados por los infortunios generales, y que, impregnados de la quisquillosa delicadeza que los reveses comunican á las almas altivas, no pueden soportar que se ataque ni censure nada de lo que es nacional, excepto en el órden político. Estos están siempre alerta, desconfian hasta de los elogios, y detestan y se irritan contra cuanto tiene el menor viso de extranjero.

El tipo de estos hombres es, en la presente novela, el General Santa María.

Hay otros, por el contrario, á quienes disgusta todo lo español, y que aplauden todo lo que no lo es. Por fortuna no abundan mucho estos esclavos de la moda. El centro en que generalmente residen. es en Madrid; más contados en las provincias, suelen ser objeto de la común rechifla.

Eloisa los representa en esta novela.

Otra tercera clase, la mas absurda de todas en nuestra opinión, desdeñando todo lo que es antiguo y castizo, desdeña igualmente cuanto viene de afuera, fundándose, á lo que parece, en que los españoles estamos á la misma altura que las naciones

extranjeras, en civilización y en progresos materiales. Mas bien que indignación, causarán lástima los que así piensan, si consideramos que todo lo moderno que nos circunda, es una imitacion servil de modelos extranjeros, y que la mayor parte de lo bueno que aun conservamos, es lo antiguo.

La cuarta clase, á la cual pertenecemos, y que creemos la mas numerosa, comprende á los que, haciendo justicia á los adelantos positivos de otras naciones, no quieren dejar remolcar, de grado ó por fuerza, y precisamente por el mismo idéntico carril de aquella civilización, á nuestro hermoso país; porque no es ese su camino natural y conveniente: que no somos nosotros un pueblo inquieto, ávido de novedades, ni aficionado á mudanzas. Quisiéramos que nuestra Patria, abatida por tantas desgracias, se alzase independiente y por sí sola, contando con sus propias fuerzas y sus propias luces, adelantando y mejorando, sí, pero graduando prudentemente sus mejoras morales y materiales y adaptándolas á su carácter, necesidades y própensiones. Quisiéramos que renaciese el espíritu nacional, tan exento de las baladronadas que algunos usan, como de las mezquinas preocupaciones que otros abrigan.

Ahora bien, para lograr este fin, es preciso, ante todo, mirar bajo su verdadero punto de vista, apreciar, amar y dar á conocer nuestra nacionalidad. Entónces, sacada del olvido y del desden en que yace sumida, podrá ser estudiada, entrar, digámoslo así, en circulación, y como la sangre, pasará de vaso en vaso á las venas, y de las venas al corazón.

Doloroso es que nuestro retrato sea casi siempre ejecutado por extranjeros, entre los cuales á veces sobra el talento, pero falta la condición esencial para sacar la semejanza, conocer el original. Quisiéramos que el público europeo tuviese una idea co-

rrecta de lo que es España, y de lo que somos los españoles; que se disipasen esas preocupaciones monstruosas, conservadas y transmitidas de generación en generación en el vulgo, como las momias de Egipto. Y para ello es indispensable que, en lugar de juzgar á los españoles pintados por manos extrañas, nos vean los demas pueblos, pintados por nosotros mismos.

Recelamos que al leer estos ligeros bosquejos, los que no están iniciados en nuestras peculiaridades, se fatigarán, á la larga, del estilo chancero que predomina en nuestra sociedad. No estamos distantes de convenir en esta censura. Sin embargo, la costumbre lo autoriza; aguza el ingenio, anima el trato y amansa el amor propio. La chanza se recibe como el volante en la raqueta, para lanzarla al contrario, sin hiel al enviarla, sin hostil susceptibilidad al acogerla; lo cual contribuye grandemente á los placeres del trato, y es una señal inequívoca de superioridad moral. Este tono sostenidamente chancero, se reputaria en la severidad y escogimiento del buen tono européo, de poco fino; sin tener en cuenta que lo fino y no fino del trato, son cosas convencionales. En cuanto á nosotros, nos parece en gran manera preferible al tono de amarga y picante ironía, tan comun actualmente en la sociedad extranjera, y de que se sirven muchos, creyendo indicar con ella una gran superioridad, cuando lo que generalmente indica es una gran dósis de necedad, y no poca de insolencia.

Los extranjeros se burlan de nosotros: tengan, pues, á bien perdonarnos el benigno ensayo de la ley del talion, á que les sometemos en los tipos de ellos que en esta novela pintamos, refiriendo la pura verdad.

Finalmente, háse dicho que los personages de las novelas que escribimos, son rétratos. No negamos que lo son algunos; pero sus originales ya no

existen. Sónlo tambien casi todos los principales actores de nuestros cuadros de costumbres populares: mas á estos humildes héroes nadie los conoce. En cuanto á los demás, no es cierto que sean retratos, al ménos de personas vivas. Todas las que componen la sociedad, prestan al pintor de costumbres cada cual su rasgo característico, que unidos todos como en un mosáico, forman los tipos que presenta al público el escritor. Protestamos, pues, contra aquel aserto, que tendría no solo el inconveniente de constituirnos en un escritor atrevido é indiscreto, sino tambien el de hacer desconfiados para con nosotros en el trato, hasta á nuestros propios amigos; y si lo primero está tan lejos de nuestro ánimo, con lo segundo no podría conformarse nunca nuestro corazón.

Primero dejaríamos de escribir.



LA GAVIOTA [1]

JUICIO CRÍTICO

POR EL SEÑOR DON EUGENIO DE OCHOA (2).

I

Varias veces lo hemos dicho: no es la novela el género de literatura en que mas han descollado los españoles en todos tiempos, y señaladamente en los

(1) Gaviota es el nombre de un ave marítima. Se aplica famliarmente á la muger gritona, imprudente, atolondrada y de ásperos modales, como lo indica el conocido refrán: *La gaviota, mientras mas vieja, mas loca.*

(2) Creyendo de sumo interés para la historia literaria de FERNAN CABALLERO y de sus obras, cuya segunda edición hemos acometido, conservar el recuerdo del fallo con que acogió el público la aparición de LA GAVIOTA, primera de sus novelas que dió á luz, nos hemos decidido á insertar en este sitio, por nuestra cuenta y bajo nuestra responsabilidad, el juicio que sobre ella publicó en el periódico LA ESPAÑA, en agosto de 1849, el señor don Eugenio de Ochoa, uno de nuestros mas autorizados críticos. Creemos hacer con ello un obsequio á nuestros lectores.

(NOTA DEL EDITOR.)

modernos. Las causas de este, al parecer, fenómeno de nuestra historia literaria, las hemos dicho tambien en diferentes escritos, que la escasa porcion del público que por tales cuestiones se interesa, recordará tal vez: excusado sería, pues, y aun molesto, repetirlas. Permítasenos, sin embargo, apuntar aquí una sola: la novela, ese género que pasa por tan frívolo, tan fácil, tan sin consecuencia, es, díganlo los que le han cultivado, de una dificultad suma, y requiere, para que sea posible descollar en él, hoy que se ve elevado á tanta altura en las producciones de los mas claros ingenios de Europa, una aplicacion extremada, á mas de un talento de primer órden. Entre nosotros, el talento no escaséa; pero la aplicacion, el estudio, la perseverancia son dotes raras. Nos gusta conseguir grandes resultados con poco esfuerzo, y cuando es posible, los conseguimos; por eso se escriben entre nosotros buenos dramas, y no buenas novelas. Salvas algunas excepciones muy contadas, nuestras novelas modernas, aun las que tienen un verdadero valor literario, carecen de todo interés novelesco, y no tienen en realidad, de *novelas* mas que el nombre. Su habitual insulsez es tanta, que el público escamado, con solo ver el adjetivo *original* al frente de una de ellas, la mira con desconfianza, ó la rechaza con desden, al mismo tiempo que se abalanza con una especie de sed hidrópica sobre las mas desatinadas traducciones de los novelistas extranjeros. Estos surten casi exclusivamente nuestras librerías y nuestros folletines: sus obras, vertidas á un castellano generalmente bárbaro, forman el ramo mas importante de nuestro moribundo comercio de librería.

Parece á primera vista que esa prediliccion del

público á las novelas extranjeras es una manía inspirada por la moda, que tantas extravagancias inspira, un capricho irracional, como tantos otros de que solemos ser necios esclavos, por tener el gusto de parecer hoy ingleses y mañana franceses; pero no es asi. Hay una razon decisiva para que las novelas extranjeras, en especial las francesas, alcancen gran valimiento, y las nuestras no; esa razon es que *interesan* mucho: las nuestras por lo general, ya lo hemos dicho, interesan poco ó nada. Algunas honrosas excepciones (y *La España* tiene la gloria de haber suministrado á la crítica algunas de las mas notables), no bastan á destruir la indisputable cuanto triste verdad de esta proposicion. Reflexionando en sus causas, solo hemos discurrido una plausible para explicar esa singularidad: nuestros escritores no aciertan á interesar con sus novelas, porque ninguno ha escrito bastantes para llegar á posesionarse, digámoslo asi, de todos los recursos del arte: sus producciones no son mas que ensayos, y rara vez los ensayos son perfectos, ni aun buenos. Para escribir una buena novela, es preciso, por regla general, haber escrito ántes algunas malas: los casos como el de la *Gaviota*, primera produccion al parecer, y excelente sin embargo., son rarísimos.

¿Quién será, nos preguntábamos con curiosidad viva, desde sus primeros capítulos, quién será el Fernan Caballero que firma como autor esa preciosa novela, la *Gaviota*, que ha publicado recientemente el *Heraldo*? —Bien conocíamos que ese era un nombre supuesto; bien conociamos tambien que ese libro, en el que desde las primeras líneas, respirábamos con delicia como un perfume de virginidad literaria, era producto de una inspiracion espontánea y pura, y que nada tenia que ver con todas esas

marchitas producciones, que la especulacion lanza diariamente al público paciente, frutos apaleados, verdes y podridos al mismo tiempo. Pero por otra parte, se nos hacia duro creer que el verdadero nombre encubierto bajo aquel seudónimo notorio, fuese enteramente desconocido en la diminuta república,—verdadera república de San Marino,—que forman nuestros literatos propiamente tales; y asi ibamos pasando revista á todos los que la Fama pregona con sus cien trompas, para entresacar de sus gloriosas filas el que mejor se adaptase á las dotes de la nueva produccion. Ninguno nos satisfacia; revolviendo antecedentes, ningunos hallábamos que se ajustasen á aquel marco tan elegante y correcto; ningunos que justificasen aquel interés tan hábil y naturalmente sostenido, aquellos caractéres tan nuevos y tan verdaderos, aquellas descripciones tan delicadas, tan lozanas y tan fragantes,—permítasenos la expresion,—que ora recuerdan el nítido pincel de la escuela alemana, ora la caliente y viva entonacion de la escuela andaluza. Véase allí el dibujo de Alberto Durero realzado con el colorido de Murillo.

No, ninguna de nuestras celebridades modernas nos anunciaba ni prometia la caprichosa creacion de Marisalada, las deliciosas figuras de Rosa Mística, Pedro Santaló, la tia María y el comandante del fuerte de San Cristóbal; ninguna nos anunciaba ni prometia el donaire sumo con que están pintadas la simplicidad angélica del hermano Gabriel, contrastando con la malicia diabólica de Momo. No tiene el mismo Walter Scott un carácter mas verdadero, mas cómico ni mejor sostenido que el de don Modesto Guerrero, el comandante susodicho, prototipo de la lealtad, de la resignacion y de la benevolencia

características del soldado viejo. ¡Y con qué gracia está delineado en cuatro rasgos el barberillo Ramon Perez! Y el honrado Manuel, tipo perfecto del campesino andalúz, con su inagotable caudal de chistes, y su travesura y su bondad naturales!

Pero la figura que irresistiblemente se lleva el mayor interés del lector, la que siempre domina el cuadro, porque nunca nos es indiferente, si bien casi siempre nos es antipática, es la de Marisalada. Nada mas singular, nada mas ilógico, y por lo mismo acaso nada mas interesante, que aquel adusto carácter, seco y ardiente al mismo tiempo, duro hasta la ferocidad, y capaz, sin embargo, en amor, del mas abyecto servilismo;—muger fantástica á veces como una hada, á veces prosáica y rastrera como una mozuela;—conjunto que no se explica, pero que se siente y se ve, y en el que se cree como en una cosa existente, de sensibilidad é indiferencia, de hermosura y fealdad física y moral, de bondad y depravacion, ambas nativas, de ingenio elevado y de materialismo grosero,—personaje á quien es imposible amar, y á quien sin embargo no acertamos á aborrecer;—carácter altamente complejo, que por un lado se roza con la inculta sencillez de la naturaleza salvaje, y por otro participa de los mas impuros refinamientos de la corrupcion social.—Hay en Marisalada algo de la condicion indolente y maligna del indio de Cooper, y algo tambien del escepticismo infernal de la muger libre de Jorge Sand.—Si el autor ha copiado del natural ese singularísimo personaje, es un hábil y muy sagaz observador; si lo ha sacado de su fantasía, es un gran poeta:—de todos modos es un profundo conocedor del corazon humano. Por eso sin duda no se empeña en explicar el móvil de las acciones de su protago-

nista.—¿A qué fin? ni aun la explicacion mas ingeniosa podria parecer satisfactoria para los que saben que nada hay en el mundo mas irracional que la pasion, como nada hay, muchas veces, mas inverosímil que la verdad misma. La *Gaviota* es un personaje puramente de pasion; la razon no tiene sobre él dominio alguno. La misma espontaneidad algo insensata, la misma obstinacion algo brutal que hallamos en sus primeras palabras al presentarla el autor en escena, vemos en todos sus actos hasta el fin de la novela.

—«Vamos, Marisalada, le dijo (la tia María), levántate para que el señor (Stein) te examine.

»Marisalada no mudó de postura.

»Vamos, hija, repitió la buena muger, verás cómo quedas sana en menos que canta un gallo.

»Diciendo estas palabras, la tia María, apoderándose de un brazo de Marisalada, procuraba ayudarla á levantarse.

—»No me dá la gana, dijo la enferma arrancándose del brazo de la vieja con una fuerte sacudida.»

En el efecto que nos produce el personaje de la *Gaviota*, como en el género de interés que nos inspira, se nos figura que hay algo del sentimiento de inquieta compasion que nos producen ciertos dementes sosegados, pero sombríos y enérjicos, que parece como que siguen en sus ideas y en sus actos una misteriosa inspiracion, de que á nadie dan cuenta, y en la que tienen una fé ciega, de aquí su áspera condicion, y el agreste desden con que acogen las advertencias y los consejos que les da lo que llamamos la cordura humana. Al ver su fé robusta en esa voz íntima que al parecer les guia en su oblícua carrera, al paso que la duda y el temor

son la inseparable secuela de nuestras opiniones y de nuestros actos *razonables*, alguna vez nos hemos sentido á punto de preguntarnos: «¿Serán ellos los cuerdos? ¿Serémos nosotros los locos?»

El personaje de Stein forma un perfecto contraste con el de la *Gaviota*; todo en aquel es serenidad y rectitud; todo en esta es tumulto y desórden. Ambos caractéres están pintados con igual maestría: como concepcion literaria, el segundo es muy superior al primero; este, en cambio, vale mucho mas como pintura moral. Stein es el hombre evangélico, el *justo* en toda la extension de la palabra; nada basta á alterar la límpida tersura de su hermosa alma; es el tipo acabado de esa proverbial mansedumbre germánica,—ahora ¡ay! muy desmentida por una reciente experiencia,—que hacía decir á Voltaire: «los alemanes son los ancianos de Europa.» La dolorosa resignacion con que sobrelleva Stein sus desastres conyugales, y más aun la noble ceguera con que por tanto tiempo desconoce la execrable traicion de Marisalada, están hábilmente preparadas por los antecedentes todos de a historia de aquel hombre, predestinado á la desgracia por una vida toda de bondad, de abnegacion y de oscuros padecimientos. Estas pocas palabras del autor explican la conducta del personaje que nos ocupa: «Stein, que tenia un corazon tierno y »suave, y en su temple una propension á la con»fianza que rayaba en debilidad, se enamoró de su »discípula. La pasion que Marisalada le habia ins»pirado, sin ser inquieta ni violenta, era profunda, »y de aquellas en que el alma se entrega sin reser»va:»—Y luego: «Stein era uno de esos hombres »que pueden asistir á un baile de máscaras, sin lle»gar á penetrar que detrás de aquellas fisonomías

»absurdas, detrás de aquellas facciones de carton »pintado, hay otras fisonomías y otras facciones, »que son las que el individuo ha recibido de la na»turaleza:»—rasgos magistrales, que pintan, ó mas bien, que animan y vivifican á un personaje de novela, mejor que las mas menudas y prolijas filiaciones, en que se complacen los pintores vulgares, ya pinten con la pluma, ya con el pincel. Más dice un brochazo de Goya, que todos los toques y retoques que da un mal pintor; mas una palabra de Cervantes, que un tomo entero de un mal novelista.

Todos los personajes de la *Gaviota* viven, y nos son conocidos: á todos los hemos visto y tratado más ó menos, segun el mayor ó menor relieve que les da el autor. Sucédenos en la lectura de algunas novelas, que por más que lo procuramos, no nos es posible parar la atencion en los personajes que figuran en ellas, ni imaginarnos cómo son física y moralmente. El autor nos lo dice, y al momento se nos olvida; es como si leyéramos distraidos, cuando por el contrario, nos tomamos en aquella lectura un afan tan ímprobo como para resolver un problema difícil. ¿Qué prueba esto? Nada mas sino que aquellos personajes *no viven*;—son estátuas que aun no han recibido el fuego del cielo, y que como tales, no despiertan en nuestra alma, ni es posible, odio ni amor: en suma, están en la categoría de *cosas*, no son *personas*. Cuando mas, se podrán llamar *sombras*. Se les da el nombre de *personajes* por mera licencia poética. Lo mismo que de las pinturas de los caractéres, puede decirse de las descripciones de los siios. Si el lector no los ve, como si estuviera materialmente en ellos, esas descripciones nacerán muertas:—no serán tales descripciones, sino un monótono y estéril hacinamiento de palabras, un

fastidioso ruido, que ninguna idea despertará en nuestra mente, ninguna simpatía en nuestro corazon. No dirémos al leerlas: «eso es malo, eso está mal escrito», porque la descripcion podrá ser hermosa, y la pintura podrá estar bien hecha; pero diremos: «eso no es verdad,» ó tal vez:—«¿y qué? ¿qué nos importa todo eso que nos van diciendo tan elegantemente, si á medida que lo vamos leyendo, se nos va borrando de la memoria?»

Descripciones hay en la *Gaviota* que pueden presentarse como dechados. Veamos esta: — «Stein se paseaba un dia delante del convento, desde donde se descubria una perspectiva inmensa y uniforme: á la derecha, la mar sin límites; á la izquierda, la dehesa sin término. En medio, se dibujaba en la claridad del horizonte el perfil oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imágen de la nada en medio de la inmensidad. La mar, que no agitaba el soplo mas lijero, se mecia blandamente, levantando sin esfuerzo las olas que los reflejos del sol doraban, como una Reina que deja ondear su espléndido manto. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamentos, estaba en armonía con el paisage, grave y monótono. Su mole ocultaba el único punto del horizonte interceptado en aquel uniforme panorama.

»En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un rio, tan caudaloso y turbulento en invierno, como mezquino y escaso en el verano. Los alrededores bien cultivados presentaban de léjos el aspecto de un tablero de damas, en cuyo cuadro variaba de mil modos el color verde; aquí el amarillento de la vid todavía cubierta de follaje; allí el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo, que habian fecundado las llu-

vias de otoño, ó el verde sombrío de las higueras, y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del rio cruzaban algunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevacion, una capilla; delante, una gran cruz, apoyada en una base piramidal de mampostería blanqueada; detrás, un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

»Delante de la cruz pendia un farol, siempre encendido, y la cruz, emblema de salvacion, servia de faro á los marineros: como si el Señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas á aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable á los hombres de fé robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.»

II.

El mayor mérito de la *Gaviota* consiste seguramente en la gran verdad de los caractéres y de las descripciones: en este punto recuerda á cada paso las obras de los grandes maestros del arte, Cervantes, Fielding, Walter Scott y Cooper: á veces compite con ellas.—No todos estarán conformes con lo que vamos á decir: á nuestro juicio, ese mérito es el que principalmente debe buscarse en una novela, porque es, digámoslo asi, el mas esencial, el mas característico de este género de literatura. Verdad y novedad en los caractéres, verdad y novedad en las descripciones; tales son los dos grandes ejes sobre que ha de girar necesariamente toda novela digna de este nombre. Casi estamos por decir que ellos son la novela misma, y que todo lo demas es lo accesorio: por lo ménos, es muy cierto que no hay

mérito que alcance á suplir la ausencia de estos dos imprescindibles elementos de vida para toda composicion novelesca; ni el lenguaje, ni el estilo, ni la originalidad del argumento, ni la variedad y multitud de los lances. Para el vulgo de los lectores, esto será en buen hora lo principal; para nosotros, aunque muy importante, no pasa de ser lo secundario. La novedad, la variedad, lo imprevisto y abundante de los acontecimientos, nos parece peculiar del *cuento*· la *novela* vive esencialmente de caractéres y descripciones. ¡Cosa extraña! es de todas las composiciones literarias la que ménos necesidad tiene de accion no puede, en verdad, prescindir de tener alguna, pero con poca, muy poca, le basta. Una novela en tres tomos puede ser excelente, y tener sin embargo ménos accion que un drama en tres actos. Consiste esto en la distinta índole de ambas composiciones; la segunda es, digámoslo asi, una accion condensada, reducida á sus mas estrechos límites; es la exposicion sencilla y breve de un suceso presentado en su mas rápido desarrollo; la primera, por el contrario, comporta un desarrollo latísimo, y en este desarrollo, hábilmente hecho. consiste su mayor encanto posible.

Hemos dicho que *comporta*, no que necesariamente exige ese minucioso desarrollo; pues en efecto hay novelas altamente dramáticas, y aun verdaderas monografías, que, como el *Gil Blas*, tienen todo el movimiento, toda la rapidez, vida y sucesion de cuadros que se requieren en un cuento ó en una comedia de mágia. Esto constituye una de las muchas variedades del género, el mas rico y fecundo tal vez de los que unidos forman lo que se llama amena literatura. Por mas que en teoría y con arreglo á las ideas comunes, parezca que no puede ha-

ber novela buena sin mucha accion, la experiencia demuestra lo contrario con numerosos ejemplos ¿Cuál es, á qué se reduce la accion del precioso *Vicario de Wakefield*, de Goldsmith? ¿A qué la del *Jonatham Wild*, de Fielding? ¿A qué las *Aguas de San Ronan*, una de las mas apacibles composiciones de Walter Scott? ¿A qué la de la mayor parte de las entretenidísimas escenas de costumbres que nos pinta Balzac con mano maestra? En media cuartilla de papel cabe holgadamente el argumento de cualquiera de esas, y de otras muchas buenas novelas que podríamos citar; solo que sometiéndolas á esa especie de compendiosa reduccion, dejarian de ser *novelas*, y pasarian á ser *cuentos*.

Estos—ménos que los dramas—no exigen desarrollo ni comentario alguno; son meras narraciones de hechos que van pasando por delante de los ojos del lector como en una linterna mágica; en aquellas, por el contrario, la narracion de lo sucedido ya lo hemos dicho, es lo ménos; el desarrollo, el comentario, lo más. Y adviértase que esto es cabalmente, cuando está bien ejecutado, lo que más deleite proporciona al lector. Mucho nos recrea la narracion de las aventuras de Don Quijote, por ejemplo; pero ¡cuánto mas sabrosa es la lectura de aquellos incomparables diálogos entre el loco y su escudero, que llenan los mejores capítulos de la inmortal fábula de Cervantes!

En la *Gaviota* la accion es casi nula: todo lo que constituye su fondo, puede decirse en poquísimas palabras;—¡rara prueba de ingenio en el autor haber llenado con la narracion de sucesos muy vulgares dos tomos, en los que *ni sobra una línea*, ni decae un solo instante el interés, ni cesa un solo punto el embeleso del lector! Consiste esto en la

encantadora verdad de sus descripciones, en la grande animacion de sus diálogos, y mas que todo, en el conocido sello de vida que llevan todos los personajes, desde el primero hasta el último. Ya hemos procurado dar una sucinta idea de los dos principales, Marisalada y Stein; los demás, y son muchos, en nada ceden á aquellos en valor literario, ni en verdad de colorido. Los que están en segundo término, forman deliciosos grupos, sobre los cuales se destacan con singular vigor las figuras principales; el autor posee en alto grado el arte dificilísimo de las medias tintas.

En dos partes puede considerarse dividida la novela. Pasa la primera en las inmediaciones de Villamar, pueblecito imaginario del condado de Niebla, entre la familia del guarda de un ex-convento, de la cual es huésped el cirujano aleman Federico Stein, y varios oscuros personages del citado pueblecito ó de sus cercanías, entre los cuales se cuentan el pescador catalan Pedro Santaló y su hija Marisalada, á quien llaman la *Gaviota* por su génio arisco y su aficion á vagar por entre las peñas, en la soledad de las playas marinas, soltando al viento el raudal de su hermosísima voz. El amor de Stein á esta muger singular, su enlace con ella, la llegada á aquellos campos, de un noble y poético magnate, el Duque de Almansa, que gravemente herido en una cacería, es curado por el hábil Stein; y la salida, por fin, de éste y su muger para Sevilla en compañía del Duque, que los persuade á que vayan á buscar un teatro mas digno en que lucir y utilizar sus respectivos talentos, llenan el primer tomo de la novela, que por nuestra parte preferimos con mucho al segundo. No decimos por eso que este tenga ménos mérito que aquel, sino simple-

mente que aquel nos es mas simpático, nos gusta mas: á otros acaso les gustará ménos. En lo que creemos que todos estarémos conformes, es en reprobar el incidente de los amores de la *Gaviota* con el torero Pepe Vera. ¿A qué rebajar tan cruelmente el carácter de la pobre Marisalada?

Pero volvamos á las hermosas cercanías de Villamar, donde nos esperan aquellas buenas gentes tan superiormente pintadas, la tia María, Dolores, Manuel, Don Modesto Guerrero, Rosa Mística, Momo y el hermano Gabriel. No acertamos nosotros á explicar el deleite que nos producen aquellas dulces y apacibles escenas que pasan en el ex-convento, ni á encarecer la vehemencia con que nos hacemos ilusion de que todo aquello es verdad. Se nos figura asistir á aquellas pacíficas reuniones de familia, amenizadas con las sanas sentencias de la tia María, con los saladísimos cuentos del inagotable Manuel, y con las monadas infantiles de Anís y de Manolito; creemos ver al bienaventurado hermano Gabriel, tan sóbrio de palabras, tan rico de lealtad y obediencia *perruna* á la tia María, tejiendo sus espuertas ó rezando su rosario en un rincon de la estancia. Viva antítesis de aquel bendito, vemos á Momo el malo y el tonto, pero *tonto* á la manera particular que tienen de serlo los gansos de Andalucía, es decir, tonto con mucho talento, díganlo sus réplicas, tales que solo á él pudieran ocurrírsele. Así son todos aquellos llamados tontos: á cada paso le dejan á uno parado con sus razones, de una sensatez, y al mismo tiempo, de una originalidad pasmosas. La hermosa y serena figura de Stein ilumina con un destello de alta poesía este cuadro que ya por sí tiene tanta,—pero una poesía puramente popular,—la que á cada paso, en cada ven-

ta, en cada cabaña, en cada calle nos presentan nuestras pintorescas poblaciones meridionales. No es, sin embargo, Stein un *alemanuco* lánguido, etéreo é inútil, como los que se imaginan los malos poetas; su poesía es, digámoslo así, práctica,—es la poesía de la rectitud, de la probidad y de la nobleza de alma.—Fria é indiferente á aquel cuadro de íntima felicidad que su alma adusta y vulgar no comprende ni ama, animados sus hermosos ojos negros de un fuego sombrío, Marisalada parece absorta en malos pensamientos, y como reconcentrada en el vago deseo de otra existencia. Ni la exaltada ternura de su anciano padre, ni el puro amor de Stein bastan á llenar aquel corazon cerrado á los blandos halagos de la familia y del deber. Una de las mas vigorosas figuras de esta novela es la del viejo marino Santaló, corazon de cera en un cuerpo de hierro. Es imposible dejar de amar á aquel hombre tan bueno y tan amoroso bajo su ruda corteza, y en quien vemos reunidas en el mas alto punto la fuerza física con todas las deliciosas debilidades del amor paternal, llevado hasta el fanatismo, hasta el increible delirio de una madre.—Tieso como un huso, Don Modesto Guerrero lamenta el completo abandono en que un gobierno imprevisor deja al importante castillo de San Cristóbal, y el lector no puede menos de mirar con viva simpatía aquellas dos nobles ruinas, el castillo y su comandante.—La buena Dolores, tipo de la muger del pueblo, sumisa, laboriosa, atenta al bienestar comun, es como el alma de aquellas reuniones, en las que, sin embargo, rara vez se oye su voz, ni interviene su voluntad; pero está en todo; es el centro de aquella reducida esfera, el lazo que une á todas aquellas almas;—es la esposa y la madre, la buena esposa y

a buena madre, luz y calor del hogar doméstico. Para que aquella reunion de personajes amados del lector fuese completa, quisiéramos ver en ella alguna vez á la excelente patrona del comandante: pero mejor pensado, sin duda ha andado discreto el autor en apartar de aquel dulce cuadro de familia la figura triste y grotesca al mismo tiempo de Rosa Mística, como para indicar que la soledad y el aislamiento son el patrimonio fatal de esas pobres mugeres, gremio por lo comun ridículo y casi siempre digno de lástima, á quienes el desden de los hombres ha condenado, segun la expresion vulgar, *á vestir imágenes*. Rosa Mística es un tipo excelente de la *vieja soltera*, carácter acre, rígido, descontento de los demás y de sí mismo, adusto en el fondo, y sin embargo tan cómico como los buenos caractéres de Sheridan, de cuyo género parece haberse inspirado el autor para la pintura de este personage, uno de los mejores de su novela. Rosa Mística yendo á misa al lado de Turris Davídica es una deliciosa caricatura, cuyo espectáculo envidiamos á la gente de Villamar.

La mayor parte de los personages que figuran en el segundo tomo de la *Gaviota*, son distintos de los que entran en la composicion del primero; en este concepto decíamos antes que la novela puede considerarse dividida en dos partes, sin mas lazo comun entre sí que la intervencion en ambas de Stein y Marisalada. El primer tomo es como la exposicion del carácter de estos dos personages: el segundo es el campo en que vemos aquel carácter en accion. La pintura de la buena sociedad sevillana está hecha en los primeros capítulos, con una gracia y una verdad sorprendentes. Allí abundan los retratos; á algunos se nos figura haberlos conocido. Los más son

verdaderos tipos característicos de los diferentes grados de nuestra sociedad, pintados con un talento de observacion, una seguridad de crítica y una energía de colorido, que no desmerecerian al lado de los mas celebrados *caractéres* de Teofrasto y Labruyère. El general Santa María con su exagerado españolismo; Eloisa con su extranjerismo impertinente; la jóven condesa de Algar, tan simpática y tan bella; Rita, la verdadera española de buen sentido; Rafael, la Marquesa de Guadalcanal, son personajes, á quienes, como deciamos en nuestro primer artículo, todos hemos conocido bajo otros nombres, ó más bien á quienes estamos viendo todos los dias en tertulias y paseos.

Nuestra alta aristocracia debe estar reconocida al autor por la poética personificacion que nos presenta de ella en los dos nobles personages del Duque y la Duquesa de Almansa, sobre todo del Duque «uno de aquellos hombres elevados y poco materiales, en quienes no hace mella el hábito ni la aficion al bienestar físico; uno de esos séres privilegiados que se levantan sobre el nivel de las circunstancias, no en ímpetus repentinos y eventuales, sino constantemente, por cierta energía característica, y en virtud de la inatacable coraza de hierro que se simboliza en el *¿qué importa?* ¡Uno de aquellos corazones que palpitaban bajo las armaduras del siglo XV, y cuyos restos solo se encuentran hoy en España!»

Ya hemos dicho que no nos parece bien el incidente de los amores de la *Gaviota* con el torero Pepe Vera. ¡Cómo desdicen todos los capítulos en que se desarrolla esta aventura, del tono decorosamente festivo y sencillamente elegante de los capítulos anteriores, y más aun del sabor apacible

y campestre, que da tan suave encanto á las escenas del convento, de la cabaña de Santaló y del pueblecito de Villamar! No parecen una misma pluma la que describe el cínico festin á que arrastra Pepe Vera á su degradada amante; y la que pinta con tan alta elocuencia los últimos momentos de Santaló, mártir del amor paternal, en uno de los capítulos mejor escritos del libro, y que quisiéramos copiar aquí íntegro.

Para borrar la desagradable impresion que deja aquel cuadro de impuros amores, impresion tanto mas desagradable cuanto el gran mérito literario de la pintura la hace mas profunda, hemos tenido que volver á buscar en el tomo primero algunos de aquellos diálogos tan apacibles, algunas de aquellas descripciones tan ricas de encantadoras imágenes, de locuciones felicísimas, de pormenores llenos de gracia, de frescura y de novedad. ¿Pueden darse expresiones mas pintorescas que estas? «Stein refirió al Duque sus campañas, sus desventuras, su llegada al convento, sus amores, y en lo que vinieron á parar. El Duque lo oyó con mucho interés, y la narracion le inspiró el deseo de conocer á Marisalada, y al pescador, y la cabaña que Stein estimaba en más que el mas espléndido palacio. Asi es que la primera salida que hizo en compañía de su médico, se dirigió á la orilla del mar. Empezaba el estío, y su fresca brisa, soplo puro del inmenso elemento, les proporcionó un goce suave en su expedicion. El fuerte de San Cristóbal parecia recien adornado con su verde corona, en honra del alto personaje á cuyos ojos se ofrecia por primera vez. Las florecillas que cubrian el techo de la cabaña en imitacion de los jardines de Semíramis, se acercaban unas á otras, mecidas por las auras, á gui-

sa de doncellas tímidas que se confian al oido sus amores. La mar impulsaba blanda y pausadamente sus olas hácia los pies del Duque, como para darle la bienvenida. Oíase el canto de la alondra, tan elevada, que los ojos no alcanzaban á verla. El Duque, algo fatigado, se sentó en una peña. Era poeta, y gozaba en silencio de aquella hermosa escena.

» De repente sonó una voz, que cantaba una melodía sencilla y melancólica. Sorprendido el Duque miró á Stein, y éste se sonrió. La voz continuaba.

—»Stein, dijo el Duque ¿hay sirenas en estas olas, ó ángeles en esta atmósfera?»

No queremos multiplicar las citas: vale mas que el lector mismo vaya á buscarlas en la novela, que le producirá, á no dudarlo, momentos de sumo recreo. No se asuste de la calificacion de *original* que lleva al frente, pues aunque original y del dia, es mejor que la mayor parte de las que nos vienen del otro lado del Pirineo; tiene tanto interés como ellas, y está escrita con mas estudio y mayor conocimiento del corazon humano. Algunos acaso querrán saber, antes de leerla, quién es su autor, y esperarán á que por fin se lo digamos: pero es lo cierto que aun cuando supiéramos su nombre, nos guardariamos muy bien de revelarlo. Nada mas justo que respetar esos velos de misterio en que alguna vez se encubren las obras de la fantasía, verdadero pudor del ingenio, respetable como el de la inocencia. Por lo demas ¿á qué esa curiosidad? ¿qué importa el nombre del autor? Para nosotros, nada. Cuando nos encontramos en el campo una flor hermosa y fragante, nos recreamos mucho con su vista y con su aroma, sin curarnos nada de averiguar cómo se llama; cuando vemos un buen cuadro, cuando nos cae en la mano un buen libro lo último que

se nos ocurre es averiguar el nombre del autor. Pero hay personas que no saben ver ni pueden admirar las obras anónimas: solo les inspiran desden aun las mejores, si se les presentan desamparadas y huérfanas,—rara manía, pero muy comun y que se explica de muchos modos.

Por nuestra parte, bástanos saber, y su obra lo dice, que el autor de la *Gaviotn* es un talento de primer órden, no contaminado con los vicios literarios de la época, que son la impaciencia de producir, la pobreza de ideas, el desaliño en la forma, la inmoralidad en el fondo. No hay que dudarlo; el autor de la *Gaviota* es nuevo en el palenque de la publicidad literaria; apostaríamos algo bueno á que no ha escrito su novela para publicarla, y ménos aun para venderla. Es imposible que la literatura sea un *oficio* para quien con tanto amor ha desarrollado un argumento tan sencillo y tan detenidamente estudiado. Bastarian para demostrarlo las escenas, ya alegres, ya tiernas y patéticas, generalmente alegres y patéticas al mismo tiempo, en que se describen con encantadora verdad de pormenores las bodas de Stein y la Gaviota, la salida de ambos para Sevilla en compañía del Duque, la vuelta de Momo á Villamar con la falsa nueva del asesinato de Marisalada, la última entrevista de Stein con su noble amigo, y tantas otras, en cuya lectura, segun la expresion de un poeta, la sonrisa se asoma entre lágrimas á nuestro rostro, como suele brillar un rayo de sol en medio de una lluvia de verano. Una imaginacion gastada no puede concebir cuadros tan puros y tan lindos, ni derramar sobre ellos ese baño de suave melancolía, que les da tan irresistible atractivo No es, pues, repetimos, un literato de oficio, como la mayor parte de los que entre

nosotros, y más aún en Francia, escriben novelas, el desconocido autor de la que hemos examinado en este y en nuestro anterior artículo; mas si se decide á cultivar este género, y á publicar nuevos cuadros de costumbres como el que ya nos ha dado, ciertamente la *Gaviota* será en nuestra literatura lo que es *Waverley* en la literatura inglesa, el primer albor de un hermoso dia, el primer floron de la gloriosa corona poética que ceñirá las sienes de un WALTER-SCOTT ESPAÑOL.

Eugenio de Ochoa.



LA GAVIOTA

CAPITULO I.

> Hay en esto ligero cuadro lo que mas debe gustar generalmente; novedad y naturalidad.
>
> G. DE MOLENE.

> Es innegable que las cosas sencillas son las quo mas conmueven los corazones profundos y las altas inteligencias.
>
> ALEJANDRO DUMAS.

En noviembre del año de 1836, el paquete de vapor *Royal Sovereign* se alejaba de las costas nebulosas de Falmouth, azotando las olas con sus brazos, y desplegando sus velas pardas y húmedas en la neblina, aun mas parda y mas húmeda que ellas.

El interior del buque presentaba el triste espectáculo del principio de un viaje marítimo. Los pasa-

jeros apiñados en él luchaban con las fatigas del maréo. Veíanse mugeres desmayadas, desordenados los cabellos, ajados los camisolines, chafados los sombreros. Los hombres pálidos y de mal humor; los niños abandonados y llorosos, los criados atravesando con angulosos pasos la cámara, para llevar á los pacientes té, café y otros remedios imaginarios, mientras que el buque, Rey y señor de las aguas, sin cuidarse de los males que ocasionaba, luchaba á brazo partido con las olas, dominándolas cuando le oponian resistencia, y persiguiéndolas de cerca cuando cedian.

Paseábanse sobre cubierta los hombres que se habian preservado del azote comun, por una complexion especial, ó por la costumbre de viajar. Entre ellos se hallaba el gobernador de una colonia inglesa, de doble rostro y de alta estatura, acompañado de dos ayudantes. Algunos otros estaban envueltos en sus *mackintosh*, metidas las manos en los bolsillos, los rostros encendidos, azulados ó muy pálidos, y generalmente desconcertados. En fin, aquel hermoso bajel parecia haberse convertido en el alcázar de la displicencia y del malestar.

Entre todos los pasajeros se distinguia un jóven como de veinte y cuatro años, cuyo noble y sencillo continente, y cuyo rostro hermoso y apacible no daban señales de la mas pequeña alteracion. Era alto y de gallardo talante; y en la apostura de su cabeza reinaban tanta gracia como dignidad. Sus ca-

bellos negros y ensortijados adornaban su frente noble; las miradas de sus grandes y negros ojos eran plácidas y penetrantes á la vez. En sus labios sombreados por un ligero bigote negro, se notaba una blanda sonrisa, indicio de capacidad y agudeza, y en toda su persona, en su modo de andar y en sus gestos, se traslucia la elevacion de clase y la del alma, sin el menor síntoma del aire desdeñoso, que algunos atribuyen injustamente á toda especie de superioridad.

Viajaba por gusto, y era esencialmente bondoso, por lo cual no se dejaba arrastrar á estrellarse contra los vicios y los extravíos de la sociedad; es decir que no se sentia con vocacion de atacar los molinos de viento, como Don Quijote. Érale mucho mas grato encontrar lo bueno, que buscaba con la misma satisfaccion pura y sencilla, que siente la doncella al recoger violetas. Su fisonomía, su garbo, la gracia con que se embozaba en su capa, su insensibilidad al frio y á la desazon general, estaban diciendo que era español.

Paseábase observando con mirada rápida y exacta la reunion, que, á guisa de mosáico, amontonaba el acaso en aquellas tablas, cuyo conjunto se llama navío, asi como en dimensiones mas pequeñas se llama ataud. Pero hay poco que observar en hombres que parecen ébrios, y en mugeres que semejan cadáveres.

Sin embargo, mucho excitó su interés la familia

de un oficial inglés, cuya muger habia llegado á bordo tan indispuesta, que fué preciso llevarla á su camarote; lo mismo se habia hecho con el ama, y el padre la seguia con el niño de pecho en los brazos, despues de haber hecho sentar en el suelo á otras tres criaturas de dos, tres y cuatro años, encargándoles que tuviesen juicio, y no se moviesen de allí. Los pobres niños, criados quizás con gran rigor, permanecieron inmóviles y silenciosos como los ángeles que pintan á los pies de la Vírgen.

Poco á poco el hermoso encarnado de sus mejillas desapareció; sus grandes ojos, abiertos cuan grandes eran, quedaron como amortecidos y parados, y sin que un movimiento ni una queja denunciase lo que padecian, el sufrimiento se pintó en sus rostros asombrados y marchitos.

Nadie reparó en este silencioso padecer, en esta suave y dolorosa resignacion.

El español iba á llamar al mayordomo, cuando le oyó responder de mal humor á un jóven que, en aleman y con gestos expresivos, parecia implorar su socorro en favor de aquellas abandonadas criaturas.

Como la persona de este jóven no indicaba elegancia ni distincion, y como no hablaba más que aleman, el mayordomo le volvió la espalda, diciéndole que no le entendia.

Entónces aquel jóven bajó á su camarote á proa, y volvió prontamente trayendo una almohada, un co-

bertor y un capote de bayeton. Con estos auxilios hizo una especie de cama, acostó en ella á los niños, y los arropó con el mayor esmero. Pero apénas se habian reclinado, el maréo, comprimido por la inmovilidad, estalló de repente, y en un instante, almohada, cobertor y capote quedaron infestados y perdidos.

El español miró entonces al aleman, en cuya fisonomía solo vió una sonrisa de benévola satisfaccion, que parecia decir: gracias á Dios, ya están aliviados!

Dirigióle la palabra en inglés, en francés y en español, y no recibió otra respuesta sinó un saludo hecho con poca gracia, y esta frase repetida: *ich verstche nicht* (no entiendo).

Cuando despues de comer, el español volvió á subir sobre cubierta, el frio habia aumentado. Se embozó en su capa, y se puso á dar paseos. Entónces vió al aleman sentado en un banco, y mirando al mar; el cual, como para lucirse, venia á ostentar en los costados del buque sus perlas de espuma y sus brillantes fosfóricos.

Estaba el jóven observador sin su leviton que habia quedado inservible, y debia atormentarle el frio.

El español dió algunos pasos para acercársele, pero se detuvo, no sabiendo cómo dirigirle la palabra. De pronto se sonrió, como de una feliz ocurrencia, y yendo en derechura hácia él, le dijo en latin:

—Debeis tener mucho frio.

Esta voz, esta frase, produjeron en el extranjero la mas viva satisfaccion, y sonriendo tambien como su interlocutor, le contestó en el mismo idioma:

—La noche está en efecto algo rigorosa; pero no pensaba en ello.

—¿Pues en qué pensábais? le preguntó el español.

—Pensaba en mi Padre, en mi Madre, en mis hermanos y hermanas.

—¿Porqué viajais, pues, si tanto sentís esa separacion?

—¡Ah! señor; la necesidad... Ese implacable déspota ....

—¿Con que no viajais por placer?

—Ese placer es para los ricos, y yo soy pobre. ¡Por mi gusto!... Si supiérais el objeto de mi viage, veríais cuán lejos está de ser placentero!

—¿A dónde vais, pues?

—A la guerra, á la guerra civil, la mas terrible de todas: á Navarra.

—¡A la guerra! exclamó el español al considerar el aspecto bondadoso, suave, casi humilde y muy poco belicoso del aleman. ¿Pues qué, sois militar?

—No señor, no es esa mi vocacion. Ni mi inclinacion ni mis principios me inducirian á tomar las armas, sinó para defender la santa causa de la independencia de Alemania, si el extranjero volviese otra vez á invadirla. Voy al ejército de Navarra á procurar colocarme como cirujano.

—¡Y no conoceis la lengua!

—No señor, pero la aprenderé.

—¿Ni el pais?

—Tampoco: jamas he salido de mi pueblo sinó para la universidad.

—¿Pero tendréis recomendaciones?

—Ninguna.

—¿Contaréis con algun protector?

—No conozco á nadie en España.

—¿Pues entónces, qué teneis?

—Mi ciencia, mi buena voluntad, mi juventud y mi confianza en Dios.

Quedó el español pensativo al oir estas palabras. Al considerar aquel rostro en que se pintaban el candor y la suavidad; aquellos ojos azules, puros como los de un niño; aquella sonrisa triste y al mismo tiempo confiada, se sintió vivamente interesado y casi enternecido.

—¿Quereis, le dijo despues de una breve pausa, bajar conmigo, y aceptar un ponche para desechar el frio? Entretanto, hablaremos.

El aleman se inclinó en señal de gratitud, y siguió al español, el cual bajó al comedor y pidió un ponche.

A la testera de la mesa estaba el gobernador con sus dos acólitos; á un lado habia dos franceses. El español y el aleman se sentaron á los pies de la mesa.

—Pero ¿cómo, preguntó el primero, habeis podi-

de concebir la idea de venir á este desventurado pais.

El aleman le hizo entonces un fiel relato de su vida. Era el sexto hijo de un profesor de una ciudad pequeña de Sajonia, el cual habia gastado cuanto tenia en la educacion de sus hijos. Concluida la del que vamos conociendo, hallábase sin ocupacion ni empleo, como tantos jóvenes pobres se encuentran en Alemania, despues de haber consagrado su juventud á excelentes y profundos estudios, y de haber practicado su arte con los mejores maestros. Su manutencion era una carga para su familia; por lo cual, sin desanimarse, con toda su calma germánica, tomó la resolucion de venir á España, donde por desgracia, la sangrienta guerra del Norte le abria esperanzas de que pudieran utilizarse sus servicios.

—Bajo los tilos que hacen sombra á la puerta de mi casa, dijo al terminar su narracion, abracé por última vez á mi buen Padre, á mi querida Madre, á mi hermana Lotte (1), y á mis hermanitos, que clamaban por acompañarme en mi peregrinacion. Profundamente conmovido y bañado en lágrimas entré en la vida, que otros encuentran cubierta de flores. Pero, ánimo; el hombre ha nacido para trabajar; el cielo coronará mis esfuerzos. Amo la ciencia que profeso, porque es grande y noble: su ob-

(1) Diminutivo aleman de Carlota.

jeto es el alivio de nuestros semejantes; y el resultado es bello, aunque la tarea sea penosa.

—¿Y os llamais?....

—Fritz Stein, respondió el aleman, incorporándose algun tanto sobre su asiento, y haciendo una ligera reverencia.

Poco tiempo despues, los dos nuevos amigos salieron.

Uno de los franceses, que estaba enfrente de la puerta, vió que al subir la escalera, el español echó sobre los hombros del aleman su hermosa capa forrada de pieles; que el aleman hizo alguna resistencia, y que el otro se esquivó, y se metió en su camarote.

—¿Habeis entendido lo que decian? le preguntó su compatriota.

—En verdad, repuso el primero (que era un comisionista de comercio), el latin no es mi fuerte; pero el mozo rubio y pálido se me figura una especie de Werther lloron, y he oido que hay en la historia su poco de Carlota, amen de los chiquillos, como en la novela alemana. Por dicha, en lugar de acudir á la pistola para consolarse, ha echado mano del ponche, lo que si no es tan sentimental, es mucho más filosófico y más aleman. En cuanto al español, le creo un Don Quijote, protector de desvalidos, con sus ribetes de San Martin, que partia su capa con los pobres: esto, unido á su talante altanero, á sus miradas firmes y penetrantes como alambres, y á su

rostro pálido y descolorido, á manera de paisaje en noche de luna, forma tambien un conjunto perfectamente español.

—Sabeis, repuso el otro, que como pintor de historia, voy á Tarifa, con designio de pintar el sitio de aquella ciudad, en el momento en que el hijo de Guzman hace seña á su Padre de que le sacrifique ántes que rendir la plaza. Si ese jóven quisiera servirme de modelo, estoy seguro del buen éxito de mi cuadro. Jamás he visto la naturaleza mas cerca de lo ideal.

—Asi sois todos los artistas. ¡siempre poetas! respondió el comisionista. Por mi parte, si no me engañan la gracia de ese hombre, su pie mugeril y bien plantado, y la elegancia y el perfil de su cintura, le califico desde ahora de torero. Quizás sea el mismo Montes, que tiene poco mas ó menos la misma catadura, y que ademas es rico y generoso.

—¡Un torero! exclamó el artista, ¡un hombre del pueblo! ¿Os estais chanceando?

—No por cierto, dijo el otro; estoy muy lejos de chancearme. No habeis vivido como yo en España y no conoceis el temple aristocrático de su pueblo. Ya veréis, ya veréis. Mi opinion es, que como gracias á los progresos de la igualdad y fraternidad, los chocantes aires aristocráticos se van extinguiendo, en breve no se hallarán sinó en España, entre en las gentes del pueblo.

—¡Creer que ese hombre es un torero! dijo el

artista con tal sonrisa de desdén, que el otro se levantó picado, y exclamó:

—Pronto sabré quién es: venid conmigo, y exploraréмos á su criado.

Los dos amigos subieron sobre cubierta, donde no tardaron en encontrar al hombre que buscaban.

El comisionista, que hablaba algo de español, entabló conversacion con él, y despues de algunas frases triviales, le dijo:

—¿Se ha ido á la cama su amo de vd.?

—Si señor; respondió el criado, echando á su interlocutor una mirada llena de penetracion y malicia.

—¿Es muy rico?

—No soy su administrador, sinó su ayuda de cámara.

—¿Viaja por negocios?

—No creo que los tenga.

—¿Viaja por su salud?

—La tiene muy buena.

—¿Viaja de incógnito?

—No señor; con su nombre y apellido.

—¿Y se llama?....

—Don Cárlos de la Cerda.

—¡Ilustre nombre por cierto! exclamó el pintor.

—El mio es Pedro de Guzman, y muy servidor de ustedes, añadió el criado.

Con lo cual, les hizo una cortesía, y se retiró.

—El Gil Blas tiene razon, dijo el francés. En Es-

paña no hay cosa mas comun que apellidos ilustres: es verdad que en París mi zapatero se llamaba Martel, mi sastre Roland, y mi lavandera Mad. Bayard. En Escocia hay mas Estuardos que piedras. ¡Hemos quedado frescos! El tuno del criado se ha burlado de nosotros. Pero, bien considerado, yo sospecho que es un agente de la faccion; un empleado oscuro de don Cárlos.

—¡Qué habia de ser, exclamó el artista. Es mi Alonso Perez de Guzman, el Bueno: el héroe de mis sueños.

El otro francés se encogió de hombros.

Llegado el buque á Cádiz, el español se despidió de Stein.

—Tengo que detenerme algun tiempo en Andalucía, le dijo. Pedro, mi criado, os acompañará á Sevilla, y os tomará asiento en la diligencia de Madrid. Aqui teneis una carta de recomendacion para el Ministro de la Guerra, y otra para el General en gefe del ejército. Si alguna vez necesitais de mí, escribidme á Madrid con este sobre.

Stein no podia hablar de puro conmovido. Con una mano tomaba las cartas, y con otra rechazaba la tarjeta que el español le presentaba.

—Vuestro nombre está grabado aquí, dijo el aleman poniendo la mano en el corazon. ¡Ah! No lo olvidaré en mi vida. Es el del corazon mas noble, el del alma mas elevada y generosa, el del mejor de los mortales.

—Con ese sobrescrito, repuso Don Cárlos sonriendo, vuestras cartas podrian no llegar á mis manos. Es preciso otro mas claro y mas breve.

Le entregó la tarjeta, y se despidió.

Stein leyó: *El Duque de Almansa.*

Y Pedro de Guzman, que estaba allí cerca, añadió:

—Marqués de Guadalmonte, de Val-de-Flores y de Roca-Fiel; Conde de Santa Clara, de Encinasola y de Lara; Caballero del Toison de Oro, y Gran Cruz de Cárlos III; Gentil hombre de cámara de Su Magestad. Grande de España de primera clase, etc., etc

CAPITULO II.

En una mañana de octubre de 1838, un hombre bajaba á pié de uno de los pueblos del condado de Niebla, y se dirigia hácia la playa. Era tal su impaciencia por llegar á un puertecillo de mar que le habian indicado, que creyendo acortar terreno, entró en una de las vastas dehesas, comunes en el Sur de España, verdaderos desiertos destinados á la cria del ganado vacuno, cuyas manadas no salen jamás de ellas.

Este hombre parecia viejo, aunque no tenia mas de veinte y seis años. Vestia una especie de levita militar, abotonada hasta el cuello. Su tocado era una mala gorra con visera. Llevaba al hombro un palo grueso, del que pendia una cajita de caoba, cubierta de bayeta verde; un paquete de libros, atados con tiras de orillo, un pañuelo que contenia algunas

piezas de ropa blanca, y una gran capa arrollada.

Este ligero equipaje parecia muy superior á sus fuerzas. De cuando en cuando se detenía apoyaba una mano en su pecho oprimido, ó la pasaba por su enardecida frente, ó bien fijaba sus miradas en un perro que le seguia, y que en aquellas paradas se acostaba á sus pies.

—¡Pobre Treu! (1) le decia, único ser que me acredita que todavía hay en el mundo cariño y gratitud! No: jamás olvidaré el dia en que por primera vez te ví! Fué con un pobre pastor, que murió fusilado por no haber querido ser traidor. Estaba de rodillas en el momento de recibir la muerte, y en vano procuraba alejarte de su lado. Pidió que te apartasen, y nadie se atrevia. Sonó la descarga, y tú, fiel amigo del desventurado, caiste mortalmente herido al lado del cuerpo exánime de tu amo Yo te recogí, curé tus heridas, y desde entónces no me has abandonado. Cuando los bromistas del regimiento se burlaban de mí, y me llamaban *cura-perros*, venias á lamerme la mano que te salvó, como queriendo decirme: «los perros son agradecidos.» ¡Oh Dios mio! Yo amaba tanto á mis semejantes!... hace dos años, que lleno de vida, de esperanza, de buena voluntad, llegué á este país, y les ofrecí mis desvelos, mis cuidados, mi saber y mi corazon. He curado muchas heridas,

(1) Treu significa en aleman *fiel*, y se pronuncia Trov.

y en cambio las he recibido muy profundas en mi alma! ¡Gran Dios! ¡Gran Dios! Mi corazon está destrozado. Me veo ignominiosamente arrojado del ejército, despues de dos años de servicio, despues de dos años de trabajar sin descanso, me veo acusado y perseguido, solo por haber curado á un hombre del partido contrario, á un infeliz, que perseguido como una bestia feroz, vino á caer moribundo en mis brazos! ¿Será posible que las leyes de la guerra conviertan en crímen lo que la moral erige en virtud, y la religion en deber? Y ¿qué me queda que hacer ahora? Ir á reposar mi cabeza calva y mi corazon ulcerado, á la sombra de los tilos de la casa paterna. ¡Allí no me contarán por delito el haber tenido piedad de un moribundo!

Despues de una pausa de algunos instantes, el desventurado hizo un esfuerzo.

—Vamos, Treu; *worwarst, worwarst* (1).

Y el viajero y el fiel animal prosiguieron su penosa jornada.

Pero á poco rato perdió el estrecho sendero que habia seguido hasta entonces, y que habian formado las pisadas de los pastores.

El terreno se cubria más y más de maleza, de matorrales altos y espesos: era imposible seguir en línea recta; no se podia andar sin inclinarse alternativamente á uno ú otro lado.

(1) Adelante, adelante.

El sol concluia su carrera, y no se descubria el menor viso de habitacion humana en ningun punto del horizonte; no se veia más, sinó la dehesa sin fin, desierto verde y uniforme como el Océano

Fritz Stein, á quien sin duda han reconocido ya nuestros lectores, conoció demasiado tarde que su impaciencia le habia inducido á contar con más fuerzas que las que tenia. Apénas podia sostenerse sobre sus pies hinchados y doloridos; sus arterias latian con violencia; partia sus sienes un agudo dolor; una sed ardiente le devoraba; y para aumento del horror de su situacion, unos sordos y prolongados mujidos le anunciaban la proximidad de algunas de las toradas medio salvajes, tan peligrosas en España.

—Dios me ha salvado de muchos peligros, dijo el desgraciado: tambien me protegerá ahora; y si no, hágase su voluntad!

Con esto apretó el paso lo más que le fué posible; pero ¡cuál no seria su espanto, cuando habiendo doblado una espesa mancha de lentiscos, se encontró frente á frente, y á pocos pasos de distancia, con un toro!

Stein quedó inmóvil y como petrificado. El bruto, sorprendido de aquel encuentro y de tanta audacia, se quedó tambien parado, fijando en Stein sus grandes y feroces ojos, ardientes como dos hogueras. El viajero conoció que al menor movimiento que hiciese, era hombre perdido. El toro,

que por el instinto natural de su fuerza y de su valor, quiere ser provocado para embestir, bajó y alzó dos veces la cabeza con impaciencia, arañó la tierra, y suscitó de ella nubes de polvo, como en señal de desafío. Stein no se movia. Entónces el animal dió un paso atrás, bajó la cabeza, y ya se preparaba á la embestida, cuando se sintió mordido en los corvejones. Al mismo tiempo, los furiosos ladridos de su leal compañero, dieron á conocer á Stein su libertador. El toro embravecido, se volvió á repeler el inesperado ataque, movimiento de que se aprovechó Stein para ponerse en fuga. La horrible situacion de que apénas se habia salvado, le dió nuevas fuerzas para huir por entre las carrascas y lentiscos, cuya espesura le ocultó á su formidable contrario.

Habia ya atravesado una cañada de poca extension, y subiendo á una loma, se detuvo casi sin aliento, y se volvió á mirar el sitio de su arriesgado lance. Entonces vió de léjos entre los arbustos á su pobre compañero, á quien el feroz animal levantaba una y otra vez por alto. Stein extendia sus brazos hácia el leal animal, y repetia sollozando:

—¡Pobre, pobre Treu! ¡Mi único amigo! ¡Qué bien mereces tu nombre! ¡Cuán caro te cuesta el amor que tuviste á tus amos!

Por sustraerse á tan horrible espectáculo, apresuró Stein sus pasos, no sin derramar copiosas lágrimas. Asi llegó á la cima de otra altura, desde

donde se desenvolvió á sus ojos una magnífica vista. El terreno descendia con imperceptible declive hácia el mar, que en calma y tranquilo, reflejaba los fuegos del sol en su ocaso, y parecia un campo sembrado de brillantes, rubíes y zafiros. Enmedio de esta profusion de resplandores, se distinguia como una perla, el blanco velámen de un buque, al parecer clavado en las olas. La accidentada línea que formaba la costa, presentaba ya una playa de dorada arena que las mansas olas salpicaban de plateada espuma, ya rocas caprichosas y altivas, que parecian complacerse en arrostrar el terrible elemento, á cuyos embates resisten, como la firmeza al furor. A lo léjos, y sobre una de las peñas que estaban á su izquierda, se divisaban las ruinas de un fuerte, obra humana que á nada resiste, á quien servían de base las rocas, obra de Dios, que resiste á todo. Algunos grupos de pinos alzaban sus fuertes y sombrías cimeras, descollando sobre la maleza. A la derecha, y en lo alto de un cerro, veíase un vasto edificio, sin poder precisar si era una poblacion, un palacio con sus dependencias, ó un convento.

Casi extenuado por su última carrera, y por la emocion que recientemente le habia agitado, aquel fué el punto á que dirigió sus pasos.

Ya habia anochecido cuando llegó. El edificio era un convento, como los que se construian en los siglos pasados. cuando reinaban la fé y el en-

tusiasmo: virtudes tan grandes, tan bellas, tan elevadas, que por lo mismo no tienen cabida en este siglo de ideas estrechas y mezquinas; porque entonces el oro no servia para amontonarlo ni emplearlo en lucros inícuos, sinó que se aplicaba á usos dignos y nobles, como que los hombres pensaban en lo grande y en lo bello, ántes de pensar en lo cómodo y en lo útil. Era un convento, que en otros tiempos suntuoso, rico, hospitalario, daba pan á los pobres, aliviaba las miserias y curaba los males del alma y del cuerpo; mas ahora abandonado, vacío, pobre, desmantelado, puesto en venta por unos pedazos de papel, nadie habia querido comprarlo, ni aun á tan bajo precio.

La especulacion, aunque engrandecida en dimensiones gigantescas, aunque avanzando como un conquistador que todo lo invade, y á quien no arredran los obstáculos, suele, sin embargo, detenerse delante de los templos del Señor, como la arena que arrebata el viento del desierto, se detiene al pié de las Pirámides.

El campanario, despojado de su adorno legítimo, se alzaba como un gigante exánime, de cuyas vacías órbitas hubiese desaparecido la luz de la vida. Enfrente de la entrada duraba aun una cruz de mármol blanco, cuyo pedestal medio destruido, la hacia tomar una postura inclinada, como de caimiento y dolor. La puerta, ántes abierta á todos de par en par, estaba ahora cerrada.

Las fuerzas de Stein le abandonaron, y cayó medio exánime en un banco de piedra pegado á la pared cerca de la puerta. El delirio de la fiebre turbó su cerebro; parecíale que las olas del mar se le acercaban, cual enormes serpientes, retirándose de pronto, y cubriéndole de blanca y venenosa baba: que la luna le miraba con pálido y atónito semblante: que las estrellas daban vueltas en rededor de él, echándole miradas burlonas. Oía mugidos de toros, y uno de estos animales, salia de detrás de la cruz, y echaba á los pies del calenturiento su pobre perro, despedazado. La cruz misma se le acercaba vacilante, como si fuera á caer, y abrumarle bajo su peso. ¡Todo se movia y giraba en rededor del infeliz! Pero enmedio de este caos, en que más y más se embrollaban sus idéas, oyó no ya rumores sordos y fantásticos, cual tambores lejanos, como le habian parecido los latidos precipitados de sus arterias, sinó un ruido claro y distinto, y que con ningun otro podia confundirse: el canto de un gallo.

Como si este sonido campestre y doméstico le hubiese restituido de pronto la facultad de pensar y la de moverse, Stein se puso en pie, se encaminó con gran dificultad hácia la puerta, y la golpeó con una piedra; le respondió un ladrido. Hizo otro esfuerzo para repetir su llamada, y cayó al suelo desmayado.

Abrióse la puerta, y aparecieron en ella dos personas

Era la una una mujer jóven, con un candil en la mano, la cual dirigiendo la luz hácia el objeto que divisaba á sus piés, exclamó:

—¡Jesus, María! no es Manuel: es un desconocido... ¡Y está muerto! ¡Dios nos asista!

—Socorrámosle, exclamó la otra, que era una mujer de edad, vestida con mucho aseo. Hermano Gabriel, hermano Gabriel, gritó entrando en el patio: venga Vd. pronto. Aquí hay un infeliz que se está muriendo.

Oyéronse pasos precipitados, aunque pesados. Eran los de un anciano de no muy alta estatura, cuya faz apacible y cándida indicaba una alma pura y sencilla. Su grotesco vestido consistia en un pantalon y una holgada chupa de sayal pardo, hechos al parecer de un hábito de fraile; calzaba sandalias, y cubria su luciente calva un gorro negro de lana

—Hermano Gabriel, dijo la anciana, es preciso socorrer á este hombre.

—Es preciso socorrer á este hombre, contestó el hermano Gabriel.

—¡Por Dios, señora! esclamó la del candil. ¿Dónde va Vd. á poner aquí á un moribundo?

—Hija, respondió la anciana, si no hay otro lugar en que ponerle, será en mi propia cama.

—¿Y va Vd. á meterle en casa, repuso la otra, sin saber siquiera quien es?

—¿Qué importa? dijo la anciana. ¿No sabes el refran: haz bien, y no mires á quien? Vamos, Dolores; ayúdame, y manos á la obra.

Dolores obedeció con celo y temor á un tiempo.

—Cuando venga Manuel, decia, quiera Dios que no tengamos alguna desazon.

—¡Tendria que ver! respondió la buena anciana, ¡no faltaba más sino que un hijo tuviese que decir á lo que su Madre dispone!

Entre los tres llevaron á Stein al cuarto del hermano Gabriel. Con paja fresca y una enorme y lanuda zaléa se armó al instante una buena cama. La tia María sacó del arca un par de sábanas no muy finas, pero muy blancas, y una manta de lana.

Fray Gabriel quiso ceder su almohada, á lo que se opuso la tia María, diciendo que ella tenia dos, y podia muy bien dormir con una sola. Stein no tardó en ser desnudado y metido en cama.

Entretanto se oian golpes repetidos á la puerta.

—Ahí está Manuel, dijo entonces su mujer. Venga Vd. conmigo, Madre, que no quiero estar sola con él, cuando se entere de que hemos dado entrada en casa á un hombre sin que él lo sepa.

La suegra siguió los pasos de la nuera.

—¡Alabado sea Dios! Buenas noches, Madre: buenas noches, mujer, dijo al entrar un hombre alto y de buen porte, que parecia tener de treinta y ocho á cuarenta años, y á quien seguia un muchacho como de unos trece.

—Vamos, Momo (1) añadió, descarga la burra y

(1) Diminutivo de Gerónimo en Andalucía.

llévala á la cuadra. La pobre Golondrina no puede con el alma.

Momo llevó á la cocina, punto de reunion de toda la familia, una buena provision de panes grandes y blancos, unas alforjas y la manta de su Padre. En seguida desapareció llevando del diestro á Golondrina.

Dolores volvió á cerrar la puerta, y se reunió en la cocina con su marido y con su madre.

—¿Me traes, le dijo, el jabon y el almidon?

—Aqui vienen.

—¿Y mi lino? pregunto la madre.

—Ganas tuve de no traerlo, respondió Manuel sonriéndose, y entregando á su Madre unas madejas.

—¿Y porqué, hijo?

—Es que me acordaba de aquel que iba á la feria, y á quien daban encargos todos sus vecinos. Tráeme un sombrero; tráeme un par de polainas: una prima queria un peine; una tia, chocolate; y á todo esto, nadie le daba un cuarto. Cuando estaba ya montando en la mula, llegó un chiquillo y le dijo, «Aqui tengo dos cuartos para un pito, ¿me lo quiere Vd. traer?» Y diciendo y haciendo, le puso las monedas en la mano. El hombre se inclinó, tomó el dinero, y le respondió: «*¡Tú pitarás!*» Y en efecto: volvió de la feria, y de todos los encargos no trajo mas que el pito.

—¡Pues está bueno! repuso la Madre: ¿para quién

me paso yo hilando los dias y las noches? ¿No es para tí y para tus hijos? ¿Quieres que sea como el sastre del Campillo, que cosia de balde y ponia el hilo?

En este momento se presentó Momo á la puerta de la cocina. Era bajo de cuerpo y rechoncho, alto de hombros, y además tenia la mala maña de subirlos más, con un gesto de desprecio y de *¿qué se me dá á mí?* hasta tocar con ellos sus enormes orejas, anchas como abanicos. Tenia la cabeza abultada, el cabello corto, los lábios gruesos. Era además chato y horriblemente bizco.

—Padre, dijo con un gesto de malicia; en el cuarto del hermano Gabriel hay un hombre acostado.

—¡Un hombre en mi casa! gritó Manuel saltando de la silla. Dolores, ¿qué es esto?

—Manuel, es un pobre enfermo. Tu Madre ha querido recogerlo. Yo me opuse á ello, pero su merced quiso. ¿Qué habia yo de hacer?

—¡Bueno está! pero, aunque sea mi Madre, no por eso ha de meter en casa al primero que se presenta.

—No: sinó dejarle morir á la puerta, como si fuera un perro, dijo la anciana. ¿No es eso?

—Pero, Madre, repuso Manuel. ¿Es mi casa algun hospital?

—No; pero es la casa de un cristiano; y si hubieras estado aqui, hubieras hecho lo mismo que yo.

—¡Que no! respondió Manuel; le habria puesto encima de la burra, y le habria llevado al lugar; ya que se acabaron los conventos.

—Aquí no teniamos burra para cargarlo, ni alma iviente que pudiera hacerse cargo de ese infeliz.

—¡Y si es un ladron!

—Quien se está muriendo, no roba.

—Y si le dá una enfermedad larga, ¿quién la costéa?

—Ya han matado una gallina para el caldo, dijo Momo; yo he visto las plumas en el corral.

—¿Madre, ha perdido Vd. el sentido? exclamó Manuel colérico.

—Basta, basta, dijo la Madre con voz severa y con dignidad. Caérsete debia la cara de vergüenza de haberte incomodado con tu Madre, solo por haber hecho lo que manda la ley de Dios! Si tu Padre viviera, no podria creer que su hijo cerraba la puerta á un infeliz que llegase á ella muriéndose y sin amparo.

Manuel bajó la cabeza, y hubo un rato de silencio general.

—Vaya, Madre, dijo en fin; haga Vd. cuenta que no he dicho nada. Gobiérnese á su gusto. Ya se sabe que las mujeres se salen siempre con la suya.

Dolores respiró libremente.

—¡Qué bueno es! dijo gozosa á su suegra.

—Tú podias dudarlo, respondió ésta sonriendo á su nuera á quien queria mucho, y levantándose para

ir á ocupar su puesto á la cabecera del enfermo.—Yo que le he parido, no lo he dudado nunca.

Al pasar cerca de Momo le dijo su abuela:

—Ya sabia yo que tenias malas entrañas; pero nunca lo has acreditado tanto como ahora. Anda con Dios; te compadezco: eres malo. y el que es malo, consigo lleva el castigo.

—Las viejas no sirven mas que para sermonear, gruñó Momo, echando á su abuela una torcida mirada.

Pero apénas habia pronunciado la última palabra, cuando su Madre que lo habia oido, se arrojó á él, y le descargó una bofetada.

—Aprende, le dijo, á ser insolente con la Madre de tu Padre, que es dos veces Madre tuya.

Momo se refugió llorando á lo último del corral, y desahogó su coraje dando una paliza al perro.

CAPÍTULO III.

La tia María y el hermano Gabriel se esmeraban á cual más en cuidar al enfermo; pero discordaban en cuanto al método que debia emplearse en su curacion. La tia María sin haber leido á Brown, estaba por los caldos sustanciosos y los confortantes tónicos, porque decia que estaba muy débil y muy extenuado.

Fray Gabriel, sin haber oido el nombre de Broussais, queria refrescos y temperantes, porque en su opinion, habia fiebre cerebral, la sangre estaba inflamada y la piel ardia.

Los dos tenian razon; y del doble sistema, compuesto de los caldos de la tia María y de las limonadas del hermano Gabriel, resultó que Stein recobró la vida y la salud el mismo dia en que la

buena mujer mató la última gallina, y el Hermano cogia el último limon en el limonero.

—Hermano Gabriel, dijo la tia María, ¿qué casta de pájaro cree Vd. que será nuestro enfermo? ¿Militar?

—Bien podrá ser que sea militar, contestó fray Gabriel, el cual, excepto en puntos de medicina y de horticultura, estaba acostumbrado á mirar á la tia María como á un oráculo, y á no tener otra opinion que la suya, lo mismo que había hecho con el Prior de su convento. Así que casi maquinalmente, repetia siempre lo que la buena anciana decia.

—No puede ser, prosiguió la tia María, meneando la cabeza. Si fuera militar, tendria armas, y no las tiene. Es verdad que al doblar su leviton para quitarlo de enmedio, hallé en el bolsillo una cosa á modo de pistola; pero al examinarla con cuidado, por si acaso, vine á caer en que no era pistola, sino flauta. Luego no es militar.

—No puede ser militar, repitió el hermano Gabriel.

—¿Si será un contrabandista?

—¡Puede ser que sea un contrabandista! dijo el buen lego.

—Pero no, repuso la anciana, porque para hacer el contrabando es preciso tener géneros ó dineros, y él no tiene ni lo uno ni lo otro.

—Es verdad: ¡no puede ser contrabandista! afirmó fray Gabriel.

—Hermano Gabriel, ¿á ver qué dicen los títulos de esos libros? puede ser que por ahí saquemos cuál es su oficio.

El hermano se levantó, tomó sus espejuelos engarzados en cuerno, los colocó sobre la nariz, echó mano al paquete de libros, y aproximándose á la ventana que daba al gran patio interior, estuvo largo rato examinándolos.

—Hermano Gabriel, dijo al cabo la tia María ¿Se le ha olvidado á Vd. el leer?

—No: pero no conozco estas letras. me parece que es hebreo.

—¡Hebreo! exclamó la tia María. ¡Vírgen Santa!! ¿Si será judío?

En aquel momento Stein, que había estado largo tiempo aletargado. abrió los ojos, y dijo en aleman:

—¿*Goth wo bin ich?* (Dios mio, ¿dónde estoy?)

La tia María se puso de un salto en medio del cuarto. El hermano Gabriel dejó caer los libros, y se quedó hecho una piedra, abriendo los ojos tan grandes como sus espejuelos.

—¿Qué ha hablado? preguntó la tia María.

—Será hebreo como sus libros; respondió fray Gabriel. Quizás será judio como Vd. ha dicho, tia María.

—¡Dios nos asista! exclamó la anciana. pero no. Si fuera judio, ¿no le habríamos visto el rabo cuando le desnudamos?

—Tia María, repuso el lego, el Padre Prior decia que eso del rabo de los judíos es una patraña, una tontería, y que los judíos no tienen tal cosa.

—Hermano Gabriel, replicó la tia María, desde la bendita constitucion todo se vuelve cambios y mudanzas. Esa gente que gobierna en lugar del Rey, no quiere que haya nada de lo que antes hubo; y por esto no han querido que los judíos tengan rabo y toda la vida lo han tenido, como el diablo. Si el Padre Prior dijo lo contrario, le obligaron á ello, como le obligaron á decir en la misa Rey *constitucional*.

—¡Bien podra ser! dijo el hermano.

—No será judío, prosiguió la anciana; pero será un moro ó un turco que habrá naufragado en estas costas.

—Un pirata de Marruecos, repuso el buen lego; ¡puede ser!

—Pero entonces llevaría turbante y chinelas amarillas, como el moro que yo ví hace treinta años cuando fuí á Cádiz: se llamaba el moro Seylan. ¡Qué hermoso era! Pero para mí, toda su hermosura se le quitaba con no ser cristiano. Pero mas que sea judío ó moro, no importa: socorrámosle.

—Socorrámosle aunque sea judío ó moro, repitió el hermano.

Y los dos se acercaron á la cama.

Stein se habia incorporado, y miraba con estrañeza todos los objetos que le rodeaban.

—No entenderá lo que le digamos, dijo la tia María; pero hagamos la prueba.

—Probemos, repitió el hermano Gabriel.

La gente del pueblo en España cree generalmente que el mejor medio de hacerse entender es hablar á gritos. La tía María y fray Gabriel, muy convencidos de ello, gritaron á la vez, ella: ¿quiere Vd. caldo? y él: ¿quiere Vd. limonada?

Stein, que iba saliendo poco á poco del cáos de sus idéas, preguntó en español:

—¿Dónde estoy? ¿Quiénes son Vds.?

—El señor, respondió la anciana, es el hermano Gabriel, y yo soy la tia María, para lo que usted quiera mandar.

—¡Ah! dijo Stein, el Santo Arcángel y la bendita Vírgen, cuyos nombres llevais, aquella que es la salud de los enfermos, la consoladora de los afligidos, y el socorro de los cristianos, os pague el bien que me habeis hecho.

—Habla español, exclamó alborozada la tia María, y es cristiano, y sabe las letanías!

Y llena de júbilo, se arrojó á Stein, le estrechó en sus brazos, y le estampó un beso en la frente.

—Y á todo esto, ¿quién es Vd.? dijo la tia María, despues de haberle dado una taza de caldo. ¿Cómo ha venido Vd. á parar enfermo y muriéndose á este despoblado?

—Me llamo Stein, y soy cirujano. He estado en la guerra de Navarra, y volvia por Extremadura á

buscar un puerto donde embarcarme para Cádiz, y de allí á mi tierra, que es Alemania. Perdí el camino, y he estado largo tiempo dando rodeos, hasta que por fin he llegado aquí enfermo, exánime y moribundo.

—Ya vé Vd., dijo la tia María al hermano Gabriel, que sus libros no están en hebreo, sino en la lengua de los cirujanos.

—Eso es, están escritos en la lengua de los cirujanos, repitió fray Gabriel.

—¿Y de qué partido era Vd.? preguntó la anciana; ¿de Don Cárlos ó de los otros?

—Servía en las tropas de la Reina, respondió Stein.

La tia María se volvió á su compañero, y con una guiñada, le dijo en voz baja:

—Este no es de los buenos.

—¡No es de los buenos! repitió fray Gabriel, bajando la cabeza.

—Pero ¿dónde estoy? volvió á preguntar Stein.

—Está Vd., respondió la anciana, en un convento, que ya no es convento; es un cuerpo sin alma. Ya no le quedan mas que las paredes, la cruz blanca y fray Gabriel. Todo lo demás se lo llevaron los otros. Cuando ya no quedó nada que sacar, unos señores que se llaman *crédito público*, buscaron un hombre de bien para guardar el convento, es decir, el caparazon. Oyeron hablar de mi hijo, y vinimos á establecernos aquí, donde yo vivo

con ese hijo, que es el único que me ha quedado. Cuando entramos en el convento, salían de él los Padres. Unos iban á América, otros á las misiones de la China, otros se quedaron con sus familias, y otros se fueron á buscar la vida trabajando ó pidiendo limosna. Vimos á un hermano lego, viejo y apesadumbrado, que sentado en las gradas de la cruz blanca, lloraba unas veces por sus hermanos que se iban, y otras por el convento que se quedaba solo.—«¿No viene su merced?» le preguntó un corista.—«¿Y á dónde he de ir? respondió.—Jamás he salido de estos muros, donde fuí recogido niño y huérfano, por los Padres. No conozco á nadie en el mundo, ni sé mas que cuidar la huerta del convento. ¿A dónde he de ir? ¿Qué he de hacer? Yo no puedo vivir sino aquí!»—«Pues quédese Vd. con nosotros, le dije yo entónces.»—«Bien dicho, Madre, repuso mi hijo. Siete somos los que nos sentamos á la mesa: nos sentarémos ocho; comerémos más, y comerémos ménos, como suele decirse.»

—Y gracias á ésta caridad, añadió fray Gabriel, cáteme Vd. aquí cuidando la huerta; pero desde que se vendió la noria, no puedo regar ni un palmo de tierra; de modo que se están secando los naranjos y los limones.

—Fray Gabriel, continuó la tia María, se quedó en estas paredes, á las cuales está pegado como la yedra; pero como iba diciendo, ya no hay más que paredes. ¡Habrá picardía! Nada, lo que ellos dicen:

«Destruyamos el nido, para que no vuelvan los pájaros.»

—Sin embargo, dijo Stein; yo he oido decir que había demasiados conventos en España.

La tia Maria fijó en el aleman sus ojos negros, vivos y espantados; despues. volviéndose al lego, le dijo en voz baja:

—¿Serán ciertas nuestras primeras sospechas?

—Puede ser que sean ciertas nuestras primeras sospechas, contestó el hermano.

CAPÍTULO IV.

Stein, cuya convalecencia adelantaba rápidamente, pudo en breve, con ayuda del hermano Gabriel, salir de su cuarto, y examinar menudamente aquella noble estructura, tan suntuosa, tan magnífica, tan llena de primores y de riquezas artísticas, la cual, léjos de las miradas de los hombres, colocada entre el cielo y el desierto, habia sido digna morada de muchos varones ricos é ilustres, que vivieron en el convento, realzando su nobleza y suntuosidad con las virtudes y grandes prendas de que Dios los habia dotado, sin otro testigo que su Criador, ni mas fin que glorificarle; porque se engañan mucho los que creen que la modestia y la humildad se ocultan siempre bajo la libréa de la pobreza. No: los remiendos y las casuchas abrigan á veces mas orgullo que los palacios.

El gran portal embovedado, por donde habia

sido introducido Stein, daba á un gran patio cuadrado. Desde la puerta hasta el fondo del patio, se extendia una calle de enormes cipreses. Allí se alzaba una vasta reja de hierro, que dividia el patio grande, de otro largo y estrecho, en que continuaba la calle de cipreses, pareciendo entrar en ella con paso magestuoso, y formando una guardia de honor al magnífico portal de la iglesia, que se hallaba en el fondo de este segundo y estrecho patio.

Cuando la puerta exterior y la reja estaban abiertas de par en par, como las iglesias de los conventos no están obstruidas por el coro, desde las gradas de la cruz de mármol blanco, que estaba situada á distancia fuera del edificio, se divisaba perfectamente el soberbio altar mayor, todo dorado desde el suelo hasta el techo, y que cubria la pared de la cabecera del templo. Cuando reverberaban centenares de luces en aquellas refulgentes molduras, y en las innumerables cabezas de ángeles que formaban parte de su adorno; cuando los sonidos del órgano, armonizando con la grandeza del sitio, y con la solemnidad del culto católico estallaban en la bóveda de la iglesia, demasiado estrecha para contenerlos, y se iban á perder en las del cielo; cuando se ofrecia esta grandiosa escena, sin mas espectadores que el desierto, la mar y el firmamento, no parecia sino que para ellos solos se habia levantado aquel edificio, y se celebraban los oficios divinos.

A los dos lados de la reja, fuera de la calle de cipreses, habia dos grandes puertas. La de la izquierda, que era el lado del mar, daba á un patio interior, de gigantescas dimensiones. Reinaba en torno de él un anchuroso cláustro, sostenido en cada lado por veinte columnas de mármol blanco. Su pavimento se componia de losas de mármol azul y blanco. Enmedio se alzaba una fuente, alimentada por una noria que estaba siempre en movimiento. Representaba una de las obras de misericordia, figurada por una mujer dando de beber á un peregrino, que postrado á sus pies, recibia el agua, que en una concha ella le presentaba. La parte inferior de las paredes, hasta una altura de diez pies, estaba revestida de pequeños azulejos, cuyos brillantes colores se enlazaban en artificiosos mosáicos. Enfrente de la entrada se abria una anchísima escalera de mármol, construccion aérea, sin mas apoyo ni sosten, que la sábia proporcion de su masa enorme. Estas admirables obras maestras de arquitectura, eran muy comunes en nuestros conventos. Los grandes artistas, autores de tantas maravillas, estaban animados de un santo celo religioso, y por el noble deseo y la creencia de que trabajaban para la mas remota posteridad. Sabido es que el primero y el mas popular de ellos, no trabajaba en ningun asunto religioso sin haber comulgado ántes (1).

(1) Bartolomé Esteban Murillo.

El cláustro alto estaba sostenido por veinte columnas mas pequeñas que las del bajo. Reinaba en torno una balaustrada de mármol blanco, calada, y de un trabajo exquisito. Caian á estos cláustros las puertas de las celdas, hechas de caoba, pequeñas, pero cubiertas de adornos de talla. Las celdas se componian de una pequeña antecámara, que daba paso á una sala tambien chica, con su correspondiente alcoba. El ajuar lo formaban en la pieza principal algunas sillas de pino, una mesa y un estante, y en la alcoba, una cama, que consistia en cuatro tablas sin colchon, y dos sillas.

Detrás de este patio habia otro por el mismo estilo: alli estaban el noviciado, la enfermería, la cocina y los refectorios. Habia en estos unas mesas largas, de mármol, y una especie de púlpito para el que leia durante las comidas.

El departamento situado á la derecha de la calle de cipreses, contenia un pátio semejante á la del lado opuesto. Alli estaba la hospedería, donde eran recibidos los forasteros, ya fuesen legos ó religiosos. Estaban tambien la librería, las sacristías, los guardamuebles, y otras oficinas. En el segundo patio, al que se entraba por una puerta exterior, se hallaban, abajo almacenes para el aceite, y arriba los graneros. Estos cuatro pátios, en medio de los cuales, precedida de la calle de cipreses, se erguia la iglesia con su campanario, como un enorme ciprés de piedra, formaban el conjunto de aquel magestuo-

so edificio. El techo se componia de un millon de tejas, sujeta cada una con un gran clavo de hierro, para evitar que las arrancasen los huracanes en aquel sitio elevado y próximo al mar. A razon de real por clavo, esta sola parte del material habia costado cincuenta mil duros.

Rodeaba el convento por delante el patio grande, de que ya hemos hablado, y en él, á izquierda y derecha de la puerta de entrada, habia habitaciones pequeñas de un solo piso, para alojar á los jornaleros, cuando los religiosos cultivaban sus tierras: allí habitaba en la época en que pasa nuestra historia, el guarda Manuel Alerza con su familia. A la izquierda, hácia el lado del mar, se extendia una gran huerta, ostentando bajo las ventanas de las celdas, su fresco verdor, sus árboles, sus flores, el murmullo de sus acequias, el canto de los pájaros y la esquila del buey que tiraba de la noria. Formaba todo esto un pequeño oásis, en medio de un desierto seco y uniforme, cerca de esa mar que se complace en el estrago y en la destruccion, y que se detiene delante de un límite de arena. Pero lo que abundaba en este lugar solitario y silencioso, eran los cipreses y las palmeras, árboles de los conventos, los unos de brote derecho y austero, que aspiran á las alturas; los otros no ménos elevados, pero que inclinan sus brazos á la tierra, como para atraer á las plantas débiles que vejetan en ella.

Los pozos y la armazon entera de las norias colocados en colinas artificiales para dar elevacion á las aguas, se abrigaban bajo enramadas piramidales de yedra, tan espesa, que, cerrada la puerta de entrada, no se podian casi distinguir los objetos sin luz artificial. El eje que sostenia la rueda, estaba apoyado en dos troncos de olivo, que habian echado raices, y cubiértose de una corona de follaje verde oscuro. La espesura de la yedra daba abrigo á innumerables pajarillos, alegres y satisfechos con tener alli ocultos sus nidos, mientras que el buey giraba con lento paso, haciendo resonar la esquila que le pendia al cuello, y cuyo silencio indicaba al hortelano que el animal disfrutaba el dulce *farniente*.

Las celdas del piso bajo abrian á un terrado con bancos de piedra, y sentados en ellos los solitarios, podian contemplar aquel estrecho y ameno recinto, animado por el canto de las aves y perfumado por las emanaciones de las flores, parecido á una vida tranquila y reconcentrada; ó bien podian esparcir sus miradas por el espacio, en la inmensa extension del Océano, tan espléndido como traidor; unas veces manso y tranquilo como un cordero, otras agitado y violento como una furia, semejante á esas existencias ingentes y ruidosas, que se agitan en la escena del mundo.

Aquellos hombres de ciencia profunda, de estudios graves, de vida austera y retirada, cultiva-

ban macetas de flores en sus terrados, y criaban pajaritos, con paternal esmero; porque si el paganismo puso lo sublime en la heroicidad, el cristianismo lo ha puesto en la sencillez.

En el lado opuesto á la huerta, un espacio de las mismas dimensiones, y encerrado en las tapias del convento, contenia los molinos de aceite, cuyas vigas, de cincuenta pies de largo y cuatro de ancho, eran de caoba; y además las atahonas, los hornos, las caballerizas y los establos.

Guiado por el buen hermano Gabriel, pudo Stein admirar aquella grandeza pasada, aquella ruina proscrita, aquel abandono, que á manera de cáncer, devoraba tantas maravillas; aquella destruccion que se apodera de un edificio vacío, aunque fuerte y sólido, como los gusanos toman posesion del cadáver de un hombre jóven y robusto.

Fray Gabriel no interrumpia las reflexiones del cirujano aleman. Pertenecia á la excelente clase de pobres de espíritu, que lo son tambien de palabras. Concentraba en sí su tristeza *incolora*, sus uniformes recuerdos, sus pensamientos monótonos. Por esto solia decirle la tia María:

—Es Vd. un bendito, hermano Gabriel; pero no parece que la sangre corre en sus venas, sino que se paséa. Si algun dia tuviese Vd. una viveza, (y solo podria ser si volviesen los padres al convento, las campanas á la torre y las norias á la huerta), le ahogaria á Vd.

En la iglesia, vacía y desnuda, todavía quedaban bastantes restos de magnificencia, para poder graduar toda la que se habia perdido. Aquel dorado altar mayor, tan brillante cuando reflejaba la luz de los cirios que encendía la devocion de los fieles, estaba empañado por el polvo del olvido. Aquellas preciosas cabezas de angelitos, que lo adornaban; aquellas ventanas, cuyas vidrieras estaban rotas dejando entrada libre á los mochuelos y otros pájaros, cuyos nidos afeaban las bien talladas y doradas cornisas, y que convertian en inmunda sentina el rico pavimento de mármol; aquellos esqueletos de altares despojados de todos sus adornos; aquellos grandes y hermosos ángeles, que parecian salir de las pilastras; para sostener en sus manos lámparas de plata siempre encendidas, y extendian aun sus brazos, mirando aquellas con dolor vacías! Los lindos frescos de las bóvedas, que no habian podido ser arrebatados, y á los cuales inundaban de llanto las nubes del cielo, impulsadas por los temporales; el yermo santuario, cuyas puertas habian sido de plata maciza con bajos relieves de Berruguete; las pilas secas y cubiertas de polvo... ¡Dios mio! ¿qué artista no suspira al verlos? ¿qué cristiano no se aflige? ¿qué católico no se prosterna y llora?

En la sacristía, guarnecida en derredor de cómodas, cuya parte superior formaba una mesa prolongada, los cajones estaban abiertos y vacíos. En

ellos se guardaron ántes las albas de olan guarnecidas de encajes, los ornamentos de terciopelo y de tisú, en los que la plata bordaba al terciopelo; el oro, á la plata; y las perlas, al oro. En un retrete inmediato estaban todavía las cuerdas de las campanas; una, mas delgada que las otras, movía la campana clara y sonora, que llamaba los fieles á Misa; otra hacía vibrar el bronce retumbante y melodioso, como una banda de música militar, grave, aunque animada, que en compañía de sus acólitas, anunciaba las grandes festividades cristianas. Otra finalmente despertaba sonidos profundos y solemnes, como los del cañon, para pedir oraciones á los hombres y clemencia al cielo por el pecador difunto.

Stein se sentó en el primer escalon de las gradillas del púlpito que estaba sostenido por un águila de mármol negro. Fray Gabriel se hincó de rodillas en las gradas de jaspe del altar mayor.

—¡Dios mio! decia Stein, apoyando la cabeza en las manos; esas hendiduras, esa agua que penetra en las bóvedas, y gotéa minando el edificio con su lento y seguro trabajo; ese maderaje que se hunde, esos adornos que se desmoronan... ¡qué espectáculo tan triste y espantoso! A la tristeza que produce todo lo que deja de existir, se une aquí el horror que inspira todo lo que perece de muerte violenta, y á manos del hombre. ¡Este edificio, alzado en honor de Dios por hombres piadosos, condenado á la nada por sus descendientes!

—¡Dios mio! decia el hermano Gabriel, en mi vida he visto tantas telarañas. Cada angelito tiene un solidéo de ellas. San Miguel lleva una en la punta de la espada, y no parece sino que me la está presentando. ¡Si el Padre Prior viera esto!

Stein cayó en una profunda melancolía. Este santo lugar, pensaba, respetado por el rumor del mundo, y por la luz del dia, donde venian los Reyes á inclinar sus cabezas, y los pobres á levantar las suyas; este lugar que daba lecciones severas al orgullo, y suaves alegrías á los humildes, hoy se vé decaido y entregado al acaso, como bajel sin piloto!

En este momento, un vivo rayo del sol penetró por una de las ventanas, y vino á dar en el remate del altar mayor, haciendo resaltar en la oscuridad con su esplendor, como si sirviese de respuesta á las quejas de Stein, un grupo de tres figuras abrazadas. Eran la Fé, la Esperanza y la Caridad (1)!

(1) Habíamos pensado acortar la descripcion, quizás demasiado prolija, del convento, persuadidos por una parte de que es de poco interés, y no tiene novedad para la presente generacion, que conoce estas obras portentosas esparcidas por toda España; y por otra, de que la opinion reinante clasificará tal vez estas suntuosidades, cuando ménos, de gastos inútiles; reflexion, y sea dicho de paso, que no se les ocurre á los fabricadores de las modernas opiniones, cuando de entre las ruinas de los templos griegos levantados á los falsos Dioses, desentierran tantas maravillas del arte, ni al rebuscar y recoger las riquezas que en los templos americanos é indios se acumulaban. Habíamos, pues, decimos, pensado en acortar esta descripcion del convento; hemos dicho la causa. Pero no lo hemos verificado, quizá por un presentimiento de que esto tendria interés para los extranjeros que no conocen nuestros bellos y magnos edificios religiosos.

CAPÍTULO V.

El fin de octubre habia sido lluvioso, y noviembre vestia su verde y abrigado manto de invierno

Stein se paseaba un dia por delante del convento, desde donde se descubria una perspectiva inmensa y uniforme: á la derecha el mar sin límites; á la izquierda, la dehesa sin término. En medio, se dibujaba á la claridad del horizonte el perfil oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imágen de la nada en medio de la inmensidad. La mar, que no agitaba el soplo mas ligero, se mecía blandamente, levantando sin esfuerzo sus oleadas, que los reflejos del sol doraban, como una Reina que deja ondear su manto de oro. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamentos, estaba en armonía con el grave y monótono paisaje; su mole ocultaba

el único punto del horizonte interceptado en aquel uniforme panorama.

En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un rio tan caudaloso y turbulento en invierno, como pobre y estadizo en verano. Los alrededores bien cultivados, presentaban de léjos el aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde; aquí el amarillento de la vid aun cubierta de follaje; allí, el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo, que habian hecho brotar las lluvias de otoño; ó el verde sombrío de las higueras; y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del rio cruzaban algunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevacion, se veia una capilla; delante se alzaba una gran cruz, en una base de forma de pirámide de mampostería blanqueada; detrás habia un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

Delante de la cruz pendia un farol, siempre encendido; y la cruz, emblema de salvacion, servía de faro á los marineros; como si el Señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas á aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable á los hombres de fé robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.

No puede compararse este árido y uniforme paisaje con los valles de Suiza, con las orillas del Rhin

ó con la costa de la isla de Wight. Sin embargo, hay una mágia tan poderosa en las obras de la naturaleza, que ninguna carece de bellezas y atractivos; no hay en ellas un solo objeto desprovisto de interés, y si á veces faltan las palabras para explicar en qué consiste, la inteligencia lo comprende, y el corazon lo siente.

Mientras Stein hacia estas reflexiones, vió que Momo salia de la hacienda en direccion al pueblo. Al ver á Stein, le propuso que le acompañase; éste aceptó; y los dos se pusieron en camino en direccion al lugar.

El dia estaba tan hermoso, que solo podia compararse á un diamante de aguas exquisitas, de brillante esplendor, y cuyo valor no aminora el mas pequeño defecto. El alma y el oido reposaban suavemente en medio del silencio profundo de la naturaleza. En el azul turquí del cielo no se divisaba mas que una nubecilla blanca, cuya perezosa inmovilidad la hacia semejante á una odalisca, ceñida de velos de gasa, y muellemente recostada en su otomana azul.

Pronto llegaron á la colina próxima al pueblo, en que estaban la cruz y la capilla.

La subida de la cuesta, aunque corta y poco empinada, habia agotado las fuerzas, aun no restablecidas de Stein. Quiso descansar un rato, y se puso á examinar aquel lugar.

Acercóse al cementerio. Estaba tan verde y tan

florido, como si hubiera querido apartar de la muerte el horror que inspira. Las cruces estaban ceñidas de vistosas enredaderas, en cuyas ramas revoloteaban los pajarillos, cantando: *¡Descansa en paz!* Nadie habria creido que aquella fuese la mansion de los muertos, si en la entrada no se leyese esta inscripcion: «*Creo en la remision de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable. Amen.*» La capilla era un edificio cuadrado, estrecho y sencillo, cerrado al frente con una reja, y coronada su modesta media naranja por una cruz de hierro. La única entrada era una puertecita inmediata al altar.

En este habia un gran cuadro pintado al óleo, que representaba una de las caidas del Señor con la cruz. Detrás, se veian la Vírgen, San Juan y las tres Marías; y al lado del Señor, los feroces soldados romanos. De puro vieja, habia tomado esta pintura un tono tan oscuro, que era difícil discernir los objetos; pero aumentando al mismo tiempo el efecto de la profunda devocion que inspiraba su vista, sea porque la meditacion y el espiritualismo se avienen mal con los colores chillones y relumbrantes, ó sea por el sello de veneracion que imprime el tiempo á las obras del arte, mayormente cuando representan objetos de devocion, que entonces parecen doblemente santificados por el culto de tantas generaciones. Todo pasa y todo muda en torno de esos piadosos monumentos; ménos ellos, que permanecen

sin haber agotado los tesoros de consuelos que á manos llenas prodigan.

La devocion de los fieles habia adornado el cuadro con diferentes objetos de hojuela de plata, colocados de tal modo, que parecian formar parte de la pintura: eran estos una corona de espinas sobre la cabeza del Señor; una diadema de rayos sobre la de la Vírgen, y remates en las extremidades de la cruz. Esta costumbre piadosa, es extraña y aun ridícula á los ojos del artista, es cierto: pero á bien que la capilla del Cristo del Socorro no era un muséo; jamás habia atravesado un artista sus umbrales: alli no acudian mas que sencillos devotos, que solo iban á rezar.

Las dos paredes laterales estaban cubiertas de ex-votos, de arriba á abajo.

Los ex-votos son testimonios públicos y auténticos de beneficios recibidos, consignados por el agradecimiento al pié de los altares, unas veces cuando se obtiene la gracia que se pide; otras se prometen en grandes infortunios y circunstancias apuradas. Allí se ven largas trenzas de cabello, que la hija amante ofreció, como su mas precioso tesoro, el dia en que su madre fué arrancada á las garras de la muerte; niños de plata colgados de cintas color de rosa, que una madre afligida, al ver á su hijo mortalmente herido, consagró, por obtener su alivio, al Señor del Socorro; brazos, ojos, piernas de plata ó de cera, segun las facultades del votante; cuadros

de naufragios ó de otros grandes peligros, en medio de los cuales los fieles tuvieron lo que los descreidos calificarán de la *sencillez* de creer que sus plegarias podrian ser oidas y otorgadas por la misericordia divina; pues por lo visto las gentes *de alta razon*, *los ilustrados*, *los que dicen ser los mas*, *y se tienen por los mejores*, no creen que la oracion es un lazo entre Dios y el hombre.

Estos cuadros no eran obras maestras del arte; pero quizás si lo fueran, perderían su fisonomía, y sobre todo, su candor. ¡Y hay todavía personas que presumiendo hallarse dotadas de un mérito superior, cierran sus almas á las dulces impresiones del candor, que es la inocencia y la serenidad del alma! ¿Acaso ignoran que el candor se va perdiendo, al paso que el entusiasmo se apaga? Conservad, Españoles, y respetad los débiles vestigios que quedan de cosas tan santas como inestimables. No imiteis al mar Muerto, que mata con sus exhalaciones los pájaros que vuelan sobre sus olas, ni, como él, sequeis las raices de los árboles, á cuya sombra han vivido felices muchos paises y tantas generaciones!

Entre los ex-votos habia uno que por su singularidad causó mucha estrañeza á Stein. La mesa del altar no era perfectamente cuadrada desde arriba abajo, sino que se estrechaba en línea curva hácia el pié. Entre su base y el enladrillado habia un pequeño espacio. Stein percibió allí en la sombra un objeto apoyado contra la pared; y á fuerza de

fijar en él sus miradas, vino á distinguir que era un trabuco. Tal era su volúmen, y tal debia ser su peso, que no podia entenderse cómo un hombre podia manejarlo; lo mismo que sucede cuando miramos las armaduras de la edad media. Su boca era tan grande que podia entrar holgadamente por ella una naranja. Estaba roto, y sus diversas partes toscamente atadas con cuerdas.

—Momo, dijo Stein, ¿qué significa eso? ¿Es efectivamente un trabuco?

—Me parece, dijo Momo, que bien á la vista está.

—Pero, ¿porqué se pone un arma homicida en este lugar pacífico y santo? En verdad que aqui puede decirse aquello de que pega como un par de pistolas á un Santo Cristo.

—Pero yá vé Vd , respondió Momo, que no está en manos del Señor, sino á sus piés, como ofrenda. El dia que se trajo aquí ese trabuco (que hace muchísimos años) fué el mismo en que se le puso á ese Cristo el nombre del Señor del Socorro.

—Y ¿con qué motivo? preguntó Stein.

—Don Federico, dijo Momo abriendo tantos ojos, todo el mundo sabe eso. ¡Y Vd. no lo sabe!

—¿Has olvidado que soy forastero? replicó Stein.

—Verdad es, repuso Momo; pues se lo diré á su merced. Hubo en esta tierra un salteador de caminos, que no se contentaba con robar á la gente, sino

que mataba á los hombres como moscas, ó porque no le delatasen, ó por antojo. Un dia, dos hermanos vecinos de aquí, tuvieron que hacer un viaje. Todo el pueblo fué á despedirlos, deseándoles que no topasen con aquel forajido que no perdonaba vida, y tenia atemorizado al mundo. Pero ellos, que eran buenos cristianos, se encomendaron á este Señor, y salieron confiando en su amparo. Al emparejar con un olivar, se echaron á la cara al ladron, que les salia al encuentro con su trabuco en la mano. Echóselo al pecho y les apuntó. En aquel trance se arrodillaron los hermanos clamando al Cristo: ¡Socorro, Señor! El desalmado disparó el trabuco, pero quien quedó alma del otro mundo fué él mismo, porque quiso Dios que en las manos se le reventase el trabuco. ¡Y el trabuquillo era flojo en gracia de Dios! Ya lo está Vd. mirando. En memoria del milagroso socorro, lo ataron con esas cuerdas, y lo depositaron aquí, y al Señor se le quedó la advocacion del Socorro (1). ¿Con qué no lo sabia usted, Don Federico?

(1) Esta leyenda del Señor del Socorro; ó por mejor decir, esta relacion verídica del suceso que es asunto del cuadro, la testificaba el mencionado trabuco, que á los piés del altar se veia en su capilla, sita en la calle del *Ganado*, del Puerto de Santa María. Há poco (en 1855) ha sido cerrada. El Sr. Vicario de dicho punto, segun tenemos entendido, reclama el cuadro para que se le dé culto en la Iglesia Mayor.—Estamos persuadidos de que si logra su deseo, no se atreverá, á poner á los piés del altar el antiguo y roto trabuco, que al reventar, salvó la vida á los

—No lo sabia, Momo, respondió éste,—y añadió como respondiendo á sus propias reflexiones,—¡si tú supieras cuánto ignoran aquellos que dicen que se lo saben todo!!!

—Vamos, ¿se viene Vd., Don Federico? dijo Momo despues de un rato de silencio: mire Vd. que no me puedo detener.

—Estoy cansado, contestó éste, véte tú, que aquí te aguardaré.

—Pues.... con Dios! repuso Momo, poniéndose en camino y cantando.

Quédate con Dios y á Dios,
Dice la comun sentencia;
Que el pobre puede ser rico,
Y el rico no compra ciencia.

Stein contemplaba aquel pueblecito tan tranquilo, medio pescador, medio marinero, llevando con una mano el arado y con la otra el remo. No se componia, como los de Alemania, de casas esparcidas sin órden con sus techos tan campestres, de paja, y sus jardines; ni reposaba, como los de Inglaterra, bajo la sombra de sus pintorescos árboles; ni como los de Flándes formaba dos hileras de lin-

dos devotos que al Señor pedian *socorro*. ¿Qué diria el *decoro protestante*, que se nos vá inoculando como un humor frio, de ver un trabuco en una iglesia? ¿Qué los que acatan la *letra*, y no el *espíritu*?....

das casas á los lados del camino. Constaba de algunas calles anchas, aunque mal trazadas, cuyas casas, de un solo piso y de desigual elevacion, estaban cubiertas de vetustas tejas: las ventanas eran escasas, y mas escasas aún las vidrieras y toda clase de adorno. Pero tenia una gran plaza, á la sazon verde como una pradera, y en ella una hermosísima iglesia; y el conjunto era diáfano, aseado y alegre

Catorce cruces iguales á la que cerca de Stein estaba, se seguian de distancia en distancia, hasta la última, que se alzaba en medio de la plaza haciendo frente á la iglesia. Era esto la *Via crucis.*

Momo volvió, pero no volvia solo. Venia en su compañía un señor de edad, alto, seco, flaco y tieso como un cirio. Vestia chaqueta y pantalon de basto paño pardo, chaleco de piqué de colores moribundos, adornado de algunos zurcidos, obras maestras en su género, faja de lana encarnada, como las gastan las gentes del campo, sombrero calañés de ala ancha, con una cucarda, que habia sido encarnada, y que el tiempo, el agua y el sol habian vuelto de color de zanahoria. En los hombros de la chaqueta habia dos estrechos galones de oro problemático, destinados á sujetar dos charreteras; y una espada vieja, colgada de un cinturon idem, completaba este conjunto medio militar y medio paisano. Los años habian hecho grandes estragos en la parte delantera del largo y estrecho cráneo

de este sujeto. Para suplir la falta de adorno natural, habia levantado y traido hácia adelante los pocos restos de cabellera que le quedaban, sujetándolos por medio de un cabo de seda negra sobre la parte alta del cráneo, de donde formaban un hopito con la gracia chinesca mas genuina.

—Momo, ¿quién es este señor? preguntó Stein á media voz.

—El Comandante, respondió éste en su tono natural.

—¡Comandante! ¿de qué? tornó Stein á preguntar.

—Del fuerte de San Cristóbal.

—¡Del fuerte de San Cristóbal!.... exclamó Stein extático.

—Servidor de Vd., dijo el recien venido, saludando con cortesía: mi nombre es Modesto Guerrero, y pongo mi inutilidad á la disposicion de usted.

Ese usual cumplido tenia en este sujeto una aplicacion tan exacta, que Stein no pudo ménos de sonreirse al devolver al militar su saludo.

—Sé quien es Vd., prosiguió Don Modesto, tomo parte en sus contratiempos, y le doy el parabien por su restablecimiento, y por haber caido en manos de los Alerzas, que son, á fé mia, unas buenas gentes; mi persona y mi casa están á la disposicion de Vd., para lo que guste mandar. Vivo en la plaza de la Iglesia, quiero decir, de la Constitucion, que

es como ahora se llama. Si alguna vez quiere usted favorecerla, el letrero podrá indicarle la plaza.

—Si en todo el lugar hay otra, ¿á qué tantas señas? dijo Momo.

—¿Con que tiene una inscripcion? preguntó Stein, que en su vida agitada de campamentos, no habia tenido ocasion de aprender los usuales cumplidos, y no sabia contestar á los del cortés español.

—Si señor, respondió éste; el alcalde tuvo que obedecer las órdenes de arriba. Bien vé vd. que en un pueblo pequeño no era fácil proporcionarse una losa de mármol con letras de oro, como son las lápidas de Cádiz y de Sevilla. Fué preciso mandar hacer el letrero al maestro de escuela, que tiene una hermosa letra, y debia ponerse á cierta altura en la pared del Cabildo. El maestro preparó pintura negra con hollin y vinagre, y encaramado en una escalera de mano, empezó la obra, trazando unas letras de un pie de alto. Por desgracia, queriendo hacer un gracioso floréo, dió tan fuerte sacudida á la escalera, que ésta se vino al suelo con el pobre maestro y el puchero de tinta, rodando los dos hasta el arroyo. Rosita, mi patrona, que observó la catástrofe desde su ventana, y vió levantarse al caido, negro como el carbon, se asustó tanto, que estuvo tres dias con flatos, y de veras, me dió cuidado. El alcalde, sin embargo, ordenó al magullado maestro que completase su obra, en vista de que el letrero no decia todavía

mas que *Consti;* el pobre maestro tuvo que apechugar con la taréa; pero esta vez no quiso escalera de mano, y fué preciso traer una carreta, y poner encima una mesa atada con cuerdas. Encaramado allí el pobre, estaba tan turulato acordándose de lo de marras, que no pensó sino en despachar pronto; y así es que, las últimas letras, en lugar de tener un pié de alto como las otras, no tienen mas que una pulgada; y no es esto lo peor, sinó que con la prisa, se le quedó una letra en el tintero, y el letrero dice ahora: PLAZA DE LA CONSTItucin. El alcalde se puso furioso; pero el maestro se cerró á la banda, y declaró que ni por Dios ni por sus santos volvia á las andadas, y que mas bien queria montar en un toro de ocho años, que en aquel tablado de volatines. De modo que el letrero se ha quedado como se estaba; pero á bien que no hay en el lugar quien lo lea. Y es lástima que el maestro no lo haya enmendado, porque era muy hermoso, y hacia honor á Villamar.

Momo, que traia al hombro unas alforjas bien rellenas, y tenia prisa, preguntó al Comandante si iba al fuerte de San Cristóbal.

—Si, respondió, y de camino á ver á la hija del tio Pedro Santaló, que está mala.

—¿Quién? ¿la Gaviota? preguntó Momo. No lo crea Vd. Si la he visto ayer encaramada en una peña, y chillando como las otras gaviotas.

—¡Gaviota! exclamó Stein.

—Es un mal nombre, dijo el Comandante, que Momo le ha puesto á esa pobre machacha

—Porque tiene las piernas muy largas, respondió Momo: porque tanto vive en el agua como en la tierra; porque canta y grita, y salta de roca en roca como las otras.

—Pues tu Abuela, observó Don Modesto, la quiere mucho, y no la llama mas que Marisalada, por sus graciosas travesuras, y por la gracia con que canta y baila, y remeda á los pájaros.

—No es eso, replicó Momo; sinó porque su Padre es pescador, y ella nos trae sal y pescado.

—¿Y vive cerca del fuerte? preguntó Stein, á quien habian excitado la curiosidad aquellos pormenores.

—Muy cerca, respondió el Comandante. Pedro Santaló tenia una barra catalana, que, habiendo dado á la vela para Cádiz, sufrió un temporal, y naufragó en la costa. Todo se perdió, el buque y la gente, ménos Pedro, que iba con su hija; como que á él le redobló las fuerzas el ánsia de salvarla. Pudo llegar á tierra, pero arruinado; y quedó tan desanimado y triste, que no quiso volver á su tierra. Lo que hizo fué labrar una choza entre esas rocas con los destrozos que habian quedado de la barca, y se metió á pescador. El era el que proveia de pescado al convento, y los Padres, en cambio, le daban pan, aceite y vinagre. Hace doce años que vive ahí en paz con todo el mundo.

Con esto llegaron al punto en que la vereda se dividia, y se separaron.

—Pronto nos verémos, dijo el veterano. Dentro de un rato iré á ponerme á la disposicion de Vd. y saludar á sus patronas.

—Dígale Vd. de mi parte á la Gaviota, gritó Momo, que me tiene sin cuidado su enfermedad, porque mala yerba nunca muere.

—¿Hace mucho tiempo que el Comandante está en Villamar? preguntó Stein á Momo.

—Toma!.... ciento y un años; desde antes que mi Padre naciera.

—¿Y quién es esa Rosita, su patrona?

—¿Quién? Señá Rosa Mística! respondió Momo con un gesto burlon. Es la maestra de amiga. Es mas fea que el hambre; tiene un ojo mirando á Poniente y otro á Levante; y unos hoyos de viruelas, en que puede retumbar un eco. Pero, Don Federico, el cielo se encapota; las nubes van como si las corrieran galgos. Apretemos el paso.

CAPÍTULO VI.

Antes de seguir adelante, no será malo trabar conocimiento con este nuevo personaje.

Don Modesto Guerrero era hijo de un honrado labrador, que no dejaba de tener buenos papeles de nobleza, hasta que se los quemaron los franceses en la guerra de la independencia, como quemaron también su casa, bajo el pretexto de que los hijos del dueño eran *brigantes*, esto es, reos del grave delito de defender á su Patria. El buen hombre pudo reedificar su casa; pero á los pergaminos no les cupo la suerte del Fénix.

Modesto cayó soldado, y como su Padre no tenía lo bastante para comprarle un sustituto, pasó á las filas de un regimiento de infantería, en calidad de distinguido.

Como era un bendito, y además, de larga y se-

ca catadura, pronto llegó á ser el objeto de las burlas y de las chanzas pesadas de sus compañeros. Estos, animados por su mansedumbre, llevaron al extremo sus bromas, hasta que Modesto les puso término del modo siguiente. Un dia que habia gran formacion, con motivo de una revista, Modesto ocupaba su lugar al extremo de una fila. Allí cerca habia una carreta: con gran destreza y prontitud sus compañeros le echaron á una pierna un lazo corredizo, atando la extremidad del cordel á una de las ruedas de la carreta. El coronel dió la voz de «marchen». Sonaron los tambores, y todas las mitades se pusieron en marcha, ménos Modesto, que se quedó parado con una pierna en el aire, como los escultores figuran á Céfiro.

Terminada la revista, Modesto volvió al cuartel, tan sosegado como de él habia salido, y sin alterar su paso, pidió una satisfaccion á sus compañeros. Como ninguno queria cargar con la responsabilidad del chasco, declaró con la misma calma que mediria sus armas con las de todos y cada uno de ellos, uno despues de otro. Entonces salió al frente el que habia inventado y dirigido la burla: se batieron, y de sus resultas perdió un ojo su adversario. Modesto le dijo con su calma acostumbrada, que si queria perder el otro, él estaba á su disposicion, cuando gustase.

Entretanto, Modesto, sin parientes ni protectores en la córte, sin miras ambiciosas, sin disposi-

ciones para la intriga, hizo su carrera á paso de tortuga, hasta que en la época del sitio de Gaeta en 1805, su regimiento recibió órden de juntarse como auxiliar con las tropas de Napoleon. Modesto se distinguió allí por su valor y serenidad, en términos que mereció una cruz, y los mayores elogios de sus gefes.

Su nombre lució en la *Gaceta*, como un meteoro, para hundirse despues en la eterna oscuridad. Estos laureles fueron los primeros y los últimos que le ofreció su carrera militar; porque habiendo recibido una profunda herida en el brazo, quedó inutilizado para el servicio, y en recompensa, le nombraron Comandante del fuertecillo abandonado da San Cristóbal. Hacía, pues, cuarenta años que tenie bajo sus órdenes el esqueleto de un castillo y una guarnicion de lagartos.

Al principio no podia nuestro Guerrero conformarse con aquel abandono. No pasaba año sin que dirigiese una representacion al Gobierno, pidiendo los reparos necesarios, y los cañones y tropa que aquel punto de defensa requeria. Todas estas representaciones habian quedado sin respuesta, á pesar de que, segun las circunstancias de la época, no habia omitido hacer presente la posibilidad de un desembarco de ingleses, de insurgentes americanos, de franceses, de revolucionarios y de carlistas. Igual acogida habian recibido sus contínuas plegarias para obtener algunas pagas. El Gobierno

no hizo el menor caso de aquellas dos ruinas: el castillo y su Comandante. Don Modesto era sufrido: con que acabó por someterse á su suerte sin acritud y sin despecho.

Cuando vino á Villamar, se alojó en casa de la viuda del sacristan, la cual vivia entregada á la devocion, en compañía de su hija, todavía jóven. Eran excelentes mujeres: algo remilgadas y secas, con sus ribetes de intolerantes; pero buenas, caritativas, morigeradas y de esmerado aséo.

Los vecinos del pueblo, que miraban con aficion al Comandante, ó, mas bien al *Comendante*, que era como le llamaban, y que al mismo tiempo conocian sus apuros, hacian cuanto podian para aliviarlos. No se hacia matanza en casa alguna, sin que se le enviase su provision de tocino y morcillas. En tiempo de la recoleccion, un labrador le enviaba trigo, otro garbanzos; otros le contribuian con su porcion de miel ó de aceite. Las mujeres le regalaban los frutos del corral; de modo que su beata patrona tenia siempre la despensa bien provista, gracias á la benevolencia general que inspiraba Don Modesto; el cual, de índole correspondiente á su nombre, léjos de envanecerse de tantos favores, solia decir que la Providencia estaba en todas partes, pero que su cuartel general era Villamar. Bien es verdad que él sabia corresponder á tantos favores, siendo con todos, por extremo servicial y complaciente Levantábase con el sol, y lo primero que hacía,

era ayudar la misa al Cura. Una vecina le hacia un encargo, otra le pedia una carta para un hijo soldado; otra, que le cuidase los chiquillos, mientras salia á una diligencia. El velaba á los enfermos, rezaba con sus patronas; en fin, procuraba ser útil á todo el mundo, en todo lo que no pudiese ofender su honradez y su decoro. No es esto nada raro en España, gracias á la inagotable caridad de los españoles, unida á su noble carácter, el cual no les permite atesorar, sino dar cuando tienen al que lo necesita: díganlo los exclaustrados, las monjas, los artesanos, las viudas de los militares, y los empleados cesantes.

Murió la viuda del sacristan, dejando á su hija Rosa con cuarenta y cinco años bien contados, y una fealdad que se veia de lejos. Lo que mas contribuia á esta desgracia, eran las funestas consecuencias de las viruelas. El mal se habia concentrado en un ojo, y sobre todo en el párpado, que no podia levantarse sino á medias; de lo que resultaba que la pupila, medio apagada, daba á toda la fisonomía cierto aspecto poco inteligente y vivo, contrastando notablemente el ojo entornado con su compañero, del cual salian llamas, como de una hoguera de sarmientos, al menor motivo de escándalo; y en verdad que los solia encontrar con harta frecuencia.

Despues del entierro, y pasados los nueve dias de duelo, la señora Rosa dijo un dia á Don Modesto:

—Don Modesto, siento mucho tener que decir á Vd. que es preciso separarnos.

—¡Separarnos! exclamó el buen señor abriendo tantos ojos, y poniendo la jícara de chocolate sobre el mantel, en lugar de ponerla en el plato—¿Y porqué, Rosita?

Don Modesto se habia acostumbrado por espacio de treinta años, á emplear este diminutivo cuando dirijia la palabra á la hija de su antigua patrona.

—Me parece, respondió ella arqueando las cejas, que no debia Vd. preguntarlo. Conocerá Vd. que no parece bien que vivan juntas, y solas, dos personas de estado honesto. Sería dar pábulo á las malas lenguas.

—¿Y qué pueden decir de Vd. las malas lenguas? repuso Don Modesto; ¡Vd. que es la mas recatada del pueblo!

—¿Acaso hay nada seguro de ellas? ¿Qué dira Vd. cuando sepa que Vd. con todos sus años, y su uniforme y su cruz, y yo, pobre muger, que no pienso mas que en servir á Dios, estamos sirviendo de diversion á estos deslenguados?

—¿Qué dice Vd., Rosita? exclamó Don Modesto asombrado.

—Lo que está Vd. oyendo. Ya nadie nos conoce sino por el mal nombre que nos han puesto esos condenados monacillos.

—¡Estoy atónito, Rosita! no puedo creer.....

—Mejor para Vd. si no lo cree, dijo la devota;

pero yo le aseguro que esos inícuos (Dios los perdone) cuando nos ven llegar á la iglesia todas las mañanas á misa de alba, se dicen unos á otros: «Llama á misa, que ahí vienen *Rosa Mística y Turris Davídica*, en amor y compañía como en las letanías.» A Vd. le han puesto ese mote por ser tan alto y derecho.

Don Modesto se quedó con la boca abierta, y los ojos fijos en el suelo.

—Si señor, continuó Rosa Mística: la vecina es quien me lo ha dicho, escandalizada, y aconsejándome que vaya á quejarme al señor Cura. Yo la he respondido que mejor quiero sufrir y callar. Más padeció nuestro Señor sin quejarse.

—Pues yo, dijo Don Modesto, no aguanto que nadie se burle de mí, y mucho ménos de Vd.

—Lo mejor será, continuó Rosa, acreditar con nuestra paciencia que somos buenos cristianos, y con nuestra indiferencia, el poco caso que hacemos de los juicios del mundo. Por otra parte si castigan á esos irreverentes, lo harian peor; créame Vd., Don Modesto.

—Tiene Vd. razon, como siempre, Rosita, dijo Don Modesto. Yo sé lo que son los *guasones*; si les cortasen las lenguas, hablarían con las narices. Pero si en otro tiempo alguno de mis camaradas se hubiese atrevido á llamarme Turris Davídica, bien hubiera podido añadir: *Ora pro nobis*. Más, ¿es posible que siendo Vd. una santa bendita, les tenga miedo á los maldicientes?

—Ya sabe Vd., Don Modesto, lo que vulgarmente dicen los que piensan mal de todo: entre santa y santo, pared de cal y canto.

—Pero entre Vd y yo, dijo el Comandante, no hay necesidad de poner ni tabique. Yo, con tantos años á cuestas: yo, que en toda mi vida no he estado enamorado mas que una vez..... y por mas señas que lo estuve de una buena moza, con quien me habría casado á no haberla sorprendido en chicoléos con el tambor mayor, que....

—Don Modesto, Don Modesto, gritó Rosa, poniéndose erguida. Honre vd. su nombre y mi estado y déjese de recuerdos amorosos.

—No ha sido mi intencion escandalizar á Vd., dijo Don Modesto en tono contrito: basta que Vd. sepa y yo le jure, que jamás ha cabido ni cabrá en mí un mal pensamiento.

—Don Modesto, dijo Rosa Mística con impaciencia, (mirándole con un ojo encendido, mientras el otro hacia vanos esfuerzos por imitarlo) ¿me crée Vd. tan simple que pueda pensar que dos personas como Vd. y yo, sensatas y temerosas de Dios, se conduzcan como los casquivanos, que no tienen pudor, ni miedo al pecado? Pero en este mundo no basta obrar bien; es preciso no dar que decir, guardando en todo las apariencias.

—¡Esta es otra! repuso el Comandante. ¡Qué apariencias puede haber entre nosotros! ¿No sabe Vd. que el que se excusa se acusa?

—Dígole á Vd. respondió la devota, que no faltará quien murmure.

—¿Y qué voy yo á hacer sin Vd? preguntó afligido Don Modesto. ¿Qué será de Vd. sin mí, sola en este mundo?

—El que da de comer á los pajaritos, dijo solemnemente Rosa cuidará de los que en El confian.

Don Modesto desconcertado, y no sabiendo dónde dar de cabeza, pasó á ver á su amigo el Cura, que lo era tambien de Rosita, y le contó cuanto pasaba.

El Cura hizo patente á Rosita, que sus escrúpulos eran exagerados, é infundados sus temores: que por el contrario, la proyectada separacion daría lugar á ridículos comentarios.

Siguieron, pues, viviendo juntos como ántes, en paz y gracia de Dios. El Comandante, siempre bondadoso y servicial; Rosa, siempre cuidadosa, atenta y desinteresada; porque Don Modesto no se hallaba en el caso de remunerar pecuniariamente sus servicios, puesto que si la empuñadura de su espada de gala no hubiera sido de plata, bien podría haber olvidado de qué color era este metal.

CAPITULO VII.

Cuando Stein llegó al convento, toda la familia estaba reunida, tomando el sol en el patio.

Dolores, sentada en una silla baja, remendaba una camisa de su marido. Sus dos niñas, Pepa y Paca, jugaban cerca de la Madre. Eran dos lindas criaturas, de seis y ocho años de edad. El niño de pecho, encanastado en su andador, era el objeto de la diversion de otro chico de cinco años, hermano suyo, que se entretenía en enseñarle gracias que son muy á propósito para desarrollar la inteligencia, tan precóz en aquel pais. Este muchacho era muy bonito, pero demasiado pequeño; con lo que Momo le hacia rabiar frecuentemente llamándolo Francisco de *Anís*, en lugar de Francisco de Asís, que era su verdadero nombre. Vestía un diminuto pantalon de tosco paño con chaqueta de lo mismo,

cuyas reducidas dimensiones permitian á la camisa formar en torno de su cintura un pomposo buche, como que los pantalones estaban mal sostenidos por nu s olotirante de orillo.

—Haz una vieja, Manolillo, decía Anís.

Y el chiquillo hacía un gracioso mohin, cerrando á medias los ojos, frunciendo los lábios y bajando la cabeza.

—Manolillo, mata un morito.

Y el chiquillo abria tantos ojos, arrugaba las cejas, cerraba los puños, y se ponia como una grana, á fuerza de fincharse en actitud belicosa. Despues Anís le tomaba las manos, y las volvia y revolvía cantando·

¡Qué lindas manitas
Que tengo yo!
¡Qué chicas! ¡qué blancas!
¡Qué monas que son!

La tia María hilaba, y el hermano Gabriel estaba haciendo espuertas con hojas secas de palmito (1).

Un enorme y lanudo perro blanco, llamado Palomo, de la hermosa casta del perro pastor de Extremadura, dormia tendido cuán largo era, ocupando un gran espacio con sus membrudas patas y bien poblada cola, mientras que Morrongo, cor-

(1) Palmera enana: el *Camerops* de los botánicos.

pulento gato amarillo, privado desde su juventud de orejas y de rabo, dormia en el suelo, sobre un pedazo de la enagua de la tia María.

Stein, Momo y Manuel llegaron al mismo tiempo por diversos puntos. El último venia de rondar la hacienda, en ejercicio de sus funciones de guarda; traia en una mano la escopeta, y en otra tres perdices y dos conejos.

Los muchachos corrieron hácia Momo, quien de un golpe vació las alforjas, y de ellas salieron, como de un cuerno de la Abundancia, largas cáfilas de frutas de invierno, con las que se suele festejar en España la víspera de Todos Santos: nueces, castañas, granadas, batatas, etc.

—Si Marisalada nos trajera mañana algun pescado, dijo la mayor de las muchachas, tendríamos *jolgorio*.

—Mañana, repuso la Abuela, es dia de Todos Santos; seguramente no saldrá á pescar el tio Pedro.

—Pues bien, dijo la chiquilla, será pasado mañana.

—Tampoco se pesca el dia de los Difuntos.

—¿Y porqué? preguntó la niña.

—Porque sería profanar un dia que la Iglesia consagra á las ánimas benditas: la prueba es que unos pescadores que fueron á pescar tal dia como pasado mañana, cuando fueron á sacar las redes, se alegraron al sentir que pesaban mucho; pero en

lugar de pescado, no habia dentro mas que calaveras. ¿No es verdad lo que digo, hermano Gabriel?

—¡Por supuesto! yo no lo he visto; pero verdad es, dijo el hermano.

—¿Y por eso nos haceis rezar tanto el dia de Difuntos á la hora del Rosario? preguntó la niña.

—Por eso mismo, respondió la Abuela. Es una costumbre santa, y Dios no quiere que la descuidemos. En prueba de ello, voy á contaros un ejemplo.—Érase una vez un Obispo, que no tenía mucho empeño en esta piadosa práctica, y no exhortaba á los fieles á ella. Una noche soñó que veia un abismo espantoso, y en su orilla había un Angel, que con una cadena de rosas blancas y encarnadas, sacaba de adentro á una mujer hermosa, desgreñada y llorosa. Cuando se vió fuera de aquellas tinieblas, la mujer, cubierta de resplandor, echó á volar hácia el cielo. Al dia siguiente el Obispo quiso tener una explicacion del sueño, y pidió á Dios que le iluminase. Fuése á la iglesia, y lo primero que vieron sus ojos fué un niño hincado de rodillas, y rezando el rosario sobre la sepultura de su madre.

—¿Acaso no sabías eso, chiquilla? decía Pepa á su hermana. Pues mira tú que habia un zagalillo que era un bendito y muy amigo de rezar: había tambien en el Purgatorio una alma mas deseosa de ver á Dios que ninguna. Y viendo al zagalillo rezar tan de corazon, se fué á él y le dijo: ¿Me dás lo que

has rezado?—Tómalo, dijo el niño; y el alma se lo presentó á Dios, y entró en la gloria de sopeton. ¡Mira tú si sirve el rezo para con Dios!

—Ciertamente, dijo Manuel, no hay cosa mas justa que pedir á Dios por los difuntos; y yo me acuerdo de un cofrade de las ánimas, que estaba una vez pidiendo por ellas á la puerta de una capilla, y diciendo á gritos: «El que eche una peseta en esta bandeja, saca una alma del Purgatorio.» Pasó un chusco, y habiendo echado la peseta, preguntó: «Diga Vd., hermano, ¿crée Vd. que ya está el alma fuera?—¿Qué duda tiene? repuso el hermano.—Pues entonces, dijo el otro, recojo mi peseta; que no será tan boba ella que se vuelva á entrar.»

—Bien puede Vd. asegurar, Don Federico, dijo la tia María, que no hay asunto para el cual no tenga mi hijo, venga á pelo ó no venga, un cuento, chascarrillo ó cuchufleta.

En este momento se entraba Don Modesto por el patio, tan erguido, tan grave, como cuando se presentó á Stein en la salida del pueblo, sin mas diferencia que llevar colgada de su baston una gran *pescada* (1), envuelta en hojas de col.

—¡El Comendante! ¡el Comendante! gritaron todos los presentes.

—¿Viene Vd. de su castillo de San Cristóbal? preguntó Manuel á Don Modesto, despues de los primeros

(1) Una merluza.

cumplidos, y de haberle convidado á sentarse en el poyo, que tambien servia de asiento á Stein. Bien podia Vd. empeñarse con mi Madre, que es tan buena cristiana, para que rogase al Santo bendito que reedificase las paredes del fuerte, al revés de lo que hizo Josué con las del otro.

—Otras cosas de mas entidad tengo que pedirle al Santo, respondió la Abuela.

—Muy cierto, dijo fray Gabriel, que la tia María tiene que pedir al Santo cosas de mas entidad, que reedificar las paredes del castillo. Mejor seria pedirle que rehabilitase el convento.

Don Modesto, al oir estas palabras, se volvió con gesto severo hácia el hermano, el cual visto este movimiento, se metió detrás de la tia María, encogiéndose de tal manera, que casi desapareció de la vista de los concurrentes.

—Por lo que veo, dijo el veterano, el hermano Gabriel no pertenece á la iglesia militante. ¿No se acuerda Vd. de que los judíos, ántes de edificar el templo, habian conquistado la tierra prometida, espada en mano? ¿Habría iglesias y sacerdotes en la Tierra Santa, si los cruzados no se hubieran apoderado de ella, lanza en ristre?

—Pero ¿porqué ha de pedir cosas imposibles la buena tia María? dijo entonces Stein, con la sana intencion de distraer de aquel asunto al Comandante.

—Eso no importa, contestó Manuel, ni reparan en

ello las ancianas; si no, aquella que le pedia á Dios acar la lotería, y habiéndole preguntado uno si habia echado, respondió: «¿pues si hubiese echado, dónde estaria el milagro, si sacase?»

—Lo cierto es, opinó Don Modesto, que yo quedaria muy agradecido al Santo, si tuviese á bien inspirar al Gobierno el pensamiento laudable de rehabilitar el fuerte.

—De reedificarlo, querrá Vd. decir, repuso Manuel; pero cuidado con arrepentirse despues, como le sucedió á una devota del Santo, la cual tenia una hija tan fea, tan tonta y tan para nada, que no pudo hallar un desesperado que quisiese cargar con ella. Apurada la pobre muger, pasaba los dias hincada delante del Santo bendito, pidiéndole un novio para su hija: en fin, se presentó uno, y no es ponderable la alegría de la madre; pero no duró mucho, porque salió tan malo, y trataba tan mal á su muger y á su suegra, que esta se fué á la iglesia, y puesta delante del Santo, le dijo:

San Cristobalon,
Patazas, manazas, cara de cuerno,
Tan judío eres tú como mi yerno.

Durante toda esta conversacion, Morrongo despertó, arqueó el lomo tanto como el de un camello, dió un gran bostezo, se relamió los bigotes, y olfateando en el aire ciertas, para él gratas emanaciones, fuése acercando poquito á poco á Don Modes-

to, hasta colocarse detrás del perfumado paquete colgado de su baston. Inmediatamente recibió en sus patas de terciopelo una piedrecilla lanzada por Momo, con la singular destreza que saben emplear los de su edad en el manejo de esa clase de armas arrojadizas. El gato se retiró con prontitud; pero no tardó en volver á ponerse en acecho, como quien no quiere la cosa. Don Modesto cayó en la cuenta, y perdió su tranquilidad de espíritu.

Mientras pasaban estas evoluciones, Anís preguntaba al niño:

—Manolito, ¿cuántos Dioses hay?

Y el chiquillo levantaba los tres dedos

—No, decia Anís, levantando un dedo solo: no hay más que uno, uno, uno.

Y el otro persistia en tener los tres dedos levantados.

—Mae-abuela, gritó Anís ofuscado. El niño dice que hay tres Dioses.

—Simple, respondió ésta, ¿acaso tienes miedo de que le lleven á la Inquisicion? ¿No ves que es demasiado cinco para entender lo que le dicen y aprender lo que le enseñan?

—Otros hay mas viejos, dijo Manuel, y que no por eso están mas adelantados; como por ejemplo, aquel ganso que fué á confesarse, y habiéndole preguntado el confesor ¿cuántos dioses hay? respondió muy en sí: ¡Siete!—¡Siete! esclamó atónito el confesor.—¿Y cómo ajustas esa cuenta?—¿Cómo!

Asina. Padre, Hijo y Espíritu Santo, son tres; tres personas distintas, son otros tres, y van seis; y un solo Dios verdadero, siete cabales.—Palurdo, le contestó el Padre, ¿no sabes que las tres Personas no hacen mas que un Dios?—¡Uno no mas! dijo el penitente. ¡Ay Jesus! ¡Y qué reducida se ha quedado la familia!

—¡Vaya, prorumpió la tia María, si tiene que ver cuánta chilindrina ha aprendido mi hijo mientras sirvió al Rey! Pero hablando de otra cosa ¿no nos ha dicho Vd., señor Comandante, cómo está Marisaladilla.

—Mal, muy mal, tia María, desmejorándose por dias. Lástima me dá de ver al pobre Padre, que está pasadito de pena. Esta mañana la muchacha tenia un buen calenturon; no toma alimento alguno, y la tos no la deja un instante.

—¿Qué está Vd. diciendo, señor? esclamó la tia María. ¡Don Federico! Vd que ha hecho tan buenas curas, que le ha sacado un lobanillo á fray Gabriel, y enderezado la vista á Momo, ¿no podria Vd. hacer algo por esa pobre criatura?

—Con mucho gusto, respondió Stein, haré lo que pueda por aliviarla.

—Y Dios se lo pagará á Vd.; mañana por la mañana iremos á verla. Hoy está Vd. cansado de su paseo.

—No le arriendo á V. la ganancia, dijo Momo refunfuñando.—Muchacha mas oberbia...

—No tiene nada de eso, repuso la abuela; es un poco arisca, un poco huraña... ¡Ya se vé! se ha criado sola, en su solo cabo: con un Padre que es más blando que una paloma, pero que tiene la corteza algo dura, como buen catalan y marinero. Pero Momo no puede sufrir á Marisalada, desde que dió en llamarle *romo*, á causa de serlo.

En este momento se oyó un estrépito: era el Comandante que perseguía, dando grandes trancos al pícaro de Morrongo, el cuál frustrando la vijilancia de su dueño, habia cargado con la pescada.

Mi Comandante, le gritó Manuel riéndose, sardina que lleva el gato, tarde ó nunca vuelve al plato. Pero aquí hay una perdiz en cambio.

Don Modesto tomó la perdiz, dió gracias, se despidió, y se fué echando pestes contra los gatos.

Durante toda esta escena, Dolores habia dado de mamar al niño, y procuraba dormirle, meciéndole en sus brazos, y cantándole:

Allá arriba, en el monte Calvario
Matita de oliva, matita de olor,
Arrullaban la muerte de Cristo
Cuatro jilgueritos y un ruiseñor.

Difícil sería á la persona que recoje al vuelo, como un muchacho las mariposas, estas emanaciones poéticas del pueblo, responder al que quisiese analizarlas, el porqué los ruiseñores y los jilgueros plañeron la muerte del Redentor; porqué la

golondrina arrancó las espinas de su corona; por qué se mira con cierta veneracion el romero, en la creencia de que la Vírgen secaba los pañales del Niño Jesus en una mata de aquella planta; porqué, ó más bien, cómo se sabe que el sahuco es un árbol de mal agüero, desde que Judas se ahorcó de uno de ellos; porqué no sucede nada malo en una casa, si se sahuma con romero la noche de Navidad; porqué se ven todos los instrumentos de la Pasion en la flor que ha merecido aquel nombre. Y en verdad, no hay respuestas á semejantes preguntas. El pueblo no las tiene ni las pide: ha recogido esas especies como vagos sonidos de una música lejana, sin indagar su orígen, ni analizar su autenticidad. Los *sabios* y los hombres *positivos* honrarán con una sonrisa de desdeñosa compasion á la persona que estampa estas líneas. Pero á nosotros nos basta la esperanza de hallar alguna simpatía en el corazon de una madre, bajo el humilde techo del que sabe poco y siente mucho, ó en el místico retiro de un cláustro, cuando decimos que por nuestra parte creemos que siempre ha habido y hay para las almas piadosas y ascéticas, revelaciones misteriosas, que el mundo llama delirios de imaginaciones sobreexcitadas, y que las gentes de fé dócil y ferviente, miran como favores especiales de Dios.

Dice Henri Blaze, «¡cuántas ideas pone la tradicion en el aire en estado de gérmen, á las que el Poeta dá vida con un soplo!» Esto mismo nos pa-

rece aplicable á estas cosas, que nada obliga á creer, pero que nada autoriza tampoco á condenar. Un orígen misterioso puso el gérmen de ellas en el aire, y los corazones creyentes y piadosos les dan vida. Por más que talen los apóstoles del racionalismo el árbol de la fé, si tiene éste sus raices en buen terreno, esto es, en un corazon sano y ferviente, ha de echar eternamente ramas vigorosas y floridas, que se alcen al Cielo

—Pero, Don Federico, dijo la tia María, mientras éste se entregaba á las reflexiones que preceden: —todavía á la hora ésta no nos ha dicho Vd. qué tal le parece nuestro pueblo.

—No puedo decirlo, respondió Stein, porque no lo he visto. me quedé afuera aguardando á Momo.

—¿Es posible que no haya Vd. visto la Iglesia, ni á Nuestra Señora de las Lágrimas, ni el San Cristóbal, tan hermoso y tan grande, con la gran palmera y el Niño Dios en los hombros, y una ciudad á sus piés, que si diera un paso, la aplastaba como un hongo? ¿Ni el cuadro en que está Santa Ana enseñando á leer á la Vírgen? ¿Nada de eso ha visto Vd?

—No he visto, repuso Stein, sinó la capilla del Señor del Socorro.

—Yo no salgo del convento, dijo el hermano Gabriel, sinó para ir todos los viernes á esa capilla, á pedir al Señor una buena muerte.

—¿Y ha reparado Vd., Don Federico, continuó la tia Maria, en los milagros? ¡Ah Don Federico !No

hay un Señor más milagroso en el mundo entero. En aquel Calvario empieza la *Via Crucis*. Desde allí hasta la última cruz, hay el mismo número de pasos que desde la casa de Pilatos al Calvario. Una de aquellas cruces viene á caer frente por frente de mi casa, en la calle Real. ¿No ha reparado usted en ella? Es justamente la que forma la octava estacion, donde el Salvador dijo á las mujeres de Jerusalén: «No lloreis sobre mí; llorad sobre vosotras y vuestros hijos!» Estos hijos, añadió la tia María dirijiéndose á fray Gabriel, son los perros judíos.

—¡Son los judíos! repitió el hermano Gabriel.

—En esta estacion, continuó la anciana, cantan los fieles:

Si á llorar Cristo te enseña
Y no tomas la leccion,
O no tienes corazon,
Ó será de bronce o peña.

—Junto á la casa de mi Madre, dijo Dolores, está la novena cruz, que es donde se canta·

Considera cuán tirano,
Serás con Jesus rendido,
Si en tres veces que ha caido,
No le das una la mano

Ó tambien de esta manera:

¡Otra vez yace postrado!
¡Tres veces Jesus cayó!
¡Tanto pesa mi pecado!
¡Y tanto he pecado yo!

℣. ¡Rompa el llanto y el gemir,
℟. Porque es Dios quien va á morir!

—¡Oh Don Federico! continuó la buena anciana, no hay cosa que tanto me parta el corazon, como la Pasion del que vino á redimirnos! El Señor ha revelado á los Santos los tres mayores dolores que le angustiaron: primero, el poco fruto que produciría la tierra que regaba con su sangre: segundo, el dolor que sintió cuando extendieron y ataron su cuerpo para clavarlo en la cruz, descoyuntando todos sus huesos, como lo habia profetizado David. El tercero.. (añadió la buena muger fijando en su hijo sus ojos enternecidos), el tercero, cuando presenció la angustia de su Madre. Hé aquí la única razon (prosiguió despues de algunos instantes de silencio), porque no estoy aquí tan gustosa como en el pueblo: porque aquí no puedo seguir mis devociones. Mi marido, sí, Manuel, tu Padre, que no había sido soldado, y que era mejor cristiano que tú, pensaba como yo. El pobre, (en gloria esté), era hermano del Rosario de la Aurora, que sale despues de la media noche á rezar por las Ánimas. Rendido de haber trabajado todo el dia, se echaba

á dormir, y á las doce en punto, venía un hermano á la puerta, y tocando una campanilla, cantaba:

A tu puerta está una campanilla:
Ni te llama ella, ni te llamo yo:
Que te llama tu Padre y tu Madre,
Para que por ellos le ruegues á Dios.

Cuando tu Padre oía este verso, no sentía ni cansancio ni gana de dormir. En un abrir y cerrar de ojos se levantaba y echaba á correr detrás del hermano. Todavía me parece que estoy oyéndole cantar al alejarse:

La corona se quitó María,
Y á su propio Hijo se la presentó,
Y le dijo: «ya yo no soy Reina.
Si tú no suspendes tu justo rigor.»
Jesus respondió:
«Si no fuera por tus ruegos, Madre,»
Ya hubiera acabado con el pecador.»

Los chiquillos, que gustan tanto de imitár lo que ven hacer á los grandes, se pusieron á cantar en la lindísima tonada de las coplas de la Aurora:

¡Si supieras la entrada que tuvo
El Rey de los Cielos en Jerusalen!.....
Que no quiso coche ni calesa,
Sino un jumentillo que prestado fué!

—Don Federico, dijo la tia María despues de un

rato de silencio. ¿Es verdad que hay por esos mundos de Dios, hombres que no tienen fé?

Stein calló

—¡Que no pudiera Vd. hacer con los ojos del entendimiento de los tales, lo que ha hecho con los de la cara de Momo! contestó con tristeza la buena anciana

CAPÍTULO VIII.

Al dia siguiente caminaba la tia María hácia la habitacion de la enferma, en compañía de Stein y de Momo, escudero pedestre de su Abuela, la cual iba montada en la formal *Golondrina*, que siempre servicial, mansa y dócil, caminaba derecha, con la cabeza caida y las orejas gachas, sin hacer un solo movimiento espontáneo, excepto si se encontraba con un cardo, su homónimo, al alcance de su hocico.

Llegados que fueron, se sorprendió Stein de hallar en medio de aquella uniforme comarca, de tan grave y seca naturaleza, un lugar frondoso y ameno, que era como un oásis en el desierto.

Abríase paso la mar por entre dos altas rocas, para formar una pequeña ensenada circular, en for-

ma de herradura, que estaba rodeada de finísima arena, y parecía un plato de cristal, puesto sobre una mesa dorada. Algunas rocas se asomaban tímidamente entre la arena, como para brindar asiento y descanso en aquella tranquila orilla. A una de estas rocas estaba amarrada la barca del pescador, balanceándose al empuje de la maréa cual impaciente corcél que han sujetado.

Sobre el peñasco del frente descollaba el fuerte de San Cristóbal, coronado por las copas de higueras silvestres, como lo está un viejo Drúida por hojas de encina.

A pocos pasos de allí descubrió Stein un objeto que le sorprendió mucho. Era una especie de jardin subterráneo, de los que llaman en Andalucía *navazos*. Fórmanse estos excavando la tierra hasta cierta profundidad, y cultivando el fondo con esmero, Un cañaveral de espeso y fresco follaje circundaba aquel enterrado huerto, dando consistencia á los planos perpendiculares que le rodeaban con su fibrosa raigambre, y preservándolo con sus copiosos y elevados tallos contra las irrupciones de la arena. En aquella hondura, no obstante la proximidad de la mar, la tierra produce sin necesidad de riego, abundantes y bien sazonadas legumbres; porque el agua del mar, filtrándose por espesas capas de arena, se despoja de su acritud, y llega á las plantas adaptable para su alimentacion. Las sandías de los navazos, en particular, son exquisitas, y algunas

de ellas de tales dimensiones, que bastan dos para la carga de una caballería mayor.

—¡Vaya si está hermoso el navazo del tio Pedro! dijo la tia María. No parece sino que lo riega con agua bendita. El pobrecito siempre está trabajando; pero bien le luce. Apuesto á que coje ogaño tomates como naranjas, y sandías como ruedas de molino.

—Mejores han de ser, repuso Momo, las que acá cojamos en el cojumbral de la orilla del rio.

Un *cojumbral* es el plantío de melones, maiz y legumbres sembrado en un terreno húmedo, que el dueño del cortijo suele ceder gratuitamente á las gentes del campo pobres que cultivándolo, lo benefician.

—A mí no me hacen gracia los cojumbrales, contestó la Abuela meneando la cabeza.

—¿Pues acaso no sabe Vd., señora, replicó Momo, lo que dice el refran que «un cojumbral dá: dos mil reales, una capa, un cochino gordo y un chiquillo más á su dueño.»

—Te se olvidó la cola, repuso la tia María, que es «un año de tercianas,» las cuales se tragan las otras ganancias, ménos la del hijo.

El pescador habia construido la cabaña con los despojos de su barca, que el mar habia arrojado á la playa. Habia apoyado el techo en la peña, y cobijaba este una especie de gradería natural, que formaba la roca; lo que hacia que la habitacion tuviese tres pisos. El primero se componia de una pieza

alta, bastante grande para servir de sala, cocina, gallinero y establo de invierno para la burra. El segundo, al cual se subia por unos escalones abiertos á pico en la roca, se componia de dos cuartitos. En el de la izquierda, sombrio y pegado á la peña, dormia el tio Pedro; el de la derecha era el de su hija, que gozaba del privilegio exclusivo de una ventanita que habia servido en el barco, y que daba vista á la ensenada. El tercer piso, al que conducía el pasadizo que separaba los cuartitos del padre y de us hija, lo formaba un oscuro y ahogado desvan. El techo, que como hemos dicho, se apoyaba en la roca, era horizontal y hecho de enéa, cuya primera capa, podrida por las lluvias, producia una selva de yerbas y florecillas, de manera que cuando en otoño, con las aguas, resucitaba alli la naturaleza de los rigores del verano, la choza parecia techada con un pensil.

Cuando los recien venidos entraron en la cabaña, encontraron al pescador triste y abatido, sentado á la lumbre, frente de su hija, que con el cabello desordenado y colgando á ambos lados de su pálido rostro, encogida y tiritando, envolvia sus descarnados miembros en un toquillon de bayeta parda. No parecia tener arriba de trece años. La enferma fijó sus grandes y ariscos ojos negros en las personas que entraban, con una expresion poco benévola, volviendo en seguida á acurrucarse en el rincon del hogar.

—Tio Pedro, dijo la tia María: Vd. se olvida de sus amigos; pero ellos no se olvidan de Vd. ¿Me querra Vd. decir para qué le dió el Señor la boca? ¿No hubiera Vd. podido venir á decirme que la niña estaba mala? Si ántes me lo hubiese Vd. dicho, ántes hubiese yo venido aquí con el Señor, que es un médico de los pocos, y que en un dos por tres se la va á usted á poner buena.

Pedro Santaló se levantó bruscamente, se adelantó hácia Stein; quiso hablarle; pero de tal suerte estaba conmovido, que no pudo articular palabra, y se cubrió el rostro con las manos.

Era un hombre de edad, de aspecto tosco y formas colosales. Su rostro tostado por el sol, estaba coronado por una espesa y bronca cabellera cana: su pecho, rojo como el de los indios del Ohío, estaba cubierto de vello.

—Vamos, tio Pedro, (siguió la tia María cuyas lágrimas corrian hilo á hilo por sus mejillas, al ver el desconsuelo del pobre Padre); ¡un hombre como usted, tamaño como un templo, con un aquel que parece que se va á comer los niños crudos, se amilana así sin razon! ¡Vaya! ¡ya veo que es Vd. todo fachada!

—¡Tia María! respondió en voz apagada el pescador, ¡con esta serán cinco hijos enterrados!

—¡Señor! ¿y porqué se ha de descorazonar usted de esta manera? Acuérdese Vd. del santo de su nombre, que se hundió en la mar cuando le faltó la fé

que le sostenia. Le digo á Vd. que con el favor de Dios, Don Federico curará á la niña en un decir Jesus.

El tio Pedro meneó tristemente la cabeza.

—¡Qué cabezones son estos catalanes! dijo la tia María con viveza, y pasando por delante del pescador, se acercó á la enferma, y añadió:

—Vamos, Marisalada, vamos, levántate, hija, para que este señor pueda examinarte

Marisalada no se movió.

—Vamos, criatura, repitió la buena muger; verás cómo te vá á curar como por ensalmo.

Diciendo estas palabras, cojió por un brazo á la niña, procurando levantarla.

—¡No me dá la gana! dijo la enferma, desprendiéndose de la mano que la retenia, con una fuerte sacudida.

—Tan suavita es la hija como el Padre; quien lo hereda, no lo hurta, murmuró Momo, que se habia asomado á la puerta.

—Como está mala, está mal templada, dijo su Padre, tratando de disculparla.

Marisalada tuvo un golpe de tos. El pescador se retorció las manos, de angustia.

—Un resfriado, dijo la tia María: vamos que eso no es cosa del otro jueves. Pero tambien, tio Pedro de mis pecados, ¿quién consiente en que esa niña con el frio que hace, ande descalza de pies y piernas por esas rocas y esos ventisqueros?

—¡Queria!.., respondió el tio Pedro.

—¿Y por qué no se le dan alimentos sanos, buenos caldos, leche, huevos? Y nó que lo que come no son mas que mariscos.

—¡No quiere! respondió con desaliento el Padre.

—Morirá de mal mandada, opinó Momo, que se habia apoyado cruzado de brazos en el quicio de la puerta.

—¿Quieres meterte la lengua en la faltriquera? le dijo impaciente su Abuela; y volviéndose á Stein, —Don Federico, procure Vd. examinarla sin que tenga que moverse, pues no lo hará aunque la maten.

Stein empezó por preguntar al Padre algunos pormenores sobre la enfermedad de su hija; acercándose despues á la paciente, que estaba amodorrada, observó que sus pulmones se hallaban oprimidos en la estrecha cavidad que ocupaban, y estaban irritados de resultas de la opresion. El caso era grave. Tenia una gran debilidad por falta de alimentos, tos honda y seca, y calentura contínua; en fin, estaba en camino de la consuncion.

—¿Y todavía le da por cantar? preguntó la anciana durante el exámen.

—Cantará crucificada como los *murciélagos*, dijo Momo, sacando la cabeza fuera de la puerta, para que el viento se llevase sus suaves palabras, y no las oyese su Abuela.

—Lo primero que hay que hacer, dijo Stein, es

impedir que esta niña se exponga á la intemperie.

—¿Lo estás oyendo? dijo á la niña su angustiado Padre.

—Es preciso, continuó Stein, que gaste calzado y ropa de abrigo.

—¡Si no quiere! exclamó el pescador, levantándose precipitadamente, y abriendo una arca de cedro, de la que sacó cantidad de prendas de vestir.—Nada le falta; cuanto tengo y puedo juntar, es para ella! María, hija, ¿te pondrás estas ropas? ¡házlo por Dios, Mariquilla! ya ves que lo manda el Médico.

La muchacha que se habia despabilado con el ruido que habia hecho su padre, lanzó una mirada díscola á Stein, diciendo con voz áspera:

—¿Quién me gobierna á mí?

—No me dieran á mi mas trabajo que ese, y una vara de acebuche, murmuró Momo.

—Es preciso, prosiguió Stein, alimentarla bien, y que tome caldos sustanciosos.

La tia Maria hizo un gesto expresivo de aprobacion.

—Debe nutrirse con leche, pollos, huevos frescos y cosas análogas.

—¡Cuándo yo le decia á Vd., prorumpió la abuelita encarándose con el tio Pedro, que el señor es el mejor médico del mundo entero!

—Cuidado que no cante, advirtió Stein.

—¡Que no vuelva yo á oirla! exclamó con dolor el pobre tio Pedro.

—¡Pues mira que desgracia! contestó la tia María. Deje Vd. que se ponga buena, y entonces podrá cantar de dia y de noche como un reloj de cucú. Pero estoy pensando que lo mejor será que yo me la lleve á mi casa; porque aqui no hay quien la cuide, ni quien haga un buen puchero, como lo sé yo hacer.

—Lo sé por experiencia, dijo Stein sonriéndose; y puedo asegurar que el caldo hecho por manos de mi buena enfermera, se le puede presentar á un Rey.

La tia María se esponjó tan satisfecha.

—Con que, tio Pedro, no hay mas que hablar; me la llevo.

—¡Quedarme sin ella! ¡No, no puede ser!

—Tio Pedro, tio Pedro, no es esa la manera de querer á los hijos, replicó la tia María; el amar á los hijos es anteponer á todo, lo que á ellos conviene.

—Pues bien está, repuso el pescador levantándose de repente; llévesela Vd.: en sus manos la pongo, al cuidado de ese señor la entrego, y al amparo de Dios la encomiendo.

Diciendo esto, salió precipitadamente de la casa, como si temiese volverse atrás de su determinacion; y fué á aparejar su burra.

—Don Federico, (preguntó la tia María, cuando quedaron solos con la niña, que permanecia aletargada), ¿no es verdad qne la pondrá Vd. buena con la ayuda de Dios?

—Asi lo espero, contestó Stein, ¡no puedo expresar á Vd. cuanto me interesa ese pobre Padre!

La tia María hizo un lio de la ropa que el pescador habia sacado, y éste volvió trayendo del diestro la bestia. Entre todos colocaron encima á la enferma, la que siguiendo amodorrada con la calentura, no opuso resistencia. Antes que la tia María se subiese en *Golondrina*, que parecia bastante satisfecha de volverse en compañía de *Urca* (que tal era *la gracia* de la burra del tio Pedro), éste llamó aparte á la tia María, y le dijo dándole unas monedas de oro.

—Esto pude escapar de mi naufragio; tómelo usted y déselo al Médico; que cuanto yo tengo, es para quien salve la vida de mi hija.

—Guarde Vd. su dinero, respondió la tia María. y sepa que el doctor ha venido aquí, en primer lugar, por Dios, y en segundo.... por mí. La tia María dijo estas últimas palabras con un ligero tinte de fatuidad.

Con esto, se pusieron en camino.

—No ha de parar Vd., Madre abuela, dijo Momo que caminaba detrás de Golondrina, hasta llenar de gentes el convento, tan grande como es. Y qué, ¿no es bastante buena la choza para la Principesa Gaviota?

Momo, respondió su Abuela, métete en tus calzones: ¿estás?

—Pero ¿qué tiene Vd. que ver, ni qué le toca esa gaviota montaráz, para que asina la tome á su cargo, señora?

—Momo, dice el refran «¿quién es tu hermana?—la vecina mas cercana;» y otro añade, «al hijo del vecino quitarle el moco y meterlo en casa,» y la sentencia reza: «al prójimo como á tí mismo.»

—Otro hay que dice, al prójimo contra una esquina, repuso Momo. ¡Pero nada! Vd. se ha encalabrinado en ganarle la palmeta á San Juan de Dios.

—No serás tú el Angel que me ayude; dijo con tristeza la tia Maria.

Dolores recibió á la enferma con los brazos abiertos, celebrando como muy acertada la determinacion de su suegra.

Pedro Santaló, que habia llevado á su hija, ántes de volverse, llamó aparte á la caritativa enfermera, y poniéndole las monedas de oro en la mano, le dijo:

—Esto es para costear la asistencia, y para que nada le falte. En cuanto á la caridad de Vd., tia Maria, Dios será el premio.

La buena anciana vaciló un instante, tomó el dinero, y dijo:

—Bien está; nada le faltará; vaya Vd. descuidado, tio Pedro, que su hija queda en buenas manos.

El pobre Padre salió aceleradamente, y no se detuvo hasta llegar á la playa. Allí se paró, volvió la cara hácia el convento, y se echó á llorar amargamente.

Entretanto la tia María, decia á Momo: menéa-

te, ves al lugar, y tráeme un jamon de en casa del Serrano, que me hará el favor de dártelo añejo, en sabiendo que es para un enfermo; tráete una libra de azúcar, y una cuarta de almendras.

—¡Eche Vd. y no se derrame! exclamó Momo, y eso ¿piensa Vd que me lo den fiado, ó por mi buena cara?

—Aqui tienes con que pagar, repuso la Abuela, poniéndole en la mano una moneda de oro de cuatro duros.

—¡Oro! esclamó estupefacto Momo, que por primera vez en su vida veia ese metal acuñado. ¿De donde demonios ha sacado Vd. esa moneda?

—¿Qué te importa? repuso la tia Maria; no te metas en camisa de once varas. Corre, vuela, ¿estás de vuelta?

—¡Pues solo faltaba, repuso Momo, el que le sirviese yo de criado á esa pilla de playa, á esa condenada gaviota! No voy, ni por los catalanes.

—Muchacho, ponte en camino, y *liberal* (1).

—Que no voy ni hecho trizas, recalcó Momo.

—José, dijo la tia María al ver salir al pastor, ¿vas al lugar?

—Si señora, ¿qué me tiene Vd. que mandar?

Hízole la buena muger sus encargos, y añadió: Ese Momo, ese mal alma, no quiere ir, y yo no se lo quiero decir á su Padre, que le haria ir de cabeza,

(1) Es decir: pronto, vé de prisa.

porque llevaria una soba tal, que no le habia de quedar en su cuerpo hueso sano.

—Sí, sí, esmérese Vd. en cuidar á esa cuerva, que le sacará los ojos; dijo Momo. ¡Ya verá el pago que le da! y si no... el tiempo!

CAPÍTULO IX.

Un mes despues de las escenas que acabamos de referir, Marisalada se hallaba con notable alivio, y no demostraba el menor deseo de volverse con su Padre.

Stein estaba completamente restablecido. Su índole benévola, sus modestas inclinaciones, sus naturales simpatías le apegaban cada dia más al pacífico círculo de gentes buenas, sencillas y generosas en que vivia. Disipábase gradualmente su amargo desaliento, y su alma revivia y se reconciliaba cordialmente con la existencia y con los hombres.

Una tarde, apoyado en el ángulo del convento que hacía frente al mar, observaba el grandioso espectáculo de uno de los temporales, que suelen inaugurar el invierno. Una triple capa de nubes pasa-

ba por cima de él, rápidamente impelida por el vendaval. Las mas bajas, negras y pesadas, parecian la vetusta cúpula de una ruinosa catedral, que amenazase desplomarse. Cuando caian al suelo desgajándose en agua, veíase la segunda capa, ménos sombría y mas ligera, que era la que desafiaba en rapidez al viento que la desgarraba, descubriéndose por sus aberturas otras nubes mas altas y mas blancas, que corrian aun mas de prisa, como si temiesen mancillar su albo ropaje al rozarse con las otras. Daban paso estos intersticios á unas súbitas ráfagas de claridad, que unas veces caian sobre las olas, y otras sobre el campo, desapareciendo en breve, reemplazadas por la sombra de otras mustias nubes; cuyas alternativas de luz y de sombra daban extraordinaria animacion al paisaje. Todo ser viviente habia buscado un refugio contra el furor de los elementos, y no se oía sino el lúgubre duo del mugir de las olas y del bramido del huracan. Las plantas de la dehesa doblaban sus ásperas cimas á la violencia del viento, que despues de azotarlas, iba á perderse á lo léjos con sordas amenazas. La mar agitada, formaba esas enormes olas, que gradualmente se *hinchan, vacilan y revientan mugientes y espumosas*, segun la expresion de Goethe, cuando las compara en su Torcuato Tasso, con la ira en el pecho del hombre. La reventazon rompia con tal furor en las rocas del fuerte de San Cristóbal, que salpicaba de copos de blanca espuma las

hojas secas , amarillentas de las higueras, árbol del estío, que no se place sino á los rayos de un sol ardiente, y cuyas hojas, á pesar de su tosco exterior, no resisten al primer golpe frio que las hiere.

—¿Es Vd. un aljibe, Don Federico, para querer recojer toda el agua que cae del Cielo? preguntó á Stein el pastor José;— colemos á dentro; que los tejados se hicieron para estas noches. Algo darian mis pobres ovejas, por el amparo de unas tejas.

Entraron ambos, en efecto, hallando á la familia de Alerza reunida á la lumbre.

A la izquierda de la chimenea, Dolores, sentada en una silla baja, sostenía en el brazo al niño de pecho, el cual, vuelto de espaldas á su Madre, se apoyaba en el brazo que le rodeaba y sostenía, como en el barandal de un balcon, moviendo sin cesar sus piernecitas y sus bracitos desnudos, con risas y chillidos de alegría, dirijidos á su hermano Anís; este, muy gravemente sentado en el borde de una maceta vacía, frente al fuego, se mantenía tieso é inmóvil, temeroso de que su parte posterior perdiese el equilibrio, y se hundiese en el tiesto, percance que su Madre le habia vaticinado.

La tia María estaba hilando al lado derecho de la chimenéa; sus dos nietecitas, sentadas sobre troncos de pita secos, que son excelentes asientos, ligeros, sólidos y seguros. Casi debajo de la campana de la chimenéa, dormían el fornido Palomo y el grave Morrongo, tolerándose por nece-

sidad, pero manteniéndose ambos recíprocamente á respetuosa distancia.

En medio de la habitacion habia una mesa pequeña y baja, en la que ardía un velon de cuatro mecheros; junto á la mesa estaban sentados el hermano Gabriel, haciendo sus espuertas de palma; Momo, que remendaba el aparejo de la buena Golondrina, y Manuel, que picaba tabaco. Hervía al fuego un perol lleno de batatas de Málaga, vino blanco, miel, canela y clavos; y la familia menuda aguardaba con impaciencia que la perfumada compota acabase de cocer.

—Adelante, adelante! gritó la tia María al ver llegar á su huésped y al pastor; ¿qué hacen ustedes ahí fuera, con un temporal como este, que parece se quiere tragar el mundo? Don Federico, aquí, aquí; junto al fuego, que está convidando. Sepa usted que la enferma ha cenado como una Princesa, y ahora está durmiendo como una Reina. Va como la espuma su cura, ¿no es verdad, Don Federico?

—Su mejoría sobrepuja mis esperanzas.

—Mis caldos, opinó con orgullo la tia María.

—Y la leche de burra, añadió por lo bajo fray Gabriel.

—No hay duda, repuso Stein. y debe seguir tomándola.

—No me opongo, dijo la tia María; porque la tal leche de burra es como el redaño; si no hace bien, no hace daño.

¡Ah! ¡qué bien se está aquí! dijo Stein acariciando á los niños; si se pudiese vivir pensando solo en el dia de hoy, sin acordarse del de mañana!.....

—Sí, sí, Don Federico, exclamó alegremente Manuel, «media vida es la candela; pan y vino, la otra media.»

—¿Y qué necesidad tiene Vd. de pensar en ese mañana? repuso la tia María. ¿Es regular que el dia de mañana nos amargue el de hoy? De lo que tenemos que cuidar es del de hoy, para que no nos amargue el de mañana.

—El hombre es un viajero dijo Stein, y tiene que mirar al camino.

—Cierto, dijo la tia María, que el hombre es un viajero; pero si llega á un lugar donde se encuentra bien, debe decir como Elías, ó como San Pedro, que no estoy cierta: «bien estamos aquí: armemos las tiendas.»

—Si vá Vd. á echarnos á perder la noche, dijo Dolores, con hablar de viaje, creerémos que le hemos ofendido, ó que no está aquí á gusto.

—¿Quién habla de viajes en mitad de Diciembre? preguntó Manuel. ¿No vé Vd., santo señor, los humos que tiene la mar? Escuche Vd. las seguidillas que está cantando el viento. Embárquese Vd. con este tiempo, como se embarcó en la guerra de Navarra, y saldrá con las manos en la cabeza, como salió entónces.

—Además, añadió la tia María, que todavía no está enteramente curada la enferma.

—Madre, dijo Dolores, sitiada por los niños, si no llama Vd. á esas criaturas, no se cocerán las batatas de aquí al dia del Juicio.

La Abuela arrimó la rueca á un rincon, y llamó á sus nietos.

—No vamos, respondieron á una voz, si no nos cuenta Vd. un cuento.

—Vamos, lo contaré, dijo la buena anciana.

Entónces los muchachos se le acercaron; Anís recobró su posicion en el tiesto, y ella tomó la palabra en los términos siguientes:

MEDIO POLLITO:

CUENTO.

Érase vez y vez una hermosa gallina, que vivia muy holgadamente en un cortijo, rodeada de su numerosa familia, entre la cual se distinguia un pollo deforme y estropeado. Pues este era justamente el que la Madre quería más; que así hacen siempre las Madres. El tal aborto, que habia nacido de un huevo muy *rechiquetetillo*, no era mas que un pollo á medias; y no parecia sino que la espada de Salomon habia ejecutado en él la sentencia que en cierta ocasion pronunció aquel Rey tan sábio. No

tenìa mas que un ojo, un ala y una pata. y con todo eso, tenia mas humos que su Padre, el cual era el gallo mas gallardo, mas valiente y mas galan que habia en todos los corrales de veinte leguas á la redonda. Creíase el polluelo el Fénix de su casta. Si los demas pollos se burlaban de él, pensaba que era por envidia; y si lo hacian las pollas, decia que era de rábia, por el poco caso que de ellas hacia.

Un dia le dijo á su Madre:—Oiga Vd., Madre, El campo me fastidia. Me he propuesto ir á la córte; quiero ver al Rey y á la Reina.

La pobre Madre se echó á temblar al oir aquellas palabras.

—Hijo, exclamó, ¿quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Tu Padre no salió jamás de su tierra, y ha sido la honra de su casta. ¿Dónde encontrarás un corral como el que tienes? ¿Dónde un monton de estiércol mas hermoso? ¿Un alimento mas sano y abundante, un gallinero tan abrigado cerca del andén, una familia que mas te quiera?

—*Nego*, dijo Medio-póllito en latin, pues la echaba de leido y escribido, mis hermanos y mis primos son unos ignorantes y unos palurdos.

—Pero, hijo mio, repuso la madre, ¿no te has mirado al espejo? ¿No te ves con una pata y con un ojo de ménos?

—Ya que me sale Vd. por ese registro, replicó Me-

dio-polllito, diré que debia Vd. caerse muerta de vergüenza al verme en este estado. Vd. tiene la culpa, y nadie mas. ¿De qué huevo he salido yo al mundo? ¿A que fué del de un gallo viejo? (1)

—No, hijo mio, dijo la Madre: de esos huevos no salen mas que basiliscos. Naciste del último huevo que yo puse; y saliste débil é imperfecto, porque aquel era el último de la overa. No ha sido por cierto, culpa mia.

—Puede ser, (dijo Medio-pollito con la cresta encendida como la grana,)—puede ser que encuentre un cirujano diestro, que me ponga los miembros que me faltan. Con que, no hay remedio; me marcho.

Cuando la pobre Madre vió que no habia forma de disuadirle de su intento, le dijo:

—Escucha á lo ménos, hijo mio, los consejos prudentes de una buena Madre. Procura no pasar por las iglesias donde está la imágen de San Pedro; el santo no es muy aficionado á gallos, y mucho ménos á su canto. Huye tambien de ciertos hombres que hay en el mundo, llamados *cocineros*, los cuales son enemigos mortales nuestros, y nos tuercen el cuello en un *santi-amen*. Y ahora, hijo mio, Dios te guie y San Rafael bendito, que es abogado de los caminantes. Anda, y pídele á tu Padre su bendicion.

(1) Es comun en el pueblo la supersticion de que los gallos viejos ponen un huevo, del que sale á los siete años un basilisco. Añaden que éste mata con la vista á la primera persona que vé; pero que muere él, si la persona le vé á él primero

Medio-pollito se acercó á su Padre, bajó la cabeza para besarle la pata, y le pidió la bendicion. El venerable gallo se la dió con mas dignidad que ternura, porque no le queria, en vista de su mala índole La Madre se enterneció, en términos, de tener que enjugarse las lágrimas con una hoja seca.

Medio-pollito tomó el portante, batió el ala, y cantó tres veces, en señal de despedida. Al llegar á las orillas de un arroyo casi seco, porque era verano, se encontró con que el escaso hilo de agua se hallaba detenido por unas ramas. El arroyo al ver al caminante, le dijo:

—Ya ves, amigo, que débil estoy; apénas puedo dar un paso; ni tengo fuerzas bastantes para empujar esas ramillas incómodas, que embarazan mi senda. Tampoco puedo dar un rodéo para evitarlas, porque me fatigaria demasiado. Tú puedes fácilmente sacarme de este apuro, apartándolas con tu pico. En cambio, no solo puedes apaciguar tu sed en mi corriente, sino contar con mis servicios cuando el agua del cielo haya restablecido mis fuerzas.

El pollito le respondió·

—Puedo, pero no quiero. ¿Acaso tengo yo cara de criado de arroyos pobres y miserables?

—¡Ya te acordarás de mí cuando ménos lo pienses! murmuró con voz debilitada el arroyo.

—¡Pues no faltaba mas que la echaras de buche!

dijo Medio-pollito con socarronería; no parece sino que te has sacado un terno á la lotería, ó que cuentas de seguro con las aguas del diluvio.

Un poco mas léjos encontró al viento, que estaba tendido y casi exánime en el suelo.

—Querido Medio-pollito, le dijo; en este mundo todos tenemos necesidad unos de otros. Acércate y mírame. ¿Ves como me ha puesto el calor del estío; á mí, tan fuerte, tan poderoso; á mí, que levanto las olas, que arraso los campos, que no hallo resistencia á mi empuje? Este dia de canícula me ha matado; me dormí embriagado con la fragancia de las flores con que jugaba, y aqui me tienes desfallecido. Si tú quisieras levantarme dos dedos del suelo con el pico, y abanicarme con tu ala, con esto tendria bastante para tomar vuelo, y encaminarme á mi caverna, donde mi madre y mis hermanas las tormentas, se emplean en remendar unas nubes viejas que yo desgarré. Allí me darán unas sopitas, y cobraré nuevos brios.

—Caballero, respondió el malvado pollito: hartas veces se ha divertido Vd. conmigo, empujándome por detrás y abriéndome la cola, á guisa de abanico, para que se mofaran de mí todos los que me veian. No, amigo, á cada puerco le llega su San Martin; y á mas ver, seor farsante.

Esto dijo, cantó tres veces con voz clara, y pavoneándose siguió su camino.

En medio de un campo segado, al que habian

pegado fuego los labradores, se alzaba una columnita de humo. Medio-pollito se acercó, y vió una chispa diminuta, que se iba apagando por instantes entre las cenizas.

—Amado Medio-pollito, le dijo la chispa al verle: á buena hora vienes para salvarme la vida. Por falta de alimento estoy en el último trance. No sé donde se ha metido mi primo el viento, que es quien siempre me socorre en estos lances. Tráeme unas pajas para reanimarme

—¿Qué tengo yo que ver con la jura del Rey? le contestó el pollito. Revienta si te da gana; que maldita la falta que me haces.

—¿Quién sabe si te haré falta algun dia? repuso la chispa. Nadie puede decir de esta agua no beberé.

—¡Hola! dijo el perverso animal. ¿Con que todavía echas plantas? Pues tómate esa.

Y diciendo esto, le cubrió de cenizas; tras de lo cual, se puso á cantar, segun su costumbre, como si hubiera hecho una gran hazaña.

Medio-pollito llegó á la capital; pasó por delante de una iglesia, que le dijeron era la de San Pedro; se puso enfrente de la puerta, y allí se desgañitó cantando, no mas que por hacer rabiar al Santo, y tener el gusto de desobedecer á su Madre.

Al acercarse á palacio, donde quiso entrar para ver al Rey y á la Reina, los centinelas le gritaron: «¡Atrás!»—Entonces dió la vuelta, y penetró por una puerta trasera en una pieza muy grande, donde

vió entrar y salir mucha gente. Preguntó quienes eran, y supo que eran los cocineros de S. M. En lugar de huir, como se lo habia prevenido su Madre, entró muy erguido de cresta y cola; pero uno de los galopines le echó el guante, y le torció el pescuezo en un abrir y cerrar de ojos.

—Vamos, dijo, venga agua para desplumar á este penitente.

—¡Agua, mi querida Doña Cristalina! dijo el pollito, házme el favor de no escaldarme. ¡Ten piedad.... compadéceme!

—¿La tuviste tú de mí, cuando te pedí socorro, mal engendro? le respondió el agua, hirviendo de cólera; y le inundó de arriba á bajo, mientras los galopines le dejaban sin una pluma para un remedio.

Paca, que estaba arrodillada junto á su Abuela, se puso muy colorada y muy triste.

—El cocinero entónces, continuó la tia María, agarró á Medio-pollito, y le puso en el asador.

—¡Fuego, brillante fuego! gritó el infeliz, tú, que eres tan poderoso y tan resplandeciente, duélete de mi situacion, reprime tu ardor, apaga tus llamas, no me quemes.

—¡Bribonazo! respondió el fuego; ¿cómo tienes valor para acudir á mí, despues de haberme ahogado, bajo el pretexto de no necesitar nunca de mis auxilios? Acércate, y verás lo que es bueno.

Y en efecto, no se contentó con dorarle, si-

no que le abrasó hasta ponerle como un carbon.

Al oir esto, los ojos de Paca se llenaron de lágrimas.

Cuando el cocinero le vió en tal estado, continuó la Abuela, le agarró por la pata, y le tiró por la ventana. Entonces el viento se apoderó de él.

—Viento, gritó Medio-pollito, mi querido, mi venerado viento, tú, que reinas sobre todo, y á nadie obedeces, poderoso entre los poderosos, ten compasion de mí, déjame tranquilo en ese monton de estiércol.

—¡Dejarte! rugió el viento arrebatándole en un torbellino, y volteándole en el aire como un trompo; no en mis dias.

Las lágrimas que se asomaron á los ojos de Paca, corrian ya por sus mejillas.

—El viento, siguió la Abuela, depositó á Medio-pollo en lo alto de un campanario. San Pedro extendió la mano, y lo clavó allí de firme. Desde entónces ocupa aquel puesto, negro, flaco y desplumado, azotado por la lluvia, y empujado por el viento, del que guarda siempre la cola. Ya no se llama Medio-pollito, sino veleta; pero sépanse ustedes que allí está pagando sus culpas y pecados; su desobediencia, su orgullo y su maldad.

—Madre abuela, dijo Pepa, vea Vd. á Paca que está llorando por Medio-pollito. ¿No es verdad que todo lo que Vd. nos ha contado, no es mas que un cuento?

—Por supuesto, saltó Momo, que nada de esto es verdad; pero aunque lo fuera, ¿no es una tontería llorar por un bribon que llevó el castigo merecido?

—Cuando yo estuve en Cádiz hace treinta años, contestó la tia María, ví una cosa que se me ha quedado bien impresa. Voy á referírtela, Momo, y quiera Dios que no se te borre de la memoria, como no se ha borrado de la mia. Era un letrero dorado, que está sobre la puerta de la cárcel, y dice así:

ODIA EL DELITO, Y COMPADECE AL DELINCUENTE.

¿No es verdad, Don Federico, que parece una sentencia del Evangelio?

—Si no son las mismas palabras, respondió Stein, el espíritu es el mismo.

—Pero es que Paca tiene siempre las lágrimas pegadas á los ojos, dijo Momo.

—¿Acaso es malo llorar? preguntó la niña á su Abuela.

—No, hija, al contrario; con lágrimas de compasion y de arrepentimiento, hace su diadema la Reina de los Angeles.

—Momo, dijo el pastor, si dices una palabra más que pueda incomodar á mi ahijada, te retuerzo el pescuezo, como hizo el cocinero con Mediopollito.

—Mira si es bueno tener Padrino, dijo Momo dirigiéndose á Paca.

—No es malo tampoco tener una ahijada, repuso Paca muy oronda.

—¿De veras? preguntó el pastor. ¿Y porqué lo dices?

Entonces Paca se acercó á su Padrino, el cual la sentó en sus rodillas con grandes muestras de cariño, y ella empezó la siguiente relacion, torciendo su cabecita para mirarle.

Erase una vez un pobre, tan pobre, que no tenia con que vestir al octavo hijo, que iba á traerle la cigüeña, ni que dar de comer á los otros siete. Un dia se salió de su casa, porque le partia el corazon oirlos llorar y pedirle pan. Echó á andar, sin saber adónde, y despues de haber estado andando, andando, todo el dia, se encontró por la noche... ¿á que no acierta Vd. dónde, Padrino? Pues se encontró á la entrada de una cueva de ladrones. El capitan salió á la puerta; ¡más feróstico era!—¿Quién eres? ¿Qué quieres? le preguntó con una voz de trueno.—Señor, respondió el pobrecillo hincándose de rodillas; soy un infeliz, que no hago mal á nadie: me he salido de mi casa por no oir á mis pobres hijos, pidiéndome pan, que no puedo darles. El capitan tuvo compasion del pobrecito; y habiéndole dado de comer, y regaládole una bolsa de dinero y un caballo, véte, le dijo, y cuando la cigüeña te traiga el otro hijo, avísame, y seré su Padrino.

—Ahora viene lo bueno, dijo el pastor.

—Aguarde Vd., aguarde Vd., continuó la niña, y verá lo que sucedió. Pues señor, el hombre se volvió á su casa tan contento, que no le cabia el corazon en el pecho. ¡Qué holgorio van á tener mis hijos! decia. Cuando llegó, ya la cigüeña habia traido al niño, el cual estaba en la cama con su madre. Entónces se fué á la cueva, y le dijo al bandolero lo que habia sucedido, y el capitan le prometió que aquella noche estaria en la iglesia, y cumpliria su palabra. Asi lo hizo, y tuvo al niño en la pila, y le regaló un saco lleno de oro.

Pero á poco tiempo el niño se murió, y se fué al cielo. San Pedro, que estaba á la puerta, le dijo que colára; pero él respondió: yo no entro, si no entra mi Padrino conmigo.

—¿Y quién es tu Padrino? preguntó el Santo.

—Un capitan de bandoleros, respondió el niño.

—Pues, hijo, repuso San Pedro, tú puedes entrar; pero tu Padrino, no.

El niño se sentó á la puerta, muy triste, y con la mano puesta en la mejilla. Acertó á pasar por alli la Vírgen, y le dijo:

—¿Porqué no entras, hijo mio?

El niño respondió que no queria entrar si no entraba su Padrino, y San Pedro dijo que eso era pedir imposibles. Pero el niño se puso de rodillas, cruzó sus manecitas, y lloró tanto, que la Vírgen, que es Madre de misericordia, se compadeció de

su dolor. La Vírgen se fué, y volvió con una copita de oro en las manos: se la dió al niño, y le dijo:

—Vé á buscar á tu Padrino, y dile que llene esta copa de lágrimas de contricion, y entonces podrá entrar contigo en el cielo Toma estas alas de plata, y echa á volar.

El ladron estaba durmiendo en una peña, con el trabuco en una mano, y un puñal en la otra. Al despertar, vió enfrente de sí, sentado en una mata de alhucema, á un hermoso niño desnudo, con unas alas de plata que relumbraban al sol y una copa de oro en la mano.

El ladron se refregó los ojos creyendo que estaba soñando; pero el nino le dijo: «No, no creas que estás soñando. Yo soy tu ahijado.» Y le contó todo lo que habia ocurrido. Entonces el corazon del ladron se abrió como una granada, y sus ojos vertian agua como una fuente. Su dolor fué tán agudo, y tan vivo su arrepentimiento, que le penetraron el pecho como dos puñales, y se murió. Entonces el niño tomó la copa llena de lágrimas, y voló con el alma de su Padrino al cielo, donde entraron, y donde quiera Dios que entremos todos.

—Y ahora, Padrino, continuó la niña torciendo su cabecita y mirando de frente al pastor, ya vé usted lo bueno que es tener ahijados.

Apénas acababa la niña de referir su ejemplo, cuando se oyó un gran estrépito: el perro se levantó, aguzó las orejas, apercibido á la defensa: el

gato, erizado el pelo, asombrados los ojos, se aprestó á la fuga; pero bien pronto al susto sucedieron alegres risas. Era el caso que Anís se habia quedado dormido durante la narracion que habia hecho su hermana; de lo que resultó que perdiendo el equilibrio, cumplió el vaticinio de su Madre, cayendo en lo interior del tiesto, en el que quedó hundida toda su diminuta persona, á excepcion de sus pies y piernas, que se alzaban del interior de la maceta, como una planta de nueva especie. Impaciente su Madre, le agarró con una mano por el cuello de la chaqueta, le sacó de aquella profundidad, y á pesar de su resistencia, le tuvo algun tiempo suspenso en el aire, de manera que parecia uno de esos muñecos de carton que cuelgan de un hilo, y que tirándoles de otro, mueven desaforadamente brazos y piernas.

Como su Madre le regañaba y todos se reian, Anís, que tenia el génio fuerte, como dicen que lo tienen todos los chicos de cuerpo, (lo que no quita que lo tengan tambien los altos) reventó en un estrepitoso llanto de coraje.

—No llores, Anís, le dijo Paca, no llores, y te daré dos castañas que tengo en la faltriquera.

—¿De verdad? preguntó Anís.

Paca sacó las castañas, y se las dió; y en lugar de lágrimas se vieron tan luego brillar á la luz de la llama, dos hileras de blancos dientecitos en el rostro de Anís.

—Hermano Gabriel, dijo la tia María, dirigiéndose á éste, ¿no me ha dicho Vd. que le duelen los ojos? ¿A qué trabaja Vd. de noche?

—Me dolian, contestó fray Gabriel; pero D. Federico me ha dado un remedio que me ha curado.

—Bien puede D. Federico saber muchos remedios para los ojos, pero no sabe su merced el que no marra, opinó el pastor.

—Si Vd. lo sabe, le agradeceria que me lo comunicase, le dijo Stein.

—No puedo decirlo, repuso el pastor, porque aunque sé que lo hay, no lo conozco.

—¿Quién lo conoce, pues? preguntó Stein.

—Las golondrinas, contestó el pastor (1).

—¿Las golondrinas?

(1) Las cosas que cree y refiere el pueblo, aunque adornadas por su rica y poética imaginacion, tienen siempre algun orígen. En la segunda parte de la obra intitulada *Simples incógnitos en la medicina,* escrita por fray Estéban de Villa, é impresa en Búrgos el año 1651, hallamos este párrafo, que coincide con lo que dice el pastor:

«La ibis (que quieren sea la cigüeña), enseñó el uso de las ayudas, que se echa á sí misma llenando de agua la boca, sirviéndole lo largo del pico para el efecto. El perro, el uso del vomitivo, comiendo la grama, que para él es de virtud vomitiva. El caballo marino, la sangría; cuando se siente cargado de sangre, abriéndose la vena con una punta de caña que le sirve de lanceta, y el barro de venda, revolcándose en él, con lo que cierra la cisura. *La golondrina, el colirio en la Celidonia*, con lo que dá vista á sus pollos y nombre á esta planta, que se dijo *hirundinaria*, por su inventor la golondrina, etc.»

—Pues si señor, prosiguió el pastor· es una yerba que se llama *pito-real*, pero que nadie ve ni conoce sino las golondrinas: si se le sacan los ojos á sus polluelos, van y se los restriegan con el *pito-real*, y vuelven á recobrar la vista. Esta yerba tiene tambien la virtud de quebrar el hierro, no mas que con tocarla; y asi cuando á los segadores ó á los podadores, se les rompe la herramienta en las manos sin poder atinar porqué, es porque tocaron al *pito-real* Pero por mas que la han buscado, nadie la ha visto; y es una providencia de Dios que asi sea, pues si toparan con ella, poca tracamundana se armaria en el mundo, puesto que no quedarian á vida ni cerraduras, ni cerrojos, ni cadenas, ni aldabas.

—¡Las cosazas que se engulle José, que tiene unas tragaderas como un tiburon! dijo riéndose Manuel. D Federico, ¿sabe Vd. otra que dice, y que se cree como artículo de fé? que las culebras no se mueren nunca.

—Pues ya se vé que las culebras no se mueren nunca, repuso el pastor. Cuando ven que la muerte se les acerca, sueltan el pellejo, y arrancan á correr. Con los años se hacen serpientes; entónces, poco á poco, van criando escamas y alas, hasta que se hacen dragones, y se vuelan al desierto. Pero tú, Manuel, nada quieres creer: ¿si querrás negar tambien que el lagarto es enemigo de la muger, y amigo del hombre? si no lo quieres creer, pregúntaselo á tio Miguel.

—¿Ese lo sabe?

—¡Toma! por lo que á él mismo le pasó.

—¿Y qué fué? preguntó Stein

—Estando durmiendo en el campo, contestó José, se le vino acercando una culebra, pero apenas la vió venir un lagarto, que estaba en el vallado, salió á defender al tio Miguel, y empezaron á pelearse la culebra y el lagarto, que era tamaño y tan grande. Pero como el tio Miguel, ni por esas dispertaba, el lagarto le metió la punta del rabo por las narices. Con eso despertó el tio Miguel, y echó á correr como si tuviese chispas en los pies. El lagarto es un bicho bueno, y bien inclinado; nunca se recoje á puestas del sol sin bajarse por las paredes y venir á besar la tierra.

Cuando habia empezado esta conversacion tratando de las golondrinas, Paca habia dicho á Anís, que sentado en el suelo entre sus hermanas con las piernas cruzadas parecia el gran Turco en miniatura.—Anís, ¿sabes tú lo que dicen las golondrina?

—Yo no; no me *jan jablao.*

—Pues atiende: dicen: (remedando la niña el gorgeo de las golondrinas, se puso á decir con celeridad).

Comer y beber:
Buscar emprestado,
Y si te quieen prender (1)

(1) Este verso no se puede decir, sino con la manera de abreviar las palabras que el pueblo gasta pronunciando *quieen* por *quieren.*

Por no haber pagado,
Huir, huir, huir, huiiiii.
Comadre Beatriiiiz.

—¿Por eso se van? preguntó Anís.

—Por eso; afirmó su hermana.

—¡Yo las quiero más...!! dijo Pepa.

—¿Por qué? preguntó Anís.

—Porque has de saber, respondió la niña

Que en el monte Calvario
Las golondrinas
Le quitaron á Cristo
Las cinco espinas.
En el monte Calvario
Los gilgueritos
Le quitaron á Cristo
Los tres clavitos.

—Y los gorriones, ¿qué hacian? preguntó Anís.

—Los gorriones, respondió su hermana, nunca he sabido que hicieran mas que comer y pelearse.

Entretanto Dolores, llevando á su niño dormido en un brazo, habia puesto con la mano que le quedaba libre, la mesa, y colocado en medio las batatas, y distribuido á cada cual su parte. En su propio plato comian los niños; y Stein observó que Dolores ni aun probaba el manjar que con tanto esmero habia confeccionado.

—Vd. no come, Dolores, le dijo.

—¿No sabe Vd. (respondió esta riendo) el refran:

el que tiene hijos al lado, no morirá ahitado? D. Federico, lo que ellos comen, me engorda á mí.

Momo, quo estaba al lado de este grupo, retiraba su plato, para que no cayesen sus hermanos en tentacion de pedirle de lo que contenia.

Su Padre que lo notó, le dijo:

—No seas ansioso, que es vicio de ruines; ni avariento, que es vicio de villanos. Sabrás que una vez se cayó un avariento en un rio. Un paisano que vió se le llevaba la corriente, alargó el brazo y le gritó: *Deme la mano*: ¡Qué habia de dar! ¡dar! ántes de dar nada, dejó que se le llevase la corriente. Fué su suerte que le arrastró el agua cerca de un pescador, que le dijo, hombre, *tome* Vd. esta mano. Conforme se trató de tomar, estuvo mi hombre muy pronto, y se salvó.

—No es ese chascarrillo el que debias contar á tu hijo, Manuel, dijo la tia María; sinó ponerle por ejemplo lo que acaeció á aquel rico miserable, que no quiso socorrer á un pobre desfallecido, ni con un pedazo de pan, ni con un trago de agua. Permita Dios, le dijo el pobre, que todo cuanto toqueis, se convierta en ese oro y esa plata á que tan apegado estais —¡Y asi fué!—Todo cuanto en la casa del avaro había, se convirtió en aquellos metales tan duros como su corazon. Atormentado por el hambre y la sed, salió al campo, y habiendo visto una fuente de agua cristalina, se arrojó con ánsia á ella; pero al tocarla con los labios, el agua se cuajó

y convirtió en plata. Fué á tomar una naranja del árbol, y al tocarla se convirtió en oro; y asi murió rabiando, y maldiciendo aquello mismo, por lo que tanto ansiado habia.

Manuel, *el espiritu fuerte* de aquel círculo, meneó la cabeza.

—¡Lo vé Vd., tia María, dijo José; Manuel no lo quiere creer! Tampoco cree que el dia de la Asuncion, en el momento de alzar en la misa mayor, todas las hojas de los árboles, se unen de dos en dos, para formar una cruz; las altas se doblan, las bajas se empinan, sin que ni una sola deje de hacerlo. Ni cree que el 10 de agosto, dia del martirio de San Lorenzo, que fué quemado en unas parrillas, en cavando la tierra se halla carbon por todas partes.

—Cuando llegue ese dia, dijo Manuel, he de cavar un hoyo delante de tí, José, y verémos si te convenzo de que no hay tal.

—¿Y qué pica en Flandes habrás puesto, si no hallas carbon? le dijo su Madre: ¿acaso crees que lo hallarás si lo buscas sin creerlo? Pero Manuel, tú te has figurado que todo lo que no sea artículo de fé, no se ha de creer, y que la credulidad es cosa de bobos; cuando no es, hijo mio, sino cosa de sanos.

—Pero, Madre, repuso Manuel, entre correr y estar parado, hay un medio.

—¿Y para qué, dijo la buena anciana, escatimar tanto la fé, que al fin es la primera de las virtudes? ¿Qué te pareceria, hijo de mis entrañas, si yo te di-

jese: te parí, te crié, te puse en camino; cumplí pues, con mi obligacion? ¿si solo como obligacion mirase al amor de Madre?

—Que no era Vd. buena Madre, Señora.

—Pues hijo, aplica esto á lo otro; el que no cree, sino por *obligacion*, y solo aquello que no puede dejar de creer, sin ser renegado, es mal cristiano: como sería yo mala Madre, si solo te quisiese por obligacion.

—Hermano Gabriel, dijo Dolores, ¿cómo es que no quiere Vd. probar mis batatas?

—Es dia de ayuno para nosotros, respondió Fray Gabriel.

—¡Qué! ya no hay conventos, reglas ni ayunos, dijo campechanamente Manuel, para animar al pobre anciano á que participase del regalo general. Ademas Vd. ha cumplido cuanto ha los sesenta años; con que asi, fuera escrúpulos, y á comer las batatas; que no se ha de condenar Vd. por eso.

—Vd. me ha de perdonar, repuso Fray Gabriel, pero yo no dejo de ayunar como ántes, miéntras no me lo dispense el Padre Prior.

—Bien hecho, hermano Gabriel, dijo la tia María, Manuel, no te metas á diablo tentador, con su espíritu de rebeldía, y sus incitativos á la gula.

Con esto, la buena anciana se levantó, y guardó en una alhacena el plato que Dolores habia servido al lego, diciéndole: Aqui se lo guardo á Vd. para mañana, hermano Gabriel.

Concluida la cena dieron gracias, quitándose los hombres los sombreros, que siempre conservan puestos dentro de casa.

Despues del Padre ñuestro dijo la tia María:

Bendito sea el Señor,
Que nos ha dado de comer
Sin merecerlo. Amen.
Como nos da sus bienes,
Nos dé su gloria. Amen.
Dios se lo dé
Al pobrecito que no lo tiene. Amen.

Anís al acabar, dió un salto á pié-juntillas tan espontáneo, derecho y repentino, como lo dán los peces en el agua.

CAPÍTULO X.

Marisalada estaba ya en convalecencia; como si la naturaleza hubiera querido recompensar el acertado método curativo de Stein, y el caritativo esmero de la buena tia María

Habíase vestido decentemente, y sus cabellos, bien peinados y recogidos en una castaña, acreditaban el celo de Dolores, que era quien se habia encargado de su vestir.

Un dia en que Stein estaba leyendo en su cuarto, cuya ventanilla daba al patio grande, donde á la sazon se hallaban los niños jugando con Marisalada, oyó que ésta se puso á imitar el canto de diversos pájaros con tan rara perfeccion, que aquel suspendió su lectura para admirar una habilidad tan extraordinaria. Poco despues, los muchachos entablaron

uno de esos juegos tan comunes en España, en que se canta al mismo tiempo. Marisalada hacia el papel de Madre; Pepa, el de un caballero que venia á pedirle la mano de su hija. La madre se la niega; el caballero quiere apoderarse de la novia por fuerza, y todo este diálogo se compone de coplas cantadas en una tonada cuya melodía es sumamente agradable.

El libro se cayó de las manos de Stein, que como buen aleman, tenia gran aficion á la música. Jamás habia llegado á sus oidos una voz tan hermosa. Era un metal puro y fuerte como el cristal, suave y flexible como la seda. Apénas se atrevia á respirar Stein, temeroso de perder la menor nota.

—Se quisiera Vd. volver todo orejas, dijo la tia María, que habia entrado en el cuarto sin que él lo hubiese echado de ver, ¿No le he dicho á Vd. que es un canario sin jaula? Ya verá Vd!

Y con esto se salió al patio, y dijo á Marisalada que cantase una cancion.

Esta con su acostumbrado desabrimiento, se negó á ello.

En este momento entró Momo mal enjestado, precedido de Golondrina cargada de picon.

Traia las manos y el rostro tiznados y negros como la tinta.

—¡El Rey Melchor! gritó al verlo Marisalada.—El rey Melchor, el rey Melchor repitieron los niños.

—Si yo no tuviera mas que hacer, respondió

Momo rabioso, que cantar y brincar como tú, grandísima holgazana, no estaria tiznado de pies á cabeza. Por fortuna Don Federico te ha prohibido cantar, y con esto no me mortificarás las orejas.

La respuesta de Marisalada fué entonar á trapo tendido una cancion.

El pueblo andalúz tiene una infinidad de cantos; son estos boleras ya tristes, ya alegres; el ole, el fandango, la caña, tan linda como difícil de cantar, y otras con nombre propio, entre las que sobresale el *romance*. La tonada del romance es monótona, y no nos atrevemos á asegurar que puesta en música, pudiese satisfacer á los *dilettantis*, ni á los filarmónicos. Pero en lo que consiste su agrado (por no decir encanto), es en las modulaciones de la voz que lo canta; es en la manera con que algunas notas se ciernen, por decirlo así, y mecen suavemente, bajando, subiendo, arreciando el sonido ó dejándolo morir. Asi es que el romance, compuesto de muy pocas notas, es dificilisimo cantarlo bien y genuinamente. Es tan peculiar del pueblo, que solo á estas gentes, y de entre ellas, á pocos, se lo hemos oido cantar á la perfeccion: parécenos que los que lo hacen, lo hacen como por intuicion. Cuando á la caida de la tarde, en el campo, se oye á lo léjos una buena voz cantar el romance con melancólica originalidad, causa un efecto extraordinario, que solo podemos comparar al que producen en Alemania, los toques de corneta de los postillones, cuan-

do tan melancólicamente vibran suavemente repetidos por los ecos, entre aquellos magníficos bosques y sobre aquellos deliciosos lagos. La letra del romance trata generalmente de asuntos moriscos, ó refiere piadosas leyendas ó tristes historias de réos.

Este famoso y antiguo romance que ha llegado hasta nosotros, de padres á hijos, como una tradicion de melodía, ha sido mas estable sobre sus pocas notas confiadas al oido, que las grandezas de España, apoyadas con cañones y sostenidas por las minas del Perú.

Tiene además el pueblo canciones muy lindas y expresivas, cuya tonada es compuesta expresamente para las palabras, lo que no sucede con las arriba mencionadas, á las que se adaptan esa innumerable cantidad de coplas, de que cada cual tiene un rico repertorio en su memoria.

María cantaba una de aquellas canciones, que transcribirémos aquí con toda su sencillez y energía popular:

Estando un caballerito
En la isla de Leon,
Se enamoró de una dama
Y ella le correspondió.
Que con el arclin, que con el arclon.

—Señor, quédese una noche
Quédese una noche ó dos;

Que mi marido está fuera
Por esos montes de Dios.
Que con el aretin, que con el areton.

Estándola enamorando
El marido que llegó:
—Ábreme la puerta, Cielo
Ábreme la puerta, Sol.
Que con el aretin, que con el areton.

Ha bajado la escalera
Quebradita de color;
—¿Has tenido calentura?
¿O has tenido nuevo amor?
Que con el aretin, que con el areton.

—Ni he tenido calentura,
Ni he tenido nuevo amor·
Me se ha perdido la llave
De tu rico tocador.
Que con el aretin, que con el areton

—Si las tuyas son de acero,
De oro las tengo yo.
¿De quién es aquel caballo
Que en la cuadra relinchó?
Que con el aretin, que con el areton.

—Tuyo, tuyo, dueño mio,
Que mi Padre lo mandó,
Porque vayas á la boda
De mi hermana la mayor.
Que con el aretin, que con el areton.

—Viva tu Padre mil años,
Que caballos tengo yo.

¿De quién es aquel trabuco
Que en aquel clavo colgó?
Que con el aretin, que con el areton.

Tuyo, tuyo, dueño mio,
Que mi Padre lo mandó,
Para llevarlo á la boda
De mi hermana la mayor.
Que con el aretin, que con el areton.

—Viva tu Padre mil años,
Que trabucos tengo yo.
¿Quien ha sido el atrevido
Que en mi cama se acostó?
Que con el aretin, que con el areton.

—Es una hermanita mia,
Que mi padre la mandó
Para llevarme á la boda
De mi hermana la mayor.
Que con el aretin, que con el areton.

La ha agarrado de la mano
Al Padre se la llevó:
Toma allá, Padre, tu hija,
Que me ha jugado traicion.
Que con el aretin, que con el areton

—Llévatela tú, mi yerno,
Que la iglesia te la dió.—
La ha agarrado de la mano
Al campo se la llevó.
Que con el aretin, que con el areton.

La tiró tres puñaladas
Y allí muerta la dejó.

La Dama murió á la una,
Y el Galan murió á las dos.
Que con el aretin, que con el areton (1).

(1) El ilustre literato, el estudioso recopilador, el sábio bibliófilo don Juan Nicolás Bohl de Faber, á quien debe la literatura española el *Teatro anterior á Lope de Vega*, y la *Floresta de rimas castellanas*, trae en el primer tomo de esta coleccion, página 255, el siguiente romance antiguo, de autor no conocido. Nos ha parecido curioso el reproducirlo aquí, por tratar el mismo asunto que trata esta cancion. No somos competentes para uzgar si habrá sido que el canto popular subió del pueblo al poeta culto que lo rehizo, ó si bajaria del poeta culto al popular que lo simplificó y trató á su manera, ó si bien seria el suceso un hecho cierto, que simultáneamente cantaron, aunque parece el lenguaje de la cancion del pueblo mas moderno.

—Blanca sois, Señora mia,
mas que no el rayo del so ,
si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor,
que siete anos habia , siete,
que no me desarmo, no;
mas negras tengo mis carnes
que un tiznado carbon.
—Dormidla, senor, dormidla,
desarmado y sin temor,
que el conde es ido á la caza
á los montes de Leon:
Rabia le mate los perros
y águilas el su halcon,
y del monte hasta su casa
á él lo arrastre el moron.
Ellos en aquesto estando,
su marido que llegó.
—¿Qué haceis, la blanca niña,

Apénas hubo acabado de cantar, Stein que tenia un excelente oido, tomó la flauta, y repitió nota por nota la cancion de Marisalada. Entonces fué cuando ésta á su vez quedó pasmada y absorta, volviendo á todas partes la cabeza, como si buscase el sitio en que reverberaba aquel eco, tan exacto y tan fiel

hija de padre traidor?
—Senor, peino mis cabellos
péinolos con gran dolor,
que me dejeis á mí sola
y á los montes os vais vos
—Esa palabra, la niña,
no era sino traicion.
¿Cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?
—Senor, era de mi Padre.
y enviáralo para vos.
—¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano
y hoy os las envió.
—¿Cuya es aquella lanza,
desde aqui la veo yo?
—Tomadla, conde, tomadla,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen Conde,
bien os la merezco yo

Pudiéramos además dar otra version de este mismo tema recogida en otro pueblo del campo de Andalucía; pero nos abstenemos, por onsiderar que la poesía popular no tiene para todo el el mundo interés y el encanto que para nosotros.

—No es eco, clamaron todas las niñas; es Don Federico que está soplando en una caña agujereada.

Maria entró precipitadamente en el cuarto en que se hallaba Stein, y se puso á escucharle con la mayor atencion, inclinando el cuerpo hácia adelante, con la sonrisa en los labios, y el alma en los ojos.

Desde aquel instante la tosca aspereza de María se convirtió, con respecto á Stein, en cierta confianza y docilidad, que causó la mayor extrañeza á toda la familia. Llena de gozo la tia María, aconsejó á Stein que se aprovechase del ascendiente que iba tomando con la muchacha, para inducirla á que se enseñase á emplear bien su tiempo aprendiendo la ley de Dios, y á trabajar, para hacerse buena cristiana y mujer de razon, nacida para ser madre de familia y mujer de su casa. Añadió la buena anciana, que para conseguir el fin deseado, así como para domellar el genio soberbio de María, y sus hábitos bravíos, lo mejor seria suplicar á Señá Rosita, la maestra de amiga, que la tomase á su cargo, puesto que era dicha Maestra muger de razon y temerosa de Dios, y muy diestra en labores de mano.

Stein aprobó mucho la propuesta, y alcanzó de Marisalada, que se prestase á ponerla en ejecucion, prometiéndole en cambio ir á verla todos los dias, y divertirla con la flauta.

Las disposiciones que aquella criatura tenia para

la música, despertaron en ella una aficion extraordinaria á su cultivo, y la habilidad de Stein fué la que le dió el primer impulso.

Cuando llegó á noticia de Momo que Marisalada iba á ponerse bajo la tutela de Rosa Mística, para aprender allí á coser, barrer y guisar, y sobre todo, como él decia, á tener juicio, y que el doctor era quien la habia decidido á este paso, dijo que ya caia en cuenta de lo que Don Federico le habia contado de allá en su tierra, que habia ciertos hombres, detrás de los cuales echaban á correr todas las ratas del pueblo, cuando se ponian á tocar un pito.

Desde la muerte de su madre, Señá Rosa habia establecido una escuela de niñas, á que en los pueblos se da el nombre de amiga, y en las ciudades, el más á la moda, de academia. Asisten á ella las niñas en los pueblos, desde por la mañana hasta medio dia, y solo se enseña la doctrina cristiana y la costura. En las ciudades aprenden á leer, escribir, el bordado y el dibujo. Claro es que estas casas no pueden crear pozos de ciencia, ni ser semilleros de artistas, ni modelos de educacion cual corresponde á la *muger emancipada*. Pero en cambio suelen salir de ellas mujeres hacendosas y excelentes madres de familia, lo cual vale algo más.

Una vez restablecida la enferma, Stein exigió de su Padre que la confiase por algun tiempo á la buena muger, que debia suplir con aquella indómita

criatura, á la Madre que habia perdido, y adoctrinarla en las obligaciones propias de su sexo.

Cuando se propuso á Señá Rosa que admitiese en su casa á la *bravía* hija del pescador, su primera respuesta fué una terminante negativa, como suelen hacer en tales casos las personas de su temple; pero acabó por ceder cuando se le dieron á entender los buenos efectos que podria tener aquella obra de caridad; como hacen en iguales circunstancias todas las personas religiosas, para las cuales la obligacion no es cosa convencional, sino una línea recta trazada con mano firme.

No es ponderable lo que padeció la infeliz muger, mientras estuvo á su cargo Marisalada. Por parte de ésta no cesaron las burlas ni las rebeldías, ni por parte de la Maestra los sermones sin provecho y las exhortaciones sin fruto.

Dos ocurrencias agotaron la paciencia de Señá Rosa, con tanta mas razon, cuanto que no era en ella virtud innata, sino trabajosamente adquirida.

Marisalada habia logrado formar una especie de conspiracion en las filas del batallon que Señá Rosa capitaneaba. Esta conspiracion llegó por fin á estallar un dia, tímida y vacilante á los principios, mas despues osada y con el cuello erguido; y fué en los términos siguientes:

—No me gustan las rosas de á libra, dijo de repente Marisalada.

—¡Silencio! mandó la Maestra, cuya severa dis-

ciplina no permitia que se hablase en las horas de clase.

Se restableció el silencio.

Cinco minutos despues, se oyó una voz muy aguda, y no poco insolente, que decia:

—No me gustan las rosas lunarias.

—Nadie te lo pregunta, dijo Señá Rosa, creyendo que esta intempestiva declaracion habia sido provocada por la de Marisalada.

Cinco minutos despues, otra de las conspiradoras dijo, recojiendo el dedal que se le habia caido·

—A mí no me gustan las rosas blancas.

—¿Qué significa esto? gritó entonces Rosa Mística, cuyo ojillo negro brillaba como un fanal.—¿Se están ustedes burlando de mí?

—No me gustan las rosas de pitiminí, dijo una de las mas chicas, ocultándose inmediatamente debajo de la mesa.

—Ni á mí las rosas de Pasion.

—Ni á mí las rosas de Jericó.

—Ni á mí las rosas amarillas.

La voz clara y fuerte de Marisalada, oscureció todas las otras gritando·

—A las rosas secas no las puedo ver.

—A las rosas secas, exclamaron en coro todas las muchachas, no las puedo ver.

Rcsa Mística, que al principio habia quedado atónita, viendo tanta insolencia, se levantó, corrió á la cocina, y volvió armada de una escoba.

Al verla, todas las muchachas huyeron como una bandada de pájaros. Rosa Mística quedó sola, dejó caer la escoba, y se cruzó de brazos.

—¡Paciencia, Señor! exclamó, despues de haber hecho lo posible por serenarse:—sobrellevaba con resignacion mi apodo, como tú cargaste con la cruz; pero todavía me faltaba esta corona de espinas. ¡Hágase tu santa voluntad!

Quizás se habria prestado á perdonar á Marisalada en esta ocasion, si no se hubiera presentado muy en breve otra, que la obligó por fin á tomar la resolucion de despedirla de una vez. Fué el caso, que el hijo del barbero, Ramon Perez, gran tocador de guitarra, venia todas las noches á tocar y cantar coplas amorosas bajo las ventanas severamente cerradas de la beata.

—Don Modesto, dijo ésta un dia á su huésped, cuando Vd. oiga de noche á este chicharra de Ramon desollarnos las orejas con su canto, hágame usted favor de salir y decirle que se vaya con la música á otra parte.

—Pero, Rosita, contestó Don Modesto, ¿quiere usted que me indisponga con ese muchacho, cuando su Padre (Dios se lo pague) me está afeitando de valde desde el dia de mi llegada á Villamar? Y vea Vd. lo que es!.. á mi me gusta oirle, porque no puede negarse que canta y toca la guitarra con mucho primor.

—Buen provecho le haga á Vd., dijo Señá Rosa. Puede ser que tenga Vd. los oidos á prueba de bom-

ba. Pero si á Vd. le gusta, á mí no. Eso de venir á cantar á las rejas de una muger honrada, ni le hace favor, ni viene á qué.

La fisonomía de Don Modesto, espresó una respuesta muda, dividida en tres partes. En primer lugar, la estrañeza, que parecía decir: ¡Qué! ¡Ramon galantéa á mi patrona! En segundo lugar la duda, como si dijera: ¿será posible? En tercer lugar, la certeza, concretada en estas frases: ¡ciertos son los toros! Ramon es un atrevido.

Pero bien pensado, continuó Señá Rosa, no se mueva Vd.; que podría resfriarse, pasando del calor de su cama al aire. Mas vale que se quede Vd. quieto, y sea yo la que diga al tal mochuelo, que si se quiere divertir, que compre una mona.

Al sonar las doce de la noche, se oyó el rasguéo de una guitarra, y en seguida una voz que cantaba:

¡Vale mas lo moreno
De mi morena,
Que toda la blancura
De la azucena!

—¡Qué tonteras! exclamó Rosa Mística, levantándose de la cama. ¡Qué larga será la cuenta que haya de dar á Dios de tanta palabra vana!

La voz prosiguió cantando:

Niña, cuando vas á misa,
La iglesia se resplandece:
La yerba seca que pisas,
Al verte, se reverdece.

—¡Dios nos asista! exclamó Rosa Mística, poniéndose las terceras enaguas; tambien saca á colacion la misa en sus coplas profanas; y los que lo oigan, como saben que soy dada á las cosas de Dios, dirán que lo canta por lavarme la cara. ¿Si pensará ese barbi-lampiño burlarse de mí? ¡No falar mas!

Rosa llegó á la sala, y ¡cuál no se quedaria al ver á Marisalada asomada al postigo, y oyendo al cantor con toda la atencion de que era capaz! Entónces se persignó, exclamando:

—¡Y todavía no ha cumplido trece años! ¡Sobre que ya no hay niñas!

Tomó á Marisalada por el brazo, la apartó de la ventana, y se colocó en ella á tiempo que Ramon, dándole de firme á la guitarra, entonaba desgañitándose, esta copla:

Asómate á esa ventana,
Esos bellos ojos abre;
Nos alumbrarás con ellos,
Porque está oscura la calle.

Y siguió mas violento y desatinado que nunca el rasguéo.

—Yo seré quien te alumbraré con un blandon del infierno, gritó con ágria y colérica voz Rosa Mística: libertino, profanador, cantor sempiterno é insufrible!

Ramon Perez, vuelto en sí de la primera sorpre-

sa, echó á correr mas ligero que un gamo, sin volver la cara atrás.

Este fué el golpe decisivo. Marisalada fué despedida de una vez, á pesar del empeño que hizo tímidamente Don Modesto en su favor.

—Don Modesto, respondió Rosita, dice el refran: cargos son cargos; y mientras esta descaradota esté al mio, tengo que dar cuenta de sus acciones á Dios y á los hombres. Pues bien, cada cual tiene bastante con responder de lo suyo, sin necesidad de cargar con culpas agenas. Además de que, Vd. lo está viendo, es una criatura que no se puede meter por vereda; por mas que se la inclina á la derecha, siempre ha de tirar á la izquierda.

CAPÍTULO XI.

Tres años habia que Stein permanecia en aquel tranquilo rincon. Adoptando la índole del pais en que se hallaba, vivía al dia, ó como dicen los francese, *au jour le jour*, y como en otros términos le aconsejára su buena patrona la tia María, diciendo que el dia de mañana no debia echarnos á perder el de hoy, y que de lo solo que se debia cuidar era de que el de hoy no nos echase á perder el de mañana.

En estos tres años habia estado el jóven médico en correspondencia con su familia. Sus padres habian muerto, mientras él se hallaba en el ejército en Navarra: su hermana Carlota habia casado con un arrendatario bien acomodado, el cuál habia hecho de los dos hermanos pequeños de su muger,

dos labradores poco instruidos, pero hábiles y constantes en el trabajo. Stein se veia, pues, enteramente libre y árbitro de su suerte.

Habíase dedicado á la educacion de la niña enferma, que le debía la vida, y aunque cultivaba un suelo ingrato y estéril, habia conseguido á fuerza de paciencia hacer germinar en él los rudimentos de la primera enseñanza Pero lo que excedió sus esperanzas, fué el partido que sacó de las extraordinarias facultades filarmónicas, con que la naturaleza habia dotado á la hija del pescador. Era su voz incomparable, y no fué difícil á Stein, que era buen músico, dirigirla con acierto, como se hace con las ramas de la vid, que son á un tiempo flexibles y vigorosas, dóciles y fuertes.

Pero el maestro, que tenia un corazon tierno y suave, y en su temple una propension á la confianza que rayaba en ceguedad, se enamoró de su discípula, contribuyendo á ello el amor exaltado que tenía el pescador á su hija, y la admiracion que esta excitaba en la buena tia María: ambos tenian cierto poder simpático y comunicativo que debió ejercer su influencia en una alma abierta, benévola y dócil como la de Stein. Se persuadió, pues, con Pedro Santaló de que su hija era un ángel, y con la tia María, de que era un portento. Era Stein uno de aquellos hombres, que pueden asistir á un baile de máscaras, sin llegar á persuadirse de que detrás de aquellas fisonomías absurdas, detrás de

aquellas facciones de carton pintado, hay otras fisonomías y otras facciones, que son las que el individuo ha recibido de la naturaleza. Y si á Santaló cegaba el cariño apasionado, y á la tia María la bondad suma, ambos llegaron á la vez á cegar á Stein.

Pero despues de todo, lo que más le sedujo fué la voz pura, dulce, expresiva y elocuente de María.

Es preciso, se decia á sus solas, que la que expresa de un modo tan admirable los sentimientos más sublimes, poséa un alma llena de elevacion y de ternura.

Mas, como el grano de trigo en un rico terreno se esponja y echa raices ántes de que sus brotes suban á la luz del dia, asi crecía y echaba raices este tranquilo y sincero amor, en el corazon de Stein, ántes sentido que definido.

Tambien María por su parte se habia aficionado á Stein, no porque agradeciese sus esmeros, ni porque apreciase sus excelentes prendas, ni porque comprendiese su gran superioridad de alma y de inteligencia, ni aun siquiera por el atractivo que ejerce el amor en la persona que lo inspira, sino porque agradecimiento, admiracion, atractivo, los sentía y se los inspiraba el *músico*, el maestro que en el arte la iniciaba. Además, el aislamiento en que vivía, apartaba de ella todo otro objeto que hubiese podido disputar á aquel la preferencia, Don Modesto no estaba en edad de figurar en la palestra de

amor: Momo, además de ser extraordinariamente feo, conservaba toda su animosidad contra Marisalada, y no cesaba de llamarla *Gaviota*, y ella le miraba con el más alto desprecio. Es cierto que no faltaban mozalvetes en el lugar, empezando por el barberillo, que persistía en suspirar por María; pero todos estaban léjos de poder competir con Stein.

Por este tranquilo estado de cosas habian pasado tres veranos y tres inviernos, como tres noches y tres dias serenos, cuando acaeció lo que vamos á referir.

Forjábase en el tranquilo Villamar (¿quién lo diría?) una intriga; era su promotor y gefe (¿quién lo pensara!) la tia María; era el confidente (¿quién no se asombra!) Don Modesto!

Aunque sea una indiscrecion, ó por mejor decir, una bajeza el acechar, oigámoslos en la huerta escondidos detrás de este naranjo, cuyo tronco permanece firme, mientras sus flores se han marchitado y sus hojas se han caido, como queda en el fondo del alma la resignacion, cuando se ha ajado la alegría y se han muerto las esperanzas; oigamos, volvemos á decir, el coloquio que en secreto conciliábulo tienen los mencionados confidentes, mientras Fray Gabriel, que está á mil leguas aunque pegado á ellos, amarra con vencejos las lechugas para que crezcan blancas y tiernas.

—No es que me lo figuro, Don Modesto, decia la

instigadora, es una realidad; para no verlo sería preciso no tener ojos en la cara. Don Federico quiere á Marisalada, y á esta no le parece el doctor costal de paja.

—Tia María, ¿quién piensa en amores? respondió Don Modesto, en cuya calma y tranquila existencia no se habia realizado el eterno, clásico, pero invariable axioma de la inseparable alianza de Marte y Cupido.—¿Quién piensa en amores? repitió Don Modesto en el mismo tono en que hubiese dicho: ¿quién piensa en jugar á la billarda, ó en remontar un pandero?

—La gente moza, Don Modesto, la gente moza; y si no fuera por eso, se acabaria el mundo. Pero el caso es, que es preciso darles á estos un espolazo, porque esa gente de por allá arriba, quiéreme parecer que se andan con gran pachorra, pues dos años há que nuestro hombre está queriendo á su ruiseñor, como él la llama, que eso salta á la cara; y estoy para mí, que no le ha dicho buenos ojos tienes. Vd. que es hombre que supone, un señor *considerable*, y que Don Federico le aprecia tanto, debería Vd. darle una puntadilla sobre el asunto, un buen consejo, en bien de ellos y de todos nosotros.

—Dispénseme Vd., tia María, respondió Don Modesto; pero Ramon Perez está por medio; es amigo, y no quiero hacerle mal tercio; me afeita por mi buena cara, y meterme á apadrinar á otro, sería una mala partida. Tiene mucha pena en ver que

Marisalada no le quiere, y se ha puesto amarillo y delgado que es un dolor. El otro dia dijo que si no se casaba con Marisalada, romperia su guitarra, y ya que no podia meterse fraile, se meteria á faccioso. Ya vé Vd., tia María, que de todas maneras me comprometo, metiéndome en ese asunto.

–Señor, dijo la tia María, ¿y vá Vd. á tomar por lo sério lo que dicen los enamorados? Si Ramon Perez, el pobrecillo, no es capaz de matar un gorrion, ¿cómo puede Vd. creer que se vaya á matar cristianos? Pero considere Vd. que si se casa Don Federico se nos quedará aquí para siempre, ¿y qué suerte no sería esta para todos? Le aseguro á Vd. que se me abren las carnes, así que habla de irse. Por fortuna que cada vez se lo quitamcs pe la cabeza. Pues y la niña, ¡qué suerte haría! Que ha de saber Vd. que gana Don Federico muy buenos cuartos. Cuando asistió y sacó en bien al hijo del alcalde Don Perfecto, le dió éste cien reales, como cien estrellas. ¡Qué linda pareja harian, mi Comandante!

—No digo que nó, tia María, repuso Don Modesto; pero no me dé Vd. cartas en el asunto, y déjeme observar mi estricta neutralidad. No tengo dos caras; tengo la que me afeita Ramon, y no otra.

En este momento entró Marisalada en la huerta. No era ya por cierto la niña que conocimos desgreñada y mal compuesta; primorosamente peinada

y vestida con esmero, venia todas las mañanas al convento, al que si bien no la atraian el cariño ni la gratitud á los que lo habitaban, traíala el deséo de oir y aprender música de Stein, al paso que la echaba de la cabaña el fastidio de hallarse sola en ella con su Padre, que no la divertia.

—¿Y Don Federico? dijo al entrar.

—Aun no ha vuelto de ver á sus enfermos, respondió la tia María; hoy iba á vacunar mas de doce niños. ¡Tales cosas, Don Modesto! Sacó el *pus*, con o dice su merced, de la teta de una vaca: ¡que las vacas tengan un contraveneno para las viruelas! Y verdad será, porque Don Federico lo dice.

—Y tanta verdad que es, repuso Don Modesto, y que lo inventó un Suizo. Cuando estaba en Gaeta vi á los Suizos, que son la guardia del Papa; pero ninguno me dijo ser él el inventor.

—Si yo hubiese sido Su Santidad, prosiguió la tia María, hubiese premiado al inventor con una indulgencia plenaria. Siéntate, Saladilla mia, que tengo hambre de verte.

—No, contestó María, me voy.

—¿Dónde has de ir que mas te quieran? dijo la tia María.

—¿Qué se me da á mí que me quieran? respondió Marisalada, ¿qué hago yo aqui sinó está Don Federico?

—¡Vamos allá! ¿con que no vienes aquí sinó por ver á Don Federico, ingratilla?

—Y sinó, ¿á qué habia de venir? contestó María, ¿á hallarme con Romo, que tiene los ojos, la cara y el alma todo atravesado?

—¿Con que esto es que quieres mucho á Don Federico? tornó á preguntar la buena anciana.

—Le quiero, respondió María; si no fuera por él, no ponia aquí los pies, por no encontrarme con ese demonio de Romo, que tiene un aguijon en la lengua, como las abispas en la parte de atrás.

—¿Y Ramon Perez? preguntó con chuscada la tia María, como para convencer á Don Modesto de que su protegido podia archivar sus esperanzas.

Marisalada soltó una carcajada. Si ese *Raton Perez* (Momo habia puesto este sobrenombre al barberillo) respondió, se cae en la olla, no seré yo la hormiguita que lo canta y lo llora, y sobre todo la que lo escuche cantar; porque su canto me ataca el *sistema nervioso*, como dice Don Federico, que asegura que lo tengo mas tirante que las cuerdas de una guitarra. Verá Vd. como canta ese Raton Perez, tia María.

Cogió Marisalada rápidamente una hoja de pita que estaba en el suelo, y era de las que servian al hermano Gabriel, para poner como biombos contra el viento Norte delante de las tomateras cuando empezaban á nacer; y apoyándola en su brazo, á estilo de una guitarra, se puso á remedar de una manera grotesca los ademanes de Ramon Perez, y con su singu-

lar talento de imitacion y su modo de cantar y hacer gorgoritos, de esta suerte cantó:

¿Qué tienes, hombre de Dios,
Que te vas poniendo flááááco?
—Es porque puse los ojos
En un castillo muy áááálto!

—Sí, dijo Don Modesto, que recordó las serenatas á la puerta de Rosita; ese pobre Ramon siempre ha puesto alto los ojos.

A Don Modesto no le habian podido disuadir los ulteriores sucesos, de que no fuese Rosita el objeto que atrajo las consabidas serenatas; porque una idea que entraba en la cabeza de Don Modesto, caia como en una alcancía; ni él mismo la podia volver á sacar. Eran las casillas de su entendimiento tan estrechas y bien ordenadas, que una vez que penetraba una idea en la que le correspondia, quedaba encajada, embutida, é incrustada *per in sæcula sæculorum.*

—Me voy, dijo María, tirando la pita, de modo que vino á dar ruidosamente contra Fray Gabriel, que vuelto de espalda y agachado, ataba su centésimo vigésimo quinto vencejo.

—¡Jesus! exclamó asombrado Fray Gabriel; pero en seguida se volvió á atar sus vencejos, sin añadir palabra.

—¡Qué puntería! dijo María riéndose: Don Modesto,

tómeme Vd. para artillero, cuando logre los cañones para su fuerte.

—Esas no son gracias, María; son chanzas pesadas, que sabes que no me gustan, dijo incomodada la buena anciana. Dime á mí lo que quieras; pero á Fray Gabriel déjale en paz, que es el único bien que le ha quedado.

—Vamos, no se enfade Vd., tia María, repuso la Gaviota; consuélese Vd. con pensar, que nada tiene de vidrio Fray Gabriel, sino sus espejuelos. Mi Comandante, dígale Vd. á Señá Rosa Mística, que traslade su *amiga* al fuerte de Vd. cuando tenga cañones de veinte y cuatro, para que estén bien guardadas las niñas de las asechanzas del demonio, que se meten en guitarras destempladas. Me voy, porque Don Federico no viene; estoy para mí que está vacunando á todo el lugar, inclusos Señá Mística, el Maestro de escuela y el alcalde.

Pero la buena anciana, que estaba acostumbrada á las maneras desabridas de María, que por lo tanto no herian, la llamó, y le dijo se sentase á su lado.

Don Modesto, que infirió que la buena muger iba á armar sus baterías, fiel á la neutralidad que habia prometido, se despidió, dió media vuelta á la derecha, y tocó retirada; pero no sin que la tia María le diese un par de lechugas y un manojo de rábanos.

—Hija mia, dijo la anciana cuando estuvieron solas; ¿qué no sería, que se casase contigo Don Federi-

co, y que fuéses tú así la Señá médica, la mas felis de as mugeres, con ese hombre que es un San Luiz Gonzaga, que sabe tanto, que toca tan bien la flauta, y gana tan buenos cuartos? Estarías vestida como un palmito, comida y bebida como una mayorazga; y sobre todo, hija mia, podrias mantener al pobrecito de tu Padre, que se vá haciendo viejo, y es un dolor verle echarse á la mar, que llueva, que ventée, para que á tí no te falte nada. Así Don Federico se quedaría entre nosotros, consolando y aliviando males, como un Angel que es.

María habia escuchado á la anciana con mucha atencion, aunque afectando tener la vista distraida: cuando hubo acabado de hablar, calló un rato, y dijo despues con indiferencia·

—Yo no quiero casarme.

—¡Oiga! exclamó tia María, ¿pues acaso te quieres meter monja?

—Tampoco, respondió la Gaviota.

—¿Pues qué? preguntó asombrada la tia María, ¿no quieres ser ni carne, ni pescado? ¡No he oido otra! La muger, hija mia, ó es de Dios, ó del hombre; si no, no cumple con su vocacion, ni con la de arriba, ni con la de abajo.

—¿Pues qué quiere Vd., Señora? no tengo vocacion ni para casada ni para monja.

—Pues hija, repuso la tia María, será tu vocacion la de la mula. A mí, Mariquita, no me gusta nada de lo que sale de lo regular; en particular á las mugeres.

les está tan mal no hacer lo que hacen las demás, que si fuese hombre, le habia de huir á una muger así, como á un toro bravo. En fin, tu alma en tu palma; allá te las avengas. Pero, añadió con su acostumbrada bondad, eres muy niña, y tienes que dar mas vueltas que dá una llav El tiempo quiebra, sin canto ni piedra.

Marisalada se levantó y se fué.

—¡Sí! iba pensando, tocándose el pañolon por la cabeza; me quiere; eso ya me lo sabia yo. Pero..... como Fray Gabriel á la tia María, esto es, como se quieren los viejos. ¿A que no sufria un aguacero en mi reja por no resfriarse? Ahora, si se casa conmigo me hará buena vida, ¡eso sí! me dejará hacer lo que me dé gana, me tocará su flauta cuando se lo pida, y me comprará lo que quiera y se me antoje. Si fuera su muger, tendria un pañolon de espumilla, como Quela la hija de tio Juan Lopez, y una mantilla de blonda de Almagro, como la alcaldesa. ¡Lo que rabiarian de envidia! Pero me parece que Don Federico, que se derrite como tocino en sartén, cuando me oye cantar, lo mismo piensa en casarse conmigo, que piensa Don Modesto en casarse con su querida Rosa... de todos los diablos

En todo este bello monólogo mental, no hubo un pensamiento ni un recuerdo para su Padre, cuyo alivio y bienestar habian sido las primeras razones que habia aducido la tia María!

CAPÍTULO XII.

Convencida la tia María de que ningun apoyo ni ayuda alguna tenia que aguardar del hombre de influencia, al cual habia querido asociarse en su empresa matrimonial, se determinó á llevarla á cabo por sí y ante sí, segura de vencer las objeciones de María, y las que pudiese poner Don Federico, como Sanson á los filisteos. Nada la arredraba, ni el despego de María, ni la inmovilidad de Stein; porque el amor es perseverante como una hermana de la Caridad, y arrojado como un héroe; y el amor era el gran móvil de todo lo que hacia aquella buenísima muger. Asi fué, que sin más ni más, le dijo un dia á Stein:

—¿Sabe Vd. Don Federico, que dias atrás estuvo aquí Marisalada, y nos dijo muy clarito, y con esa

gracia que Dios le ha dado, que no venia aquí sinó por Vd.? ¿Qué le parece á Vd. de la franqueza?

—Que á ser cierto, seria una ingratitud, y que mi ruiseñor no es capaz de ella: habrá sido una broma.

—Ello es, Don Federico, que barbas mayores quitan menores, y el primer lugar compete á quien compete. ¿Tan mal le sabrá á Vd. que le quieran, señor mio?

—No por cierto, que estamos de acuerdo en aquel axioma que Vd. tanto repite, *amor no dice basta.* Pero... tia María, en querer siempre he sido mejor donador, que no recaudador.

—Eso no habla conmigo, exclamó con viveza la buena muger.

—No por cierto, mi querida tia María, respondió Stein tomando y estrechando entre las suyas la mano de la anciana. En sentimientos estamos en cuenta corriente y pagada; pero en pruebas he quedado muy atrás; ¡ojalá pudiese dar á Vd. alguna de mi cariño y de mi gratitud!

—Pues fácil es, Don Federico, y voy á pedírsela á Vd.

—Desde luego, mi querida tia María, ¿y cuál es esa prueba? Decidlo pronto.

—Que se quede con nosotros, y para eso, que se case Vd., Don Federico: de esta suerte se nos quitaría el continuo sobresalto en que vivimos, de que se nos quiera Vd. ir á su país; porque, como dice el refrán. ¿Cuál es tu tierra?—La de mi muger.

Stein se sonrió.

—¿Qué me case? dijo; ¿pero con quién, mi buena tia María?

—¿Con quién? ¿con quién habia de ser? con su *ruiseñor*, así tendrá Vd. eterna primavera en el corazon. ¡Es tan guapa, tan sandunguera, está tan amoldada á sus mañas de Vd., que ni ella puede vivir sin Vd., ni Vd. sin ella. ¡Si se están ustedes queriendo como dos tortolillos! que eso salta á la cara.

—Soy viejo para ella, tia María, (respondió Stein suspirando, y sonrojándose al darse cuenta de que en cuanto á él, llevaba razon la buena muger); soy viejo, repitió, para una niña de diez y seis años, y mi corazon es un inválido á quien deseo hacer la vida dulce y tranquila, y no exponerle á nuevas heridas.

—¡Viejo! exclamó la tia María, ¡qué disparate! ¡Pues si apénas tiene Vd. treinta años! Vamos, que eso es una razon de pié de banco, Don Federico.

—¿Qué más desearia yo, replicó Stein, que disfrutar con una inocente jóven, de la dulce y santa felicidad doméstica, que es la verdadera, la perfecta, la sólida que puede disfrutar el hombre, y que Dios bendice, porque es la que nos ha trazado? Pero, tia María, ella no me puede querer á mí.

—¡Esta es otra que mejor baila! Delicadita de gusto habia de ser, á fé mia, la que á Vd. le hiciese fó, Don Federico. ¡Jesus! no diga Vd. lo contrario; que

parece burla. Pues si la muger que Vd. quiera, ha de ser la mas feliz del mundo entero.

—¿Lo cree Vd. asi, mi buena tia María?

—Como me hé de salvar, Don Federico; y la que no lo fuese, era preciso asparla viva.

A la mañana siguiente, cuando llegó Marisalada, al entrar en el patio, se dió de frente con Momo, que sentado sobre una piedra de molino, almorzaba pan y sardinas.

—¿Ya estás ahí, Gaviota? (este fué el suave recibimiento que le hizo Momo); ¡sobre que un dia te hemos de hallar en la olla del potaje! ¿No tienes nada que hacer en tu casa?

—Todo lo dejo yo, respondió María, por venir á ver esa cara tuya, que me tiene hechizada, y esas orejas que te envidia Golondrina. Oyes, ¿sabes porqué teneis vosotros las orejas tan largas? Cuando padre Adan se halló en el paraiso con tanto animal, les dió á cada cual su nombre; á los de tu especie los nombró borricos. Unos dias despues, los juntó, y les fué preguntando á cada cual su nombre; todos respondieron, ménos los de tu casta, que ni su nombre sabian. Dióle tal rabia á padre Adan, que cogiendo al desmemoriado por las orejas, se puso á gritar á la par que tiraba desaforadamente de ellas, te llamas borriiicóóo!

Diciendo y haciendo, habia cogido María las orejas á Momo, y se las tiraba de manera de arrancárselas.

Fué la suerte de María, que al primer berrido que dió Momo, con toda la fuerza de sus anchos pulmones, se le atravesó un bocado de pan y sardina, lo que le ocasionó tal golpe de tos, que ella, ligera como buena gaviota, pudo escaparse de buitre.

—Buenos dias, mi ruiseñor, dijo Stein que al oirla habia salido al patio.

—Por vía del ruiseñor, ¡ehé, ehé, ehé, ehé! gruñia y tosia Momo, ¡ruiseñor, y es la chicharra mas cansada que ha criado el estío! ¡ehé, ehé, ehé, ehé!

—Ven, María, prosiguió Stein, ven á escribir, y á leer los versos que traduje ayer. ¿No te gustaron?

—No me acuerdo de ellos, respondió María; ¿eran aquellos del pais donde florecen los naranjos? Esos no pegan aquí, donde se han secado por no bastar á su riego las lágrimas de Fray Gabriel. Déjese usted de versos, Don Federico, y tóqueme Vd. el Nocturno de Wehber, cuyas palabras son:

—¡Escucha, escucha, amada mia! se oye el canto del ruiseñor; en cada rama florece una flor; ántes que aquel calle, y estas se ajen, escucha, escucha, amada mia!

—¡Los terminachos que ha aprendido esa Gaviota! murmuraba Momo, y que le sientan como confites á un ajo molinero.

—Despues que leas, tocaré la serenata de Carl de Wehber, dijo Stein, que solo á favor de esta recompensa, podia obligar á María á aprender lo que

queria enseñarle. Maria tomó con mal gesto el papel que le presentaba Stein, y leyó corrientemente, aunque de mala gana:

AL RETIRO.

(*Traducido del poeta aleman Salis*).

En la suave sombra del retiro hallé la paz, la paz que á un mismo tiempo nos ablanda y fortalece, y que mira tranquila los golpes de la suerte como el Santo mira los sepulcros.

Dulce olvido de la marcha del tiempo, suave alejamiento de los hombres, que llevas á amarlos mas que su trato. Tú sacas blandamente de la herida el dardo que en el alma clavó la injusticia.

Aquel que *tolera y aprecia*, aquel que exige mucho de sí mismo y poco de los demas, para éste brotan las mas suaves hojas del olivo, con las que coronará la moderacion su frente.

En cuanto á mí, corono á mis Penates con loto (1), y los cuidados por el porvenir no se acercan á mis umbrales, pues el hombre cuerdo concreta su felicidad á un estrecho círculo

—María, dijo Stein cuando esta hubo acabado al lectura; tú, que no conoces el mundo, no puedes graduar cuánta y qué profunda verdad hay en estos versos, y cuánta filosofía. ¿Te acuerdas que te expliqué lo que era filosofía?

—Si señor, respondió María, la ciencia de ser feliz. Pero en eso, Señor, no hay reglas ni ciencia que valga; cada cual entiende el modo de serlo á su

(1) Loto, planta que simboliza el olvido.—Almez ó almezo.

manera. Don Modesto, en que le pongan cañones á su fuerte, tan ruinoso como él. Fray Gabriel, en que le vuelvan su convento, su Prior y sus campañas; tia María, en que Vd. no se vaya; mi Padre en coger una corbina, y Momo, en hacer todo el mal que pueda.

Stein se echó á reir, y poniendo cariñosamente su mano sobre el hombro de María,—¿y tú, le dijo, en qué la haces consistir?

María vaciló un momento sobre lo que habia de contestar, levantó sus grandes ojos, miró á Stein, los volvió á bajar, miró de soslayo á Momo, se sonrió en sus adentros al verle las orejas mas coloradas que un tomate, y contestó al fin.—¿Y Vd. Don Federico, en qué la haria consistir? ¿en irse á su tierra?

—No, respondió Stein.

—¿Pues en qué? prosiguió preguntando María.

—Yo te lo diré, ruiseñor mio, respondió Stein; pero ántes, díme tú ¿en qué harías consistir la tuya?

—En oir siempre tocar á Vd., respondió María con sinceridad.

En este momento salió la tia María de la cocina, con la buena intencion de meter el palo en candela; sucediéndole lo que á muchos, que por un exceso de celo, entorpecen las mismas cosas que desean.

—¿No vé Vd., Don Federico le dijo, qué guapa moza está Marisalada, y qué corpachon ha echado?

Momo al oir á su Abuela, murmuró guillotinando una sardina,—¡idéntica á la caña de pescar de su Pa-

dre! con unas piernas y brazos, que le dan el garbo de un cigarron, tan alta y tan seca, que haría buena tranca para mi puerta, ¡juí!

—Anda, desaborido, rechoncho, que pareces una col sin troncho, repuso la Gaviota á media voz.

—Sí, sí, respondió Stein á la tia María: es bella, sus ojos son el tipo de los tan nombrados de los árabes.

—Parecen dos erizos, y cada mirada una púa, gruñó Momo.

—¿Y esta boca tan hermosa que canta como un serafin? prosiguió la tia María, tomando la cara á su protegida.

—¡Vea Vd.! dijo Mómo, una boca como una espuerta, que echa fuera sapos y culebras.

—¿Y tu geta? (dijo María con una rabia, que esta vez no pudo contener); ¿y tu geta espantosa, que no ha llegado de oreja á oreja, porque tu cara es tan ancha, que se cansó á medio camino?

Momo en respuesta, cantó en tres tonos diferentes.

—¡Gaviota! ¡Gaviota! ¡Gaviota!

—¡Romo! ¡Romo! ¡Romo! chato, naríz de rabadilla de pato, cantó María con su magnífica voz.

—¿Es posible, Mariquita, le dijo Stein, que hagas caso de lo que dice Momo solo por molerte? Son sus bromas tontas y groseras, pero sin malicia.

—Alguna de la que á él le sobra, le hace falta á Vd., Don Federico, respondió María. Y para que Vd. lo sepa, no me dá la gana de aguantar á ese zopenco

mas rudo que un canto, mas bronco que un escambron, y mas áspero que un cuero sin curtir. Asi, me voy.

Diciendo esto, se salió la Gaviota, y Stein la siguió.

—Eres un desvergonzado, dijo la tia María á su nieto; tienes mas hiel en tu corazon, que buena sangre en tus venas: á las faldas, se las respeta, ganso! Pero en todo el lugar hay otro mas díscolo ni mas desamoretado que tú.

—Como está Vd. hecha á la finura de esa pilla de playa, respondió Momo, que me ha puesto las orejas como Vd. las vé, le parecen á Vd. los demás bastos! El demonio que acierte de qué hechizo se ha valido esa agua-mala (1) para cortarle á Vd. y á Don Federico el ombligo. ¡Mire Vd. una gaviota *leía y escrebía!*..... ¿quién ha visto eso? Así es que esa gran *jaragana*, que no se cuida de otra cosa en todo el dia, sinó de hacer gorgoritos como el agua al fuego, ni le guisa la comida á su Padre, que tiene que guisársela él mismo, ni le cuida la ropa; de manera que tiene Vd. que cuidársela. Pero su Padre, Don Federico, y Vd. no saben donde ponerla, y querrian que Su Santidad la santificara. ¡Ella dará el

(1 Agua-mala es el nombre vulgar de un pólipo marino, que vive rodeado de una materia glutinosa que flota en el mar, y cuyo contacto produce un escozor en la piel, parecido al que causa el de la ortiga.

pago! ¡ella dará el pago! ¡y sinó.... el tiempo! Cria cuervos.....

Stein habia alcanzado á Marísalada, y le decia:

—¿De qué sirve, Mariquita, cuanto he procurado ilustrar tu entendimiento, si no has llegado siquiera á adquirir la poca superioridad necesaria para sobreponerte á necedades sin valor ni importancia?

—Oiga Vd., Don Federico, contestó María, yo entiendo que la superioridad me ha de valer para que por ella me tengan en màs, y no en ménos.

—Válgame Dios, María, ¿es posible que así trueques los frenos? La superioridad enseña cabalmente á no engreirse con lauros, y á no rebelarse contra injusticias. Pero esas son, añadió sonriéndose, cosas de tu edad casi infantil, y de tu efervescente sangre meridional. Tú habrás aprendido, cuando tengas canas como yo, el poco valor de esas cosas. ¿Has notado que tengo canas, María?

—Sí, respondió esta.

—Pues mira, bien jóven soy; pero el sufrir madura pronto la cabeza. Mi corazon ha quedado jóven, María, y te ofrecería flores de primavera, si no temiese te asustasen las tristes señales de invierno que ciñen mi frente.

—Verdad es, respondió María, (que no pudo contener su natural impulso), que un novio con canas, no pega.

—¡Bien lo pensé así! dijo Stein con tristeza; mi corazon es leal, y la tia María se engañó cuando al

asegurarme posible la felicidad, hizo nacer en él esperanzas, como nace la flor del aire, sin raices, y solo al soplo de la brisa.

María, que echó de ver que habia rechazado con su aspereza, á una alma demasiado delicada para insistir, y á un hombre bastante modesto para persuadirse de que aquella sola objecion bastaba para anular sus demás ventajas, dijo precipitadamente

—Si un novio con canas no pega, un marido con canas no asusta.

Stein quedó sumamente sorprendido de esta brusca salida, y aun más, de la decision é impasibilidad con que se hacia. Luego, se sonrió, y la dijo:

—¿Te casarías, pues, conmigo, bella hija de la naturaleza?

—¿Porqué no? respondió la Gaviota.

—María, dijo conmovido Stein, la que admite á un hombre para marido, y se aviene á unirse á él para toda la vida, ó mejor dicho, á hacer de dos vidas una, como en una antorcha dos pábilos forman una misma llama, le favorece mas, que la que le acoge por amante.

—¿Y para que sirven, dijo María con mezcla de inocencia y de indiferencia, los peladeros de pava en la reja? ¿á qué sirven los guitarréos, si tocan y cantan mal, sino para ahuyentar los gatos?

Habian llegado á la playa, y Stein suplicó á María se sentase á su lado, sobre unas rocas. Callaron largo rato: Stein estaba profundamente conmovido,

María, aburrida, habia tomado una varita, y dibujaba con ella figuras en la arena.

—¡Cómo habla la naturaleza al corazon del hombre! dijo al fin Stein; ¡qué simpatía une á todo lo que Dios ha creado! Una vida pura es como un dia sereno; una vida de pasiones desenfrenadas, es como un dia de tormenta. Mira esas nubes, que llegan lentas y oscuras, á interponerse entre el sol y la tierra: son como el deber, que se interpone entre el corazon y un amor ilícito, dejando caer sobre el primero sus frias, pero claras y puras emanaciones. ¡Dichoso el terreno sobre el que no resbalan! Pero nuestra felicidad será inalterable como el cielo de mayo; porque tú me querrás siempre, ¿no es verdad, María?

María, cuya alma tosca y áspera no experimentaba la poesía ni hácia los sentimientos ascéticos de Stein, no tenia ganas de responder; pero como tampoco podia dejar de hacerlo, escribió en la arena con la varita, con que distraia su ócio, la palabra «*¡Siempre!*»

Stein tomó el fastidio por modestia, y prosiguió conmovido:

—Mira la mar: ¿oyes cómo murmuran sus olas con una voz tan llena de encanto y de terror? parecen murmurar graves secretos, en una lengua desconocida. Las olas son, María, aquellas sirenas seductoras y terribles, en cuya creacion fantástica las personificó la florida imaginacion de los griegos: seres bellos y sin corazon, tan seductores como

terribles, que atraian al hombre con tan dulces voces para perderle. Pero tú, María, no atraes con tu dulce voz, para pagar con ingratitud; no: tú serás la sirena en la atraccion, pero no en la perfidia. ¿No es verdad, María, que nunca serás ingrata?

—*¡Nunca!* escribió María en la arena; y las olas se divertian en borrar las palabras que escribia María, como para parodiar el poder de los dias, olas del tiempo, que van borrando en el corazon, cual ellas en la arena, lo que se asegura tener grabado en él para siempre.

—¿Porqué no me respondes con tu dulce voz? dijo Stein á María.

—¿Qué quiere Vd., Don Federico? contestó ésta, se me anuda la garganta para decirle á un hombre que le quiero. Soy seca y descastada, como dice la tia María, que no por eso deja de quererme; cada uno es como Dios le ha hecho. Soy como mi Padre; palabras, pocas.

—Pues si eres como tu Padre, nada mas deséo, porque el buen tio Pedro,—aunre mi Padre, María— tiene el corazon mas amante que abrigó pecho humano. Corazones como el suyo, solo laten en los diáfanos pechos de los ángeles, y en los de los hombres selectos.

—¡Selecto mi Padre! dijo para sí María, pudiendo apénas contener una sonrisa burlona. ¡Anda con Dios! mas vale que así le parezca.

—Mira, María, dijo Stein acercándose á ella;

ofrezcamos á Dios nuestro amor puro y santo: prometámosle hacérselo grato con la fidelidad en el cumplimiento de todos los deberes que impone, cuando está consagrado en sus aras; y deja que te abrace como á mi muger y á mi compañera.

—¡Eso no! dijó María dando un rápido salto atrás, y arrugando el entrecejo, ¡á mí no me toca nadie!

—Bien está, mi bella esquiva, repuso Stein con dulzura; respeto todas las delicadezas, y me someto á todas tus voluntades. ¿No es acaso, como dice uno de vuestros antiguos y divinos Poetas, la mayor de las felicidades, la de *obedecer amando*?

CAPÍTULO XIII

El agradecimiento que sentia el pescador hácia el que habia salvado á su hija, se habia convertido al verle tan interesado por ella, en una amistad exaltada, que solo podia compararse a la admiracion que excitaban en él las grandes prendas que adornaban á Stein.

Desde que se conocieron el tosco marinero y el ilustrado estudiante, habian congeniado; porque las personas de buenos y análogos sentimientos sienten tal atraccion cuando se ponen en contacto, quo venciendo las distancias, desde luego se saludan hermanas

Asi fué que cuando se le ofreció por yerno, el buen Padre enmudeció, profundamente conmovido por el gozo que sintió en su corazon, y solo suplicó

á Stein cogiéndole la mano, que, por Dios, se quedasen á vivir en la choza; en lo que consintió Stein de mil amores. Entonces el pescador pareció recobrar las fuerzas y la agilidad de su juventud, para emplearlas en mejorar, asear y primorear su habitacion. Despejó el pequeño desván, al que se retiró, dejando los cuartitos del segundo piso para sus hijos. Enlució las paredes, las enjalbegó, aplanó el suelo, y lo cubrió despues con una primorosa estera de palma, que al efecto tejió, encargando á la tia María el sencillo ajuar correspondiente.

Grande fué igualmente el regocijo que causó la noticia del casamiento de Stein en todas las personas que le conocian y le amaban. La tia María, de puro gozo no pudo dormir en tres noches. Pronosticó, que puesto que don Federico iba á residir en aquel pais, ninguno de sus habitantes moriría sinó de viejo.

Fray Gabriel se manifestó tan contento de aquella resolucion, y sobre todo de ver á la tia María tan alegre, que abundando en los sentimientos de ésta, se aventuró á soltar un gracejo, que fué el primero y el último de su vida. En voz baja dijo que el señor Cura iba á olvidarse del *De profundis*.

Tanto agradó este chiste á la tia María, que por espacio de quince dias, no habló con alma viviente, á quien despues de los buenos dias, no se lo refiriese, en honra y gloria de su protegido; al hermano le causó tal embarazo el asombroso éxito de su

chiste, que hizo voto de no caer en tentacion de decir otro en todo el resto de su vida.

Don Modesto fué de opinion que la Gaviota habia ganado el premio grande de la lotería, y la gente del lugar, el segundo; porque él no se hallaría manco si se hubiese encontrado en el sitio de Gaeta un cirujano tan hábil como Stein.

La opinion de Dolores fué, que si el pescador habia dado dos veces la vida á su hija, la voluntad de Dios le habia dado dos veces la felicidad, proporcionándole tal Padre y tal marido.

Manuel observó que habia una torta en el cielo reservada para los maridos que no se arrepintiesen de serlo; y que hasta ahora nadie le habia metido el diente. Su muger le respondió que eso era porque los maridos no entraban allí, habiéndolo prometido asi San Pedro á Santa Genoveva.

En cuanto á Momo, sostuvo que una vez que la Gaviota habia encontrado marido, bien podia la epidemia no perder las esperanzas de hallarlo tambien.

Rosa Mística lo tomó por otro estilo. María habia aumentado el catálogo de sus agravios con uno de fecha reciente. Habia llegado el mes de María, y en el culto que se le tributaba, algunas devotas se reunian á cantar coplas en honor de la Vírgen, acompañadas por un mal clavicordio que tocaba el viejo y ciego organista. Rosita presidia esta sociedad filarmónica y religiosa. Algunas voces puras y agradables se unian en este concierto á la suya

que no dejaba de ser áspera y chillona. Rosa, que no podia desconocer la admirable aptitud de Marisalada, impuso silencio á sus antiguos resentimientos, en obsequio del mes de María, y pensó en aprovecharse de la mediacion de Don Modesto, para que la hija del pescador tomase parte en aquel coro virginal.

Don Modesto agarró el baston y se puso en marcha.

Marisalada, que no la echaba de devota, y que no se cuidaba mucho de ejercer su habilidad bajo aquel maestro *al cembalo*; respondió al veterano con un *no* pelado sin preámbulo y sin epílogo.

Este monosílabo aterró á Don Msdesto mas que un cañonazo; y no supo que hacerse.

Era Don Modesto uno de aquellos hombres que tienen bastante buen corazon para desear sinceramente el bien de sus amigos, pero no poseen el valor necesario para contribuir á su logro, ni imaginacion bastante fecunda para hallar los medios de conseguirlo.

—Tio Pedro, dijo al pescador despues de aquel perentorio rechazo· ¿sabe Vd. que me tiemblan las carnes? ¿Qué dirá Rosita? ¿Qué dirá el Padre Cura? ¿Qué dirá todo el pueblo? ¿No podria Vd. hallar medio de convencer á su hija?

—¡Si no quiere! ¿qué le hago? respondió el pescador.

De modo que el pobre Don Modesto tuvo que resignarse á ser el portador de tan triste embajada,

la cual no solo debia ofender, sino escandalizar á su mística patrona.

Mil veces más quisiera, decia volviendo á Villamar, presentarme delante de todas las baterías de Gaeta, que delante de Rosita, con este *nó* en la boca. ¡Jesus, cómo se va á poner!

Y tenia razon; porque en vano adornó Don Modesto su mensaje con un exordio modificador; en vano lo comentó con notas explicativas; en vano lo exornó con verbosas paráfrasis; no por esto dejó de ofender mucho á Rosita, la cual exclamó en tono sentencioso:

—Quien recibe dones del cielo, y no los empléa en su servicio, merece perderlos.

Asi fué, que cuando supo el proyectado casamiento, dijo, dando un suspiro, y alzando los ojos al cielo:

—¡Pobre Don Federico! ¡Tan bueno, tan piadoso, tan bendito! Dios los haga felices, como hacerlo puede, ya que nada es imposible á su omnipotencia.

Momo, con su acostumbrada mala intencion, tuvo el gusto de dar la noticia del casamiento á Ramon Perez.

—Oye, Raton Perez, le dijo, ya puedes comer cebolla hasta hartarte, que á Don Federico le ha tentado el diablo, y se casa con la Gaviota.

—¿De veras? exclamó consternado el barbero.

—¿Te asombras? más me asombré yo; ¡sobre que hay gustos que merecen palos! ¡Mire Vd., prendarse

de esa descastada, que parece una culebra en pié, echando centellas por los ojos, y veneno por la boca! Pero en Don Federico, se cumplió aquello de que *quien tarde casa, mal casa.*

—No me asombro, repuso Ramon Perez, de que Don Federico la quiera; sino de que Marisalada quiera á ese desgavilado, que tiene pelo de lino, cara de manzana, y ojos de pescado. Que no haya tenido presente esa ingrata de que *¡quien lejos se vá á casar, ó vá engañado, ó vá á engañar!*

—A fé que no será lo primero, porque lo que es él es un hombre de los buenos; no hay que decir. Pero esa mariparda lo ha engatusado con su canto, que dura desde que echa el sol sus luces, hasta que las recoge; pues no hace *naita* más. Ya se lo dije yo: Don Federico, dice el refran, *toma casa con hogar, y mujer que sepa hilar*; y no ha hecho caso: es un Juan Lanas. En cuanto á tí, Raton Perez, te has quedado con mas narices que un pez espada.

—Siempre se ha visto, (contestó el barbero dando tan brusca vuelta á la clavija de su guitarra que saltó la prima) que de fuera vendrá, quien de casa nos echará. Pero has de saber tú, Romo, que á mi se me da tres pitos. Tal dia hará un año; á Rey muerto, Rey puesto.

Y poniéndose á rasguear furiosamente la guitarra, cantó con voz arrogante:

Dicen que tú no me quieres,
No me dá pena maldita;

Que la mancha de a mora
Con otra verde se quita.

Si no me quieres á mí,
Se me dá tres caracoles;
Con ese mismo dinero
Compro yo nuevos amores.

CAPÍTULO XIV.

El casamiento de Stein y la Gaviota se celebró en la iglesia de Villamar. El pescador llevaba en lugar de su camisa de bayeta colorada, una blanca muy almidonada, y una chaqueta nueva de paño azul basto; con cuyas galas estaba tan embarazado, que apénas podia moverse.

Don Modesto, que era uno de los testigos, se presentó con toda la pompa de su uniforme viejo y raido á fuerza de cepillazos, el que habiendo su dueño enflaquecido, le estaba anchísimo. El pantalon de mahon, que Rosa Mística habia lavado por milésima vez, pasándolo por agua de paja, que por desgracia, no era el agua de Juvencio, se habia encogido de tal modo, que apénas le llegaba á media pierna. Las charreteras se habian puesto de color de cobre. El tricornio, cuyo erguido aspecto no habian

podido alterar ocho lustros de duracion, ocupaba dignamente su elevado puesto. Pero al mismo tiempo brillaba sobre el honrado pecho del pobre inválido la cruz de honor ganada valientemente en el campo de batalla, como un diamante puro en un engaste deteriorado.

Las mujeres, segun el uso, asistieron de negro á la ceremonia; pero mudaron de traje para la fiesta. Marisalada iba de blanco. Tia María y Dolores llevaban vestidos, que Stein les habia regalado para aquella ocasion. Eran de tejido de algodon, traido de Gibraltar, de contrabando: el dibujo era el que entónces estaba de moda, y se llamaba *Arco Iris*, por ser una reunion de los colores mas opuestos y ménos capaces de armonizar entre sí. No parecia sino que el fabricante habia querido burlarse de sus consumidores andaluces. En fin, todos se compusieron y engalanaron, excepto Momo, que no quiso molestarse en una ocasion como aquella; lo que dió motivo á que la Gaviota le dijese:

—Has hecho bien, gaznápiro; por aquello de que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda.» La misma falta haces tú en mi boda, que los perros en misa.

—¿Si te habrás figurado tú, que por ser *meica* dejas de ser Gaviota, repuso Momo, y que por estar recompuesta estás bonita? Si, ¡bonita estás con ese vestido blanco! Si te pusieras un gorro colorado, parecerias un fósforo.

Y en seguida se puso á cantar con destemplada voz:

Eres blanca como el cuervo,
Y bonita como el hambre,
Colordá como la cera,
Y gorda como el alambre.

Marisalada repostó en el acto:

Tienes la boca,
Que parece un canasto
De colar ropa:
Con unos dientes,
Que parecen zarcillos
De tres pendientes.

y le volvió la espalda.

Momo, que no era hombre que se quedase atras, en tratándose de insolencias y denuestos, replicó con coraje:

—Anda, anda, á que te echen la bendicion; que será la primera que te hayan echado en tu vida, y que estoy para mí qne será la última.

Celebróse la boda en el pueblo, en la casa de la tia María, por ser demasiado pequeña la choza del pescador para contener tanta concurrencia. Stein, que habia hecho algunos ahorros en el ejercicio de su profesion (aunque hacia de valde la mayor parte de las curas) quiso celebrar la fiesta en grande, y que hubiese diversion para todo el mundo: por consiguiente se llegaron á reunir hasta tres guitar-

ras y hubo abundancia de vino, mistela, bizcochos y tortas. Los concurrentes cantaron, bailaron, bebieron, gritaron; y no faltaron los chistes y agudezas propias del pais.

La tia María iba, venia, servia las bebidas, sostenía el papel de madrina de la boda, y no cesaba de repetir:

—Estoy tan contenta, como si fuera yo la novia.

A lo que Fray Gabriel añadía indefectiblemente.

—Estoy tan contento, como si fuera yo el novio.

—Madre, le dijo Manuel, viéndola pasar á su lado; muy alegre es el color de ese vestido para una viuda.

—Cállate, mala lengua, respondió su Madre. Todo debe ser alegre en un dia como hoy: además, que á caballo regalado, no se le mira el diente. Hermano Gabriel, vaya esta copa de mistela y esta torta. Eche Vd. un brindis á la salud de los novios, ántes de volver al convento.

—Brindo á la salud de los novios ántes de volver al convento, dijo Fray Gabriel.

Y despues de apurada la copa, se escurrió, sin que nadie, excepto la tia María, hubiese echado de ver su presencia, ni notado su ausencia.

La reunion se animaba por grados.

—¡Bomba! gritó el sacristan, que era bajito, encogido y cojo.

Calló todo el mundo al anuncio de este brindis.

—Brindo, dijo, á la salud de los recien casados, á

la de toda la honrada compañía, y por el descanso de las ánimas benditas!

—¡Bravo! bebamos, y viva la Mancha, que dá vino en lugar de agua!

—A tí te toca, Ramon Perez; echa una copla, y no guardes tu voz para mejor ocasion.

Ramon cantó:

Parabien á la novia
Le rindo y traigo:
Pero al novio no puedo,
Sinó envidiarlo.

—¡Bien, salero! gritaron todos. Ahora el fandango, y á bailar.

Al oir el preludio del baile eminentemente nacional, un hombre y una mujer se pusieron simultáneamente en pié, colocándose uno en frente de otro. Sus graciosos movimientos se ejecutaban casi sin mudar de sitio, con un elegante balancéo de cuerpo, y marcando el compás con el alegre repiquetéo de las castañuelas. Al cabo de un rato, los dos bailarines cedian sus puestos á otros dos, que se les ponian delante, retirándose los dos primeros. Esta operacion se repetia muchas veces, segun la costumbre del pais.

Entretanto, el guitarrista cantaba:

Por el sí que dió la niña
A la entrada de la iglesia,

Por el sí que dió la niña,
Entró libre, y salió presa.

—¡Bomba! gritó de pronto uno de los que a echaban de graciosos. Brindo por ese *cúralo-todo* que Dios nos ha enviado á esta tierra, para que todos vivamos mas años que Matusalen; con condicion de que, cuando llegue el caso, no trate de prolongar la vida de mi mujer, y mi purgatorio.

Esta ocurrencia ocasionó una explosion de vivas y palmadas.

—Y ¿qué dices tú á todo esto, Manuel? le gritaron todos.

—Lo que yo digo, repuso Manuel, es que no digo nada.

—Esa no pasa. Si has de estar callado, véte á la iglesia. Echa un brindis, y espabílate.

Manuel tomó un vaso de mistela, y dijo:

—Brindo por los novios, por los amigos, por nuestro Comandante y por la resurreccion del San Cristóbal.

—¡Viva el Comandante, viva el Comandante! gritó todo el concurso; y tú, Manuel, que lo sabes hacer, echa una copla.

Manuel cantó la siguiente:

Mira, hombre, lo que haces
Casándote con bonita;
Hasta que llegues á viejo,
El susto no te se quita.

Despues que se hubieron cantado algunas otras coplas, dijo el que la echaba de gracioso:

—Manuel, cantan esos unos despilfarros, que no llevan idéa ni consonante: tú, que sabes decir las cosas en buen versaje, y más cuando estás calamocano, echa una décima en regla á los novios, y toma este vaso de vino para que te se ponga la lengua *es-peíta*.

Manuel tomó el vaso de vino, y dijo:

Ven acá, quita-pesares,
Alivio de mi congoja:
Criado entre verde hoja,
Y pisado en los lagares;
Te pido de que me aclares
Esta garganta y galillo,
Para brindar á los novios
Empinando este vasillo.

—Ahora te toca á tí, Ramon del diablo, ¿te ha embotado el licor la garganta? estás mas soso que una ensalada de tomates.

Ramon tomó la guitarra, y cantó:

Cuando la novia vá á misa
Y yo la llego á encontrar;
Toda mi dicha es besar
La dura tierra que pisa.

Habiendo succedido á esta copla, otra que *verdea-ba*, la tia María se acercó á Stein y le dijo:

—Don Federico, el vino empieza á explicarse; son las doce de la noche, los chiquillos están solos en casa con Momo y Fray Gabriel, y me temo que Manuel empine el codo mas de lo regular: el tio Pedro se ha dormido en un rincon, y no creo que sería malo tocar la retirada. Los burros están aparejados. ¿Quiere Vd. que nos despidamos á la francesa?

Un momento despues, las tres mujeres cabalgaban sobre sus burras hácia el convento. Los hombres las acompañaban á pié, entretanto que Ramon, en un arrebato de celos y despecho, al ver partir á los novios, rasgueando la guitarra con unos bríos insólitos, berreaba mas bien que cantaba la siguiente copla:

Tú me dístes calabazas;
Me las comí con tomate:
Mas bien quiero calabazas,
Que no entrar en tu linaje.



—¡Qué hermosa noche! decia Stein á su mujer, alzando los ojos al cielo. Mira ese cielo estrellado, mira esa luna en todo su lleno, como yo estoy en el lleno de mi dicha!... como mi corazon, nada le falta, ni nada echa ménos!

—¡Y yo que me estaba divirtiendo tanto! respondió María impaciente; no sé por qué dejamos tan temprano la fiesta.

—Tia María, decia Pedro Santaló á la buena anciana, ahora sí, que podemos morir en paz.

—Es cierto, respondió ésta; pero tambien podemos vivir contentos, y esto es mejor.

—¿Es posible que no sepas contenerte, cuando tomas el vaso en la mano? decia Dolores á su marido. Cuando sueltas las velas, no hay cable que te sujete.

—¡Caramba! replicó Manuel. Si me he venido, ¿qué mas quieres? Si hablas una palabra mas viro de bordo, y me vuelvo á la fiesta.

Distinguíanse aun los cantos de los bebedores:

—¡Viva la Mancha que dá vino en lugar de agua!

Dolores calló, temerosa de que Manuel realizase u amenaza.

—José, dijo Manuel á su cuñado, que tambien era de la comitiva; ¿está la luna llena?

—Por supuesto que sí, repuso el pastor. ¿No le ves lo que le está saliendo del ojo? ¿á que no sabes lo que es?

—Será una lágrima, dijo Manuel riendo.

—No es sinó un hombre.

—¡Un hombre! exclamó Dolores plenamente convencida de lo que decia su hermano. ¿Y quién es ese hombre?

—No sé, respondió el pastor; pero sé como se llama.

—¿Y cómo se llama? preguntó Dolores.

—Se llama Vénus, repuso José.

Manuel soltó la carcajada. Habia bebido mas de lo regular, y tenia el vino alegre, como suele decirse.

—Don Federico, dijo Manuel: ¿quiére Vd. que le

dé un consejo, como mas antiguo en la cofradía?

—Calla, por Dios, Manuel, le dijo Dolores.

—¿Quieres dejarme en paz? sinó, vuelvo grupa. Oiga Vd., Don Federico. En primer lugar, á la mujer y al perro, el pan en una mano, y el palo en la otra.

—Manuel, repitió Dolores.

—¿Me dejas en paz, ó me vuelvo? contestó Manuel; Dolores calló.

—Don Federico, prosiguió Manuel; casamiento y señorío, ni quieren fuerza, ni quieren brío.

—Hazme el favor de callar, Manuel, le interrumpió su Madre.

—¡Tambien es fuerte cosa! gruñó Manuel. No parece sinó que estamos asistiendo á un entierro.

—¿No sabes, Manuel, observó el pastor, que á Don Federico no le gustan esas chanzas?

—Don Federico, dijo Manuel, despidiéndose de los novios, que seguian hácia la choza; cuando Vd. se arrepienta de lo que acaba de hacer, nos juntarémos, y cantaremos á dos voces la misma letra.

Y siguió hácia el convento, oyéndose en el silencio de la noche, su clara y buena voz, que cantaba:

Mi muger y mi caballo
Se me murieron á un tiempo.
¡Qué muger, ni qué demonio!
Mi caballo es lo que siento.

—Véte á acostar, Manuel; y *liberal*, le dijo su Madre cuando llegaron.

—De eso cuidará mi mujer, respondió éste. ¿No es verdad, morena?

—Lo que yo quisiera es que estuvieses dormido ya, contestó Dolores.

—¡Mentira! ¡cómo habias tú de querer guardarte en el buche el sermon sin paño, que me tengo que zampar yo, entre duerme y vela, si he de dormir en cama! ¡fácil era!

—¿Y no sabes tú taparle la boca? le dijo riendo su cuñado.

—Oye, José, contestó Manuel, ¿has hallado tú entre las breñas ó cuevas del campo, lo que á una mujer pueda tapar la boca? Mira que si lo has hallado no faltará quien te lo compre á peso de oro; por esos mundos no lo he encontrado ni conocido en la vida de Dios.

Y se puso á cantar:

Mas fácil es apagarle
Sus rayos al sol que abrasa,
Que atajarle la sin hueso
A una mujer enojada.

No sirve el halago,
Ni tampoco el palo;
Ni sirve ser bueno,
Ni sirve ser malo.

CAPÍTULO XV.

Tres años habian transcurrido. Stein, que era uno de los pocos hombres que no exijen mucho de la vida, se creía feliz. Amaba á su mujer con ternura; se habia apegado cada dia mas á su suegro, y á la excelente familia que le habia acogido moribundo, y cuyo buen afecto no se habia desmentido jamás. Su vida uniforme y campestre estaba en armonía con los gustos modestos y el temple suave y pacífico de su alma. Por otra parte la monotonía no carece de atractivos. Una existencia siempre igual es como el hombre que duerme apaciblemente y sin soñar; como las melodías compuestas de pocas notas, que nos arrullan tan blandamente. Quizás no hay nada que deje tan gratos recuerdos, como lo monótono, ese encadenamiento sucesivo de dias,

ninguno de los cuales se distingue del que le sigue, ni del que le precede.

¡Cuál no sería, pues, la sorpresa de los habitantes de la cabaña, cuando vieron venir una mañana á Momo, corriendo, azorado y gritando á Stein, que fuese. sin perder nn instante. al convento!

—¿Ha caido enfermo alguno de la familia? preguntó Stein asustado.

—No, respondió Momo; es un Usía que le dicen *su Esencia*, que estaba cazando en el coto jabalíes y venados, con sus amigos; y al saltar un barranco, resbaló el caballo, y los dos cayeron en él. El caballo reventó, y la *Esencia* se ha quebrado cuantos huesos tiene su cuerpo. Le han llevado allá en unas parihuelas, y aquello se ha vuelto una Babilonia. Parece el dia del juicio. Todos andan desatentados, como rebaño en que entra el lobo. El único que está cariparejo, es el que dió el batacazo. Y un real mozo que es, por mas señas. Allí andaban todos aturrullados sin saber que hacer. Madre abuela les dijo que habia aqui un cirujano de los pocos; mas ellos no lo querian creer. Pero como para traer uno de Cádiz, se necesitan dos dias, y para traer uno de Sevilla, se necesitan otros tantos, dijo su Esencia que lo que queria, era que fuese allá el recomendado de mi Abuela; y para eso he tenido que venir yo: pues no parece sino que ni en el mundo ni en la vida de Dios, hay de quien echar

mano sinó de mí. Ahora le digo á Vd. mi verdad: si yo fuera que Vd., ya que me habian despreciado, no iba ni á dos tirones.

—Aunque yo fuese capaz, respondió Stein, de infringir mi obligacion de cristiano, y de profesor, necesitaría tener un corazon de bronce para ver padecer á uno de mis semejantes sin aliviar sus males pudiendo hacerlo. Además, que esos caballeros no pueden tener confianza en mí sin conocerme; y esto no es ofensa: ni aun lo sería si no la tuviesen, conociéndome.

Con esto llegaron al convento.

La tia María, que aguardaba á Stein con impaciencia, le llevó á donde estaba el desconocido. Habíanle puesto en la celda prioral, donde apresuradamente, y lo mejor que se pudo, se le habia armado una cama. La tia María y Stein atravesaron la turbamulta de criados y cazadores que rodeaban al enfermo. Era este un jóven de alta estatura. En torno de su hermoso rostro, pálido, pero tranquilo, caian los rizos de su negra cabellera. Apénas le hubo mirado Stein, lanzó un grito, y se arrojó hácia él: pero temeroso de tocarle, se detuvo de pronto, y cruzando sus manos trémulas, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Señor Duque!

—¿Me conoce Vd.? preguntó el Duque; porque, en efecto, la persona que Stein habia reconocido, era el Duque de Almansa.

—¿Me conoce Vd.? repitió alzando la cabeza, y fi-

jando en Stein sus grandes ojos negros, sin poder caer en quien era el que le dirijia la palabra.

—¡No se acuerda de mí! murmuró Stein, mientras que dos gruesas lágrimas corrian por sus mejillas. No es extraño: las almas generosas olvidan el bien que hacen, como las agradecidas conservan eternamente en la memoria el que reciben.

—¡Mal principio! dijo uno de los concurrentes. Un cirujano que llora; ¡estamos bien!

—¡Qué desgraciada casualidad! añadió otro.

—Señor Doctor, dijo el Duque á Stein, en vuestras manos me pongo. Confío en Dios, en vos, y en mi buena estrella. Manos á la obra, y no perdamos tiempo.

Al oir estas palabras, Stein levantó la cabeza; su rostro quedó perfectamente sereno, y con un ademan modesto, pero imperativo y firme, alejó á los circunstantes. En seguida examinó al paciente con mano hábil y práctica en este género de operaciones: todo con tanta seguridad y destreza, que todos callaron, y solo se oia en la pieza el ruido de la agitada respiracion del paciente.

—El señor Duque, (dijo el cirujano, despues de haber concluido su exámen), tiene el tobillo dislocado y la pierna rota, sin duda por haber cargado en ella todo el peso del caballo. Sin embargo, creo que puedo responder de la completa curacion.

—¿Quedaré cojo? preguntó el Duque.

—Me parece que puedo asegurar que no.

—Hacedlo así, continuó el Duque, y diré que sois el primer cirujano del mundo.

Stein, sin alterarse, mandó llamar á Manuel, cuya fuerza y docilidad le eran conocidas, y de quien podia disponer con toda seguridad. Con su auxilio, empezó la cura, que fué ciertamente terrible; pero Stein parecia no hacer caso del dolor que padecia el enfermo, y que casi le embargaba el sentido. Al cabo de media hora, reposaba el Duque, dolorido, pero sosegado. En lugar de muestras de desconfianza y recelo, Stein recibia de los amigos del personaje enhorabuenas cumplidas y pruebas de aprecio y admiracion; y él, volviendo á su natural modesto y tímido, respondia á todos con cortesías. Pero quien se estaba bañando en agua rosada, era la tia María.

—¿No lo decia yo? repetia sin cesar á cada uno de los presentes; ¿no lo decia yo?

Los amigos del Duque, tranquilizados ya, á ruegos de éste, se pusieron en camino de vuelta. El paciente habia exigido que le dejasen solo, bajo la tutela de su hábil doctor, su antiguo amigo, como le llamaba, y aun despidió á casi todos sus criados.

Asi él y su médico pudieron renovar conocimiento á sus anchas. El primero era uno de aquellos hombres elevados y poco materiales, en quienes no hacen mella el hábito ni la aficion al bienestar físico; uno de los seres privilegiados, que se levantan sobre el nivel de las circunstancias, no en

ímpetus repentinos y accidentales, sino constantemente, por energía de carácter, y en virtud de la inatacable coraza de hierro, que se simboliza en el *¿qué importa?*, uno de aquellos corazones que palpitaban bajo las armaduras del siglo XV, y cuyos restos solo se encuentran hoy en España.

Stein refirió al Duque sus campañas sus desventuras, su llegada al convento, sus amores y su casamiento. El Duque lo oyó con mucho interés; y la narracion le inspiró deseo de conocer á Marisalada, al pescador, y la cabaña que Stein estimaba en mas que un espléndido palacio. Así es que en la primera salida que hizo, en compañía de su médico, se dirigió á la orilla del mar. Empezaba el verano, y la fresca brisa, puro soplo del inmenso elemento, les proporcionó un goce suave en su romería. El fuerte de San Cristóbal parecia recien adornado con su verde corona, en honra del alto personaje, á cuyos ojos se ofrecia por primera vez. Las florecillas que cubrian el techo de la cabaña, en imitacion de los jardines de Semíramis, se acercaban unas á otras, mecidas por las auras, á guisa de doncellas tímidas, que se confian al oido sus amores. La mar impulsaba blanda y pausadamente sus olas hácia los piés del Duque, como para darle la bienvenida. Oíase el canto de la alondra, tan elevada, que los ojos no alcanzaban á verla. El Duque, algo fatigado, se sentó en una peña. Era poeta, y gozaba en silencio de aquella hermosa escena.

De repente sonó una voz, que cantaba una melodía sencilla y melancólica. Sorprendido el Duque, miró á Stein, y éste se sonrió. La voz continuaba.

—Stein, dijo el Duque, ¿hay sirenas en estas olas, ó ángeles en esta atmósfera?

En lugar de responder a esta pregunta, Stein sacó su flauta, y repitió la misma melodía.

Entónces el Duque vió que se les acercaba medio corriendo, medio saltando, una jóven morena, la cual se detuvo de pronto al verle.

—Esta es mi mujer, dijo Stein; mi María.

—Que tiene, dijo el Duque entusiasmado, la voz mas maravillosa del mundo. Señora, yo he asistido á todos los teatros de Europa; pero jamás han llegado á mis oidos, acentos que más hayan excitado mi admiracion.

Si el cútis moreno, inalterable y terso de María hubiera podido revestirse de otro colorido, la púrpura del orgullo y de la satisfaccion se habria hecho patente en sus mejillas, al escuchar estos exaltados elogios en boca de tan eminente personage y competente juez. El Duque prosiguió:

—Entre los dos poseeis cuanto es necesario para abrirse camino en el mundo. ¿Y quereis permanecer enterrados en la oscuridad y el olvido? No puede ser: el no hacer participar á la sociedad de vuestras ventajas, repito que no puede ser, ni será.

—¡Ssmos aqui tan felices, señor Duque! respondió Stein, que cualquiera mudanza que hiciera en

mi situacion, me pareceria una ingratitud á la suerte.

—Stein; exclamó el Duque, ¿dónde está el firme y tranquilo denuedo que admiraba yo en vos, cuando navegábamos juntos á bordo del *Royal Sovereign*? ¿Qué se ha hecho de aquel amor á la ciencia, de aquel deseo de consagrarse á la humanidad afligida? ¿Os habeis dejado enervar por la felicidad? ¿Será cierto que la felicidad hace á los hombres egoistas?

Stein bajó la cabeza.

—Señora, continuó el Duque: á vuestra edad, y con esas dotes, ¿podeis decidiros á quedaros para siempre apegada á vuestra roca, como esas ruinas?

María, cuyo corazon palpitaba impulsado por intensa alegría y por seductoras esperanzas, respondió sin embargo, con aparente frialdad:

—¿Qué mas me dá?

—¿Y tu Padre? le preguntó su marido en tono de reconvencion.

—Está pescando, respondió ella, fingiendo no entender el verdadero sentido de la pregunta.

El Duque entró en seguida en una larga explicacion de todas las ventajas á que podria conducir aquella admirable habilidad, que le labraria un trono y un caudal.

María lo escuchaba con avidez, miéntras el Duque admiraba el juego de aquella fisonomía sucesivamente fria y entusiasmada; helada y enérgica.

Cuando el Duque se despidió, María habló al oido á Stein, y le dijo con la mayor precipitacion:

—Nos irémos; nos irémos. ¡Y qué! ¿la suerte me llama y me brinda coronas, y yo me haria sorda? ¡No, no!

Stein siguió tristemente al Duque.

Cuando entraron en el convento, la tia María preguntó á éste, que trataba con mucha bondad á su enfermera, ¿qué tal le habia parecido su querida María?

—¿No es verdad, preguntó, que Marisalada es una linda criatura?

—Ciertamente, respondió el Duque. Sus ojos son de aquellos que solo puede mirar frente á frente un águila, segun la expresion de un poeta.

—¿Y su gracia? prosiguió la buena anciana, ¿y su voz?

—En cuanto á su voz, dijo el Duque, es demasiado buena para perderse en estas soledades. Bastante teneis vosotros con vuestros ruiseñores y jilgueros. Es preciso que marido y muger se vengan conmigo.

Un rayo que hubiese caido á los pies de la tia Maria, no la habria aterrado, como lo hicieron aquellas palabras.

—¿Y quieren ellos? exclamó sobresaltada.

—Es preciso que quieran, respondió el Duque, entrando en su departamento.

La tia María quedó consternada y confusa por

algunos momentos. En seguida fué á buscar al hermano Gabriel.

—¡Se van! le dijo bañada en lágrimas.

—¡Gracias á Dios! repuso el hermano. Bastante han echado á perder las losas de mármol de la celda prioral. ¿Qué dirá su Reverencia cuando vuelva?

—No me ha entendido Vd., dijo la tia María, interrumpiéndole. Quienes se van son Don Federico y su muger.

—¿Qué se van? dijo Fray Gabriel; ¡no puede ser:

—¿Será verdad? preguntó la tia María á Stein, que venia buscándola.

—¡Ella lo quiere! respondió él con semblante abatido.

—Eso es lo que dice siempre su Padre, continuó la tia María; y con esa respuesta, la habria dejado morir, sino hubiera sido por nosotros. ¡Ah Don Federico! ¡está Vd. tan bien aqui! ¿Va Vd. á ser como el español, que estando bueno, quiso estar mejor?

—No espero ni creo hallarme mejor en ninguna parte del mundo, mi buena tia María, dijo Stein.

—Algun dia, repuso ella, se ha de arrepentir usted. ¡Y el pobre tio Pedro! ¡Dios mio! ¿Porqué ha llegado acá el barullo del mundo?

Don Modesto entró en aquel instante. Hacía algun tiempo que habia escaseado sus visitas, no porque el Duque no le hubiese recibido perfectamente, ni porque dejase de ejercer sobre el veterano la mis-

ma irresistible atraccion que ejercia en todos los que se le acercaban. Pero como era regular, Don Modesto se habia impuesto la regla de no presentarse ante el Duque, General y ex-Ministro de la Guerra, sino de rigorosa ceremonia. Rosa Mística, empero, le habia dicho que su uniforme no se hallaba capaz de un servicio activo, y esta era la causa de escasear sus visitas. Cuando la tia María le notificó que el Duque pensaba emprender su marcha dentro de dos dias, Don Modesto se retiró inmediatamente. Habia formado su proyecto, y necesitaba tiempo para realizarlo.

Cuando Marisalada comunicó á su Padre la resolucion que habia tomado de seguir el consejo que le diera el Duque, el dolor del pobre anciano habria partido un corazon de piedra. Este dolor era, sin embargo, silencioso. Oyó los magníficos proyectos de su hija, sin censurarlos ni aplaudirlos, y sus promesas de volver á la choza, sin exigirlas ni rechazarlas. Consideraba á su hija como el ave á su polluelo, cuando se esfuerza á salir del nido, al cual no ha de volver jamás. El buen Padre lloraba hácia dentro, si es licito decirlo asi.

A poco llegaron los caballos, los criados y las acémilas que el Duque habia mandado venir para su partida. Los gritos, los votos y los preparativos de viaje, resonaban en todos los ángulos del convento. El hermano Gabriel tuvo que irse á trabajar en sus espuertas bajo la yedra, á

cuya sombra estaban en otro tiempo las norias.

Morrongo se subió al tejado mas alto, y se recostó al sol, echando una mirada de desprecio al tumulto que habia en el patio. Palomo ladró, gruñó y protestó tan enérgicamente contra la invasion extranjera, que Manuel mandó á Momo que le encerrase.

—No hay duda, decia Momo, que mi Abuela que es la mas aferrada curandera que hay debajo de la capa del cielo, tiene imán para atraer enfermos á esta casa. Ya va de tres con éste: sobre que en el cielo se ha de poner su mercé á curar á San Lázaro.

Llegó el dia de la partida. El Duque estaba ya preparado en su aposento. Habian llegado Stein y María, seguidos del pobre pescador, el cual no alzaba los ojos del suelo, doblado el cuerpo con el peso del dolor. Este dolor le habia envejecido mas que los años y todas las borrascas del mar. Al llegar, se sentó en los escalones de la cruz de mármol.

En cuanto á Don Modesto, tambien habia acudido; pero con la consternacion pintada en el rostro. Sus cejas formaban dos arcos, de una elevacion prodigiosa La diminuta mecha de sus cabellos se inclinaba desfallecida hácia un lado. De su pecho, se exhalaban hondos suspiros.

—¿Qué tiene Vd., mi Comandante? le preguntó tia María.

—Tia María, le respondió: hoy somos 15 de junio, dia de mi santo, dia tristemente memorable

en los fastos de mi vida. ¡Oh San Modesto! ¿Es posible que me trates así el mismo dia en que la Iglesia te reza?

—Pero, ¿qué novedad hay? volvió á preguntar la tia María con inquietud.

—Vea Vd., dijo el veterano, levantando el brazo, y descubriendo un gran desgarron en su uniforme, por el cual se divisaba el forro blanco, que parecia la dentadura que se asoma por detrás de una risa burlona. Don Modesto estaba identificado con su uniforme; con él habria él perdido el último vestigio de su profesion.

—¡Qué desgracia! exclamó tristemente la tia María.

—Una jaqueca le cuesta á Rosita, prosiguió Don Modesto.

—S. E. suplica al Señor Comandante que se sirva pasar á su habitacion, dijo entónces un criado.

Don Modesto se puso muy erguido: tomó en su mano un pliego cuidadosamente doblado y sellado, apretó lo mas que pudo al cuerpo el brazo, bajo del cual se hallaba la desventurada rotura, y presentándose ante el magnate, le saludó respetuosamente, colocándose en la estricta posicion de ordenanza.

—Deseo á V. E. dijo, un felicísimo viaje, y que encuentre á mi señora la Duquesa y á toda su familia en la mas cumplida salud: y me tomo la libertad de suplicar á V. E. se sirva poner en manos del señor Ministro de la Guerra esta representa-

cion relativa al fuerte que tengo la honra de mandar. V. E. ha podido convencerse por sí mismo de cuán urgentes son los reparos que el castillo de San Cristóbal necesita, especialmente hablándose de guerra con el Emperador de Marruecos.

—Mi querido Don Modesto, contestó el Duque, no me atrevo á responder del éxito de esa solicitud. mas bien aconsejaría á Vd. que pusiera una cruz en las almenas del fuerte, como se pone sobre una sepultura. Pero en cambio, prometo á Vd. conseguir que se le faciliten algunas pagas atrasadas.

Esta agradable promesa no fué parte á borrar la triste impresion que habia hecho en el Comandante la especie de sentencia de muerte pronunciada por el Duque sobre su fuerte.

—Entretanto, continuó el Duque, suplico á Vd. que acepte como recuerdo de un amigo....

Y diciendo esto indicó una silla inmediata.

¿Cuál no seria la sorpresa de aquel excelente hombre al ver expuesto sobre una silla un uniforme completo, nuevo, brillante, con unas charreteras dignas de adornar los hombros del primer Capitan del siglo? Don Modesto, como era natural, quedó confuso, atónito, deslumbrado al ver tanto esplendor y magnificencia.

—Espero, dijo el Duque, señor Comandante, que viva Vd. bastantes años, para que le dure ese uniforme otro tanto, cuando ménos, como su predecesor.

—¡Ah! Señor Excelentísimo, contestó Don Modesto. recobrando poco á poco el uso de la palabra; esto es demasiado hermoso para mí.

—Nada de eso, nada de eso, respondió el Duque. ¡Cuántos hay que usan uniformes mas lujosos que ese, sin merecerlo tanto! Sé además, continuó, que tiene Vd. una amiga, una excelente patrona, y que no le pesaria llevarle un recuerdo. Hágame Vd. el favor de poner en sus manos esta fineza.

Era un rosario de filigrana de oro y coral.

En seguida, sin dar tiempo á Don Modesto para volver en sí de su asombro, el Duque se dirigió á la familia á quien habia mandado convocar, con el objeto de acreditarle su gratitud, y dejarles una memoria. El Duque no hacía el bien con la indiferencia y dadivosidad desdeñosa, y tal vez ofensiva, con que lo hacen generalmente los ricos; sinó que lo verificaba como lo practican los que no lo son: es decir, estudiando las necesidades y gustos de cada cual. Así es que todos los habitantes del convento recibieron lo que mas falta les hacia, ó lo que mas podia agradarles. Manuel una capa y un buen reloj; Momo, un vestido completo, una faja de seda amarilla, y una escopeta; las mujeres y los niños, telas para trajes y juguetes; Anís, un *barrilete*, ó cometa de tales dimensiones, que cubierto con él desaparecia su diminuta persona, como un raton detrás del escudo de Aquiles. A la tia María, á la infatigable enfermera del ilustre huésped, á la diestra fabricante de

caldos sustanciosos, señaló el Duque una pension vitalicia.

En cuanto al pobre Fray Gabriel, se quedó sin nada. Hacia tan poco ruido en el mundo, y se habia ocultado tanto á los ojos del Duque, que éste no le habia echado de ver.

La tia María, sin que nadie la observase, cortó algunas varas de una de las piezas de crea, que el Duque le habia regalado, y dos pañuelos de algodon, y fué á buscar á su protegido.

—Aqui tiene Vd., Fray Gabriel, le dijo, un regalito que le hace el señor Duque. Yo me encargo de hacerle la camisa.

El pobrecillo se quedó todavía mas aturdido que el Comandante. Fray Gabriel era mas que modesto: ¡era humilde!

Estando todo dispuesto para el viaje, el Duque se presentó en el patio.

—A Dios, Romo, honra de Villamar, le dijo Marisalada; si te vide, no me acuerdo.

—A Dios, Gaviota, respondió éste; si todos sintieran tu ida como el hijo de mi Madre, se habian de echar las campanas á vuelo.

El tio Pedro se mantenia sentado en los escalones de mármol. La tia María estaba á su lado, llorando á lágrima viva.

—No parece, dijo Marisalada, sinó que me voy á la China, y que ya no nos hemos de ver mas en la vida. Cuando les digo á Vds. que he de volver!..

¡Vaya, que esto parece un duelo de gitanos! ¡Si se han empeñado Vds. en aguarme el gusto de ir á la ciudad!

—Madre, decia Manuel, conmovido al presenciar el llanto de la buena mujer; si llora Vd. ahora á jarrillas, ¿qué haria si me muriera yo?

—No lloraria, hijo de mi corazon, respondió la Madre, sonriendo en medio de su llanto. No tendria tiempo para llorar tu muerte, pues me iria detrás.

Vinieron las caballerías. Stein se arrojó en los brazos de la tia María.

—No nos eche Vd. en olvido, Don Federico, dijo sollozando la buena anciana.—¡Vuelva Vd.!

—Si no vuelvo, respondió éste, será porque habré muerto.

El Duque habia dispuesto que Marisalada montase apresuradamente en la mula que se le habia destinado, á fin de sustraerla á tan penosa despedida. El animal rompió al trote; siguiéronla los otros, y toda la comitiva desapareció muy en breve detrás del ángulo del convento.

El pobre Padre tenia los brazos extendidos hácia su hija.

—¡No la veré mas! gritó sofocado, dejando caer el rostro en las gradas de la cruz.

Los viajeros proseguian apresurando el trote. Stein, al llegar al Calvario, desahogó la afliccion que le oprimia, dirigiendo una ferviente oracion al Señor del Socorro, cuyo benigno influjo se esparcia en toda

aquella comarca, como la luz en torno del astro que la dispensa

Rosa Mística estaba en su ventana, cuando los viajeros atravesaron la plaza del pueblo.

—¡Dios me perdone! exclamó al ver á Marisalada, cabalgando al lado del Duque; ni siquiera me saluda, ni siquiera me mira! ¡Vaya si ha soplado ya en su corazon el demonio del orgullo! Apuesto, (añadió, asomando la cabeza á la reja), que tampoco saluda al señor Cura, que está en los porches de la iglesia. Si; pero es porque le da ejemplo el Duque. ¡Hola! y se detiene para hablarle... y le pone una bolsa en las manos, ¡qué será para los pobres!... Es un señor muy bueno, y muy dadivoso. Ha hecho mucho bien: Dios se lo remunere!

Rosa Mística no sabia todavía la doble sorpresa que la aguardaba.

Al pasar Stein, la saludó tristemente con la mano.

—¡Vaya Vd. con Dios! dijo Rosa, meneando un pañuelo. ¡Mas buen hombre! Ayer al despedirse de mí, lloraba como un niño. ¡Qué lástima que no se quede en el lugar! Y se quedaría, si no fuera por esa loca de Gaviota, como le dice muy bien Momo.

La comitiva habia llegado á una colina, y empezó á bajarla. Las casas de Villamar desaparecieron muy en breve á los ojos de Stein, quien no podia arrancarse de un sitio en que habia vivido tan tranquilo y feliz.

El Duque, entretanto, se tomaba el inútil trabajo de consolar á María, pintándole lisonjeros proyectos para el porvenir.—¡Stein no tenia ojos sino para contemplar las escenas de que se alejaba!

La cruz del Calvario y la capilla del Señor del Socorro desaparecieron á su vez. Despues, la gran masa del convento pareció poco á poco hundirse en la tierra. Al fin, de todo aquel tranquilo rincon del mundo, no percibió mas que las ruinas del fuerte, dibujando sus masas sombrías en el fondo azul del firmamento, y la torre, que segun la expresion de un poeta, como un dedo, señalaba el cielo con muda elocuencia.

Por último, toda aquella perspectiva se desvaneció. Stein ocultó sus lágrimas, cubriéndose con las manos el rostro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO

LA GAVIOTA


A. ROMERO
EDITOR
MADRID

LA GAVIOTA

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES ESPAÑOLAS

POR

FERNAN CABALLERO

con un prólogo de

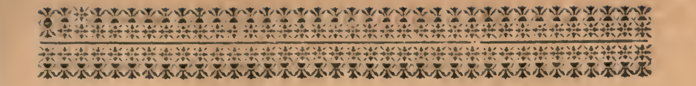
DON EUGENIO DE OCHOA

TOMO SEGUNDO



MADRID
LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO, EDITOR
Calle de Preciados, núm. 23.
1907

Imprenta y Estereotipia de A. Gascón, Colegiata, 6.



LA GAVIOTA

CAPITULO I.

> En España, cuyo carácter nacional es enemigo de la afectación, ni se exige ni se reconoce lo que en otras partes se llama *buen tono*. El buen tono es aquí la naturalidad; porque todo lo que en España es natural, es por sí mismo elegante.
>
> EL AUTOR.

El mes de julio había sido sumamente caloroso en Sevilla. Las tertulias se reunían en aquellos patios deliciosos, en que las hermosas fuentes de mármol, con sus juguetones saltaderos, desaparecían detrás de una gran masa de tiestos de flores. Pendían del techo de los corredores, que guarnecían el patio, grandes faroles, ó bombas de cristal, que esparcían en torno torrentes de luz. Las flores perfumaban el ambiente; y contribuian á realzar la gracia y el esplendor de esta escena los ricos muebles que la adornaban, y sobre todo las lindas se-

villanas, cuyos animados y alegres diálogos competian con el blando susurro de las fuentes.

En una noche, hácia fines del mes, habia gran concurrencia en casa de la jóven, linda y elegante Condesa de Algar. Teníase á gran dicha ser introducido en aquella casa; y por cierto, no habia cosa mas fácil; porque la dueña era tan amable y tan accesible, que recibia á todo el mundo con la misma sonrisa y la misma cordialidad. La facilidad con que admitia á todos los presentados, no era muy del gusto de su tio el General Santa María, militar de la época de Napoleon, belicoso por excelencia, y (como solian ser los militares de aquellos tiempos) algo brusco, un poco exclusivo, un tanto cuanto absoluto y desdeñoso, en fin, un hijo clásico de Marte, plenamente convencido de que todas las relaciones entre los hombres consisten en mandar ú obedecer, y de que el objeto y principal utilidad de la sociedad es clasificar á todos y á cada uno de sus miembros. En lo demás, español como Pelayo, y bizarro como el Cid

El General, su hermana la Marquesa de Guadalcanal, Madre de la Condesa, y otras personas estaban jugando al tresillo. Algunos hablaban de política, paseándose por los corredores; la juventud de ambos sexos, sentada junto á las flores, charlaba y reía, como si la tierra solo produjese flores, y el aire solo resonase con alegres risas.

La Condesa medio recostada en un sofá, se que-

jaba de una fuerte jaqueca, que sin embargo, no le impedia estar alegre y risueña. Era pequeña, delgada, y blanca como el alabastro. Su espesa y rubia cabellera ondeaba en tirabuzones á la inglesa. Sus ojos pardos y grandes, su nariz, sus dientes, su boca, el óvalo de su rostro, eran modelos de perfeccion; su gracia, incomparable. Querida en extremo por su Madre, adorada por su marido, que, no gustando de la sociedad, le daba, sin embargo, una libertad sin límites, porque ella era virtuosa y él confiado, era la Condesa en realidad una niña mimada. Pero, gracias á su excelente carácter, no abusaba de los privilegios de tal. Sin grandes facultades intelectuales, tenia el talento del corazon; sentia bien y con delicadeza. Toda su ambicion se reducia á divertirse y agradar sin exceso, como el ave que vuela sin saberlo, y canta sin esfuerzo. Aquella noche, habia vuelto de paséo, cansada y algo indispuesta: se habia quitado el vestido, y puéstose una sencilla blusa de muselina blanca. Sus brazos blancos y redondos, asomaban por los encajes de sus mangas perdidas: se habia olvidado de quitarse un brazalete y las sortijas. Cerca de ella estaba sentado un Coronel jóven, recien venido de Madrid, despues de haberse distinguido en la guerra de Navarra. La Condesa, tenia fijada en él toda su atencion.

El General Santa María, los miraba de cuando en cuando, mordiéndose los labios de impaciencia.

—¡Fruta nueva! decia; dejaria ella de ser hija de Eva, sino le petase la novedad. ¡Un mequetrefe! ¡Veinte y cuatro años, y ya con tres galones! ¿Cuándo se ha visto tal prodigalidad de grados? ¡Hace cinco ó seis años que iba á la escuela, y ya manda un Regimiento! Sin duda vendrán á decirnos que ganó sus grados con acciones brillantes. Pues yo digo que el valor no da experiencia; y que sin experiencia, nadie sabe mandar. ¡Coronel del ejército con veinte y cuatro años de edad! Yo lo fuí á los cuarenta, despues de haber estado en el Rosellon, en América, en Portugal, y no gané la faja de General, sino de vuelta del Norte con La Romana, y de haber peleado en la guerra de la independencia. Señores, la verdad es que todos nos hemos vuelto locos en España; los unos por lo que hacen, y los otros por lo que dejan hacer.

En este momento se oyeron algunas exclamaciones ruidosas. La Condesa misma salió de su languidez, y se levantó de un salto.

—Por fin, ¡ya pareció el perdido! exclamó. Mil veces bien venido, desventurado cazador, y mal parado jinete. ¡Buen susto nos hemos llevado! Pero ¿qué es esto? Estais como si nada os hubiese acaecido. ¿Es cierto lo que se dice de un maravilloso médico aleman, salido de entre las ruinas de un fuerte y las de un convento, como una de sus creaciones fantásticas? Contadnos, Duque, todas esas cosas extraordinarias.

El Duque, despues de haber recibido las enhorabuenas de todos los concurrentes, por su regreso y curacion, tomó asiento en frente de la Condesa, y entró en la narracion de todo lo que el lector sabe. En fin, despues de hablar mucho de Stein y de María, concluyó diciendo que habia conseguido de él, que viniese con su muger á establecerse en Sevilla, para utilizar y dar á conocer, él su ciencia, y ella los dotes extraordinarios con que la naturaleza la habia favorecido.

—Mal hecho, falló en tono resuelto el General.

La Condesa se volvió hácia su Tio, con prontitud.

—¿Y porqué es mal hecho, señor? preguntó.

—Porque esas gentes, respondió el General, vivian contentos y sin ambicion, y desde ahora en adelante, no podrán decir otro tanto; y segun el título de una comedia española, que es una sentencia, *Ninguno debe dejar lo cierto por lo dudoso.*

—¿Creeis, Tio, repuso la Condesa, que esa muger, con una voz privilegiada, echará de menos la roca á que estaba pegada como una ostra, sin ventajas y sin gloria para ella, para la sociedad ni para las artes?

—Vamos, sobrina, ¿querrás hacernos creer con toda formalidad que la sociedad humana adelantará mucho, con que una muger suba á las tablas, y se ponga á cantar *di tanti palpiti?*

—Vaya, dijo la Condesa· bien se conoce que no sois filarmónico.

—Y doy muchas gracias á Dios de no serlo, contestó el General. ¿Quiéres que pierda el juicio, como tantos lo pierden, con ese furor melománico, con esa inundacion de notas que por toda Europa se ha derramado como un alud, ó una *avalancha*, como malamente dicen ahora? ¿Quiéres que vaya á engrandecer con mi imbécil entusiasmo el portentoso orgullo de los reyes y reinas del gorgorito? ¿Quiéres que vayan mis pesetas á sumirse en sus colosales ingresos, mientras se están muriendo de hambre tantos buenos oficiales cubiertos de cicatrices, mientras que tantas mugeres de sólido mérito y de virtudes cristianas, pasan la vida llorando, sin un pedazo de pan que llevar á la boca? ¡Esto si que clama al cielo, y es un verdadero *sarcasmo*, como tambien dicen ahora, en una época en que no se les cae de la boca á esos hipocritones vocingleros la palabra *humanidad*! ¡Pues ya iria yo á echar ramos de flores á una *prima donna*, cuyas recomendables prendas se reducen al do, re, mi, fá, sol!

—Mi Tio, dijo la Condesa, es la mismísima personificacion del *statuo quo*. Todo lo nuevo le disgusta. Voy á envejecer lo mas pronto posible, para agradarle.

—No harás tal, sobrina, repuso el General; y así no exijas tampoco que yo me rejuvenezca para adular á la generacion presente.

—¿Sobre qué está disputando mi hermano? pre-

gunto la Marquesa, que, distraida hasta entónces por el juego, no habia tomado parte en la conversacion.

—Mi Tio, dijo un oficial jóven que habia entrado callandito, y sentádose cerca del Duque, mi Tio está predicando una cruzada contra la música. Ha declarado la guerra á los *andantes*, proscribe los *moderatos*, y no dá cuartel ni á los *allegros*.

—¡Querido Rafael! exclamó el Duque abrazando al oficial, que era pariente suyo, y á quien tenia mucho afecto. Era este pequeño, pero de persona fina, bien formada y airosa; su cara era de las que se dice que son demasiado bonitas para hombres.

—¡Y yo! respondió el oficial, apretando en sus manos las del Duque; ¡yo que me habria dejado cortar las dos piernas por evitaros los malos ratos que habeis pasado!—Pero estamos hablando de la ópera, y no quiero cantar en tono de melodrama.

—Bien pensado, dijo el Duque; y más valdrá que me cuentes lo que ha pasado aqui, durante mi ausencia. ¿Qué se dice?

—Que mi prima la Condesa de Algar, dijo Rafael, es la perla de las sevillanas.

—Pregunto lo que hay de nuevo, repuso el Duque, y nó lo sabido.

—Señor Duque, continuó Rafael, Salomon ha dicho, y muchos sábios (y yo entre ellos) han repetido, que nada hoy nuevo debajo de la capa azul del cielo.

—¡Ojalá fuera cierto! dijo el General suspirando; pero mi sobrino Rafael Arias, es una contradiccion viva de su axioma. Siempre nos trae caras nuevas á la tertulia; y eso es insoportable.

—Ya está mi Tio, dijo Rafael, esgrimiendo la espada contra los extrangeros. El extrangero es el bú del General Santa María. Señor Duque, si no me hubiérais nombrado Ayudante vuestro, cuando érais Ministro de la Guerra, no habría contraido tantas relaciones con los diplomáticos extrangeros de Madrid, y no me estarian quemando la sangre con cartas de recomendacion. ¿Creeis, Tio, que me divierta mucho el servir de *cicerone*, como lo estoy haciendo desde que vine á Sevilla, con todo viandante?

—¿Y quién nos obliga, repuso el General, á abrir las puertas de par en par á todo el que llega, y á ponernos á sus órdenes? No lo hacen asi en París, y mucho menos en Lóndres.

—Cada nacion tiene su carácter, dijo la Condesa, y cada sociedad sus usos. Los extrangeros son más reservados que nosotros: lo son igualmente entre sí. Es preciso ser justos.

—¿Han venido algunos recientemente? preguntó el Duque. Lo digo, porque estoy aguardando á lord G., que es uno de los hombres mas distinguidos que conozco. ¿Si estará ya en Sevilla?

—No ha llegado aun, contestó Rafael Por ahora tenemos aquí, en primer lugar, al Mayor Fly, á quién llamamos la *mosca*, que es lo que su nombre

significa. Sirve en los guardias de la Reina, y es sobrino del Duque de W., uno de los mas altos personajes de Inglaterra.

—¡Si! ¡sobrino del Duque de W., dijo con sorna el General, como yo lo soy del Gran Turco!

—Es jóven, prosiguió Rafael, elegante y buen mozo; pero un coloso de estatura: de modo que es preciso colocarse á cierta distancia para poder hacerse cargo del conjunto. De cerca parece tan grande, tan robusto, tan anguloso, tan tosco, que pierde un ciento por ciento. Cuando no está sentado á la mesa, siempre le tengo al lado, dentro ó fuera de casa; cuando mi criado le dice que he salido, responde que me aguardará; y al entrar él por la puerta, salgo yo por la ventana. Tiene la costumbre de tirar al florete con su baston, y aunque sus botonazos sean inocentes, y no hiera mas que al aire, como tiene el brazo fuerte y tan largo, y mi cuarto es pequeño, me agujeréa las paredes, y ha roto varios cristales de la ventana. En las sillas se sienta, se mece, se contonéa y repantiga de tal modo, que ya van cuatro rotas. Mi patrona, al verlo, se pone hecha una furia. Algunas veces toma un libro, y es lo mejor que puede hacer, porque entónces se queda dormido. Pero su fuerte son las conquistas; este es su caballo de batalla, su idea fija y toda su esperanza, aunque todavía verde. Tiene con respecto al bello sexo, la misma ilusion que con respecto á los pesos duros el gallego que fué á Méjico, creyendo que

no tendria más que bajarse para recojerlos. He tratado de desengañarle; pero ha sido predicar en desierto. Cuando le hablo en razon, se sonrie con cierto aire de incredulidad, acariciando sus enormes bigotes. Está apalabrado con una heredera millonaria, y lo curioso es, que éste Ayax de treinta años, que devora cuatro libras de carne en *beefstake*, y se bebe tres botellas de Jerez de una sentada, hace creer á la novia que viaja por necesitarlo su salud. El otro *intruso*, como dice mi Tio, es un francés: el Baron de Moude.

—¡Baron! dijo el General con socarronería. ¡Si! Baron cómo yo Gran Turco.

—Pero, por Dios, Tio, dijo la Condesa, ¿qué razon hay para que no sea Baron?

—La razon es, sobrina, dijo el General, que los verdaderos Barones,—no los de Napoleon, ni los constitucionales,—sinó los de antaño, no viajaban ni escribian por dinero, ni éran tan mal criados, tan curiosos y tan cansadamente preguntones.

—Pero Tio, por Dios; bien se puede ser Baron, y ser preguntón. Por preguntar no se pierde la nobleza. A su regreso á su pais va á casarse con la hija de un Par de Francia.

—Así se casará él con ella, replicó el General, como yo con el Gran Turco.

—Mi Tio, dijo Arias, es como Santo Tomás: ver y creer. Pero volviendo á nuestro Baron, es preciso confesar que es hombre de muy buen parecer,

aunque como yo, acabó de crecer antes de tiempo. Tiene un carácter amable; pero la dá de sábio y de literato, y lo mismo habla de política, que de artes; lo mismo de historia que de música, de estadística, de filosofía, de hacienda y de modas. Ahora está escribiendo un libro sério, como él dice, el cual debe servirle de escalon para subir á la Cámara de diputados. Se intitula: «*Viaje científico filosófico, fisiológico, artístico y geológico por España* (a) *Iberia, con observaciones críticas sobre su gobierno, sus cocineros, su literatura, sus caminos y canales, su agricultura, sus boleros y su sistema tributario.*» Afectadamente descuidado en su traje, grave, circunspecto, económico en demasía, viene á ser una fruta imperfecta de ese invernáculo de hombres públicos, que cria productos prematuros, sin primavera, sin brisas animadoras y sin aire libre; frutos sin sabor ni perfume. Esos hombres se precipitan en el porvenir, en vapor á toda máquina, á caza de lo que ellos llaman una *posicion*, y á esto sacrifican todo lo demás: ¡tristes existencias atormentadas, para las que el dia de la vida no tiene aurora!

—Rafael, eso es filosofar, dijo el Duque sonriéndose. ¿Sabes que si Sócrates hubiera vivido en nuestros tiempos, serías su discípulo más bien que mi Ayudante?

—No cambio la ayudantía por el apostolado, mi General, respondió Arias. Pero la verdad es, que

si no hubiera tanto discípulo nécio, no habría tanto perverso maestro.

—¡Bien dicho, sobrino! exclamó el anciano General: ¡tanto nuevo maestro! y cada cual enseña una cosa, y predica una doctrina á cual más nueva y más peregrina. ¡El progreso! ¡el magnífico y nunca bien ponderado progreso!

—General, contestó el Duque; para sostener el equilibrio en este nuestro globo, es preciso que haya gas y que haya lastre; ambas fuerzas deberian mirarse recíprocamente como necesarias, en lugar de querer aniquilarse con tanto encarnizamiento.

Lo que decís, repuso el General, son doctrinas del odioso justo-médio, que es el que más nos ha perdido con sus opiniones vergonzantes, y sus terminachos *curruscantes,* como dice el pueblo, que habla con mejor sentido que los *ilustrados* secuaces del moderantismo; hipocritones con buena corteza y mala pulpa; adoradores del *Ser Supremo,* que no creen en Jesucristo.

—Mi Tio, dijo Rafael, ódia tanto á los *moderados,* que pierde toda *moderacion* para combatirlos.

—Calla, Rafael, respondió la Condesa; tú combates y te burlas de todas las opiniones, y no tienes ninguna, por tal de no tomarte el trabajo de defenderla.

—Prima, exclamó Rafael, soy liberal; dígalo mi bolsa vacía.

—¡Qué habias tú de ser liberal! dijo con voz estridente el General.

—¡Y por qué no habia yo de serlo, Señor! El Duque tambien lo es.

—¡Qué habias de ser liberal! tornó á decir el veterano en tono fuerte y recalcado, como un redoble de tambor.

—Vamos, murmuró Rafael; mi Tio, por lo visto, no consiente en que sean liberales sinó las artes que llevan esa denominacion.—Señor, añadió dirigiéndose á su Tio, al que hallaba su sobrino un sabroso placer en hacer rabiar.—¿Por qué no puedo ser el Duque liberal? ¿quién se lo puede estorbar si se le antoja ser liberal? ¿se pondrá más feo por ser liberal? ¿Porqué no podemos ser liberales, Señor, porqué?

—Porque el militar, contestó el General, no és ni debe ser otra cosa que el sosten del Trono, el mantenedor del órden, y el defensor de su Patria: ¿estás, sobrino?

—Pero, Tio....

—Rafael, le interrumpió la Condesa, no te metas en honduras, y prosigue tu relacion.

—Obedezco: ¡ah prima! en el ejército que estuviese á tus órdenes, no se veria jamás una falta de subordinacion.—Otro extrangero tenemos en Sevilla, un tal Sir John Burnwood. Es un jóven de cincuenta años, hermosote, sonrosado, con grandes melenas, como leon *genuino* del Atlas, lente ina-

movible, sonrisa idem, apretones de manos á diestro y siniestro; gran parlanchin, bulle-bulle, turbulento para echarla de vivo, como aquel aleman, que con el mismo objeto se tiró por la ventana; gran amigo de apuestas; célebre *sportman*; poseedor de vastas minas de carbon de piedra, que le producen veinte mil libras de renta.

—¿Supongo, dijo el General, que serán veinte mil libras de carbon de piedra?

—Mi Tio, dijo Rafael, es como los bolsistas, que suben y bajan las rentas á su albedrío. Sir John apostó que subiria á la Giralda á caballo, y ese es el gran objeto que le trae á Sevilla. Es verdad que uno de nuestros antiguos Reyes lo hizo; pero el pobre caballo en que subió, no pudo bajar, y se quedó, como el sepulcro de Mahoma; suspenso entre el cielo y la tierra; fué preciso matarlo en su elevado puesto. Sir John está desesperado porque no le permiten gozar de este monárquico pasatiempo. Ahora quiere, á ejemplo de Lord Elgin y del Baron Taylor, comprar el Alcázar, y llevárselo á su hacienda señorial, piedra por piedra, sin omitir las que, segun dicen, están manchadas para siempre con la sangre de Don Fadrique, á quien mandó dar muerte su hermano el Rey Don Pedro, hace quinientos años.

—No hay cosa, dijo el General, de que no sean capaces esos *Sires*, ni idéa, por descabellada que sea, que no se les ocurra.

—Hay mas, continuó Rafael. El otro dia me preguntó si podria yo obtener del Cabildo de la Catedral que vendiese las llaves doradas que el Rey moro presentó en una fuente de plata á San Fernando cuando conquistó á Sevilla, y la copa de ágata en que solia beber el gran Rey.

El General dió tal porrazo sobre la mesa, que uno de los candeleros vino al suelo.

—Mi General, dijo el Duque, ¿no echais de ver que Rafael está recargando los colores de sus cuadros, y que son puras extravagancias todo lo que está diciendo?

—No hay extravagancia, repuso el General, que sea improbable en los ingleses.

—Pues aun falta lo mejor, continuó Rafael fijando sus miradas en una linda jóven, que estaba al lado de la Marquesa, viéndola jugar. Sir John está enamorado perdido de mi prima Rita, y la ha pedido. Rita, que no sabe absolutamente como se pronuncia el monosílabo *sí*, le ha dado un *nó*, pelado y recio como un cañonazo.

—¿Es posible, Rita, dijo el Duque, que hayais rehusado veinte mil libras de renta?

—No he rehusado la renta, contestó la jóven con soltura, sin dejar de mirar el juego; lo que he rehusado ha sido al que la posee.

—Ha hecho bien, dijo el General: cada cual debe casarse en su pais. Este es el modo de no exponerse á tomar gato por liebre.

—Bien hecho, añadió la Marquesa. ¡Un protestante! Dios nos libre.

—¿Y qué decís vos, Condesa? preguntó el Duque.

—Digo lo que mi Madre, respondió ésta. No es cosa de chanza que el gefe de una familia sea de distinta relijion que la de ésta; creo como mi Tio, que cada cual debe casarse en su pais; y digo lo que Rita: que no me casaria jamás con un hombre, solo porque tuviese veinte mil libras de renta.

—Ademas, dijo Rita, está muy enamorado de la bolera Lucía del Salto; y así, aunque el señor fuera de mi gusto, le habria dado la misma respuesta. No estoy por las competencias; y mucho ménos con gente de entre bastidores.

Rita era sobrina de la Marquesa y del General. Huérfana desde su niñez, habia sido criada por un hermano suyo, que la amaba con ternura, y por su nodriza, que adoraba en ella, y la mimaba; sin que por esto dejase de haberse hecho una jóven buena y piadosa. El aislamiento y la independencia en que habia pasado los primeros años de su vida, habian impreso en su carácter el doble sello de la timidez y de la decision. Era de esas personas que algunos llaman oscuras, por enemigas del ruido y del brillo; altiva al mismo tiempo que bondadosa; caprichosa y sencilla; burlona y reservada. A este carácter picante se agregaba el exterior mas seductor y mas lindo. Su estatura era medianamente alta, su talle, que jamás se habia sometido á la presion

del corsé, poseia toda la soltura, toda la flexibilidad que los novelistas franceses atribuyen falsamente á sus heroinas, embutidas en apretados estuches de ballena. A esa graciosa soltura de cuerpo y de movimientos, unida á la franqueza y naturalidad en el trato, tan encantadora cuando la acompañan la gracia y la benevolencia, deben las españolas su tan celebrado atractivo. Rita tenia el blanco mate limpio é uniforme de las estátuas de mármol; su hermoso cabello era negro; sus ojos notablemente grandes, de un color gris oscuro, guarnecidos de grandes pestañas negras, y coronados de cejas, que parecian trazadas por la mano de Murillo. Su fresca boca, generalmente séria, se entreabria de cuando en cuando, para lanzar por entre su blanquísima dentadura una pronta y alegre carcajada, que su encogimiento habitual comprimia inmediatamente; porque nada le era mas repugnante que llamar la atencion, y cuando esto le sucedia, se ponia de mal humor.

Habia hecho voto á la Vírgen de los Dolores de llevar hábito; y así vestia siempre muy sencillamente de negro, con cinturon de cuero barnizado, y un pequeño corazon de oro atravesado por una espada, en la parte superior de la manga.

Rita era la única mujer que su primo Rafael Arias habia amado sériamente: no con una pasion lacrimosa y elegíaca, cosa que no estaba en su carácter, el mas antisentimental que entre otros muchos resecó el Levante indígena, sinó con un afecto

vivo, sincero y constante. Rafael, que era un excelente jóven, leal, juicioso y noble de alma y por su cuna, y que gozaba de un buen patrimonio, era el marido que la familia de Rita le deseaba. Pero ella, á pesar de la vigilancia de su hermano, había entregado su corazon sin saberlo aquel. El objeto de su preferencia era un jóven de ilustre cuna; arrogante mozo, pero jugador; y esto bastaba para que el hermano de Rita se opusiera de tal modo á sus amores, que le habia prohibido rigorosamente verle y hablarle. Rita, con su firmeza de temple y su perseverancia de española, aguardaba tranquilamente, sin quejas, suspiros ni lágrimas, que llegase el dia de cumplir veinte y un años, la edad mayor para casarse sin escándalo á pesar de la oposicion de su hermano. Entretanto, su amante le paseaba la calle, vestido y montado á lo majo, en soberbios caballos, y se carteaban diariamente.

Aquella noche Rita habia entrado, como siempre, en la tertulia, sin hacer ruido, y se habia sentado en el sitio acostumbrado, cerca de su tia, para verla jugar. Esta no habia observado la proximidad de su sobrina, sinó cuando preguntada por el Duque acerca del enlace que habia rehusado, se habia visto obligada á responder.

—¡Jesus, Rita! dijo la Marquesa. ¡Qué susto me has dado! ¿Cómo has llegado hasta aquí, sin que nadie te haya sentido?

—¿Queríais, respondió Rita, que entrase con

tambor y trompeta como un Regimiento?

—Pero al ménos, repuso la Marquesa, bien hubieras podido saludar á las gentes.

—Eso distrae á los jugadores, dijo Rita; y sinó, ved vuestros naipes. Oros van jugados, y ya íbais á hacer un renuncio, por echarme una peluca.

Durante este diálogo, Rafael se habia sentado detrás de su prima, y le decia al oido:

—Rita, ¿cuándo pido la dispensa?

—Cuando yo te avise, contestó ella sin volver la cara.

—¿Y qué he de hacer para merecer que llegue ese venturoso dia?

—Encomendarte á mi Santa que es abogada de imposibles.

—Cruel, algun dia te arrepentirás de haber rechazado mi blanca mano. Pierdes el mejor y el mas agradecido de los maridos.

—Y tú la peor y la mas ingrata de las mugeres.

—Escucha, Rita, continuó Arias; ¿tiene nuestro Tio, que está en frente de nosotros, alguna custodia en la cabeza, que te impide volver la cara á quien te habla?

—Tengo una torcedura en el pescuezo.

—Esa torcedura se llama Luis de Haro. ¿Todavía estás encaprichada con ese consumidor de barajas?

—Más que nunca.

—¿Y qué dice á eso tu hermano?

—Si te interesa, pregúntaselo.

—¿Y me dejarás morir?

—Sin pestañear.

—Hago voto al diablo que está á los pies del San Miguel de la parroquia, de que le he de dorar los cuernos, si carga de una vez con tu Luis de Haro.

—Deséale mal; que los malos deseos de los envidiosos, engordan.

—Paréceme que te fastidio, dijo Rafael, despues de algunos momentos de silencio, viendo bostezar á su prima.

—¿Hasta ahora no lo habías notado? respondió Rita.

—Esto es que deseas que me vaya. Ya se vé ¡cómo Luis Barajas es tan celoso!

—¡Celoso de tí! respondió su prima, lanzando una de sus carcajadas repentinas: tan celoso está de tí, como del inglés gordo.

—¡Gracias por la comparacion, amable primita; y á Dios para siempre?

—¡La del humo, respondió Rita sin volver la cara!

Rafael se levantó picado.

—¿Qué teneís, Rafael? le preguntó en tono lánguido una jóven, al pasar delante de ella.

Esta nueva interlocutora acababa de llegar de Madrid, adonde un pleito de consideracion habia exigido la presencia de su Padre. Volvia de esta expedicion, completamente modernizada; tan rabiosamente inoculada en lo que se ha dado en l amar buen tono extranjero, que se habia hecho in-

soportablemente ridícula. Su ocupacion incesante era leer; pero novelas casi todas francesas. Profesaba hácia la moda una especie de culto; adoraba la música, y despreciaba todo lo que era español.

Al oir Rafael la pregunta que se le dirijia, procuró serenarse, y respondió:

—Eloisita, tengo un dia más que ayer, y uno menos de vida

—Ya sé lo que teneis, Arias; y conozco cuanto sufris.

—Eloisita, me vais á meter aprension como á Don Basilio;—(y se puso á cantar) «¡Qué mala cara!»

—En vano disimulais; hay lágrimas en vuestra risa, Arias.

—Pero decidme por Dios, Eloisita, lo que tengo; pues es una obra de misericordia enseñar al que no sabe.

—Lo que teneis, Arias, harto lo sabeis.

—¿El qué?

—Una *decepcion*, murmuró Eloisa.

—¿Una qué? preguntó Rafael que no la entendió.

—Una decepcion, repitió Eloisa.

—¡Ah! ¡ya! habia entendido desercion; y mi honor militar se habia horripilado. En cuanto á decepcion, tengo un ciento, como cada hijo de vecino, amiga; y no es poca el inspiraros lástima en lugar de agrado, que es lo que mas deseo.

—Pero hay entre todas una decepcion que descolora vuestra vida, y hace que sea para vos la felicidad

un sarcasmo que os llevará á mirar la tumba como un descanso y la muerte como una sonriente amiga.

—¡Ah Eloisita! contestó Rafael; un dedo de la mano habria dado, por haber tenido en la accion de Mendigorría tales pensamientos; no que cuando me llevaron al hospital con un balazo en el costado, maldito si me sonreian ni la muerte ni la tumba!

—¡Qué prosáico sois! exclamó indignada Eloisa.

—¿Es esto un anatema, Eloisita?

—No señor, repuso con ironía la interrogada; es un magnífico cumplido.

—Lo que es una verdad de á fólio, dijo Rafael, es el que estáis lindísima con ese peinado, y que ese vestido es del mejor gusto.

—¿Os agrada? exclamó la elegante jóven, dejando de repente el tono sentimental. Son estas telas las últimas *nouveautés, es gró Ledru-Rollin.*

—No es extraño, dijo Rafael, que se muera por España y por las españolas aquel inglés que veis allí enfrente, y cuya cabeza descuella sobre todas las plantas del macetero.

—¡Qué mal gusto! contestó Eloisa con un gesto de desden.

—Dice, continuó Rafael, que no hay cosa mas bonita en el mundo, que una española con su mantilla, que es el traje que mas favor les hace.

—¡Qué injusticia! exclamó la jóven. ¿Creen acaso que el sombrero es demasiado elegante para nosotras?

—Dice, prosiguió Rafael, que manejais el abanico con una gracia incomparable.

—¡Qué calumnia! dijo Eloisa. Ya no lo usamos las *elegantas*.

—Dice, que esos piececitos tan monos, tan breves, tan lindos, están pidiendo á gritos, medias y zapatos de seda, en lugar de esas horrendas, botas, borceguíes, *brodequins*, ó llámense como quiera.

—Eso es insultarnos, exclamó Eloisa; es querer que retrogrademos medio siglo, como dice muy bien la ilustrada prensa madrileña.

—Que los ojos negros de las españolas son los mas hermosos del mundo.

—¡Qué vulgaridad! Esos son ojos de las gentes del pueblo, de cocineras y cigarreras.

—Que el modo de andar de las españolas tan ligero, tan gracioso, tan sandunguero, es lo mas encantador que pueda imaginarse.

—Pero ¿no conoce ese Señor que nos mira como parias, dijo Eloisa, y que estamos haciendo todo lo posible para enmendarnos y andar como se debe?

—Lo mejor será que le convirtais, dijo Rafael. Voy á presentároslc.

Arias echó á correr pensando: Eloisa tiene blando el corazon, y la echa de romántica: es pintiparada para el Mayor, que anda á caza de estos avechuchos.

Entretanto la Condesa preguntaba al Duque si era bonita la Filomena de Villamar.

—No es ni bonita, ni fea, respondió. Es morena, y sus facciones no pasan de correctas. Tiene buenos ojos; en fin, uno de esos conjuntos, que se vén por donde quiera en nuestro pais.

—Una vez que su voz es tan extraordinaria, dijo la Condesa, por honor de Sevilla, es preciso que hagamos de ella una eminente *prima donna*. ¿No podremos oirla?

—Cuando querais, respondió el Duque. La traeré aquí una noche de estas, con su marido, que es un excelente músico, y ha sido su maestro.

En esto llegó la hora de retirarse.

Cuando el Duque se acercó á la Condesa para despedirse, ésta levantó el dedo con aire de amenaza

—¿Qué significa eso? preguntó el Duque.

—Nada, nada, contestó ella: esto significa ¡cuidado!

—¿Cuidado? ¿De qué?

—¿Fingís qne no me entendeis? no hay peor sordo que el que no quiere oir.

—Me poneis en áscuas, Condesa.

—Tanto mejor.

—¿Quereis, por Dios, explicaros?

—Lo haré, ya que me obligais. Cuando he dicho *cuidado*, he querido decir, ¡cuidado con echarse una cadena encima!

—¡Ah! Condesa, repuso el Duque con calor: por Dios, que no venga una injusta y falsa sospecha á oscurecer la fama de esa muger, aun ántes de que na-

die la conozca. Esa muger, Condesa, es un ángel.

—Eso por supuesto, dijo la Condesa. Nadie se enamora de diablos.

—Y sin embargo, teneis mil adoradores, repuso sonriendo el Duque.

—Pues no soy diablo, dijo la Condesa; pero soy zahorí.

—El tirador no acierta cuando el tiro salva el blanco.

—Os aplazo para dentro de aquí á seis meses, invulnerable Aquiles, repuso la Condesa.

—Callad por Dios, Condesa, exclamó el Duque; lo que en vuestra bella boca es una chanza ligera, en las bocas de víboras que pululan en la sociedad, sería una mortal ponzoña.

—No tengais cuidado; no seré yo quien tire la primera piedra. Soy indulgente como una santa, ó como una gran pecadora; sin ser ni lo uno ni lo otro.

Nada satisfecho salia el Duque de esta conversacion, cuando á la puerta le detuvo el General Santa María.

—Duque, le dijo, ¿habeis visto cosa semejante?

—¿Qué cosa? preguntó escamado el Duque.

—¡Qué cosa, preguntais!!!

—Si, lo pregunto y deseo respuesta.

—¡Un coronel de veinticuatro años!!

—En efecto, es algo prematuro, contestó el Duque sonriéndose.

—Es un bofeton al ejército.

—No hay duda.

—Es dar un solemne mentís al sentido comun.

—¡Por supuesto!

—¡Pobre España! exclamó el General, dando la mano al Duque, y levantando los ojos al cielo.

———

CAPÍTULO II.

El Duque habia proporcionado á Stein y á su muger una casa de pupilos, á cargo de una familia pobre, pero honrada y decente. Stein habia encontrado en una cómoda, cuya llave le entregaron al tomar posesion de su aposento, una suma de dinero, bastante á sobrepujar las mas exageradas pretensiones. Adjunto se hallaba un billete, que contenia las siguientes líneas: «*Justo tributo á la ciencia del cirujano.—Los esmeros y las vigilias del amigo, no pueden ser recompensadas, sinó con una gratitud y una amistad sincera.*»

Stein quedó confundido.

—¡Ah María! exclamó, enseñando el papel á su muger. Este hombre es grande en todo: lo es por su clase, lo es por su corazon, y por sus virtudes; imita á Dios, levantando á su altura á los pequeños y

los humildes. ¡Me llama amigo, á mi, que soy un pobre cirujano; y habla de gratitud, cuando me colma de beneficios!

—¿Y qué es para él todo ese oro? respondió María; ¡un hombre que tiene millones, segun me ha dicho la patrona, y cuyas haciendas son tamañas como provincias! Además, que si no hubiera sido por tí, se habria quedado cojo para toda la vida.

En este momento entró el Duque, y cortando el hilo á las expresiones de agradecimiento de Stein le dijo á su muger·

—Vengo á pediros un favor: ¿me lo negaréis, María?

—¿Qué es lo que podremos negaros? se apresuró á contestar Stein.

—Pues bien, María, continuó el Duque, he prometido á una íntima amiga mia, que iríais á cantar á su casa.

María no respondió.

—Sin duda que irá, dijo Stein. María no ha recibido del cielo un don tan precioso como su voz, sin contraer la obligacion de hacer participar á otros de esta gracia,

—Estamos, pues, convenidos, prosiguió el Duque. Y ya que Stein es tan diestro en el piano como en la flauta, tendréis uno á vuestra disposicion esta tarde, así como una coleccion de las mejores piezas de las óperas modernas. Así podreis escojer las que mas os agraden, y repasarlas; porque es

preciso que María se luzca y se cubra de gloria. De eso depende su fama de cantatriz.

Al oir estas últimas palabras, los ojos de María se animaron.

—¿Cantaréis, María? le preguntó el Duque.

—¿Y porqué no? respondió ésta con frialdad.

—Ya sé, dijo el Duque, que habeis visto muchas de las buenas cosas que encierra Sevilla. Stein vive de entusiasmo, y ya sabe de memoria á Cean, Ponz y Zúñiga. Pero lo que no habeis visto, es una corrida de toros. Aqui quedan billetes para la de esta tarde. Estaréis cerca de mí; porque quiero ver la impresion que os causa este espectáculo.

Poco despues el Duque se retiró.

Cuando por la tarde Stein y María llegaron á la plaza, ya estaba llena de gente. Un ruido sostenido y animado, servia de preludio á la funcion, como las olas del mar se agitan y mugen ántes dela tempestad. Aquella reunion inmensa, á la que acude toda la poblacion de la ciudad y la de sus cercanías; aquella agitacion, semejante á la de la sangre cuando se agolpa al corazon en los parasismos de una pasion violenta; aquella atmósfera ardiente, embriagadora, como la que circunda á una Bacante; aquella funcion de innumerables simpatías en una sola; aquella expectacion calenturienta; aquella exaltacion frenética, reprimida sin embargo, en los límites del órden; aquellas vociferaciones estrepitosas, pero sin grosería; aquella impaciencia, á que sirve de tóni-

co el temor; aquella ansiedad, que comunica estremecimientos al placer, forman una especie de galbanismo moral, al cual es preciso ceder, ó huir.

Stein aturdido, y con el corazon apretado, habria de buena gana preferido la fuga. Su timidez le detuvo. Veía que todos cuantos le rodeaban estaban contentos, alegres y animados, y no se atrevió á singularizarse.

La plaza estaba llena; doce mil personas formaban vastos círculos concéntricos en su circuito. Los espectadores ricos estaban á la sombra; el pueblo lucía á los rayos del sol el variado colorido del traje andaluz.

En los grandes teatros donde brillan la Grisi, Lablache, la Rachel y Macready, la *sala* no se llena sino cuando le toca salir al artista favorito; pero la funcion bárbara que se ejecuta en este inmenso circo, no ha pasado jamás por semejante humillacion.

Salió el despejo, y la plaza quedó limpia. Entónces se presentaron los picadores montados en sus infelices caballos, que con sus cabezas bajas y sus ojos tristes parecian —y eran en realidad— víctimas que se encaminaban al sacrificio (1).

(1) Damos un sincero parabien á los *Periódicos* que han tomado la iniciativa en la prensa española, en contra de la inaudita crueldad con que aquí se trata á los pobres animales, y que han pedido se diese fin á la agonía de los miserables caballos por medio de la puntilla. Como para nada de lo *bueno* (para que podria servir) sirve la libertad de imprenta, tan justa y caritativa advertencia no ha sido atendida.

Solo con ver á estos pobres animales, cuya suerte preveía, la especie de desazon que ya sentia Stein, se convirtió en compasion dolorosa. En las provincias de la Península que habia recorrido hasta entónces, desoladas por la guerra civil, no habia tenido ocasion de asistir á estas grandiosas fiestas nacionales y populares, en que se combinan los restos de la brillante y ligera estrategia morisca, con la feroz intrepidez de la raza goda. Pero habia oido hablar de ellos, y sabia que el mérito de una corrida, se calcula hoy dia por el número de caballos que en ella mueren. Su compasion, pues, se fijaba principalmente en aquellos infelices animales, que, despues de haber hecho grandes servicios á sus amos, contribuido á su lucimiento, y quizas salvádoles la vida, hallaban por toda recompensa, cuando la mucha edad y el exceso del trabajo habian agotado sus fuerzas, uua muerte atroz, que por un refinamiento de crueldad, les obligan á ir á buscar por sí mismos: muerte quesu instinto les anuncia, y á la cual resisten algunos, miéntras otros, más resignados, ó más abatidos, van á su encuentro dócilmente, para abreviar su agonía. Los tormentos de estos seres desventurados destrozarian el corazon mas empedernido; pero los aficionados no tienen ojos, ni atencion, ni sentimientos, sino para el toro. Están sometidos á una verdadera fascinacion; y ésta se comunica á muchos de los extrangeros mas preocupados contra España, y en particular contra esta feroz di-

version. Además, es preciso confesarlo, y lo confesarémos con dolor. En España, la compasion en favor de los animales, es, particularmente en los hombres, por punto general, un sentimiento mas bien teórico que práctico. En las clases ínfimas no existe. ¡Ah Mr. Martin! ¡Cuánto mas acreedor sois al reconocimiento de la humanidad, que muchos filántropos de nuestra época, que hacen tanto daño á los hombres, sin aumentar ni en un ápice su bienestar! (1).

Los toros deleitan á los extrangeros de gusto estragado ó que se han empalagado de todos los goces de la vida, y que ansian por una emocion, como el agua que se hiela, por un sacudimiento que la avive; ó á la generalidad de los españoles, hombres enérgicos y poco sentimentales, y que además se han acostumbrado desde la niñez á esta clase de espectáculos. Muchos, por otra parte, concurren por hábito; otros, sobre todo, las mugeres, para ver y ser vistas; otros que van á los toros, no se divierten, padecen, pero se quedan, merced á la parte *carneril*, de que fué liberalmente dotada nuestra humana naturaleza.

Los tres picadores saludaron al Presidente de la

(1) M. Martin de Galloway, miembro del Parlamento Británicó fué quien propuso en él un célebre *Bill* para evitar y castigar la crueldad contra los animales. Fundó además una Sociedad con el mismo objeto; sociedad que, aun despues de la muerte de su ilustre fundador, trabaja con infatigable celo en la línea de principios y de conducta que le dejó trazada.

plaza, precedidos de los banderilleros y chulos espléndidamente vestidos, y con capas de vivos y brillantes colores. Capitaneaban á todos, los primeros espadas y sus sobresalientes, cuyos trajes eran todavía mas lujosos que los de aquellos.

¡Pepe Vera! ¡Ahí está Pepe Vera! gritó el concurso. ¡El discípulo de Montes! ¡Qué buen mozo! ¡Qué gallardo! ¡Qué bien plantado! ¡Qué garbo en toda su persona! ¡Qué mirada tan firme y tan serena!

—¿Saben vds., decia un jóven que estaba sentado junto á Stein, cual es la gran leccion que dá Montes á sus discípulos? Los empuja cruzados de brazos hácia el toro, y les dice: *no temas al toro*.

Pepe Vera se acercó á la valla. Su vestido era de raso color de cereza, con hombreras y profusas guarniciones de plata. De las pequeñas faltriqueras de la chupa salian las puntas de dos pañuelos de olan. El chaleco de rico tisú de plata, y la graciosa y breve montera de terciopelo y alamares completaban su elegante, rico y airoso vestido de majo torero.

Despues de haber saludado con mucha soltura y gracia á las autoridades, fué á colocarse, como los demás lidiadores, en el sitio que le correspondia.

Los tres picadores ocuparon los suyos, á igual distancia unos de otros, cerca de la barrera. Los matadores y chulos, estaban esparcidos por el redondel. Entonces todo quedó en silencio profundo, como si aquella masa de gente, tan ruidosa poco án-

tes, hubiese perdido de pronto la facultad de respirar.

El Alcalde hizo la seña; sonaron los clarines, que, como harán las trompetas el dia del último juicio, produjeron un levantamiento general; y entónces, como por mágia, se abrió la ancha puerta del toril, situada en frente del palco de la autoridad. Un toro colorado se precipitó en la arena, y fué saludado por una explosion universal de gritos, de silbidos, de injurias y de elogios. Al oir este tremendo estrépito, el toro se paró, alzó la cabeza y pareció preguntar con sus encendidos ojos, si todas aquellas provocaciones se dirijian á él, á él, fuerte atleta que hasta alli habia sido generoso y hecho merced al hombre, tan pequeño y débil enemigo: reconoció el terreno, y volvió precipitadamente la amenazadora cabeza á uno y otro lado. Todavía vaciló: crecieron los recios y penetrantes silbidos; entónces se precipitó con una prontitud que parecia incompatible con su peso y su volúmen, hácia el picador.

Pero retrocedió al sentir el dolor que le produjo la puya de la garrocha en el morrillo. Era un animal aturdido, de los que se llamau en el lenguaje tauromáquico, boyantes. Asi es que no se encarnizó en este primer ataque, sino que embistió al segundo picador.

Este no le aguardaba tan prevenido como su antecesor, y el puyazo no fué tan derecho, ni

tan firme; asi fué que hirió al animal sin detenerlo. Las astas desaparecieron en el cuerpo del caballo, que cayó al suelo. Alzóse un grito de espanto en todo el circo; al punto todos los chulos rodearon aquel grupo horrible; pero el feroz animal se habia apoderado de la presa, y no se dejaba distraer de su venganza. En este momento, los gritos de la muchedumbre, se unieron en un clamor profundo y uniforme, que hubiera llenado de terror á la ciudad entera, si no hubiera salido de la plaza de los toros.

El trance iba siendo horrible, porque se prolongaba. El toro se cebaba en el caballo; el caballo abrumaba con su peso y sus movimientos convulsivos al picador, aprensado bajo aquellas dos masas enormes. Entonces se vió llegar, ligero como un pájaro de brillantes plumas, tranquilo como un niño que va á coger flores, sosegado y risueño, á un jóven cubierto de plata, que brillaba como una estrella. Se acercó por detrás del toro; y este jóven, de delicada estructura y de fino aspecto, cojió con sus dos manos la cola de la fiera, y la atrajo á sí, como si hubiera sido un perrito faldero. Sorprendido el toro, se revolvió furioso, y se precipitó contra su adversario, quien, sin volver la espalda, y andando hácia atrás, evitó el primer choque con una media vuelta á la derecha. El toro volvió á embestir, y el jóven lo esquivó segunda vez, con un recorte á la izquierda, siguiendo del mismo modo, hasta llegar cerca de la barrera. Allí desapareció á los ojos atónitos del animal, y á las ansio-

sas miradas del público, el cual, ébrio de entusiasmo, atronó los aires con inmensos aplausos; porque siempre conmueve ver que los hombres jueguen así con la muerte, sin baladronada, sin afectacion y con rostro inalterable.

—¡Vean Vds. si ha tomado bien las lecciones de Montes! ¡Vean Vds. si Pepe Vera sabe jugar con el toro! clamó el jóven sentado junto á Stein, con voz, que á fuerza de gritar, se habia enronquecido.

El Duque fijó entonces su atencion en Marisalada. Era la primera vez desde su llegada á la capital de Andalucía, que notó alguna emocion en aquella fisonomía fria y desdeñosa. Hasta aquel momento nunca la habia visto animada. La organizacion áspera de María, demasiado vulgar para entregarse al exquisito sentimiento de la admiracion, y demasiado indiferente y fria para entregarse al de la sorpresa, no se habia dignado admirar, ni interesarse en nada. Para imprimir algo, para sacar algun partido de aquel duro metal, era preciso hacer uso del fuego y del martillo.

Stein estaba pálido y conmovido.

—Señor Duque, le dijo con aire de suave reconvencion. ¿Es posible que esto os divierta?

—No, respondió el Duque con bondadosa sonrisa: no me *divierte*, me *interesa*.

Entretanto habian levantado al caballo. El pobre animal no podia tenerse en pié. De su destrozado vientre colgaban hasta el suelo los intestinos. Tambien estaba en pié el picador, agitándose entre los brazos

de los chulos, furioso contra el toro, y queriendo á viva fuerza, con ciega temeridad, y á pesar del aturdimiento de la caida, volver á montar y continuar el ataque. Fué imposible disuadirle; y volvió, en efecto, á montar sobre la pobre víctima, hundiéndole las espuelas en sus destrozados hijares.

—Señor Duque, dijo Stein, quizás voy á pareceros raro; pero en realidad me es imposible asistir á este espectáculo. ¿María, quieres que nos vayamos?

—No, respondió María, cuya alma parecia concentrarse en los ojos. ¿Soy yo alguna melindrosa, y temes por ventura que me desmaye?

—Pues entónces, dijo Stein, volveré por tí cuando se acabe la corrida.

Y se alejó.

El toro habia despachado ya un número considerable de caballos. El infeliz de que acabamos de hacer mencion, se iba dejando arrastrar por la brida, con las entrañas colgando, hasta una puerta, por la que salió. Otros, que no habian podido levantarse, yacian tendidos, con las convulsiones de la agonía; á veces alzaban la cabeza, en que se pintaba la imágen del terror. A estas señales de vida, el toro volvia á la carga, hiriendo de nuevo con sus fieras astas los miembros destrozados, aunque palpitantes todavía, de su víctima. Despues, ensangrentadas la frente y las astas, se paseaba alrededor del circo, en actitud de provocacion y desafío, unas veces alzando soberbio la cabeza á las gradas, donde la gritería no cesaba

un momento; otras hácia los brillantes chulos, que pasaban delante de él, á manera de meteoros, clavándole las banderillas. A veces, de una red oculta entre los adornos de la banderilla, salian unos pajarillos y se echaban á volar. ¿Quién sería el primero á quien se ocurrió la idea de producir este notable contraste? No tendria por cierto, intencion de simbolizar á la inocencia indefensa, alzándose sin esfuerzo sobre los horrores y las feroces pasiones de la tierra. Más bien sería una de esas ideas poéticas, que brotan espontáneas, aun en los corazones mas duros y crueles del pueblo español, como una planta de resedá florece espontáneamente en Andalucía entre los cantos y la cal de un balcon.

A una señal del presidente, sonaron otra vez los clarines. Hubo un rato de tregua en aquella lucha encarnizada, y todo volvió á quedar en silencio.

Entonces Pepe Vera, con una espada y una capa encarnada en la mano izquierda, se encaminó hácia el palco del Ayuntamiento. Paróse enfrente, y saludó, en señal de pedir licencia para matar al toro.

Pepe Vera habia echado de ver la presencia del Duque, cuya aficion á la tauromáquia era conocida. Tambien habia percibido á la muger que estaba á su lado; porque esta muger á quien hablaba el Duque frecuentemente, no quitaba los ojos del matador.

Este se dirigió al Duque, y quitándose la montera: «Brindo, dijo, por V. E. y por la real moza

que tiene al lado.»—Y al decir esto, arrojó al suelo la montera con inimitable desgaire, y partió á donde su obligacion le llamaba.

Los chulillos le miraban atentamente, prontos á ejecutar sus órdenes. El matador escogió el lugar que mas le convenia; despues indicándolo á su cuadrilla:

—¡Aquí! les gritó.

Los chulos corrieron hácia el toro para incitarle, y el toro persiguiéndolos, vino á encontrarse frente á frente con Pepe Vera, que le aguardaba á pié firme. Aquel era el instante solemne de la corrida. Un silencio profundo sucedió al tumulto estrepitoso y á las excitaciones vehementes que se habian prodigado poco ántes al primer espada.

El toro, viendo aquel enemigo pequeño, que se habia burlado de su furor, se detuvo como para reflexionar. Temia sin duda que se le escapase otra vez. Cualquiera que hubiera entrado á la sazon en el circo, no habria creido asistir á una diversion pública, sino á una solemnidad religiosa. Tanto era el silencio.

Los dos adversarios se contemplaban recíprocamente.

Pepe Vera agitó la capa que llevaba en la mano izquierda. El toro le embistió. Sin hacer mas que un ligero movimiento, él le pasó de muleta, volviendo á quedar en suerte, y en cuanto la fiera volvió á acometerle, le dirigió la espada por entre las dos es-

paldillas, de modo que el animal, continuando su arranque, ayudó poderosamente á que todo el hierro penetrase en su cuerpo, hasta la empuñadura Entonces se desplomó sin vida.

Es absolutamente imposible describir la explosion general de gritos y de aplausos que retumbaron en todo el ámbito de la plaza. Solo pueden comprenderlo los que acostumbran presenciar semejontes lances. Al mismo tiempo sonó la música militar.

Pepe Vera atravesó tranquilamente el circo en medio de aquellos frenéticos testimonios de admiracion apasionada, de aquella unánime ovacion, saludando con la espada á derecha é izquierda, en señal de gratitud, sin que excitase en su pecho sorpresa ni orgullo un triunfo, que mas de un Emperador Romano habria envidiado. Fué á saludar al Ayuntamiento, y despues al Duque y á la real moza.

El Duque entregó disimuladamente una bolsa de monedas de oro á María, y ésta, envolviéndola en su pañuelo; las arrojó á la plaza.

Al hacer Pepe Vera la natural demostracion de dar las gracias, las miradas de sus ojos negros se cruzaron con las de María. Al mentar este encuentro de miradas, un escritor clásico diria que Cupido habia herido aquellos dos corazones con tanto tino como Pepe Vera al toro. Nosotros, que no tenemos la temeridad de afiliarnos en aquella escuela severa é intolerante, dirémos buenamente que estas

dos naturalezas estaban formadas para entenderse y simpatizar una con otra, y que en efecto se entendieron y simpatizaron.

En verdad, Pepe Vera habia estado admirable. Todo lo que habia hecho en una situacion que le colocaba entre la muerte y la vida, habia sido ejecutado con una destreza, una soltura, una calma y una gracia, que no se habian desmentido ni un solo instante. Es preciso para esto, que á un temple firme y á un valor temerario, se agregue un grado de exaltacion, que solo pueden escitar veinte y cuatro mil ojos que miran, y veinte y cuatro mil manos que aplauden.

CAPÍTULO III.

Durante las escenas que hemos procurado describir en el anterior capítulo, Stein daba la vuelta alrededor de Sevilla, siguiendo la línea de sus antiguas murallas, alzadas por Julio César, como lo testifica esta inscripcion colocada sobre la puerta de Jerez.

HERCULES ME EDIFICO.
JULIO CESAR ME CERCO
DE MUROS Y TORRES ALTAS,
Y EL REY SANTO ME GANO
CON GARCI-PEREZ DE VARGAS

Volviendo hácia la derecha, Stein pasó por delante del convento del Pópulo, transformado hoy en cárcel: allí cerca vió la bella puerta de Triana; mas

léjos, la puerta Real, por donde hizo su entrada San Fernando, y en siglos posteriores Felipe II. Delante se encuentra el convento de San Laureano, donde Fernando Colon, hijo del inmortal Cristóbal, fundó una escuela, y estableció su observatorio. Pasó despues por delante de la puerta de San Juan y la de la Barqueta, á la que se ligan tantos recuerdos. A cierta distancia, y á orillas del rio, divisó el suntuoso monasterio de San Gerónimo, cuya estátua, que se considera como una de los mas perfectas que han salido jamás de las manos de un artista, adorna hoy el salon principal del Muséo. Stein hizo entonces esta reflexion «¿Habrian hecho los antiguos artistas tantas obras maestras, si en lugar de consagrarlas á la veneracion de las almas piadosas, á recibir su culto y sus oraciones, hubieran sabido que su paradero habia de ser un Muséo, donde estarian expuestas al frio análisis de los amigos del arte y de los admiradores de la forma?»

Vió despues á San Lázaro, hospital de leprosos, y el inmenso y soberbio hospital de las Cinco Llagas del Señor, llamado vulgarmente Hospital de la Sangre, obra magnífica de los Enriquez de Rivera, en que han consumido millones, y cuyo patronato ha reservado la caridad y el celo público del fundador, harto mas grandes que su grande obra, á aquel que la concluya.

Vió la puerta de la Macarena, que toma su nombre, segun unos, del de una hija de Hércules, á quien

Julio César la consagró; y segun otros, del de una Princesa mora, que alli tuvo un palacio. Don Pedro el Cruel, entró por ella muchas veces vencedor, y tumbien Don Fadrique, cuando el mismo Don Pedro, su hermano, le sacrificó á su resentimiento. Pasó en seguida por delante de la puerta de Córdoba, sobre la cual todavía se vé, convertido en capilla, el estrecho encierro en que estuvo preso y fué martirizado San Hermenegildo por órden de su Padre Leovigildo, Rey de los godos, por los años de 586. En frente de la puerta está el convento de los Capuchinos, en el mismo sitio que ocupó, segun dicen, la primera iglesia que hubo en España, fundada por el Apóstol Santiago; aunque Zaragoza disputa esta gloria á Sevilla. Vió más léjos el convento de la Trinidad, en el mismo terreno que ocuparon las cárceles romanas; y el subterráneo en que estuvieron encerradas las Santas Vírgenes Justa y Rufina, Patronas de la ciudad. En este subterráneo se ha erigido un altar, en cuyo centro se conserva un pilar de mármol, al que estuvieron atadas las Santas, y en que grabaron con sus débiles dedos una cruz que se vé todavía.

Despues de las puertas del Sol y del Osario, halló la de Carmona, una de las mas bellas del recinto, de donde arranca, en línea paralela con el acueducto que provee de agua á Sevilla, el camino real que atraviesa toda la península en su longitud, brincando como una cabra, por las asperezas de Despe-

ñaperros. Con esta puerta se liga una anécdota, que pinta á lo vivo el carácter de los nobles sevillanos de aquel tiempo. Era en 1540. Por ella salian los sevillanos para ir á socorrer á Gibraltar. Don Rodrigo de Saavedra llevaba el pendon de la ciudad; pero la puerta de entónces era tan baja, que el pendon no podia pasar sin inclinarse. Don Rodrigo, pasó por encima de la puerta tirando de él con cuerdas, prefiriendo esta incomodidad á la humillacion de su noble depósito.

A la mano izquierda están los grandes y alegres arrabales de San Roque y San Bernardo, con el jardin del Rey, llamado así por haber sido de un Rey moro llamado Ben-Joar. Stein llegó á la puerta de la Carne, cerca de la cual está el hermoso cuartel de Caballería; dejando á mano derecha la elegante puerta de San Fernando, edificada en el año 1760 al mismo tiempo que la inmediata y magnífica fábrica de tabaco, cuyo costo subió á treinta y siete millones de reales; y dejando á mano izquierda el Cementerio, esa sima que la muerte se empléa continuamente en llenar, como las Danáides su tonel, llegó á los hermosos paséos, que son como ramilletes que adornan la ciudad en las orillas del Guadalquivir.

El único ruido que alteraba á la sazon el silencio del hermoso paséo de las Delicias, era el saludo que hacian las aves al sol en su ocaso. La inmovilidad del rio era tal, que habria parecido helado, si

no le hubieran hecho sonreir de cuando en cuando la caricia del ala de un pájaro ó el salto de algun pececillo jugueton. En la orilla opuesta se alzaba el convento de los Remedios, con su corona de cipreses, cuyas elevadas copas se erguian soberbias, sin echar de ver que el edificio se estaba abriendo en hondas grietas, como una planta abandonada se marchita cuando no hay una mano que la riegue. Las sombras del crepúsculo empezaban á cubrir la ciudad, mientras que la bella y colosal estátua de bronce dorado, emblema de la Fé, que se enseñoréa en lo alto de la Giralda, resplandecía á los últimos rayos del sol, radiante y ardiente como la gloria de los grandes hombres que la pusieron allí, coronando la inmensa basílica. Costeáron ésta de su bolsillo los Canónigos en 1401, sujetándose por mas de un siglo, ellos y sus sucesores, fuesen quienes fuesen, á vivir en comun, para aplicar todas sus rentas á la construccion del templo. Ni uno solo faltó á este compromiso, acaso sin ejemplo en la historia de las artes. ¡Magnífico ejemplo de abnegacion, de entusiasmo religioso, y de inteligencia artística, que fué digno cumplimiento del memorable acuerdo con que decretaron la ereccion de aquel templo y que no podemos menos de consignar! FAGAMOS, dijeron, UNA EGLESIA TAL E TAN GRANDE, QUE EN EL MUNDO NO HAYA OTRA SU EGUAL, E QUE LOS DEL PORVENIR NOS TENGAN POR LOCOS.

A la derecha de Stein se elevaba la torre redon-

da del Oro, cuyo nombre proviene, segun algunos, de haber sido en otro tiempo depósito del oro que venia de América. Sin embargo, esta derivacion no es probable, puesto que tenia el mismo nombre ántes del descubrimiento del Nuevo Mundo. Mas verosímil es que procediese de los azulejos amarillos de que estaba revestida, y algunos de los cuales se conservan aún. Esa antiquísima torre, muy anterior á la era cristiana, enlazada con tantos recuerdos heróicos, colocada allí entre las variadas banderas de los buques, las ráfagas de humo de los vapores, los paséos construidos ayer, y las flores nacidas hoy, con sus cimientos, que cuentan los siglos por décadas, es como la clava de Hércules lanzada en medio de los juguetes de los niños.

Entre estos recuerdos hay uno de muy pequeña importancia, aunque histórica, que ha excitado muchas veces nuestra sonrisa (cosa rara cuando se ojéan los anales del mundo), y que por otra parte, pinta al natural al hombre de quien vamos á hablar, al Rey Don Pedro, cuya memoria es allí la mas popular, despues de la del Santo Rey Don Fernando.

Cerca de la torre del Oro, hay un muelle que mandaron construir los canónigos, cuando se edificaba la catedral, para el cómodo desembarco de los materiales de la obra, y en él cobraban un muellaje de todos los que allí desembarcaban. Don Pedro, apurado de dinero, hizo uso de estos fondos en calidad de empréstito forzado. Parece que este Monarca, muy

jóven aun, tenia la memoria muy flaca en materia de deudas, puesto que el cabildo pensó acudir á la justicia para reclamar el pago de la contraida. Pero ¿dónde estaba un escribano bastante valiente para presentarse á Don Pedro con una notificacion en la mano? Era necesario para esto un escribano Cid, ó Pelayo, como no suele haberlos en el mundo. La curia tomó sus medidas; y hé aquí el arbitrio de que echó mano. Un dia en que el Rey se paseaba á caballo cerca del susodicho muelle; vió venir un batel, que se detuvo á una respetuosa distancia de su persona. En este batel se hallaba una especie de cuervo ó pajarraco negro de mal agüero. El rey quedó atónito al ver en el rio esta vision, porque la gente que de negro se viste, suele ser tan poco aficionada á Marte como á Neptuno. Pero ¡cuánto no creceria su asombro, cuando oyó una voz ágria que le decia: «A vos, Don Pedro, intimamos...» No pudo decir mas, porque el Rey, echando centellas por los ojos, sacó la espada, aguijoneó el caballo, y se arrojó al agua sin reflexionar lo que hacia. ¡Cuál no sería el terror del pájaro negro! Dejó caer los papeles, se apoderó del remo, y se puso en salvo. Es de presumir que el pueblo, tan admirador del valor temerario, como enemigo de las maniobras judiciales, aplaudiese este hecho con entusiasmo. Nosotros, que gustamos de todo lo que es grande, aunque sea una ira real, hemos referido esta anécdota, porque los pájaros verdaderamente negros, esto es, los que tienen emponzoñada la lengua y la plu-

ma, se han vengado despues, valiéndose siempre de sus armas usuales, el ardid y la calumnia; y han calumniado al infortunio.

¡Pobre Don Pedro! Acaso fué malo, porque fué desgraciado. Su crueldad fué efecto de la exasperacion; pero tuvo tacto mental; carácter enérgico y un corazon que sabia amar.

Stein, con la cabeza apoyada en las manos, recreaba sus miradas en el magnífico espectáculo que ante ellas se desenvolvia, y respiraba con deleite aquella pura y balsámica atmósfera. De cuando en cuando un clamor prolongado y vivo le arrancaba á su suave éxtasis, y afectaba dolorosamente su corazon. Era la gritería de la plaza de toros.

—¡Dios mio! ¡es posible, (se decia aludiendo á la guerra) que á aquello lo llamen gloria, y á esto (aludiendo á los toros) lo llamen placer!

CAPÍTULO IV.

Marisalada pasaba su vida consagrada á perfeccionarse en el arte, que le prometia un porvenir brillante, una carrera de gloria, y una situacion que lisonjeara su vanidad y satisfaciera su aficion al lujo. Stein no se cansaba de admirar su constancia en el estudio y sus admirables progresos.

Sin embargo, se habia retardado la época de su introduccion en la sociedad de las gentes de viso, por una enfermedad del hijo de la Condesa.

Desde los primeros síntomas habia olvidado esta todo cuanto la rodeaba: su tertulia, sus prendidos, sus diversiones, á Marisalada y sus amigos, y ántes que á todo, al elegante y jóven coronel de que hemos hablado.

Nada existia en el mundo para esta Madre, sino su hijo á cuya cabecera habia pasado quince dias sin

comer, sin dormir, llorando y rezando. La denticion del niño no podia avanzar, por no poder romper las encías hinchadas y doloridas. Su vida peligraba. El Duque aconsejó á la afligida Madre que consultase á Stein; y verificado así, el hábil aleman salvó al niño con una incision en las encías. Desde aquel momento, Stein llegó á ser el amigo de la casa. La Condesa le estrechó en sus brazos; y el Conde le recompensó como podria haberlo hecho un Príncipe. La Marquesa decia que era un santo; el General confesó que podia haber buenos médicos fuera de España. Rita, con toda su aspereza, se dignó consultarle sobre sus jaquecas, y Rafael declaró que el dia ménos pensado iba á romperse los cascos, para tener el gusto de que le curase el Gran Federico.

Una mañana, la Condesa estaba sentada, pálida y desmejorada á la cabecera de su hijo dormido. Su madre ocupaba una silla muy baja, y como antídoto contra el calor, tenia el abanico en contínuo movimiento. Rita se habia establecido delante de un gran bastidor, y estaba bordando un magnífico frontal de altar, obra que habia emprendido en compañía de la Condesa.

Entró Rafael.

—Buenos dias, Tia: buenos dias, primas. ¿Cómo vá el heredero de los Algares?

—Tan bien como puede desearse, respondió la Marquesa.

—Entónces, mi querida Gracia, continuó su pri-

mo, me parece que ya es tiempo de que salgas de tu encierro. Tu ausencia es un eclipse de sol visible, que trae consternada á la ciudad. Tus tertulianos lanzan suspiros tales, que van á dejar sin hojas los árboles de las Delicias. El Baron de Maude añade á su coleccion de preguntas, las que le arranca tu invisibilidad. Ese exceso de amor materno le escandaliza. Dice que en Francia se permite á las señoras hacer muy bonitos versos sobre este asunto; pero no tolerarían que una Madre jóven expusiese su salud, marchitando la frescura de su tez, privándose de reposo y de alimento, y olvidando su bienestar individual al lado del chiquillo.

—¡Disparate! exclamó la Marquesa. ¿Cómo podrá persuadírseme de que hay un pais en el mundo, en que una Madre se aleje ni un solo instante, de su hijo, cuando está malo?

—Pues el Mayor es peor todavía, continuó Rafael; al saber lo que estás haciendo, logró agrandar sus ojos habitualmente espantados, y dice que no creia tan bárbaros á los españoles, que no tuviesen en sus casas una *nursery* (1).

—¿Y qué es eso? preguntó la Marquesa.

—Segun él se explica, prosiguió Rafael, es la Siberia de los niños ingleses. Sir John apuesta á que

(1) *Nursery* es en las casas inglesas el departamento destinado á los niños y á las personas que los cuidan, que está retirado en otro piso.

has puesto tan ligera y delgada, que podrsá pasar por hija del Céfiro con mas razon que las yeguas andaluzas, que gozan de esa reputacion, y que en la carrera se quedarían muy atrás de su yegua inglesa *Atlante*, sin necesidad de derramar una cuartilla de cebada en el camino para distraerla. Prima, el único que se ha consolado de los males de la ausencia, ha sido Polo, dando á luz un tomo de poesías, y con este motivo casi nos hemos reñido.

—Cuéntanos eso, Rafael, dijo Rita. Hubiera querido presenciar vuestra disputa, y no me habría divertido poco.

—Ya saben vds., dijo Rafael, que todas nuestras modernas *ilustraciones* aspiran por todos los medios posibles al título de *notabilidades*.

—Sobrino, exclamó la Marquesa, déjate por Dios de esas palabras extranjeradas que me degüellan.

—Perdonad, Tia, siguió Rafael; pero son necesarias para mi historia, y participan de su esencia. Como estos señores, y, sobre todo, los que han bebido en manantiales franceses, han visto que en Francia la partícula *de* es signo de nobleza, han querido tambien adoptarla; y como en España no significa absolutamente nada, pueden lisonjear sus oidos con la sonoridad del monosílabo inocente, asi como una cáfila de apellidos, cada uno hijo de su padre y de su madre. Esto puede deslumbrar á los extranjeros, que ignoran que en España

el *de*, y la muchedumbre de apellidos, son prácticas arbitrarias, y pueden usarse *ad libitum*.

—Por cierto, dijo la Marquesa, es cosa rara que uno ha de ser de sangre noble, solo por tener dos letras delante del apellido. Las mujeres casadas añaden al suyo el de sus maridos, con su *de* corriente: y asi, tu Madre firmaba Rafaela Santa María de Arias. Hay muchos apellidos nobles que no lo tienen. En Sevilla, el Marqués de C.... es J. P. El Conde del A... F. E. El Marqués de M... A. S.—Mi hermano se llama Leon Santa María, y el Duque de Rivas pone en el frontispicio de sus obras Angel Saavedra.

—Volviendo á nuestro Polo, prosiguió Rafael, no satisfecho con tener un nombre tan adaptado al título de una coleccion de poesías, se le ocurrió la idea de poner tambien el de su Madre, ó el de su Abuela, segun lo más ó ménos armonioso de las sílabas, y tuvo la satisfaccion de estampar con letras góticas en el frontispicio de su obra: *Por A, Polo de Mármol;* y quedó tan contento al ver en papel vitela su nombre prosáico prolongado, ennoblecido, sonoro, distinguido y soberbio, á manera de un paladin antiguo que sale de la tumba con su armadura mohosa, que se creyó otro hombre distinto del que era ántes; se admiró y se respetó, como aquel oficial portugués, que viéndose en el espejo, armado de piés á cabeza, se echó á temblar, teniendo miedo de sí mismo. Su entusiasmo subió

á tal punto, que mandó grabar sus tarjetas con la recien descubierta fórmula, añadiendo un escudo de armas imaginarias, en que se vé un castillo....

—De naipes, dijo la Marquesa impaciente.

—Un leon, continuó Rafael, una águila, un leopardo, un zorro, un oso, un dragon: en fin, el arca de Noé de la heráldica; y encima una corona imperial. Por desgracia, el grabador, que no era un Estévez ni un Carmona, no pudo poner cuerdas en una lira, que formaba parte de las armas de Polo; pero es un pequeño contratiempo, de que nadie hace caso. Dábale yo la enhorabuena por su nuevo nombre, asegurándole que el nombre de Mármol venía de perlas despues del de A. Polo, porque un APolo de mármol valía mas que un APolo de yeso: tomándolo él á sátira, se puso tan furioso, que me amenazó con escribir una sátira contra los humos de los nobles. Le pregunté si la sátira á *los* nobles, se estenderia á *las idem*. Entónces se acordó de tí, mi querida prima; lanzó un suspiro, y se le cayó de las manos la formidable pluma; peinó, alisó y cubrió de pomada la cabellera serpentina de su Némesis, y yo me he escapado de una buena, gracias á los hermosos ojos de mi prima. Pero, añadió Rafael viendo entrar á Stein, aqui viene la mas preciada de las *piedras* preciosas (1); piedra melodiosa como Memnon. Don Federico, ya que sois

(1) Stein significa en aleman, piedra.

observador fisiologista, admirad cómo en todas las situaciones de la vida son inalterables en España, la igualdad de humor, la benevolencia y aun la alegría. Aquí no tenemos el *schwermuth* de los alemanes, el *spleen* de los ingleses, ni el *ennui* de nuestros vecinos. ¿Y sabeis por qué? Porque no exigimos demasiado de la vida; porque no suspiramos en pos de una felicidad alambicada.

—Es, opinó la Marquesa, porque solemos tener todos los gustos propios de nuestras respectivas edades.

—Es, dijo Rita, porque cada uno hace lo que le dá la gana.

—Es, observó la Condesa, porque nuestro hermoso cielo derrama el bienestar en nuestro ánimo.

—Yo creo, dijo Stein, que es por todo eso, y además, por el carácter nacional. El español pobre, que se contenta con un pedazo de pan, una naranja y un rayo de sol, está en armonía con el patricio que se contenta casi siempre con su destino, y se convierte en noble Procusto moral de sí mismo, nivelando sus aspiraciones y su bienestar con su situacion.

—Decís, Don Federico, observó la Marquesa, que en España cada cual está satisfecho con lo que le ha tocado en suerte. ¡Ah Doctor! ¡Cuánto siento decir que ya no somos en esa parte lo que éramos! Mi hermano dice que en la gerigonza del dia, hay un palabra inventada por el génio del mal y del orgullo, especie de palanca á que no resisten los

cimientos de la sociedad, y que ha ocasionado mas desventuras á la especie humana, que todo el despotismo del mundo.

—¿Y cuál es esa palabra, preguntó Rafael, para que yo le corte las orejas?

—Esa palabra, dijo la Marquesa suspirando, e la *noble ambicion.*

—Señora, dijo Rafael, es que á la ambicion le ha entrado la manía general de nobleza.

—Tia, exclamó Rita, si nos metemos en la política, y os poneis á repetir las sentencias de mi tio, os advierto que Don Federico va á caer en esa *quisicosa* alemana, Rafael en el *spleen* inglés, y Gracia y yo en el *ennui* francés.

—¡Qué desvergonzada eres! dijo su Tia.

—Para evitar tamana desgracia, opinó Rafael, hago la mocion de que compongamos entre todos una novela.

—¡Apoyada, apoyada! exclamó la Condesa.

—¡Tal desatino! dijo su Madre. ¿quereis escribir algun primor, como esos que suele mi hija leerme, en los folletines que escriben los franceses?

—¿Y por qué no? preguntó Rafael.

—Porque nadie la leerá, respondió la Marquesa, á ménos de no anunciarla como francesa.

—¿Qué nos importa? continuó Rafael. Escribirémos como cántan los pájaros, por el gusto de cantar, y no por el gusto de que nos oigan.

—Hacedme el favor, á lo ménos, prosiguió la Marquesa, de no sacar á la colada seducciones ni adulterios. Pues ¡es bueno hacer á las mujeres interesantes por sus culpas! Nada es menos interesante á los ojos de las personas sensatas que una muchacha ligera de cascos, que se deja seducir, ó una mujer liviana que falta á su marido. No vayais tampoco, segun el uso escandaloso de los novelistas de nuevo cuño, á profanar los textos sagrados de la Escritura. ¿Hay cosa mas escandalosa que ver en un papelito bruñido, y debajo de una estampita deshonesta las palabras mismas de Nuestro Señor, tales como: «mucho le será perdonado, porque amó mucho» ó aquellas otras: «el que se crea sin culpa, tírele la primer piedra?» ¿Y todo ello para justificar los vicios! ¡Eso es una profanacion! ¿No saben esos escritores boquirubios que aquellas santas palabras de misaricordia recaían sobre las ánsias del arrepentimiento y los merecimientos de la penitencia?

—¡Cáspita! dijo Rafael, ¡qué trozo de elocuencia! Tia está inspirada, iluminada; votaré por su candidatura á diputado á Córtes.

—Tampoco vayais, continuó la Marquesa, á introducir el espantoso suicidio, que no se ha conocido por acá, hasta ahora, que han logrado entibiar, sinó desterrar la Religion.—Nada de esas cosas nos pegan á nosotros.

—Tiene Vd. razon, dijo la Condesa; no hemos

de pintar á los españoles como extranjeros: nos retrataremos como somos.

—Pero con las restricciones que exije mi Señora Marquesa, dijo Stein, ¿qué desenlace *romancesco* puede tener una novela, que estribe, como generalmente sucede, en una pasion desgraciada?

—El tiempo, contestó la Marquesa; el tiempo, que da fin de todo, por mas que digan los novelistas, que sueñan en lugar de observar; además ¿no puede haber mas tema que una pasion desgraciada?

—Tia, dijo Rafael, lo que estais diciendo es tan prosáico como el gazpacho.

—¿Te matarás si me caso con Luis? le preguntó Rita.

—¡Yo verdugo, y de mi propia, interesante é inocente persona! ¡yo mi propio Herodes! ¡Dios me libre, bella ingrata! contesto Rafael. Viviré para ver y gozar de tu arrepentimiento, y para reemplazar á tu Luis Triunfos, si se le antoja ir á jugar al monte con su compadre Lucifer, en su reino.

—No hagais ostentacion en vuestra novela, prosiguió la Marquesa, de frases y palabras extranjeras de que no tenemos necesidad. Si no sabeis vuestra lengua, ahi está el Diccionario.

—Bien dicho, replicó Rafael: no daremos cuartel á las *esbeltas*, á las *notabilidades* ni á los *dandys*; perversos intrusos, parásitos venenosos, y peligrosos emisarios de la revolucion.

—Más verdad dices de la que piensas, repuso la Marquesa.

—Pero, Madre, dijo la Condesa; á fe rza de restricciones, nos pondréis en el caso de c aer una insulsez.

—Me fio de tu buen gusto, respondió la Marquesa, y en lo que es capáz de discurrir é inventar Rafael, para que asi no sea. Otra advertencia. Si nombrais á Dios, llamadle por su nombre, y no con los que están hoy de moda, *Ser Supremo*, *Suprema Inteligencia*, *Moderador del Universo*; y otros de este jaez.

—¡Cómo, señora Tia! esclamo Rafael, ¿negais á Dios sus poderes y sus prerogativas?

—No por cierto, respondió la Marquesa; pero en el nombre de Dios se encierra todo. Buscar otros mas altisonantes es lo mismo que platear el oro. Lo mismo me parece eso, que lo que aquí se hace de tejas abajo, quitando al poder el título de Rey para llamarlo Presidente, Primer cónsul ó Protector. Estoy cierta de que antes de haber consumado del todo su rebeldía, Lucifer nombraba á Dios el Ser Supremo.

—Pero, Tia, no podreis negar, observó Rafael, que es mas respetuoso y aun mas sumiso.

—Anda á paséo, Rafael, contestó con impaciencia la Marquesa. Siempre me contradices, no por conviccion, sino por hacerme rabiar. Dale á Dios el nombre que se dió Él mismo; que nadie ha de ponerle otro mejor.

—Teneis razon, Madre, dijo la Condesa. Dejémonos de flaquezas, de lágrimas y de crímenes, y

de términos retumbantes. Hagamos algo bueno, elegante y alegre.

—Pero, Gracia, dijo Rafael; es menester confesar que no hay nada tan insípido en una novela, como la virtud aislada. Por ejemplo, supongamos que me pongo á escribir la biografía de mi Tia. Diré que fué una jóven excelente; que se casó á gusto de sus Padres, con un hombre que le convenia; y que fué modelo de esposas y de madres, sin otra flaqueza que estar un poco templada á la antigua, y tener demasiada aficion al tresillo. Todo esto es muy bueno para un epitafio; pero es menester convenir que es muy sosito para una novela.

—¿Y de dónde has sacado, preguntó la Marquesa, que yo aspiro á ser modelo de heroina de novela? ¡Tal dislate!

—Entónces, dijo Stein, escribir una novela fantástica.

—De ningun modo, dijo Rafael: eso es bueno para vosotros los alemanes; no para nosotros. Una novela fantástica española sería una afectacion insoportable.

—Pues bien, continuó Stein: una novela heróica ó lúgubre.

—¡Dios nos libre y nos defienda! exclamo Rafael. Eso es bueno para Polo.

—Una novela sentimental.

—Solo de oirlo, prosiguió Rafael, me horripilo. No hay género que ménos convenga á la índole es-

pañola, que el lloron. El sentimentalismo es tan opuesto á nuestro carácter, como la jerga sentimental al habla de Castilla

—Pues entónces, dijo la Condesa, ¿qué es lo que vamos á hacer?

—Hay dos géneros, que á mi corto entender, nos convienen: la novela histórica, que dejarémos á los escritores sábios, y la novela de costumbres, que es justamente la que nos peta á los medias cucharas, como nosotros.

—Sea, pues; una novela de costumbres, repuso la Condesa.

—Es la novela por excelencia, continuó Rafael, útil y agradable. Cada nacion deberia escribirse las suyas. Escritas con exactitud y con verdadero espíritu de observacion, ayudarian mucho para el estudio de la humanidad, de la historia, de la moral práctica, para el conocimiento de las localidades y de las épocas. Si yo fuera la Reina, mandaria escribir una novela de costumbres en cada provincia, sin dejar nada por referir y analizar

—Sería por cierto una nueva especie de geografía, dijo Stein riéndose. ¿Y los escritores?

—No faltarian si se buscáran, respondió Rafael, como nunca faltan hombres para toda empresa, cuando hay bastante tacto para escojerlos. La prueba es que aquí estoy yo, y ahora mismo vais á oir una novela compuesta por mí, que participará de ambos géneros.

—Así saldrá ella, dijo la Marquesa. Don Federico, ya veréis algo parecido á Bertoldo.

—Puesto que mi Prima quiere algo bueno y sencillo; mi Tia algo moral, sin pasiones, flaquezas, crímenes ni textos de la Escritura, y mi prima Rita algo festivo, voy á tomar por asunto la vida honrada y moral de mi Tio el General Santa María.

—No faltaba mas, dijo la Marquesa, sinó que fueras á hacer burla de mi hermano. No me parece que da márgen á ello.—¡Vaya!

—No por cierto, replicó Rafael; respeto y aprecio á mi Tio mas que nadie en este mundo; y sé que sus virtudes militares, que á veces pasan de raya, le han merecido el dictado del Don Quijote del ejército; pero nada de esto impide que tambien tenga su historia; porque si Mad. Stæ ha dicho que la vida de una mujer es siempre una novela, creo que con igual derecho puede decirse que la vida de un hombre es siempre una historia. Escuchad, pues, incomparable Doctor, la historia de mi Tio, en compendio. Santiago Leon Santa Maria nació predestinado para la noble carrera de las armas, porque vió la luz del dia, ó por mejor decir, las sombras de la noche, en el momento mismo en que la retreta pasaba por delante de los balcones de la casa: de modo que hizo su entrada en el mundo á son de caja.

—Eso es cierto, dijo la Marquesa sonriéndose.

—Yo no miento jamás... cuando digo la verdad, continuó gravemente Rafael. Como señal de aquella

predestinacion, nació con una espada color de sangre en el pecho, dibujada por mano de la naturaleza, con la mayor propiedad; de modo que todas las comadres del barrio, acudieron á saludar al General *in partibus* de los ejércitos de S. M Católica.

—No hay tal cosa, dijo la Marquesa; tiene una señal en el pecho, es verdad: pero es en figura de rábano, un antojo que habia tenido nuestra Madre.

—Observad, Doctor, continuó Rafael, que mi Tia desprestigia y *despoetiza* la historia de su querido hermano. ¡Un rábano en el pecho de un valiente, en lugar de una órden militar! Vaya, Tia, ¿hay cosa mas ridícula?

—¿Qué tiene de ridículo, dijo la Marquesa, nacer con una señal en el pecho?

—Prosigue, Rafael, dijo Rita. Yo no sabia ninguna de esas particularidades. Prosigue sin tantos paréntesis.

—Nadie nos corre, querida Rita, dijo Rafael; ¿qué prisa tenemos? Una de las ventajas que llevamos á otras naciones, es no vivir á galope, como corredores intrusos.

Con qué apénas Leon Santa María cumplió los doce años, entró de cadete en un Regimiento, y se puso desde entónces, derecho como un huso, sério como un sermon, y grave como un entierro. Haciendo el ejercicio, y peleando como valiente muchacho en el Rosellon, fué pasando el tiempo, y llegó mi Tio á la edad, en que el corazon canta y suspira.

—Rafael, Rafael, dijo su Tia, cuenta con lo que se habla.

—No tengais cuidado, Tia: no hablaré mas que de amores platónicos.

—¡Amores qué?...... ¿Hay acaso varias clases de amores?

—El amor platónico, contestó Rafael, es el que se encierra en una mirada, en un suspiro ó en una carta.

—Es decir, repuso la Marquesa, la vanguardia; pero ya sabes que el cuerpo del ejército viene detrás; con que doblemos la hoja sobre ese capítulo.

—Señora Marquesa, repuso Rafael; no os apureis. Mi historia será tal, que despues de haberla oido, cualquiera podrá retratar á mi Tio con la espada en una mano y la palma en la otra.

Sus primeros amores fueron con una guapa moza de Osuna, donde estaba acuartelado su Regimiento. El dia ménos pensado llegó la órden de marchar. Mi Tio dijo que volvería, y ella se puso á cantar: *Mambrú se fué á la guerra*; y lo estaria todavía cantando, si un labrador fornido no la hubiera ofrecido su manaza y su buen caudal. Sin embargo, al principio estuvo inconsolable. Lloraba como las nubes de otoño, y no paraba de exclamar dia y noche; ¡Santa María, Santa María! tanto que una criada que dormia cerca, creyendo que su ama estaba rezando las letanias, no dejaba de responder devotamente: *ora pro nobis*.

Mi Tio, siguió Rafael, recibió órden de pasar a América: volvió para tomar parte en la guerra de la Independencia, y no tuvo tiempo para pensar en amoríos. De donde resultó que, no tratando con mas bellezas que las que podia hacer marchar á tambor batiente, adquirió tal acritud de temple, que se le quedó el nombre del General *Agraz*.

—¿Cómo te atreves?... exclamó la Tia.

—Tia, contestó Rafael, yo no me atrevo á nada: lo que hago es repetir lo que otros han dicho. *Pian pianino* llegaron los sesenta años, trayendo en pos la comitiva ordinaria de reumatismos y catarros, con todas las trazas de convertirse en crónicos. Mi Tia y todos los amigos le aconsejaban que se retirase, y se casase para vivir tranquilo. Fijad las mientes, Doctor, en el remedio: ¡casarse para vivir tranquilo! Ya vé Vd. que mi Tia se siente inclinada á la homeopatía.

—¿Ese sistema nuevo, preguntó la Marquesa, que receta estimulantes para refrescar? No lo creais, Doctor, ni vayais á dar esa clase de remedios al niño.

—Pues, como iba diciendo, continuó Rafael, habia aqui una soltera de edad madura, que no habia querido casarse á gusto de su Padre, ni su Padre la habia querido dejar casar á su gusto; éste tenia muchos humos, en vista de que su hija se llamaba Doña Pancracia Cabeza de Vaca. Ahora bien, esta noble parte del animal.....

La Marquesa le interrumpió.

—Ríete cuanto quieras, como te ries de todo, este es un privilegio que la naturaleza te ha dado, como al sol el de brillar. Pero sabed, Don Federico, que ese nombre, tan ridículo á los ojos de mi sobrino, es uno de los más ilustres y más antiguos de España. Debe su orígen á la batalla de las Navas de Tolosa.....

—La cual, añadió Rafael, se dió por los años de 1212, y la ganó el Rey Don Alfonso IX, llamado el Noble, Padre de la Reina de Francia Blanca, Madre de San Luis; y con aquella hazaña libertó á Castilla del yugo de los Sarracenos

—Así es, repuso la Marquesa; todo eso se lo he oido contar á mi cuñada. El Miramamolin, segun ella cuenta, se habia retirado á una altura donde se retrincheró con sus tesoros en una especie de recinto formado con cadenas de hierro. Un rio separaba esta altura del ejército Cristiano. El Rey, que no podia pasarlo, estaba desesperado. Entonces se le presentó un pastor viejo, con su hopalanda y su capucha, y le descubrió un sitio por donde podría vadear el rio sin dificultad: «Seguid la orilla, le dijo, aguas abajo, y donde veais la cabeza de una vaca, que han devorado los lobos, allí está el vado.» De resultas de este aviso, se ganó aquella memorable batalla. El Rey, agradecido, ennobleció al que le habia hecho un servicio tan señalado, y le dió á él y á sus descendientes, el nombre de Cabeza de Vaca.

Mi cuñada dice, que aun se conservan en la catedral de Toledo, la estátua del pastor patriota y las cadenas del campo del Miramamolin.

—Seiscientos años de nobleza, dijo Rafael, son un moco de pavo en comparacion de la nuestra; porque ha de saber Vd., Doctor, que el nombre de Santa María eclipsa á todas las Cabezas de Vaca, aun cuando arranque su árbol genealógico de los cuernos de la que Noé llevó á su arca.—Para que Vd. lo sepa, somos parientes de la Santa Vírgen, nada ménos; y en prueba de ello, una de mis abuelas, cuando rezaba el rosario con sus criadas, segun la buena costumbre española.....

—Costumbre que se va perdiendo, interrumpió suspirando la Marquesa.

—Decia, prosiguió Rafael: «Dios te salve, Maria, Prima y Señora mia,» y los criados respondian: «Santa Maria, Prima y Señora de Usía.»

—No digas esas cosas delante de extranjeros, Rafael, dijo la Condesa; porque, ó están bastante preocupados contra nosotros para creerlas, ó sin creerlas, tienen bastante mala fé para repetirlas. Lo que acabas de contar es una cosa que todo el mundo sabe; un chiste inventado para burlarse de las exageradas pretensiones de antigüedad, que nuestra familia tiene.

—A propósito de lo que dicen los extranjeros, ¿sabes, Prima, que lord Londonderry ha escrito su *Viaje á España,* en el que dice que no hay mas que

una muger bonita en Sevilla, y es la marquesa de A......, desfigurando, por supuesto, su nombre del modo mas extraño?

—Tiene razon, dijo la Condesa; Adela es lindísima.

—Es lindísima, respondió Rafael; pero decir que es la única, me parece un disparaton de tomo y lomo. El Mayor está furioso, y va á ponerle pleito como calumniador, con plenos poderes de la Giralda, que se tiene y se califica por la mejor moza de toda Sevilla.

—Eso es ser mas realista que el Rey, dijo Rita, con un gracioso gesto de desdén; y bien puedes asegurar al Mayor, en nombre de todas las sevillanas, que tanto nos dá que ese Lord nos encuentre féas como bonitas. Pero sigue con tu historia, Rafael; te quedaste en los preliminares del casamiento del Tio.

—Antes que Rafael tome la ampolleta, interrumpió la Marquesa, diré á Vd., Don Federico, que la nobleza de nuestra familia estaba ya reconocida en el año 737, porque uno de nuestros abuelos fué el que mató al oso que quitó la vida al Rey godo Don Favila, y por eso tenemos un oso en nuestro escudo de armas.

Rafael se echó á reir con tan estrepitosa carcajada, que cortó el hilo á la narracion de su Tia.

—Vaya, dijo, aquí tenemos la segunda parte de *Prima y Señora mia*. La Marquesa tiene una coleccion de datos genealógicos, tan verídicos unos co-

mo otros. Sabe de memoria la de los Duques de Alba, que vale un Perú.

—Si quisiérais tener la bondad, Señora Marquesa, de referírmela, dijo Stein, os lo agradecería infinito.

—Con mucho gusto, respondió la Marquesa; y espero que daréis más crédito á mis palabras que ese niño, tan preciado de saber más que los que nacieron antes que él. Sabeis que nada ennoblece tanto al hombre, como los rasgos de valor.

—Por esa cuenta, dijo Rita, José María podía ser noble, y algo más, Grande de España, de primera clase.

—¡Qué amigos de contradecir son mis sobrinos! exclamó la Marquesa con impaciencia. Pues bien: sí, señorita. José María podía ser noble si no fuera ladron.

—Ya que se trata de José María, dijo Rafael, voy á contar á Don Federico un rasgo de valor de aquel personaje. Lo sé de buena tinta.

—No queremos saber las hazañas de los héroes del trabuco, dijo la Marquesa. Rafael, tú hablas sin punto ni coma.

—Escuchad mi aventura de José María, continuó Rafael. Un ladron héroe, caballeroso, elegante, galan y distinguido, es fruta que no nace sinó en nuestro suelo. Vosotros los extranjeros podréis tener muchos Duques de Alba, pero seguramente no tendreis un José María.

—¿Qué dices tú? dijo la Marquesa, ¿qué los extranjeros podrán tener muchos Duques de Alba? ¡pues ya! ¡fácil éra! Escuchad, Don Federico: cuando el santo Rey Don Fernando estaba delante de los muros de Sevilla, viendo que el sitio se prolongaba, propuso al Rey moro......

—Que se llamaba Axafat por mas señas, interrumpió Rafael.

—Poco importa el nombre, continuó la Marquesa: propúsole, pues, como iba diciendo, que se decidiese la suerte de la ciudad sitiada, en combate singular, cuerpo á cuerpo, entre los dos Monarcas. El moro tuvo vergüenza de rehusar el reto. El Rey Fernando ocultó á todo el mundo su designio, y cuando llegó la hora convenida, salió solo y de noche de sus reales, encaminándose al puesto señalado. Un soldado de su guardia que le vió salir, tuvo algunas sospechas de su intento, y temeroso de que el Rey cayese en alguna asechanza, se armó y le siguió de léjos. Llegado que hubo el Monarca al sitio que todavía se llama la *Fuente del Rey*, y que era entónces un lugar muy agreste, se detuvo aguardando á que se presentase el moro. Pero por mas que aguardaba, el otro en lo ménos que pensaba era en acudir á la cita. Asi pasó la noche, y al clarear el alba, convencido de que su contrario no vendría, iba á retirarse, cuando oyó ruido en la enramada, y mandó que saliese al frente, quien quiera que fuese

Era el soldado y obedeció.

—¿Qué haces ahí? preguntó el Rey.

—Señor, respondió el soldado, he visto á V. M. salir solo del campo, é inferí su intento; he temido algun lazo, y he venido á defender su Persona.

—¿Solo? preguntó el Rey.

—Señor, continuó el soldado, ¿V. M. y yo, acaso no bastamos para doscientos moros?

—Saliste de mis reáles soldado, dijo el Rey, y entras en ellos Duque de Alba.

—Ya veis, Don Federico, dijo Rafael, que esa leyenda popular arregla desafios á media noche, y crea duques, á pedir de boca.

—Calla por Dios, Rafael, dijo la Condesa, y déjanos esta creencia, pues me gusta esa etimología.

—Si, respondió Rafael; pero el Duque de Alba no le agradecerá á tu Madre la *ilustracion* que quiere darle. Ahora veréis lo que hay en el asunto.

Diciendo estas palabras, y echando á correr Rafael, volvió muy pronto con un libro en fólio y en pergamino, que sacó de la librería del Conde.

—He aqui, dijo, la creacion, privilegios y antigüedad de los títulos de Castilla, por Don José Berni y Catalá, Abogado de los Reales Consejos. Página 140. «Conde de Alba, hoy dia Duque. El primero fué Don Fernando Alvarez de Toledo, creado Conde de Alba por Juan II, 1439. Don Enrique IV lo

hizo Duque en 1469. Esta ilustre y excelsa familia es de sangre Real, y ha tenido los primeros empléos de España en guerra y en política. El Duque mandó todo el ejército en la conquista de Flandes y en la de Portugal, donde hizo maravillas. Esta ilustrísima familia tiene tanto lustre y tantos méritos, que para enumerarlos seria necesario escribir volúmenes.»—Ya veis, Tia, que la historia que nos habeis contado, aunque muy propagada, es apócrifa.

—No sé lo que quiere decir, continuó la Marquesa, esa palabra griega ó francesa; pero volviendo á los Santas Marías, este nombre les fué dado con motivo de... .

—Tia, Tia, esclamó Rita, hacednos el favor de dispensarnos de oir nuestra historia genealógica. ¿No tenemos bastante con la de los Cabezas de Vaca, y los Albas? Cuando penseis contraer segundas nupcias, entónces podréis lucir estas galas genealógicas á los ojos del favorecido.

—El apellido de los Duques de Alba, dijo Stein, es Alvarez, y asi se llama mi patron, que es un buen hombre, lleno de honradez, y tendero retirado. Me causa mucha estrañezá ver que en este pais los nombres mas ilustres son comunes á las clases mas elevadas y á las mas ínfimas ¿Será cierto lo que se dice en mi pais, que todos los españoles se creen de noble sangre?

—Esa es una confusion de idéas, contestó Rafael, como todas las que generalmente tienen los

extranjeros sobre las cosas de España, y así no hay ninguno que no crea á puño cerrado que cada gañan arando, lleva colgada á su lado la espada distintiva de caballero. Hay muchos apellidos generales y como *mancomunes* en España, no hay duda; pero esto nace en gran parte de que, en tiempos pasados, los Señores que tenian esclavos, les daban sus apellidos al emanciparlos. Estos nombres, usados por los moros ya libres, debieron multiplicarse, en particular los de los magnates, á medida que mas esclavos tenian. Algunas de esas nuevas familias se ilustraron y fueron ennoblecidas, porque muchas descendian de moros nobles. Pero los Grandes de España, que tienen aquellos mismos nombres, llevan tan á mal ser confundidos con estas familias, como con las de los artesanos que se hallan en el mismo caso. Tambien hay que observar, que muchos han tomado los nombres de las localidades de donde provienen, y así tenemos centenares de Medinas, Castillas, Navarros, Toledos, Búrgos, Aragónes etc. En cuanto á esas aspiraciones á sangre noble que están tan propagadas entre los españoles, es observacion que no carece de fundamento, porque es cierto que este pueblo tiene orgullo, y propensiones delicadas y distinguidas; pero no deben confundirse estos rasgos del carácter nacional, con las ridículas afectaciones nobiliarias que hemos visto en tiempos modernos. El pueblo español no aspira á engala-

narse con colgajos; ni á salir de la esfera en que le ha colocado la Providencia; pero dá tanta importancia á la pureza de su sangre, como á su honra; sobre todo en las provincias del Norte, cuyos habitantes se jactan de no tener mezcla de sangre morisca. Esta pureza se pierde por un nacimiento ilegítimo; por la menor y mas dudosa alianza con sangre mulata ó judía, asi como por los oficios de verdugo y pregonero, ó por castigos infamantes.

—¡Válgame Dios, dijo Rita, que fastidiosos están Vds. con su nobleza! ¿Quieres, Rafael, hacernos el favor de continuar la historia del Tio?

—¡Dále! exclamó la Marquesa.

—Tia, respondió Rafael, no hay cuento desgraciado, como el que lo cuente sea porfiado. Con que, Don Federico; Santa María y Cabeza de Vaca, se unieron como dos palomos. Muchas veces he oido decir que mi Tia, que está aquí presente, lloró de placer y de ternura al ver tan bien concertada union. Mi Tio tranquilizó los recelos que hubiese podido inspirarle el nombre de su cara mitad, solo con verla.

—¡Rafael, Rafael! exclamó la Marquesa.

—Pero quien quedó asombrado, prosiguió Rafael, fué todo el mundo, y mas que nadie, mi Tio, cuando al cabo de nueve meses, la Cabeza de Vaca, dió á luz un pequeño Santa María, tamaño como un abanico, y que parecia engendrado por una X y una Z. La Cabeza de Vaca se puso mas oronda que la de Júpiter cuando produjo á Minerva. Hubo, con este mo-

tivo, un gran debate matrimonial. La señora queria que el dulce fruto de su amor, se llamase Pancracio, nombre que, desde la batalla de las Navas de Tolosa, habia sido el de los primogénitos de la familia. Mi Tio se empestilló en que el futuro representante de los venerables Santa Marías no llevase otro nombre que el de su Padre, nombre sonoro y militar. Mi Tia los puso de acuerdo, proponiendo que se bautizase la criatura, con los nombres de Leon Pancracio; de lo que ha resultado que su Padre lo ha llamado siempre Leon, y su Madre siempre Pancracio.

De repente interrumpió esta narracion el General, entrando en la sala, pálido como un muerto, con los lábios apretados, y lanzando rayos por los ojos.

—¡Santo Dios! dijo Rafael á Rita en voz baja, quisiera estar ahora siete estados debajo de tierra, con las estátuas romanas que sirvieron á los moros para hacer los cimientos de la Giralda.

—Estoy furioso, dijo el General.

—¿Qué teneis, Tio? le preguntó la Condesa, colorada como un tomate.

Rita bajaba la cabeza sobre su bordado, mordiéndose los lábios para sofocar la risa.

La Marquesa tenia la cara mas larga que la de Don Quijote.

—Esto es peor que burlarse de la gente, continuó el General con voz temblona: ¡es un insulto!

—Tio, dijo la Condesa suavizando la voz lo mas posible; cuando no hay mala intencion, cuando no

hay mas que ligereza, atolondramiento, gana de reir. ...

—¡Gana de reir! interrumpió el General: ¡reirse de mí! ¡reirse de mi mujer! Por vida mia, que se le ha de pasar la gana. Ahora mismo voy á presentar mi queja á la policía.

—¡A la policía! ¿estás en tu juicio, hermano? exclamó la Marquesa.

—Si salgo con bien de esta, dijo Rafael á Rita, hago voto á San Juan el Silenciario, de imitarle durante un año y un dia.

—Mi querido Leon, prosiguió la Marquesa: por Dios te ruego que no dés tanta importancia á una niñería. Cálmate. Yo sé que te ama y te respeta. ¿Quiéres dar un escándalo? Las quejas de familia no deben salir al público. Vamos, Leon, hermano, quédese eso entre nosotros.

—¿Qué estás hablando de quejas de familia? replicó el General volviéndose hácia su hermana. ¿Qué tiene que ver la familia con las insolencias inauditas de ese desaforado inglés, que viene á insultar á la gente del pais?

Al oir estas palabras, la hermana y los sobrinos del General respiraron con holgura, como si se les hubiera quitado una piedra de sobre el corazon. Su temor de que nuestro cronista hubiese sido oido por el inflexible veterano, carecia de fundamento, y Rafael preguntó con los tonos mas sonoros de su voz:

—¿Pues qué ha hecho ese gran anfibio?

—¿Lo que ha hecho? contestó el General. voy á decírtelo. Sabeis que, por desgracia mia, ese hombre vive enfrente de mi casa. Pues bien, á la una de la noche, cuando todo el mundo está en lo mejor de su sueño, el *mister* abre la ventana y se pone..... ¡á tocar la trompa!

—Ya sé que es furiosamente aficionado á ese instrumento, dijo Rafael.

—Ademas de eso, continuó el General, lo hace malísimamente, y el soplo de su vasto pecho saca del instrumento sonidos capaces de despertar á los muertos de veinte leguas á la redonda; de modo que se ponen á ahullar todos los perros de la vecindad. Con esto tendréis una idéa de las noches que nos hace pasar.

Todos los esfuerzos que habian hecho hasta allí los oyentes para contener la risa, fueron infructuosos. La carcajada fué tan simultánea y tan estrepitosa, que el General calló de repente, y les echó una mirada indignada.

—¡No faltaba mas, sobrinos! no faltaba mas sino que os parezca asunto de risa tan descarada insolencia, tal desprecio de las gentes. ¡Reíos, reíos! ya verémos si se reirá tambien tu recomendado.

Dijo, y se salió de la pieza tan denodadamente como en ella habia entrado, con direccion á la policía.

Rita se desternillaba de risa.

—¡Válgame Dios, Rita! dijo la Marquesa, que no

estaba para fiestas: mas propio sería que te indignases de tamaña falta de seso, que no reirse de ella.

—Tia, contestó la jóven; bien sé lo que el caso merece: pero aunque estuviese en el atahud, me habia de reir. Os prometo, que para vengar á mi Tio, cuando el Mayor moscon venga á chapurrearme piropos, no me contentaré con volverle la espalda, sino que he de decirle: guardad vuestro resuello para tocar la trompa.

—Mejor harías, dijo Rafael en imitar á las señoritas extranjeras, que se ponen coloradas para dar los buenos dias, y pálidas para dar las buenas noches.

—Eso seria mejor, contestó Rita; pero yo prefiero hacer lo peor.

—A todo esto, dijo Stein con su perseverancia alemana, me habíais prometido, señor de Arias, contarme un rasgo de valor de José María.

—Será para otro dia, respondió Rafael. Hé aqui á mi General en Gefe, añadió sacando el reloj: son las tres ménos cuarto, y á las tres estoy convidado á comer en casa del Capitan General. Doctor, si yo fuera vos, iria á suministrar los socorros del arte á mi tia Cabeza de Vaca en el estado crítico en que la ha puesto la trompa del Mayor.

CAPÍTULO V.

Completamente restablecido ya el niño de la Condesa, habia llegado la noche que esta señora habia fijado para recibir á María. Algunos tertulianos estaban ya reunidos, cuando Rafael Arias entró precipitadamente

—Prima, dijo, vengo á pedirte un favor: si me lo niegas, voy en derechura á echarme de cabeza.... en mi cama, bajo pretexto de una jaqueca mónstruo.

—¡Jesus! replicó la Condesa. ¿De qué modo puedo yo evitar tamaña desgracia?

—Vas á saberlo, continuó Rafael. Ayer he tenido carta de uno de mis amigos de embajada; el Vizconde de Saint Léger.

—Quítale el *Saint* y el *Vizconde*, y deja Léger pelado, repuso el General.

—Bien, dijo Rafael; mi amigo, que segun el Tio, no es ni Vizconde ni Santo, me recomienda á un Príncipe italiano.

—¡Un Príncipe! ¡pues ya! dijo con sorna el Genera ¿Por qué no han de llamarse las cosas por sus nombres? Lo que será es un carbonario, un propagandista, una verdadera plaga. ¿Y de dónde es eso Príncipe?

—No lo sé, repuso Rafael; lo que sé es que la carta dice lo siguiente: «Os agradeceré que hagais conocer á mi recomendado las mujeres mas bellas y amables, las reuniones mas escogidas, y las antigüedades mas notables de la hermosa Sevilla, ese jardin de las Hespérides.»

—El jardin del Alcázar querrá decir, observó la Marquesa.

—Es probable, prosiguió Rafael. Cuando me ví encargado de esta taréa, sin saber á qué santo encomendarme, se me ocurrió la luminosa idea de acudir á mi prima, y pedirle licencia para traer al Príncipe á su tertulia; porque de este modo podrá conocer las mujeres mas bellas y amables, la sociedad mas escogida, y (añadió en voz baja, y señalando con e dedo la mesa del tresillo) las antigüedades mas notables de Sevilla.

—Mira que mi Madre está ahí, (murmuró la Condesa echándose á reir á pesar suyo): eres un insolente. Y añadió en voz alta, «tendré mucho gusto en recibirle.»

—¡Bien, muy bien! exclamó el General, barajando violentamente los naipes. ¡Mimarlos, abrirles las puertas de par en par, ponerles andadores! se divertian á vuestra costa, y despues se burlarán de vosotros.

—Creed, Tio, contestó Rafael, que tomamos la revancha. Es cierto que se prestan á ello admirablemente. Algunos vienen con el único designio de buscar aventuras, muy persuadidos de que España es la tierra clásica de estos lances. El año pasado tuve uno á cuestas, con esta monomanía. Era un irlandés, pariente de lord W.

—Si, ¡como yo del gran Turco! dijo el General aplicando su muletilla.

—El espíritu del héroe de la Mancha, continuó Rafael, se habia apoderado de mi irlandés, á quien llamaré *Verde Erin* (1) por habérseme olvidado su verdadero nombre. Una tarde nos paseábamos en la plaza del Duque. El cielo se oscureció, y estalló de repente una tormenta: yo traté de buscar abrigo; pero él siguió paseando, porque tenia gana de experimentar una tormenta española. A las justas observaciones que le hice, de que iba á calarse hasta los huesos, contestó que todo lo que tenia encima era *water-proof* (2), el sombrero, el gaban, los pantalones, los guantes, las botas, todo.—Le abandoné á su suerte.

(1) Nombre poético de Irlanda.
(2) A *prueba de agua.*

—¿Es eso creible, Rafael? dijo la Condesa.

—Es mas; es probable, dijo el General; ningun inglés se vá nunca á la cama sin haber hecho en el dia una extravagancia.

—Sigue, Rafael, sigue, hijo, suplicó la Marquesa, porque ya prevéo que ese temerario va á saber por esperiencia propia, que no se debe tentar á Dios.

—Pues mi Erin, siguió Rafael, estaba recibiendo el agua como el arca de Noé, cuando cayó un rayo en el árbol bajo el cual se habia sentado.

—Vaya, vaya, gritaron todos, eso es cuento; ¡cosas de Rafael!

—Como soy, que es la verdad, exclamó éste acalorado: informaos, si quereis, de mas de cien personas que presenciaron el lance. Aseguro qué una acacia entera y verdadera se desplomó sobre mi pobre Erin. Por fortuna estaba colocado de tal manera, que evitó el choque del tronco, pero quedó preso entre las ramas, como un pájaro en la jaula. En vano gritaba, en vano prodigaba el juramento nacional y las ofertas de billetes de banco á los que viniesen á socorrerle. Tuvo que aguantarse en su prision vejetal, casi todo el chubasco. Al fin pasó la tormenta, y volvió á salir la gente á la calle. Acudieron en su ayuda; pero la cosa no era tan fácil: hubo que traer sierras y hachas, y cortar las ramas mas gruesas. A medida que caian las paredes de su calabozo, se iba descubriendo parte por

parte, la triste figura del hijo de Irlanda. Todos los *Water-proof* habian *fato fiasco*. Sus brazos y sus cabellos, y las alas del sombrero, pendian tristes y perpendiculares, hácia la tierra. Parecia un navío empavesado en calma chicha. Imagináos los chistes, las bromas que descargaria sobre el pobre Erin nuestra gente sevillana, tan chusca de suyo y tan burlona. El buen hombre tuvo que pasar no solo por el susto y el aguacero, sino por una risa homérica, de la que en su tierra no habia tenido ni aun idéa. Confieso con vergüenza que habiendo vuelto con intencion de reunirme á él, no tuve valor, y eché á correr.

—¿Y no tuvo mas consecuencias ese lance? preguntó la Marquesa. ¿No le indujo á meditar?

—Ninguna consecuencia tuvo este accidente, ni en el órden físico ni en el moral Los ingleses tienen siete vidas como los gatos. Lo único que resultó fué destruir su fé en los *Water proof*.—Pero no fué esa la mas trágica de las aventuras de mi héroe. Le habia traido á España una aficion decidida á ladrones: quería verlos á toda costa. El gusto de ser robado era su idéa, su capricho, el objeto de su viage; habria dado diez mil sacos de patatas por ver de cerca á José María en su hermoso traje andalúz, y con su botonadura de doblones de á cuatro. Traia *exprofeso* para él un puñal con mango de oro, y un par de pistolas de Manton.

—¡Armar á nuestros enemigos! exclamó el Ge-

neral. Ese es su prurito. ¡Siempre los mismos!

—Queriendo irse á Madrid, continuó Rafael, y sabiendo que la Diligencia tenia el mal gusto de llevar escolta, se decidió á irse en el carro del correo. Todos mis argumentos para disuadirle fueaon inútiles. Partió en efecto, y mas allá de Córdoba, sus ardientes deseos se realizaron. Encontró ladrones, pero no ladrones de buen tono, no ladrones *fashionables* como José María, que parecia una ascua de oro, montado en su brioso alazan. Eran ladrones de poco mas ó menos; pedestres, comunes y vulgares. Ya sabeis lo que es *ser vulgar* en Inglaterra. No hay apestado, no hay leproso que inspire á un inglés tanto horror como lo que es vulgar. ¡Vulgar! A esta palabra, Albion se cubre de su mas espesa neblina; los *dandys* caen en el *spleen* mas negro; las *Ladys* se llenan de *diablos azules* (1) las *Miss* sienten bascas, y las modistas se tocan de los nérvios. No es estraño, pues, que Erin se creyese degradado, dejándose robar por ladrones vulgares; y asi es que se defendió como un leon. No defendia, sin embargo, su tesoro, pues me lo habia confiado hasta su vuelta, y lo que de él tenia en mas estima, consistia en una rama del sauce que cubria el sepulcro de Napoleon, un zapato de raso de una bolera, tamaño como una nuez, y una coleccion de caricaturas de lord W.... su tio

(1) *To have the blue devils*, tener los diablos azules; espresion familiar inglesa que corresponde á *estar de mal humor*.

—Eso pinta al hombre, dijo el General.

—Pero yo no hago mas que charlar, dijo Rafael. Adios, prima. Me voy y me quedo.

—¿Y qué? ¿Te vas, dejando al pobre Erin en manos de los ladrones? Es preciso que acabes tu relacion, dijo la Condesa.

—Pues bien, continuó Rafael, os diré en dos palabras, que los ladrones exasperados, le maltrataron y dejaron sin conocimiento, atado á un árbol, donde le halló una pobre vieja, quien hizo le llevasen á su choza, y allí le cuidó como una madre, durante una enfermedad que le resultó del lance. Yo estuve algun tiempo sin tener noticias suyas; y como se dice vulgarmente que la esperanza era verde y se la comió un borrico, ya iba creyendo que la misma desgracia habia acontecido á mi verde Erin, cuando me escribió contándome lo ocurrido. Me encargaba que diese diez mil reales á la muger que le habia salvado y cuidado, sin tener la menor idéa de quien podria ser, porque su traje, cuando lo descubrieron, era el mismo con que su madre lo parió. La recompensa era, como veis, decente; porque es menester ser justos: nadie puede negar que los ingleses son generosos (1). Pero aquí viene Polo con una elegía en los ojos. El Príncipe me aguarda. Me voy corriendo, aunque me caiga.

(1) Esto, como todos los anteriores pormenores, son históricos.

Con esto desapareció.

—¡Jesus! dijo la Marquesa. Rafael me maréa; parece hecho de rabos de lagartijas. Se mueve tanto, gesticula tanto, charla tan sin cesar, y tan de prisa, que me quedo en ayunas de la mitad de las cosas que dice.

—Poco pierdes, dijo el General.

—Pues yo, añadió la Condesa, querria á Rafael, por lo mucho que me divierte, si no le quisiera ya tanto por lo mucho que vale.

—Aqui tienes, querida Gracia, dijo Eloisa entrando y abrazando á la Condesa, el *Viaje de Dumas por el Sur de Francia*

La Condesa tomó los libros.—Polo y Eloisa hicieron una disertacion sobre las obras del escritor: disertacion de cuya lectura dispensamos al lector, que nos dará gracias pòr ello.

—¡Pobre Dumas! dijo la Condesa al Coronel.

—¡Pobre! exclamó el Coronel. ¿Pobre llamais al que es rico y personaje, al que todos festejan, obsequian y aplauden? ¿O será porque algunas veces lo critican?

—¿Porqué le critican? respondió la Condesa: no por cierto: yo me tomo algunas veces la libertad de hacerlo. Todo el que se presenta al público, le da ese derecho. No digo *pobre* al oirle criticar; lo digo al oir algunos elogios que de él hacen.

—¿Y por qué, Condesa? el elogio siempre es lisonjero.

—No podré explicarme bien, dijo la Condesa, sinó por medio de una comparacion, porque no soy elocuente como Eloisa. Hace algun tiempo que vino á vernos una de nuestras parientas de Jerez, muger muy devota, cuyo marido es muy aficionado á las artes. Lo primero que traté de enseñarles fué, por supuesto, nuestra hermosa catedral. En el camino se nos pegó, sin que pudiésemos deshacernos de él, otro jerezano, hombre muy ordinario, pero riquísimo, y tuvimos que conformarnos con que fuese de nuestra comitiva. Al entrar en aquel sin igual edificio, mi prima alzó la cabeza, cruzó las manos, atravesó con paso acelerado la nave, y se arrodilló bañada en lágrimas á los pies del altar mayor. Su marido quedó como arrebatado, sin poder dar un paso adelante. Pero el ricacho exclamó: ¡buena posesion! ¡y qué buena bodega haria!—¿Habeis comprendido mi idéa?

—Sin duda, respondió el coronel riéndose, que un nécio elogio es peor que una crítica; ya lo dice la Fábula de Iriarte:

Si el sabio no aprueba, malo!
Si el necio aplaude.... peor!

Pero el cuentecillo tiene su buena dósis de sal y pimienta.

—Lo sentiria mucho, dijo la Condesa. Es un recuerdo que he tenido al oir hacer la apología de las obras de Dumas, hecha por estos sus admiradores.

—Condesa, dijo el Coronel: si alguna vez viene

Dumas á España, me obligo á traerle á vuestros pies, para que os dé gracias por el modo que teneis de juzgar sus obras.

—No hagais tal.

—Pues que, ¿no tendríais gusto en conocerle?

—En general no deja de tener inconvenientes el conocer á escritores de gran mérito

—¿Y porqué? Condesa.

—Porque, lo comun es que este conocimiento personal desprestigia al autor. Un amigo mio, persona de mucho talento, decia que los grandes hombres son al revés de las estátuas, porque estas parecen mayores, y aquellos mas pequeños, á medida que uno se les acerca.

En cuanto á mi, si alguna vez me meto a autora, (lo cual podrá suceder, por aquello de que de poeta y loco, todos tenemos un poco) á lo ménos tendré la ventaja de que me oirán sin verme, gracias á mi pequeñez, á la escasa brillantez de mi pluma y á la distancia.

—¿Creeis, pues, que el autor ha de ser uno de los héroes de sus ficciones?

—No; pero temeria verle desmentir las idéas y los sentimientos que expresa, y entonces se disiparía el encanto, porque al leer lo que me habria arrebatado, no podría apartar de mí la idéa de que el hombre lo habia escrito con la cabeza, y no con el corazon.

—¡Cómo escriben esos franceses! decia entretanto Eloisa resumiendo el mencionado certámen literario.

—¿Qué es lo que no hacen bien esos hijos de la libertad? repuso Polo.

—Pero señorita, dijo el General, ¿porqué no leeis libros españoles?

—Porque todo lo español lleva el sello de una estupidez chabacana, respondió Eloisa. Estamos en todos ramos y conceptos, en un atraso deplorable.

—¿Qué quereis que escriba un escritor culto en este detestable pais, añadió Polo algo picado, si no estamos á la altura de nada, y solo podemos imitar? ¿Cómo hemos de pintar nuestro pais y nuestras costumbres, si nada de elegante, de característico ni de bueno hallamos en él?

—A no ser, dijo Eloisa, con remilgada sonrisa, que celebreis con los alemanes al azahar y las naranjas; con los franceses, el bolero, y con los ingleses, el vino de Jerez.

—¡Ah! Eloisita, exclamó entusiasmado Polo, ese chiste es tan *espiritual*, que sinó es francés, merece serlo.

En lo que decia, plagiaba Polo, segun su costumbre, un conocido dicho francés.

Afortunadamente acababan de dar un codillo al General, lo que hizo que no oyese este precioso diálogo.

En este momento entró Rafael con el Príncipe: le presentó á la Condesa, la cual le recibió con su acostumbrada amabilidad, pero sin levantarse, segun el uso español. El Príncipe era alto, delgado;

representaba cuarenta y cinco años, y, aunque Príncipe, no tenia distinguida persona ni maneras. Con esto se hallaba ya reunida toda la tertulia, y todos aguardaban con impaciencia á la cantatriz anunciada, no sin grandes dudas acerca de su mérito.

El Mayor Fly, se contoneaba en su silla, cerca de las jóvenes, distribuyéndolas miradas tan homicidas como los botonazos de su florete. Sir John tenia fijo su lente en Rita, la cual no lo notaba. El Baron, sentado cerca de un Oidor viejo, le preguntaba si los moros blanqueaban sus casas con cal.

—Carezco de datos para responderos, contestó el Magistrado. Es punto que no ha merecido llamar la atencion de Zúñiga, Ponz, Don Antonio Morales, ni Rodrigo Caro.

—¡Qué ignorante! pensaba el Baron.

—¡Qué pregunta tan tonta! pensaba el Oidor.

—Teneis una prima lindísima, dijo el Príncipe á Rafael.

—Sí, respondió éste, es una Ondina de agua de rosa, á quien si el amor no dió un alma, en cambio se la dió un Angel (1).

—¿Y ese General que está jugando, y que tiene un aspecto tan distinguido?

—Es el Néstor retirado del ejército. No teneis en Pompeya una antigüedad mejor conservada.

—¿Y la señora con quien juega?

(1) Alusion á la novelita fantástica del autor aleman *La Motte Fouquét*, nombrada *Ondine*. Está traducida al francés.

—Su hermana, la Marquesa de Guadalcanal, que es una especie de Escorial; esto es, un sólido compuesto de sentimientos monárquicos y monacales, con un corazon, panteon de Reyes sin trono.

En esto se oyó un gran ruido. Era el Mayor, que al levantarse para ir á reunirse con Rafael, habia echado á rodar una maceta.

—El Mayor, dijo Rafael, anuncia su llegada. Sin duda viene á suspirar como un órgano, por el poco caso que de él hacen las damas.

—Serán delicadas de gusto, opinó el Príncipe, pues el Mayor tiene una hermosa figura.

—No digo que no, repuso Rafael; es un bellísimo Sanson; pero, en primer lugar, tiene su Dálila, que va á ser muy en breve legítima (gracias á los millones que ha ganado su Padre en la India con el té y con el ópio). Ella le aguarda entre las nieblas de su isla, mientras que él se recrea bajo el hermoso cielo andaluz. Además, Príncipe, los extranjeros que vienen á España, tienen la preocupacion de contar entre los goces que se proponen disfrutar, esto es, el buen clima, los toros, las naranjas y el bolero, *las conquistas amorosas;* y muchas veces se llevan chasco. ¡Cuántas quejas he oido yo de los que entraron como Césares, y salieron como Daríos!

Entretanto el Baron se habia acercado á las mesas, y veia jugar.

—La señora, dijo, hablando con la Marquesa, es la Madre.. ..

—De mi hija, sí Señor, respondió la Marquesa.

Rita lanzó una de sus carcajadas repentinas.

—Baron, dijo la Condesa, cuyo sofá estaba cerca de la mesa del juego; ¿sois aficionado á la música?

—Si señora, respondió el Baron. La admiro y la venero; es decir, la música profunda, sábia, séria: la música filosófica, como la han entendido Hayden, Mozart y Beethowen.

—¿Qué está diciendo? preguntó el General á Rafael, que se habia acercado para saludar á Rita. ¡Música séria y sábia! ¡La filosofía del taralá! ¿Cómo pueden decirse tamaños desatinos delante de gentes sensatas? Yo creia que los franceses no gustaban mas que de romances y de contradanzas.

—¿Qué quereis, Tio? respondió Arias. Los silfos de los jardines de Lutecia se han convertido en gnomos teutónicos de la Selva Negra.

—No por eso son mas amables, añadió la Marquesa.

Rafael, huyendo del Mayor, se intercaló en los grupos que formaban los tertulianos. Llegó al de las jóvenes, algunas de las cuales eran sus parientas. Entre ellas tenia gran partido; pero viendo que no les hacia caso por atender á sus recomendados, se habian conjurado contra él, y querian vengarse. Apénas se les acercó, cuando todas quedaron de repente graves y silenciosas.

—¿Si me habré convertido yo, sin saberlo, en cabeza de Medusa? dijo Arias.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo una de las conspiradoras.

—Me parece que sí, Clarita, respondió Rafael.

—Es que hace tanto tiempo que no te véo, que ya te desconocía. Me parece que estás avejentado. ¿Cómo has podido separarte de tus extranjeros?

—¡Mios! repuso Arias, renuncio la propiedad. Y en cuanto á haber envejecido, cuando yo nací, Clarita, era ya el siglo mayor de edad: por consiguiente, ajusta la cuenta.

—Serán los afanes y fatigas que te dan tus recomendados los que te han avejentado.

—Hay quien dice, añadió otra jóven, que los extranjeros están haciendo una suscricion para levantarte una estátua.

—Y que la Reina te va á crear Marqués de Itálica (1) dijo otra.

—Y que están gastadas las losas del Alcázar con tus botas.

—Y que el San Félix de Murillo te conoce de vista, y te dá la bendicion cuando te vé llegar con un nuevo admirador.

—Señoritas, exclamó Rafael, ¿es esta una declaracion de guerra, una conspiracion? ¿En qué quedamos?

Entónces siguieron todas interpelándole como un fuego graneado.

—¡Jesus, Arias, oleis á carbon de piedra!—Ra-

(1) Santi-Ponce, la Itálica romana, donde se ven muchas antigüedades, que visitan los extranjeros que van á Sevilla.

fael, mira que cuando hablas, tienes dejo.—Arias, se os ha pegado el *desgavilo*.—Arias, te vas volviendo rubio.

—Arias, dijo Polo, pareceis un oso en medio de un enjambre de abejas.

—La comparacion, respondió Rafael, no es muy poética, para ser de un discípulo de las nueve solteronas. Apolo recusará ser tocayo vuestro. Pero quedáos como la rosa entre estas abejas, prodigándoles les raudales de vuestra miel hibléa, mientras yo voy por un paraguas que me preserve del aguacero.

En este momento, los tertulianos, que estaban reunidos junto á la puerta del patio, hicieron calle para dejar entrar á María, á quien el Duque conducia por la mano; Stein los seguia.

—

CAPÍTULO VI.

María, dirigida en su tocador por los consejos de su patrona, se presentó malísimamente pergeñada. Un vestido de *foular* demasiado corto, y matizado de los mas extravagantes colores; un peinado sin gracia, adornado con cintas encarnadas muy tiesas; una mantilla de tul blanco y azulado guarnecida de encaje catalan, que la hacia parecer mas morena: tal era el adorno de su persona, que necesariamente debia causar, y causó mal efecto.

La Condesa dió algunos pasos para salir á su encuentro. Al pasar junto á Rafael, éste le dijo al oido, aplicando las palabras de la fábula del cuervo de la Fontaine:

—Si el gorjéo es como la pluma, será el fénix de estas selvas

—¡Cuánto tenemos que agradeceros vuestra bondad, en venir á satisfacer el deséo que teníamos de oiros! dijo la Condesa á María. ¡El Duque os ha celebrado tanto!

María, sin responder una palabra, se dejó conducir por la Condesa á un sillon colocado entre el piano y el sofá.

Rita para estar mas cerca de ella, habia dejado su puesto ordinario, y colocádose junto á Eloisa.

—¡Jesus! dijo al ver á María: si es mas negra que una morcilla extremeña.

—No parece, añadió Eloisa, sino que la ha vestido el mismísimo enemigo. Parece un Judas de Sábado Santo. ¿Qué os parece, Rafael?

—Aquella arruga que tiene en el entrecejo, respondió Arias, le dá todo el aspecto de un unicornio.

Entretanto, María no demostró el menor síntoma de cortedad ni de encojimiento en presencia de una reunion tan numerosa y tan lucida; ni se desmintieron un solo instante su inalterable calma y su aplomo. Con la ojeada investigadora y penetrante con la comprension viva, y con el tino exacto de las españolas, diez minutos le bastaron para observar y juzgarlo todo.

—Ya estoy; decia en sus adentros, y dándose cuenta de sus observaciones. La Condesa es buena, y desea que me luzca. Las jóvenes elegantes se burlan de mí y de mi compostura, que debe ser espantosa. Para los extranjeros, que me están echando el

lente con desdén, soy una Doña Simplicia de aldéa; para los viejos, soy cero. Los otros se quedan neutrales, tanto por consideracion al Duque que es mi patron, como para lanzarse despues á la alabanza ó la censura, segun la opinion se pronuncie en pró ó en contra.

Durante todo este tiempo, la buena y amable Condesa, hacía cuantos esfuerzos le eran posibles para ligar conversacion con María; pero el laconismo de sus respuestas frustraba sus buenas intenciones.

—¿Os gusta mucho Sevilla? le preguntó con amabilidad.

—Bastante, respondió María.

—¿Y qué os parece la catedral?

—Demasiado grande.

—¿Y nuestros hermosos paséos?

—Demasiado chicos.

—Entónces, ¿qué es lo que mas os ha gustado?

—Los toros.

Aquí paró la conversacion.

Al cabo de diez minutos de silencio, la Condesa le dijo:

—¿Me permitís que ruegue á vuestro marido que se ponga al piano?

—Cuando gusteis, respondió María.

Stein se sentó al piano. María se puso en pié á su lado, habiéndola llevado por la mano el Duque.

—¿Tiemblas, María? le preguntó Stein.

—¿Y por qué habia de temblar? contestó María.

Todos callaron.

Observábanse diversas impresiones en las fisonomías de los concurrentes. En la mayor parte, la curiosidad y la sorpresa; en la Condesa, un interés bondadoso; en las mesas de juego, ó como decia Rafael, en la cámara alta, la mas completa indiferencia.

El Príncipe se sonreia con desdén.

El Mayor abría los ojos, como si pudiera oir por ellos

El Baron cerraba los suyos.

El Coronel bostezaba.

Sir John se aprovechó de aquel intervalo, para quitarse el lente y frotarlo con el pañuelo.

Rafael se escapó al jardin para echar un cigarrillo.

Stein tocó sin floréos ni afectacion el ritornelo de *Casta Diva*. Pero apénas se alzó la voz de María, pura, tranquila, suave y poderosa, cuando pareció que la vara de un mágico habia tocado á todos los concurrentes. En cada rostro se pintó y se fijó una expresion de admiracion y de sorpresa.

El Príncipe lanzó involuntariamente una exclamacion.

Cuando María acabó de cantar, una borrasca de aplausos estalló unánimemente en toda la tertulia. La Condesa dió el ejemplo, palmoteando con sus delicadas manos.

—¡Válgame Dios! exclamó el General, tapándose los oidos. No parece sinó que estamos en la plaza de toros.

—Déjalos, Leon, dijo la Marquesa, déjalos que se diviertan. Peor fuera que estuvieran murmurando del prójimo.

Stein hacía cortesías hácia todos lados. María volvió á su asiento, tan fria, tan impasible como de él se habia levantado.

Cantó despues unas variaciones verdaderamente diabólicas, en que la melodía quedaba oscurecida en medio de una intrincada y difícil complicacion de floréos, trinos y *volatas*. Las desempeñó con admirable facilidad, sin esfuerzo, sin violencia, y causando cada vez mas admiracion.

—Condesa, dijo el Duque, el Príncipe deséa oir algunas canciones españolas, que le han celebrado mucho. María sobresale en este género. ¿Quereis proporcionarle una guitarra?

—Con mucho gusto, respondió la Condesa.

Al punto fué satisfecho su deséo.

Rafael se habia colocado junto á Rita, habiendo instalado al Mayor al lado de Eloisa. Esta procuraba persuadir al inglés de que las españolas se iban poniendo al nivel de las extranjeras, en cuanto á afectacion y artificio; porque ya se sabe que los que imitan servilmente, lo que copian siempre son los defectos.

—¡Qué ojos tienes! decia Rafael á su prima. ¡Qué bien guarnecidos de grandes y negras pestañas! Tienen el color y el atractivo del imán, Rita.

—Tú sí que eres un imán para los extranjeros,

respondió Rita. ¿Porqué has colocado al Mayor cerca de Eloisa? Escucha las simplezas que le está diciendo. Te advierto, primo, que vas adquiriendo la facha y el garbo de un Diccionario.

—¡Dále y mas dále! exclamó Rafael, descargando un golpe á puño cerrado en el brazo del sillon. No se trata de eso, Rita; se trata del amor que te tengo, y que durará eternamente. Ningun hombre ama en toda su vida mas que á una muger, en *efectivo*. Las otras se aman en *papel*.

—Ya lo sé, dijo Rita. Bastantes veces me lo ha repetido Luis.—Pero ¿sabes lo que digo? Que te vas volviendo un cansadísimo reloj de repeticion.

—¿Qué significa esto? gritó Eloisa, viendo que traian la guitarra.

—Parece que vamos á tener canciones españolas, dijo Rita, y me alegro infinito. Estas sí que animan y divierten.

—¡Canciones españolas! clamó Eloisa indignada. Qué horror! Eso es bueno para el pueblo, no para una sociedad de buen tono. ¿En qué está pensando Gracia? Ved porque los extranjeros dicen con tanta razon que estamos atrasados, porque no queremos amoldar nuestros modales y nuestras aficiones á las suyas; porque nos hemos empestillado en comer á las tres, y no queremos persuadirnos, que todo lo español es ganso á *nativitate*.

—Pero, dijo el Mayor en mal español, creo que hacen muy bien, *indeed*, en ser lo que son.

—Si esto es un cumplimiento, respondió enfáticamente Eloisa, es tan exagerado, que mas bien parece burla.

—Ese señor italiano, dijo Rita, es el que ha pedido canciones españolas. Es aficionado y lo entiende; con que es prueba de que merecen ser oidas.

—Eloisa, añadió Rafael, las barcarolas, las tirolesas, el *ranz des vaches,* son canciones populares de otros paises. ¿Porqué no han de tener nuestras boleras y otras tonadas del país, el privilegio de entrar en la sociedad de la gente fina como aquellas?

—Porque son mas vulgares, contestó Eloisa.

Rafael se encogió de hombros; Rita soltó una de sus carcajadas; el Mayor se quedó en ayunas.

Eloisa se levantó, pretextó una jaqueca, y se salió acompañada de su Madre á quien iba diciendo:

—Sépase á lo menos que hay señoritas en España bastante finas y delicadas para huir de semejantes chocarrerías.

—¡Qué desgraciado será el Abelardo de esa Eloisa! dijo Rafael al verla salir.

María, ademas de su hermosa voz y de su excelente método tenia, como hija del pueblo, la ciencia infusa de los cantos andaluces, y aquella gracia que no puede comprender, y de que no puede gozar un extranjero, sinó despues de una larga residencia en España, y solo identificándose

por decirlo asi, con la índole nacional. En ésta música, así como en los bailes, hay una abundancia de inspiracion, un atractivo tan poderoso, tal série de sorpresas, quejas, estallidos de gozo, desfallecimientos, muestras de despego y atraccion; una cierta cosa que se entiende y no se esplica, y todo ésto tan determinado, tan arreglado al compás, tan arrullado, si es lícito decirlo así, por la voz en el canto, y por los movimientos en el baile; la exaltacion y la languidez se suceden tan rápidamente, que suspenden, embriagan, y cautivan al auditorio.

Así es que, cuando María tomó la guitarra y se puso á cantar:

Si me pierdo que me busquen
Al lado del Mediodía,
Donde nacen las morenas,
Y donde la sal se cria,

la admiracion se convirtió en entusiasmo. La gente jóven llevaba el compás con palmadas, repitiendo *bien, bien*, como para animar á la *cantaora*. Los naipes se cayeron de las manos de los formales jugadores; el Mayor quiso imitar el ejemplo general, y se puso tambien á palmotéar sin tón ni són. Sir John afirmó que aquello era mejor que el *God save the Queen*. Pero el gran triunfo de la música nacional fué que el entrecejo del General se desarrugó.

—¿Te acuerdas, hermano, le preguntó la Mar-

quesa sonriéndose, cuando cantábamos el zorongo y el trípili?

—¿Qué cosas son zorongo y trípili? preguntó el Baron á Rafael.

—Son, respondió, los progenitores del *serení*, de la *cachucha*, y abuelos de la *jaca de terciopelo*, del *vito* y de otras canciones del dia.

Esas peculiaridades del canto y del baile nacional de que hemos hablado, podrían parecer de mal gusto, y lo serian ciertamente en otros paises. Para entregarse sin reserva á las impresiones que llevan consigo nuestras tonadas y nuestros bailes, es preciso un carácter como el nuestro; es preciso que la grosería y la vulgaridad sean, como lo son en este pais, dos cosas desconocidas; dos cosas que no existen. Un español puede ser insolente; pero rara vez grosero, porque es contra su natural. Vive siempre á sus anchas, siguiendo su inspiracion, que suele ser acertada y fina. He aquí lo que dá al español, aunque su educacion se haya descuidado, esa naturalidad fina, esa elegante franqueza que hace tan agradable su trato.

María salió de casa de la Condesa tan pálida é impasible como en ella habia entrado.

Cuando la Condesa quedó sola con los suyos, dijo con aire de triunfo á Rafael:

—Y ahora, ¿qué dices, mi querido primo?

—Digo, contestó Rafael, que el gorjéo es mejor que la pluma.

—¡Qué ojos! exclamó la Condesa.

—Parecen, dijo Rafael, dos brillantes negros en un estucho de cuero de Rusia.

—Es grave, dijo la Condesa; pero no engreida.

—Y tímida, siguió Rafael, como una manola de Avapies.

—Pero ¡qué voz! añadió la Condesa. ¡Qué divina voz!

—Será preciso, dijo Rafael, grabar en su tumba el epitafio que los portugueses hicieron para su célebre cantor Madureira.

Aqui yaz ó senhor de Madureira,
O melhor cantor do mundo:
Que morreu porque Deus quiseira,
Que si non quiseira naon morreira;
E porque lo necesitó nasua capella,
Díjole Deus: canta. ¡Cantou cosa bella!
Dijo Deus á os anjos: id vos á pradeira,
Que melhor canta ó senhor de Madureira.

—Rafael, dijo la Condesa, mofador eterno, ¿quién se escapa de tus tijeras? Voy á mandar hacer tu retrato en figura de pájaro burlon, como se ha hecho el de Paul de Kock en forma de gallo.

—De esa suerte, repuso Rafael a[illegible]nse, naro una Harpía masculina; lo cual tendrá la ventaja de que se pueda propagar la casta.

CAPÍTULO VII.

Habia pasado el verano, y era llegado setiembre, los dias conservaban aun el calor del verano, pero las noches eran ya largas y frescas. Serian las nueve; y aun no habia en la tertulia de la Condesa sinó las personas mas allegadas y de mayor confianza, cuando entró Eloisa.

—Toma asiento en el sofá, á mi lado le dijo la dueña de la casa.

—Te lo agradezco, Gracia; pero vuestros sofás de aquí, son muebles rellenos de estopas ó crin: son de lo mas duro é *inconfortable* que darse puede.

—Así son mas frescos, hija mia, dijo Rita, á cuyo lado se habia sentado Eloisa en una estudiada postura.

—¿Sabeis lo que se dice? dijo á esta última el poe-

ta Polo, jugando con su guante amarillo y extendiendo la pierna para lucir un lindo calzado de charol. Se dice que nombran á Arias, Mayor de la plaza; pero lo creo un solemne *puff*.

—Cosas de lugaron, de poblachon, de villorro como es este, repuso remilgadamente Eloisa. Rafael merece mejor. Es un hombre muy *espiritual*, un jóven muy *fashionable* y un *bravo* militar.

—¿Qué estais diciendo, señorita? preguntó el General que absorto escuchaba la conversacion de los dos jóvenes de buen tono.

—Digo, señor, que vuestro sobrino es un bravo oficial.

—¿Y qué quereis decir con eso?

—Señor, lo que dice su hoja de servicio, y repiten todos los que lo conocen; que se ha distinguido en la guerra como un hombre de honor.

—Pues... si lo habeis querido decir, ¿porque no lo habeis dicho? segun la célebre expresion de Don Juan Nicasio Gallego; el cual, asi como el Duque de Rivas, Quintana, Breton, Martinez de la Rosa, Hartzenbusch y otros muchos, han cometido la pifia de ser hombres eminentes y poetas de primer rango sin dejar de ser españoles en la forma ni en la esencia? ¿Habeis por ventura querido decir valiente?

—Pues es claro, General, ¿acaso no lo he dicho?

—No, señorita, dijo impaciente el General, lo que habeis dicho es *bravo*, epíteto que solo he oido

aplicar á los toros montaraces, y á los indios salvajes para ponderar su brutal fiereza. No usais á fé mia, tal palabra, por falta de voces adecuadas al caso, pues además de *valiente,* teneis puestas en uso otras muchas, como son: bizarro, valeroso, denodado. etc.

—Jesus, señor, esas son voces anticuadas, muy vulgares y muy gansas; es preciso admitir las que introduce la elegancia y el buen tono, péselo al Diccionario y á sus ramplones compiladores y secuaces.

—¡Hay paciencia para esto! exclamó el General tirando los naipes.

—¿Qué es lo que exalta de esta suerte la bílis de nuestro tio? preguntó Rafael que habia entrado, á su prima Rita.

—La noticia que corre.

—¿Qué noticia?

—Que te nombran Mayor de plaza, y lo ha tomado por una ironía.

—Tiene razon; yo no puedo aspirar á mas dictado que al *mas chico de la plaza.* Pero traigo una noticia que puede aspirar con razon á la primera categoría.

—¿Una noticia? una noticia es un patrimonio de todos. Así, suéltala pronto.

—Pues han de saber Vds., dijo Rafael levantando la voz, que la Grisi de Villamar, está ajustada para salir á las tablas á lucir su voz.

—¡Oh! ¡que felicidad! esclamó Eloisa, el que algun evento notable saque á esta monótona Sevilla, del carril rutinario en que vejeta desde que San Fernando la fundó.

—La conquistó, le dijo por lo bajo su simpático amigo Polo. Pero Eloisa, sin atenderle, prosiguió:

—¿En qué ópera hará su *début*?

—¿Pues qué, se ha ajustado para salir á las tablas de Bú? preguntó la Marquesa.

—Si, Tia, respondió Rafael, y Stein de *cancón*, en una pieza compuesta espresamente para ambos (1).

—¡Tales cosas! exclamó la buena señora.

—Madre, ¿no echais de ver que Rafael se está chanceando, segun su loable é inveterada costumbre? dijo la Condesa.

—Desde que se ha dado la Pata de Cabra, ningun título de piezas teatrales me sorprende, repuso la Marquesa; y desde que se han representado la Lucrecia, Angela, Antony y Cárlos el Hechizado, no hay argumento que se me haga increible.

—Como el teatro es la *escuela de las costumbres*, dijo con ironía el General, lo ponen al nivel de las que quieren introducir.

—¡Qué bien opinan los franceses, cuando dicen que pasados los Pirinéos empieza el Africa! decia entretanto á media voz Eloisa á Polo.

(1) Estas frases, que son juegos de palabras, no se pueden traducir.

—Desde que ellos ocupan parte del litoral, repuso éste, ya no lo dicen; seria hacernos demasiado favor.

Eloisa sofocó una carcajada en su diminuto pañuelo guarnecido de encaje.

—Aquellos están conspirando, dijo Rita á Rafael. Polo tiene una máquina infernal entre sus gafas y sus ojos, y Eloisa esconde en el pañuelo que lleva á la boca, una asonada en escabeche de almizcle contra la pícara estacionaria España.

—¡Cá! no son conspiradores, repuso Rafael.

—¿Pues qué son, máquina infernal de contradiccion?

—Son..... yo te lo dire para que los juzgues en toda su altura.

—Acaba, pesado.

—Son, dijo solemnemente Rafael, *regeneradores incomprendidos*.

Algunas noches despues de esta escena, las vastas galerías de la casa de la Condesa estaban desiertas. No se veían allí mas figuras que las del antiguo testamento, como Arias llamaba á los jugadores de tresillo.

—¡Cómo tardan! dijo la Marquesa. Las once y media, y todavía no parecen.

—El tiempo, dijo su hermano, no parece largo á los filarmónicos, cuando están en la ópera pasmándose de gusto, como unos panarras.

—¿Quién habia de pensar, continuó la Marque-

sa, que esa muger tendria los estudios y el valor necesarios para salir tan pronto á las tablas?

—En cuanto á los estudios, dijo el General, una vez que se sabe cantar, no se necesita tantos como tú crees. En cuanto al valor, no quisiera mas que un Regimiento de granaderos por ese estilo, para asaltar á Numancia ó Zaragoza.

—Contaré á Vds. lo que ha pasado, dijo entonces uno de los concurrentes. Cuando llegó, hace tres meses, esta compañía italiana, nuestra *prima donna* futura, tomó por temporada uno de los palcos mas próximos al tablado. No faltó á una sola representacion, y aun logró asistir á los ensayos. El Duque consiguió de la primera cantatriz que la diese algunas lecciones, y despues, del empresario, que la ajustase en su compañía. Pero el ajuste á que se prestó el empresario, fué en calidad de segunda: propuesta que fué arrogantemente desechada por ella. Por una de aquellas casualidades que favorecen siempre á los osados, la *prima donna* cayó peligrosamente enferma, y la protegida del Duque se ofreció á reemplazarla. Verémos qué tal sale de este empeño.

En este momento, la Condesa, animada y brillante como la luz, entró en la sala acompañada de algunos tertulianos.

—Madre, ¡qué noche hemos tenido! exclamó. ¡Qué triunfo! ¡qué cosa tan bella y tan magnífica!

—¿Me querrás decir, sobrina, la importancia que

tiene, ni el efecto que puede causar el que una gaznápira cualquiera, que tiene buena garganta, cante bien en las tablas, para que pueda inspirarte un entusiasmo y una exaltacion, como te la podrían causar un hecho heróico ó una accion sublime?

—Considerad, Tio, contestó la Condesa, ¡qué lauro para nosotros, qué gloria para Sevilla, el ser la cuna de una artista que va á llenar el mundo con su fama!

—¿Como el Marqués de la Romana? replicó el General, ¿como Wellington ó como Napoleon? ¿No es verdad, sobrina?

—¿Pues qué, señor? contestó la Condesa. ¿No tiene la fama mas que una trompeta guerrera? ¡Qué divinamente ha cantado esa muger sin igual! ¡Con qué desenvoltura de buen gusto se ha presentado en la escena! Es un prodigio. Y luego ¡cómo se comunican de uno en otro el entusiasmo y la exaltacion! Yo, además estaba muy contenta, viendo al Duque tan satisfecho, á Stein tan conmovido.....

—El Duque, dijo el General, deberia satisfacerse con cosas de otro jaez.

—General, dijo el tertuliano, que habia hablado ántes: son flaquezas humanas. El Duque es jóven....

—¡Ah! exclamó la Condesa. No hay cosa mas infame que sospechar, ó hacer que se sospeche el mal donde no existe. El mundo lo marchita todo con su pestífero aliento. ¿No saben todos que el

Duque, no satisfecho con practicar las artes, protege á los artistas, á los sábios, y todo lo que puede influir en los adelantos de la inteligencia? ¿Además no es ella muger de un hombre á quien el Duque debe tanto?

—Sobrina, repuso el General: todo eso es muy santo y muy bueno; pero no alcanza á justificar apariencias sospechosas. En este mundo, no basta estar exento de censura; es preciso, además, parecerlo. Por lo mismo que eres jóven y bonita, harías bien en no declararte defensora de ciertas causas.

—Yo no tengo la ambicion de que se me crea perfecta, dijo la Condesa, erigiendo en mi casa un tribunal de justicia; lo que sí quiero es, que se me tenga por leal y sólida amiga, cuando hago respetar y defiendo á los que me dan ese título.

Rafael Arias entró en aquel instante.

—Vamos, Rafael, dijo la Condesa: ¿qué dirás ahora? ¿te burlarás de esa encantadora muger?

—Prima, para darte gusto, voy á reventar de entusiasmo por imitar al público, como hizo la rana, queriendo alcanzar el tamaño del buey. Acabo de ser testigo de la ovacion imperial que se ha hecho á esa octava maravilla.

—Cuéntanos eso, dijo la Condesa. Cuéntanoslo.

—Cuando bajó el telon, hubo un momento en que se me figuró que íbamos á tener una segunda edicion de la torre de Babél.

Diez veces fué llamada á las tablas la *Diva Donna,* y lo hubiese sido veinte, á no haberse puesto los insolentes reverberos, cansados de la prolongacion de sus servicios, á echar pestes y suprimir luz.

Los amigos del Duque se empeñaron en que los llevase á dar la enhorabuena á la heroina. Todos nos echamos á sus pies con el rostro en tierra.

—¡Tú tambien, Rafael? dijo el General: yo te creia mas sensato bajo esas apariencias de tarambana.

—Si no hubiera ido adonde iban los otros, no tendria ahora la satisfaccion de referiros el modo con que nos recibió esta Reina de las Molucas, Emperatriz del Bemol. En primer lugar, todas sus respuestas se hicieron en una especie de escala cromática, de su uso, que consta de los siguientes semitonos: primeramente la calma, ó llámese indiferencia; despues la frescura; en seguida la frialdad, y por último el desdén. Yo fuí el primero en tributarle homenaje. Le enseñé mis manos, desolladas á fuerza de aplaudir, asegurándole que el sacrificio de mi pellejo era un débil homenaje á su sobrenatural habilidad, comparable tan solo con la del señor de Madureira. Su respuesta fué una *gravedosa* inclinacion de cabeza, digna de la Diosa Juno. El Baron le suplicó por todos los santos del cielo, que fuese á París, único teatro capaz de aplaudirla dignamente, en vista de que los *bra-*

cos franceses resuenan en todos los ámbitos del universo, llevados por su bandera tricolor. A esto respondió con la mayor frescura: «Ya veis que no necesito ir á París para que me aplaudan; y aplausos por aplausos, mas quiero los de mi tierra que los de los franceses.»

—¿Eso dijo? preguntó el General, ¿quién habria pensado que esa muger dijese una cosa tan racional?

—El Mayor moscon, continuó Rafael, con su indefectible desmaña, le dijo que de todas cuantas cantantes habia oido, solo la Grisi lo hacia mejor que ella. A lo cual respondió con frialdad: Pues una vez que la Grisi canta mejor que yo, haceis mal en oirme á mí en lugar de oirla á ella. En seguida llegó Sir John dando la mano y pisando á todo el mundo. Le dijo que su voz era un *wonder*, (*una maravilla*), y que si la queria vender, estaba muy pronto á pagarle cincuenta mil libras. Ella repondió con desdén que aquello no se vendía. Pero á todo esto, Prima, ¿qué díces del misterio con que han procedido en este asunto!

—¿De qué misterio se trata? preguntó el Baron, que habia llegado durante esta conversacion.

—De esa brillante salida á las tablas, respondió Arias, que ha venido á reventar de pronto, como una bomba, cuando ménos se pensaba. Ahora, ahora voy cayendo en ciertas cosas..... las entrevistas del Duque con el empresario, la constancia con que esa Norma en ciernes asistia á las representaciones.... ya se van despertando mis *quién vives*.

—¡Despertar los *quién vives!* dijo el Baron. ¡Qué espresion tan singular!

—Es una metáfora muy comun, repuso Rafael.

—No lo sabia, continuó el Baron; ni la entiendo. ¿Quereis tener la bondad de explicármela, señor Arias?

Rafael miró al soslayo á su Prima, alzó los ojos al cielo, como si fuera á hacer un sacrificio, y dijo:

—Cuando ocurre un accidente sin percibirlo, es porque la atencion lo ha dejado pasar sin darle el *quien vive*, es decir, sin averiguar de donde viene ni á donde vá. Si despues otro accidente, que tiene relacion con el primero, nos obliga á recordar el anterior, se dice que despertamos un *quién vive*; es decir, se despierta la atencion que estaba en el primer caso, ociosa ó adormecida. De este modo tenemos en español frases sueltas, que explican tanto como podrian hacerlo muchas unidas Una palabra basta para encerrar un lato sentido. Es cierto que para ello se necesita tanto de la inventiva, como de la comprension. En las gentes del campo, corre una expresion que demuestra esto: suelen decir de un hombre inteligente y vivo «ese es de los de *ya está acá.*» Tiene esta expresion su orígen, en que cuando en el campo, á distancia, tiene el capatáz que dar alguna órden, ó hacer algun encargo á alguno de los trabajadores, al darles voces contesta el llamado, que desde luego se ha hecho cargo de lo que se le manda, *ya está acá*.

Pero al dicho que ha llamado vuestra atencion, (en vista de que no todos son de los que designa el pueblo con el epiteto de los de *ya está acá)* se le dá la siguiente etimología. Un español que estaba en San Petersburgo, paseándose una hermosa mañana de primavera con un ruso, amigo suyo, quedó atónito, oyendo en el aire un sonido bastante agradable. Este sonido, que se oia unas veces próximo, otras lejano, cuando á la derecha, cuando á la izquierda, no era mas que una repeticion en diversos tonos de la palabra *quién vive*. El español creia que eran pájaros; pero levantó la cabeza, y no vió nada. ¿Era un canto? ¿Era un eco? no: porque no salia de un punto determinado, sino que se oia en todas direcciones. Entónces creyó que su amigo era ventriloco, y le miró con atencion. El ruso se echó á reir. «Ya veo, le dijo, que no sabeis de donde provienen estas voces que aqui se dejan oir todos los años por este tiempo. Son los *quién vives* que dan los soldados de la guarnicion, durante el invierno. Con el frio se hielan, y con los primeros calores se deshielan, y resuenan por el aire de la primavera que los vivifica.»

—No está mal discurrido, dijo el Baron, con distraccion.

—Favor que le haceis, contestó Rafael, haciendo una cortesía irónica.

—¡Ah! Aqui tenemos á la señorita Ritita, dijo el Baron, viéndola entrar, despues de haberse quitado la mantilla. Me parece, señorita, que he tenido la

honra de veros esta mañana, en la calle de Catalanes.

—Yo no os vi—contestó Rita.

—Esa es una desgracia—dijo Rafael á Rita—que no sucederá al Mayor moscón, ni á la Giralda, á quien él quiere hacer Coronela de su Regimiento de *Life Guards (Guardias de la Reina).*

—Os vi—continuó el Barón—cerca de una cruz grande que está pegada á la pared. Pregunté...

—Me hago cargo—dijo en voz baja Rafael Arias.

—Y me respondieron que se llama la Cruz del Negro. ¿Podéis decirme, señorita, por qué se le ha dado un nombre tan extraño?

—No lo sé—contestó Rita.—Quizá será porque habrán crucificado en ella á algún negro.

—Sin duda así es—dijo el Barón;--sería en tiempo de la Inquisición.-Y murmuró en voz baja: ¡qué país! ¡qué religión!—Pero, ¿podréis decirme--añadió, con aquella insoportable ironía, con aquella insolencia de que hacen uso los incrédulos con los que creen y están de buena fe, podréis decirme por qué está colgado del techo un cocodrilo, en aquel corredor de la Catedral, cerca del patio de los Naranjos, entrando por la puerta á la derecha de la Giralda? ¿Sirve también la Catedral de museo de historia natural?

--¿Aquel gran lagarto?-dijo Rita.-Está allí porque lo cogieron sobre la bóveda del techo de la Iglesia.

—¡Ah!—exclamó el Barón, riéndose.—Todo es gigantesco en esta Catedral; ¡hasta los lagartos!

--Esa es una vulgaridad propagada en el pueblo--

dijo la Condesa, mientras que Rita sin oir las palabras del Baron, habia ido á ocupar su acostumbrado asiento.—Ese cocodrilo fué presentado al Rey Don Alonso el Sábio, por la famosa embajada que le envió el Soldán de Egipto. Tambien están colgados de la misma bóveda un colmillo de elefante, un freno, y una vara; y estos objetos, juntamente con el lagarto, representan las cuatro virtudes cardinales. El lagarto es símbolo de la prudencia; la vara, de la justicia; el colmillo del elefante, de la fortaleza; y el freno, de la templanza. Así, pues, hace seiscientos años que estos símbolos están á la entrada de aquel grande y noble edificio, como una inscripcion que el pueblo comprende, sin saber leer.

El Baron sentia mucho no poder adoptar la version de Rita. La cruel Condesa le habia privado de un precioso artículo satírico, crítico, humorista, burlesco. ¿Quién sabe si el cocodrilo no habria hecho el papel de un Espíritu Santo, de nueva invencion, en el chistoso relato de ese francés, que tenia la ventaja nacional de haber nacido *malin*? *(satírico.)* Entretanto l. Marquesa dijo á Rita:

—¿Por qué has ido á decirle esa tontería del negro crucificado? ¿No habria sido mejor contarle la verdad?

—Pero, Tia, contestó la jóven, yo no se por que esa cruz se llama del Negro: además, me habria aburrido contárselo.

—Entónces, prosiguió la Tia, deberías haberlo

dicho, que lo ignorabas; y no inducirle en un error tan craso. Estoy segura de que insertará ese disparaton cuando escriba su *Viaje á España*.

—¿Y qué importa? dijo Rita.

—Importa, sobrina, repuso la Marquesa; porque no me gusta que hablen mal de mi patria.

—Sí, dijo el General con acritud, anda á atajar el rio cuando se sale de madre!—Pero ¿qué estraño es que digan mal del pais los extranjeros, si nosotros somos los primeros en denigrarnos? Sin tener presente el refran de que «ruin es, quien por ruin se tiene.»

—Has de saber, Rita, prosiguió la Marquesa, para que de ahora en adelante no dés lugar á semejantes errores, que el nombre de esa cruz viene de un negro devoto y piadoso, que en el séptimo siglo viendo que se atacaba el misterio de la Pura Concepcion de la Vírgen, se vendió á sí mismo en el sitio en que se hallaba esa cruz, para costear con el dinero de su venta una solemne funcion de desagravio á la Vírgen, por las ofensas que se le hacian. Algo se diferencia este rasgo de piadosa y fervorosa abnegacion, de la necedad que has hecho creer al Baron.

—Bien puedes tambien, hermana, dijo el General, regañar al loco de Rafael, por haber respondido á ese *Monsieur le Baron*, á una pregunta por el mismo estilo, acerca de la Cruz de los ladrones, junto á la Cartuja, que se llamaba así, porque á ella

iban á rezar los ladrones, para que Dios favoreciese sus empresas.

—¿Y el Baron se lo ha creido? preguntó la Marquesa.

—Tan de fijo, como yo creo que no es Baron, repuso el General.

—Es una picardía, continuó la Marquesa irritada, dar lugar nosotros mismos á que se créan y repitan tales desatinos.

La cruz fué erigida en aquel sitio por un milagro que hizo allí Nuestro Señor; porque en aquellos tiempos, como habia fé, habia milagros. Unos ladrones habian penetrado en la Cartuja, y robado los tesoros da la iglesia. Huyeron espantados, corrieron toda la noche, y á la mañana siguiente se encontraron á corta distancia del convento. Entónces viendo claramente el dedo del Señor, se convirtieron; y en memoria de este milagro, erigieron esa cruz, á la que el pueblo ha conservado su nombre. Voy á decirle cuatro palabras bien dichas á ese calavera.—Rafael, Rafael.

Entretanto su prima Gracia, sentada en el sofá, decia:

—Estoy en mis glorias. ¡Qué buenos ratos vamos á pasar!

—No durarán mucho. Condesa, dijo el Coronel. Corren voces de que el Duque quiere llevarse á Madrid á la nueva Malibran.

—Y á todo esto, dijo la Condesa, ¿qué nombre

de guerra ha tomado? Supongo que no será el de Marisalada; que aunque bonito, y con algo de cariñoso, no es bastante grave para una artista de primer órden.

—Quizá continuará bajo el apodo de Gaviota, dijo Rafael. Un criado del Duque ha dicho al mio, que asi era como la llamaban en su lugar.

—Puede que adopte el nombre de su marido, observó el Coronel.

—¡Qué horror! exclamó la Condesa: necesita un nombre sonoro.

—Pues bien, que tome el de su Padre: Santaló.

—Nó, señor, dijo la Condesa. Es preciso que acabe en *i* para que le dé prestigió: mientras mas *íes*, mejor.

—En ese caso, dijo Rafael, que elija el de Míssisipí.

—Consultarémos á Polo, dijo la Condesa. Y á propósito. ¿Dónde se ha escabullido nuestro poeta?

—Apuesto cualquier cosa, dijo Rasael, á que á la hora ésta se ocupa en confiar al papel las inspiraciones armónicas que ha hecho brotar en su alma la divinidad del dia. Mañana sin falta leerémos en *El Sevillano* una de esas composiciones que, segun mi tio, si no es fácil que le lleven al Parnaso, le precipitarán indefectiblemente en el Letéo.

En este instante fué cuando la Marquesa llamó á Rafael.

—Seguro estoy, dijo éste á su prima, de que mi

Tia me hace la honra de llamarme, para tener la satisfaccion de echarme una peluca. Ya veo despuntar un sermon entre sus lábios apretados, una filípica en su nebuloso entrecejo, y una reprimenda de á fólio, á caballo sobre su amenazante nariz. Pero ... ¡qué feliz ocurrencia! Voy á armarme de un broquel

Diciendo estas palabras, Rafael se levantó, se acercó al Baron, á quien el Oidor ofrecia á la sazon un polvo de rapé, le dió el brazo, y en su compañía se acercó á la mesa del juego. La Marquesa se guardó la regañadura para mejor ocasion.

Rita se tapó la boca con el pañuelo para comprimir la risa. El General golpeaba el suelo con el tacon de la bota, que en él era señal indefectible de impaciencia.

—¿Está incomodado el General? preguntó el Baron.

—Padece ese movimiento nervioso, respondió á media voz Rafael.

—¡Qué desgracia! esclamó el Baron, eso es un *tic douloureux*. ¿Y de qué ha provenido? ¿Algun tendón dañado en la guerra quizás?

—No, contestó Rafael. Ha sido efecto de una fuerte impresion moral.

—Debió ser terrible, observó el Baron. ¿Y qué se la causó.

—Una palabra de vuestro Rey Luis XIV.

—¿Qué palabra? insistió el Baron asombrado.

—El célebre dicho, contestó Rafael, YA NO HAY PIRINÉOS.

Con tanto como se hablaba en las tertulias acerca de la nueva cantatriz, se ignoraba un hecho significativo que habia ocurrido aquella misma noche.

Pepe Vera no habia cesado de seguir los pasos de María; y como era favorito del público, le habia sido fácil penetrar en lo interior del templo de las Musas, no obstante la enemistad que éstas han jurado á las corridas de toros.

María salía á la escena, al ruido de los aplausos, cuando se dió de manos á boca entre bastidores con Pepe Vera, y algunos otros jóvenes.

—¡Bendita sea!—dijo el célebre torero, tirando al suelo y extendiendo la capa, para que sirviese de alfombra á María;—¡bendita sea esa garganta de cristal, capaz de hacer morir de envidia á todos los ruiseñores del mes de Mayo!

—Y esos ojos, añadió otro, que hieren á más cristianos que todos los puñales de Albacete.

María pasó tan impávida y desdeñosa como siempre.

—¡Ni siquiera nos mira! dijo Pepe Vera.—Oiga Vd., prenda. Un Rey es, y mira á un gato. Y cuidado, caballeros, que es buena moza; á pesar de que....

—¿A pesar de qué? dijo uno de sus compañeros.

—A pesar de ser tuerta; repuso Pepe Vera.

Al oir estas palabras, María no pudo contener un movimiento involuntario, y fijó en el grupo sus grandes ojos atónitos. Los jóvenes se echaron á reir, y Pepe Vera le envió un beso en la punta de los dedos.

María comprendió inmediatamente que aquella expresion no habia sido dicha sinó para hacerle volver la cara. No pudo ménos de sonreirse, y se alejó dejando caer el pañuelo. Pepe lo recogió apresuradamente, y se acercó á ella, como para devolvérselo.

—Os lo entregaré esta noche en la reja de vuestra ventana, le dijo en voz baja y con precipitacion.

Al dar las doce salió María de su cama con pasos cautelosos, despues de asegurarse de que su marido yacia en profundo sueño. Stein dormia, en efecto, con la sonrisa en los labios, embriagado con el incienso que habia recibido aquella noche María, su esposa, su alumna, la amada de su corazon. Entretanto un bulto negro se apoyaba en una de las rejas del piso bajo de la casa que habitaba María, y que daba á una de las angostas callejuelas tan comunes en Sevilla. No era posible distinguir las facciones de aquel individuo, porque una mano oficiosa habia apagado de antemano los faroles que alumbraban la calle.

CAPITULO VIII.

Era ya Sevilla teatro demasiado estrecho para las miras ambiciosas, y para la sed de aplausos que devoraban el corazon de María. El Duque, además, obligado á restituirse á la capital, deseaba presentar en ella aquel portento, cuya fama le habia precedido. Pepe Vera, por otra parte, ajustado para lidiar en la plaza de Madrid, exigió de María que hiciese el viage, y así sucedió en efecto.

El triunfo que obtuvo María al estrenarse en aquella nueva liza, sobrepujó al que habia logrado en Sevilla. No parecia sino que se habian renovado los dias de Orféo y de Anfion, y las maravillas de la lira de los tiempos mitológicos. Stein estaba confuso. El Duque embriagado. Pepe Vera dijo un dia á la *cantaöra*: ¡Caramba, María, te palmotéan que ni que hubieses matado un toro de siete años!

María estaba rodeada de una córte numerosa. Formaban parte de ella todos los extrangeros distinguidos que se hallaban á la sazon en la capital, y entre ellos habia algunos notables por su mérito, otros por su categoría. ¿Qué motivos los impulsaba? Unos iban por darse tono; segun la locucion moderna. (¿Y qué es tono? Es una imitacion servil de lo que otros hacen.) Otros iban movidos por la misma especie de curiosidad que incita al niño á examinar los secretos resortes del juguete que le divierte.

María no tuvo que hacer el menor esfuerzo para sentirse muy á sus anchas en medio de aquel gran círculo. No habia cambiado en lo mas pequeño su índole fria y altanera; pero habia mas elegancia en su talante, y mejor gusto en su modo de vestir; adquisiciones maquinales y exteriores, que á los ojos de ciertas gentes pueden suplir la falta de inteligencia, de tacto y de buenos modales. Por la noche, en las tablas, cuando el reflejo de las luces blanqueaba su palidez, y aumentaba el realce de sus ojos grandes y negros, parecia realmente hermosa.

El Duque estaba de tal modo fascinado por aquella muger, en cuyos triunfos le tocaba alguna parte, pues cumplian sus pronósticos, y tal era el entusiasmo que su canto le inspiraba, que no tuvo inconveniente en pedirle que diese lecciones de música á su hija, no obstante que recordaba el pronóstico de su amable amiga de Sevilla, y se estremecia

al reflexionar sobre el aplazamiento que le habia dirigido la Condesa. Entónces hacia propósito de respetar á la mujer inocente que él mismo habia introducido en la escena resbaladiza y brillante que pisaba.

Digamos ahora algunas palabras de la Duquesa.

Era esta señora virtuosa y bella. Aunque habia entrado en los treinta años, la frescura de su téz y la expresion de candor de su semblante le daban un aspecto mas jóven. Pertenecia á una familia tan ilustre como la de su marido, con la cual estaba emparentada. Leonor y Cárlos se habian querido casi desde su infancia, con aquel afecto verdaderamente español, profundo y constante, que ni se cansa ni se enfria Se habian casado muy jóvenes. A los diez y ocho años, Leonor dió una niña á su marido, el cual tenia veinte y dos á la sazon.

La familia de la Duquesa, como algunas de la grandeza, era sumamente devota; y en este espíritu habia sido educada Leonor. Su reserva y su austeridad la alejaban de las diversiones y ruidos del mundo, á los cuales por otra parte no tenia la menor inclinacion. Leia poco, y jamás tomó en sus manos una novela. Ignoraba enteramente los efectos dramáticos de las grandes pasiones. No habia aprendido ni en los libros ni en el teatro, el gran interés que se ha dado al adulterio, que por consiguiente no dejaba de ser á sus ojos una abominacion, como lo era el asesinato. Jamás habria llegado á creer, si se

lo hubiesen dicho, que estaba levantado en el mundo un estandarte, bajo el cual se proclama la emancipacion de la mujer. Más es; aun creyéndolo, jamás lo hubiera comprendido; como no lo comprenden muchas, que ni viven tan retiradas, ni son tan estrictas como lo era la Duquesa. Si se le hubiera dicho que habia apologistas del divorcio, y hasta detractores de la santa institucion del matrimonio, habria creido estar soñando, ó que se acercaba el fin del mundo. Hija afectuosa y sumisa, amiga generosa y segura, madre tierna y abnegada, esposa esclusivamente consagrada á su marido, la Duquesa de Almansa era el tipo de la mujer que Dios ama, que la poesía dibuja en sus cantos, que la sociedad venera y admira, y en cuyo lugar se quieren hoy ensalzar *esas amazonas*, que han perdido el bello y suave instinto femenino.

El Duque pudo entregarse largo tiempo al atractivo que María ejercía en él, sin que la mas pequeña nube empañase la paz sosegada, y, como el cielo, pura, del corazon de su mujer. Sin embargo el Duque, hasta entonces tan afectuoso, la descuidaba cada dia mas. La Duquesa lloraba; pero callaba.

Despues llegó á sus oidos que aquella cantatriz que alborotaba á todo Madrid, era protegida de su marido; que este pasaba la vida en casa de aquella mujer. La Duquesa lloró; pero dudando todavía.

Despues el Duque llevó á Stein á su casa, para

dar lecciones á su hijo, y luego quiso, como hemos dicho, que María las diese á su hija. preciosa criatura de once años de edad.

Leonor se opuso con vigor á esto último, alegando no poder permitir que una mujer de teatro tuviese el menor punto de contacto con aquella inocente. El Duque, acostumbrado á las fáciles condescendencias de su mujer, vió en esta oposicion, un escrúpulo de devota, una falta de mundo y persistió en su idéa. La Duquesa cedió siguiendo el dictámen de su confesor: pero lloró amargamente, impulsada por un doble motivo.

Recibió, pues, á María con excesiva circunspeccion; con una reserva fria aunque urbana.

Leonor, que vivia segun sus propensiones tranquilas, muy retirada, no recibia, sino pocas visitas, la mayor parte de parientes; los demas eran sacerdotes y algunas otras personas de confianza. Asi, pues, asistia con no desmentida perseverancia á las lecciones de su hija; y tanto empeño puso en no alejarla de sus miradas maternas, que este sistema no pudo menos de ofender á María. Las personas que iban á ver á la Duquesa, no hacian mas que saludar friamente á la maestra, sin volver á dirigirle la palabra. De este modo, llegaba á ser en extremo humillante la posicion que ocupaba en aquella noble y austera casa, la mujer que el público de Madrid adoraba de rodillas. María lo conocia, y su orgullo se indignaba: pero como la exquisita cortesía de la Duquesa no se

desmintió jamás; como en su grave, modesto y hermoso rostro, no se habia manifestado nunca una sonrisa de desdén, ni una mirada de altanería, María no podia quejarse. Por otra parte, el Duque que era tan digno y tan delicado, ¿cómo habia de permitir que nadie se le quejase de su mujer? María tenia bastante penetracion para conocer que debia callar y no perder la amistad de Duque, que la lisonjeaba, ni su proteccion que le era necesaria, ni sus regalos que le eran muy gratos. Tuvo, pues, que tascar el freno, hasta que ocurriese algun suceso, que pusiese término á tan tirante situacion.

Un dia en que, vestida de seda, y deslumbrando á todos con sus joyas, cubierta con una magnífica mantilla de encajes, entraba en casa de la Duquesa, se encontró allí con el Padre de ésta, el Marqués de Elda, y con el Obispo de...

El Marqués era un anciano grave, de los mas chapados á la antigua. Era por los cuatro costados español, católico y realista neto. Vivia retirado de la córte desde la muerte del Rey, á quien habia servido en la guerra de la independencia.

Habia un poco de tibieza entre el Marques y su yerno, á quien el primero acusaba de condescender demasiado con las idéas del siglo. Esta tibieza subió de punto, cuando llegaron á oidos del severo y virtuoso anciano, los rumores ya públicos de lá proteccion que el Duque daba á una cantatriz de teatro.

Cuando María entró en la sala, la Duquesa se levantó, con intencion de darle gracias, y despedirla por aquel dia, en vista del respeto debido á las personas presentes. Pero el Obispo, que ignoraba todo lo que pasaba, manifestó deseos de oir cantar á la niña, que era su ahijada. La Duquesa se volvió á sentar; saludó á María con su urbanidad acostumbrada, y mandó llamar á su hija, quien no tardó en presentarse.

Apénas terminaba la niña los últimos compases de la plegaria de Desdémona, cuando se oyeron tres golpes suaves á la puerta.

—Adelante, adelante, dijo la Duquesa, dando á entender que conocia á la persona en su modo de llamar, y con una viveza nueva á los ojos de María, se puso en pié, y salió obsequiosamente al encuentro de aquella visita.

Pero María se sorprendió todavía mas al ver este nuevo personaje. Era una mujer féa, de unos cincuenta años de edad, y de aspecto comun. Su traje era tan basto como desairado y extraño.

La Duquesa la recibió con grandes muestras de consideracion, y una cordialidad tanto mas notable, cuanto mas contrastaba con la reserva glacial que con la maestra habia usado; la tomó de la mano, y la presentó al Obispo.

María no sabia qué pensar. Jamás habia visto un vestido semejante, ni una persona que le pareciese ménos en armonía con la posicion que parecia

ocupaba cerca de gentes tan distinguidas y elevadas.

Despues de un cuarto de hora de una conversacion animada, aquella mujer se levantó. Estaba lloviendo. El Marqués la ofreció su coche, con grandes instancias: pero la Duquesa le dijo:

—Padre, ya he mandado que pongan el mio.

Dijo estas palabras acompañando á la recien venida, que ya se retiraba, y que se negó tenazmente á hacer uso del carruaje.

—Ven, hija mia, dijo la Duquesa á su hija, ven, con permiso de tu maestra, á saludar á tu buena amiga.

María no sabia que pensar de lo que estaba viendo y oyendo. La niña abrazó á aquella que la Duquesa llamaba su buena amiga.

—¿Quién es esa mujer? le preguntó María, cuando volvió á su puesto.

—Es una hermana de la Caridad, respondió la niña.

María quedó anonadada. Su orgullo, que desafiaba con la frente erguida toda superioridad; la dignidad de la nobleza, la rivalidad de los artistas, el poder de la autoridad, y aun las prerogativas del genio, se dobló como un junco ante la grandeza y la superioridad de la virtud.

Poco despues se levantó para irse; seguia lloviendo.

—Tiene Vd. un coche á su disposicion, le dijo la Duquesa al despedirla.

Al bajar al patio, María observó que estaban quitando los caballos del de la Duquesa. Un lacayo bajó con aire respetuoso el estribo de un coche de alquiler. María entró en él henchido el corazon de impotente rabia.

Al dia siguiente declaró resueltamente al Duque que no continuaría dando lecciones á su hija. Tuvo buen cuidado de ocultarle el verdadero motivo, y la astucia de dar á esta reserva, todo el aspecto de un acto de prudencia. El Duque alucinado, tanto por el entusiasmo que María le inspiraba, como por los amaños de que ella supo valerse, supuso que su mujer habria dado motivo para aquella determinacion, y se mostró aun mas frio con ella.

CAPITULO IX.

La llegada á Madrid del célebre cantor Tenorini, puso cima á la gloria de María, por la admiracion con que la encomiaba aquel coloso, y por el empeño que manifestó en cantar acompañado de una voz digna de unirse á la suya. Tonino Tenorini, alias el Magno, habia salido no se sabe de dónde. algunos decian que habia venido al mundo, como Castor y Pollux, dentro de un huevo, no de cisne, sino de ruiseñor. Su espléndida y ruidosa carrera empezó en Nápoles, donde habia eclipsado enteramente al Vesubio. Despues pasó á Milan, y de allí sucesivamente á Florencia, San Petersburgo y Constantinopla. A la sazon llegaba de Nueva-York pasando por la Habana, con ánimo de dirigirse á París, cuyos habitantes, furiosos por no haber dado

todavía su *veto* decisivo sobre tan gigantesca reputacion, habian hecho un motin para desahogar su bílis. De allí Tenorini se dignaria ir á Lóndres, cuyos filarmónicos tenian un terrible *spleen* de pura envidia, y donde la *season* (1) corria riesgo de suicidarse, si la gran *notabilidad* no se compadecia de los males que su ausencia originaba.

¡Cosa] extraña, y que dejó sorprendidos á todos los Polos y á todas las Eloisas! Este sublime artista no llegaba en las alas del génio. Los delfines mal criados del Océauo, no le habian cárgado en sus filarmónicas espaldas, como hicieron los del Mediterráneo con Arión en tiempos más felicés. Tenorini habia llegado en la dilijencia..... ¡Qué horror!....

—¡Y—lo que es más—traia un saco de noche.

Hubo proyectos de celebrar su llegada, tocando un repique general de campanas, de iluminar las casas, y de erigir un arco de triunfo con todos los instrumentos de la orquesta del Circo. El Alcalde no consintió en ello, y poco faltó para que éste *cangrejo* reaccionario fuese obsequiado con una cencerrada.

Miéntras María participaba con el *gran cantante* de la desaforada ovacion que le ofrecia un público, que de rodillas los veneraba humildemente; se representaba una escena de diferente carácter en la

(1) Estacion, época de la apertura de los Parlamentos, en la cual se reune la gente de buen tono en Lóndres.

pobre choza de que ella saliera poco más de un año ántes.

Pedro Santaló yacía postrado en su lecho. Desde la separacion de su hija no habia levantado cabeza. Tenia los ojos cerrados, y no los abria sinó para fijar sus miradas en el cuartito que habia ocupado María, y que no estaba separado del suyo, sino por el estrecho pasadizo que subia al desván. Todo allí permanecia en el mismo estado en que su hija lo habia dejado; colgaba de la pared su guitarra, con un lazo de cinta que habia sido color de rosa y que ahora, pendia sin forma, como una promesa que se olvida, y descolorido como un recuerdo que se desvanece. Sobre la cama habia un pañuelo de seda de la India, y unos zapatos pequeños se veian aun debajo de una silla. La tiá María estaba sentada á la cabecera del enfermo.

—Vamos, vamos, tio Pedro, le decia la buena anciana, olvídese de que es Catalán, y no sea tan testarudo: déjese Vd. gobernar siquiera una vez en su vida, y véngase con nosotros al convento; que ya vé Vd. que allí no falta lugar. Así podré asistirle mejor, y no estará aquí aislado y solo en un solo cabo como el espárrago.

El pescador no respondia.

—Tio Pedro, continuó la tia María; Don Modesto ya ha escrito dos cartas, y se han puesto en el corréo, que dicen es la manera de que lleguen más presto y con más seguridad.

—¡No vendrá! murmuró el enfermo.

—Pero vendrá su marido, y por ahora eso es lo que importa, repuso la tia María.

—¡Ella! ¡ella! exclamó el pobre padre.

Una hora despues de esta conversacion, la tia María caminaba de vuelta al convento, sin haber logrado que el uraño y obstinado Catalán accediese á trasladarse á él. Cabalgaba la buena anciana en la insigne Golondrina, decana apacible del gremio borrical de la comarca. No hemos averiguado, en vista de lo remoto de la fecha en que lo recibió, el porqué mereció el nombre de Golondrina, pues nos consta que jamás hizo el menor esfuerzo, no ya para volar, pero ni aun para correr; ni nunca se le notó en Otoño la mas mínima inclinacion á trasladarse á las regiones del Africa.

Momo hecho ya un hombron, sin haber perdido un ápice de su fealdad nativa, iba arreando la burra.

—Oiga Vd:, Madre abuela, dijo; ¿y van á durar mucho estos paseitos de recréo cuotidianos para venir á ver á éste lobo marino?

—Por decontado, respondió su abuela; puesto que no se quiere venir al convento. Me temo que se muera si no vé á su hija.

—No me moriré yo de esa enfermedad, dijo Momo, soltando una carcajada de grueso calibre.

—Míra, hijo, prosiguió la tia María, yo no me fio mucho del corréo por mas que digan que es

seguro. Tampoco Don Modèsto se fia de él; así para que Don Federico y Marisalada lleguen á saber lo malo que está el tio Pedro, no hay medio mas seguro, sino el que tú mismo vayas á Madrid á decírselo; porque al fin no podemos estar así, cruzados de brazos, viendo morir á un Padre que clama por su hija, sin hacer por traérsela.

—¡Yo! ¡yo ir á Madrid, y para buscar á la Gaviota! esclamó Momo horripilado. ¿Está Vd. en su juicio, señora?

—Tan en mi juicio y tan en ello, que si tú no quieres ir, iré yo. A Cádiz fuí, y no me perdí, ni me sucedió nada; lo mismo será si voy á Madrid. Parte el corazon oir á ese pobrecito Padre clamar por su hija. Pero tú, Momo, tienes malas entrañas; con harta pena te lo digo. Y no sé de donde las has sacado, pues ni son de la casta de tu Padre ni de la de tu Madre; pero en cada familia hay un Judas.

—¡Ni al mismísimo demonio que no piensa sino en el modo de condenar á los cristianos, murmuraba Momo, se le ocurre otra! Y no es eso lo peor; sino que si se le mete á su mercé semejante chochera en la cabeza, lo ha de llevar á cabo. ¡Que no me diera un aire, que me dejase baldado de pies y piernas, siquiera por un mes.

Así pensando, desahogó Momo su coraje, descargando un cruel varazo sobre las ancas de la pobre Golondrina.

—¡Bárbaro! exclamó su Abuela, ¿á qué la pegas con ese pobre animal?

—¡Toma! repuso Momo; para llevar palos ha nacido.

—¿De dónde has sacado semejante herejía? ¿de dónde, alma de Herodes? Nadie sabe lo que compadezco yo á los pobres animales que, padecen sin quejarse y sin poder valerse; sin consuelo y sin compensacion.

—La lástima de Vd., Madre abuela, es como la capa del cielo, que todo lo cobija.

—Sí, hijo, sí; ni permita Dios que vea yo un dolor sin compadecerlo, ni que sea como esos desalmados, que oyen un ay como quien oye llover.

—Que diga Vd. èso, tocante al prójimo, ¡anda con Dios! Pero los animales, qué demonio.

—¿Y acaso no padecen? ¿Y acaso no son criaturas de Dios? acá, nosotros, estamos cargados con la maldicion y el castigo que mereció el pecado del primer hombre; pero ¿qué pecado cometieron el Adan y Eva de los burros, para que estos pobres animales tengan la vida tan mortificada? ¡Eso me pasma!!!

—Se comerian la peladura de la manzana, dijo Momo con una carcajada como un redoble de bombo.

Encontraron entonces á Manuel y á José, que iban de vuelta al convento.

—Madre, ¿cómo está el tio Pedro? preguntó el primero.

—Mal, hijo, mal. Se me parte el corazon de verle tan malo, tan triste, y tan solo. Le dije que se viniese al convento; pero ¡qué! mas fácil era traerse al fuerte de San Cristóbal, que no á ese cabezudo. Ni un cañon de á veinte y cuatro lo menéa. Preciso es que el hermano Gabriel se mude allá con él; y tambien que Momo vaya á Madrid á traerse á su hija y á Don Federico.

—Que vaya, dijo Manuel; asi verá mundo.

—¡Yo! exclamó Momo, ¿cómo he de ir yo, señor?

—Con un pié tras otro, respondió su Padre; ¿tienes miedo de perderte, ó de que te coma el cancón?

—Lo que es que no tengo ganas de ir, replicó Momo, exasperado.

—Pues yo te las daré con una vara de acebuche; ¿estás, mal mandado? dijo su Padre.

Momo, renegando del tio Pedro y de su casta no tuvo mas remedio que emprender su viaje, y uniéndose á los arrieros de la sierra de Aracena que venian á Villamar por pescado, llegó á Valverde, y de alli pasando por Aracena, la Oliva y Barcarota, á Badajoz, por el cual pasa la antigua carretera de Madrid á Andalucía. De allí, sin detenerse siguió á Madrid. Don Modesto habia copiado con letras tamañas como nueces, las señas de la casa en que vivia Stein, y que éste habia enviado cuando llegaron á Madrid. Con esta papeleta en la mano, salió Momo para la córte, entonando nuevas letanías de imprecaciones contra la Gaviota.

Una tarde salia la tia María mas desazonada que nunca, de en casa del pobre pescador.

—Dolores, dijo á su nuera, el tio Pedro se nos vá. Esta mañana enrollaba las sábanas de su cama; y eso es que está liando el hato para el viage de que no se vuelve. Palomo, que fué conmigo, se puso á aullar. ¡Y esa gente no viene! estoy que no se me calienta la camisa en el cuerpo. Me parece que Momo deberia ya estar de vuelta; diez dias lleva de viaje.

—Madre, contestó Dolores, hay mucha tierra que pisar hasta Madrid. Manuel dice que no puede estar de vuelta, sinó de aquí á cuatro ó cinco dias.

Pero ¡cuál no sería el asombro de ambas, cuando de repente vieron ante sí con aire azorado y mal gesto, al mismísimo Momo en persona!

—¡Momo! exclamaron las dos á un tiempo.

—El mismo en cuerpo y alma, contestó éste.

—¿Y Marisalada? preguntó ansiosa la tia María.

—¿Y Don Federico? preguntó Dolores.

—Ya los pueden Vds. aguardar hasta el dia del juicio, respondió Momo. ¡Vaya que ha estado bueno mi viaje! gracias á Madre abuela, que me he visto metido en un berengenal, que ya.....

—¿Pero qué es lo que hay? ¿qué te ha sucedido? peguntaron su Abuela y su Madre.

—Lo que van Vds. á oir, para que admiren los juicios de Dios, y le bendigan por verme aqui salvo y libre; gracias á que tengo buenas piernas.

La Abuela y la Madre se quedaron sobresaltadas al oir aquellas palabras que anunciaban serios y tristes acontecimientos.

—Cuenta, hombre, dí, ¿qué ha sucedido? volvieron ambas á exclamar; mira que tenemos el alma en un hilo.

—Cuando llegué á Madrid, dijo Momo, y me ví solo en aquel cotarro, se me abrieron las carnes. Cada calle me parecia un soldado; cada plaza una patrulla: con la papeleta que me dió el Comendante, que era un papel que hablaba, fui á dar en una taberna, donde topé con un achispado, amigo de complacer, que me llevó á la casa que rezaba el papel. Allí me dijeron los criados que sus amos no estaban en casa; y con eso, iban á darme con la puerta en los hocicos; pero no sabian esas almas de cántaro con quien se las tenian que haber. ¡Hé! les dije; miren Vds. con quien hablan, que yo no soy criado de nadie, ni nada vengo á pedir; aunque pudiera hacerlo, porque en mi casa fué donde recogimos a Don Federico, cuando se estaba muriendo, y no tenia ni sobre qué caerse muerto.

—¿Eso dijiste, Momo? exclamó su abuela; ¡quita allá! ¡esas cosas no se dicen! ¡qué vergüenza! ¿qué habrán pensado de nosotros? ¡echar en cara un favor! ¿quién ha visto eso?

—¿Pues qué; no se lo diria? ¡vaya! Y dije más; para que Vds. se enteren, dije que mi Abuela habia sido quien se habia traido á su casa á su ama.

:

cuando se puso mala de puro correr y desgañitarse sobre las rocas, como una Gaviota que era. Los mostrencos aquellos se miraban unos á otros riéndose, y haciendo burla de mí, y me dijeron que venía equivocado, que era hija de un General de las tropas de Don Cárlos. ¡Hija de un General! ¿se entera Vd.? ¿Por *via* de los moros! ¿Puede darse mas descarada embustera? ¡decir que el tio Pedro es General! ¡el tio Pedro, que ni ha servido al rey!—Al avío, les dije; que la razon que traigo, urge, y lo que quiero yo es largarme presto, y perder á Vds., á sus amos y á Madrid de vista.

—Nicolás, dijo entonces una moza que tenia trazas de ser tan farota como su ama; lleva ese ganso al *treato*: allí podrá ver á la Señora.

—Noten Vds. que cuando hablaba de mí, decia la muy deslenguada *ganso*, y cuando hablaba de la tuna de la Gaviota, decia *Señora*; ¿podria eso creerse? ¡cosas de Madrid! ¡confundío se vea!

—Pues, senor, el criado se puso el sombrero, y me llevó á una casa muy grandísima y muy alta, que era á *moo* de iglesia; solo que en lugar de cirios, tenia unas lámparas que alumbraban como soles. En rededor habia como unos asientos; en que estaban sentadas, mas tiesas que husos, mas de diez mil mujeres, puestas en feria, como redomas en botica. Abajo habia tanto hombre, que parecia un hormiguero. ¡Cristianos! ¡yo no sé de donde salió tanta criatura! Pues no es nada, dije para mi chaleco,

¡las hogazas de pan que se amasarán en la Villa de Madrid!... Pero asómbrense Vds.; toda esa gente habia ido allí, ¿á qué?... ¡á oir cantar á la Gaviota!!!

Momo hizo una pausa, teniendo las manos extendidas y abiertas á la altura de su cara.

La tia María bajó y levantó la cabeza en señal de satisfaccion.

—En todo esto no veo motivo para que te hayas vuelto tan de prisa y tan azorado, dijo Dolores.

—Ya voy, ya voy, que no soy escopeta, repuso Momo. Cuento las cosas como pasaron.

Pues cate Vd. ahí, que de repente, y sin que nadie se lo mandase, suenan á la par mas de mil instrumentos, trompetas, pitos y unos violines tamaños como confesonarios, que se tocaban para abajo. ¡María Santísima, y qué atolondro! yo dí una encojinada, que fué floja en gracia de Dios.

—Pero, ¿de dónde salió tanto músico? preguntó su Madre.

—¿Qué sé yo? habria leva de ciegos por toda España.—Pero no es esto lo mejor; sinó que cate usted ahí, que sin saber ni cómo, ni por dónde, desaparece un á *moo* de jardin que habia al frente. No parecia sino que el demonio habia cargado con él.

—¿Qué estás diciendo, Momo? dijo Dolores.

—*Naita* mas que la purísima verdad. En lugar de la arboleda, habia al frente un á *moo* de estrado

con redondeles de trapo (1) que seria de un palacio. Allí se presenta una mujer más *ajicalada*, con más terciopelos bordaduras de oro, y más dijes que la Vírgen del Rosario.

—Esta es la Reina Doña Isabel segunda, dije yo para mi chaleco. Pues, no Señor, no era la Reina. ¿Saben Vds. quién era? ¡Ni mas ni ménos que la Gaviota, la malvada Gaviota, que andaba aqui descalza de piés y piernas! Lo primero que sucedió con el vergel, habia sucedido con ella; la Gaviota descalza de pies y piernas, se la habia llevado el demonio, y en su lugar habia puesto una *principesa*. Yo estaba cuajado. Cuandó menos se pensaba, entra un Señor mayor muy engalanado. Estaba que echaba bombas ¡qué enojado! ponía unos ojos... ¡caramba! dije yo para mi chaleco, no quisiera yo estar en el pellejo de esa Gaviota. A todo esto, lo que me tenia parado era que reñian cantando. ¡Vaya! será la *moa* por allá, entre la gente de fuste. Pero con eso no me enteraba yo bien de lo que platicaban: lo que vine á sacar en limpio fué, que aquel seria el General de Don Cárlos, porque ella le decia *Padre*, pero él no la queria reconocer por hija, por mas que ella se lo pidió de rodillas.

—¡Bien hecho! le grité, duro, á la embustera descarada.

—¿A qué te metiste en eso? le dijo su Abuela.

(1) Alfombra.

—¡Toma! como que yo la conocia y podia atestiguarlo; ¿no sabe Vd. que quien calla otorga? Pero parece que allá no se puede decir la verdad, porque mi vecino que era un celador de policía me dijo: ¿quiere usted callar, amigo?

—No me dá la gana, le respondí; y he de decir en voz y en grito, que ese hombre no es su Padre.

—¿Está Vd. loco, ó viene de las Batuecas? me dijo el polizonte.

—Ni uno ni otro, só desvergonzado, le respondí; estoy mas cuerdo que Vd., y vengo de Villamar, donde está su padre *legítimo*, tio Pedro Santaló.

—Es Vd., me dijo el madrileñito, un pedazo de alcornoque muy basto: vaya Vd. á que lo descorchen.

Me amostacé y levanté el codo, para darle una *guantáa*, cuando Nicolás me cogió por un brazo y me sacó fuera para ir á echar un trago.

—Ya he caido en la cuenta, le dije; ese General, es el que quiere esa renegada Gaviota que sea su Padre. De muchas iniquidades habia yo oido hablar; de muertes, robos, hasta de piratas; pero eso de renegar de su Padre, en mi vida he oido otra.

Nicolás se desternillaba de risa; por lo visto, esa *indiniá*, no les coje allá de susto.

Cuando volvimos á entrar, es de presumir el que le habria mandado el General á la Gaviota, que se quitase los arrumacos, porque salió toda vestida de blanco que parecia amortajada. Se puso

á cantar, y sacó una guitarra muy grande que puso en el suelo y tocó con las dos manos, (¡qué no es capaz de inventar esa Gaviota!!!)—y ahora viene lo gordo, pues de repente, sale un moro.

—¿Un moro?

—¡Pero qué moro!! mas negro y mas feróstico queel mismisísimo Mahoma; con un puñal en la mano, tamaño como un machete. ¡Yo me quedé yerto!

—¡Jesus María! esclamaron su Madre y su Abuela.

—Pregunté á Nicolás que quien era aquel Fierabrás. y me respondió que se llamaba *Telo*. Para acabar presto; el moro le dijo á la Gaviota que la venia á matar.

—¿Vírgen del Cármen! esclamó la tia María, ¿era acaso el verdugo?

—No sé si era el verdugo, ni sé si era un matador pagado, respondió Momo; lo que si sé es que la agarró de los cabellos, y la dió de puñaladas: lo ví con estos ojos que ha de comer la tierra; y puedo dar testimonio.

Momo apoyaba sus dos dedos, debajo de sus ojos, con tal vigor de expresion, que aparecieron como queriendo salirse de sus órbitas.

Las dos buenas mugeres, lanzaron un grito. La tia María sollozaba, y se retorcía las manos de dolor.

—¿Pero qué hicieron tantos como presentes estaban? preguntó Dolores llorando, ¿no hubo nadie que prendiese á ese desalmado?

—Eso es lo que yo no sé, contestó Momo, pues

al ver aquello, cogí dos de luz y cuatro de traspón, no fuese que me llamasen á declarar, y no paré de correr hasta no poner algunas leguas entre la villa de Madrid, y el hijo de mi Padre.

—Preciso es, dijo entre sus sollozos la tia María, ocultarle esta desdicha el pobre tio Pedro. ¡Ay! ¡qué dolor! ¡qué dolor!!

—¿Y quién habia de tener valor para decírselo? repuso Dolores. ¡Pobre María! Hizo lo del español, que estando bien quiso estar mejor, y cáte Vd. ahí las resultas.

—Cada uno lleva su merecido, dijo Momo; esa embrollona descastada habia de parar en mal: no podia eso marrar. Si no estuviese cansado, iba sobre la marcha á contárselo á Raton Perez

CAPÍTULO X.

No tardó en esparcirse por todo el lugar la voz de que la hija del pescador habia sido asesinada.

Así pues, el egoista, torpe y díscolo Momo, que ayudado de su espíritu hostil é instintos egoistas, creyó realidad lo que vió en el teatro, no solo habia hecho un viaje inútil, por no haber cumplido su comision, sinó que indujo en el error en que su torpeza indócil le hizo caer, á todas aquellas buenas gentes.

La cara de Don Modesto se le alargó dos pulgadas.

El Cura dijo una misa por el alma de María.

Ramon Perez ató un lazo negro á su guitarra.

Rosa Mística dijo á Don Modesto:

—Dios la haya perdonado! Bien dije yo, que aca-

baria mal. Vd. recordará que por mas que procuraba yo guiarla á la derecha, ella siempre tiraba á la izquierda.

La tia María, calculando que en vista de la catástrofe, no le sería posible á Don Federico venir por entónces, se decidió á confiar la cura del tio Pedro, á un médico jóven que habia reemplazado á Stein en Villamar.

—No fio de su ciencia, le decia á Don Modesto, que se le recomendaba; no sabe recetar mas que aguas cocidas, y no hay cosa que debilite mas el estómago. Por alimento manda caldo de pollo; ahora ¿me querrá Vd. decir las fuerzas que podrá reponer semejante bebistrajo? Todo está trastornado, Comendante, pero deje Vd. que pase un poco de tiempo, y desengañados, se volverán á lo que la esperiencia de muchos siglos ha acreditado de bueno, que al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solian ir. Lo que atrevidas manos echaron abajo, el tiempo lo levantará; pero despues de haber echado algunas almas á su perdicion, y enviado muchos cuerpos al hoyo.

El médico halló al tio Pedro tan grave, que declaró ser necesario el prepararlo.

Prepararse á la muerte es, en el lenguage católico, ponerse en estado de gracia, esto es, zanjar sus cuentas en la tierra, haciendo el bien y deshaciendo el mal, en cuanto á nuestro alcance esté, tanto en el órden de las cosas eternas, como en el de las tempo-

rales, y granjear así, con la oracion y el arrepentimiento, la clemencia de Dios en favor de nuestras almas.

Si damos esta definicion de una cosa tan sabida y cuotidiana, es no solo porque es factible que caiga esta relacion en manos de algunos que no pertenezcan al gremio de nuestra santa Religion católica, sinó porque hemos visto muchos que no consideran esta santa práctica, bajo todas sus grandes y magníficas fases.

La tia María se echó á llorar amargamente al oir aquel fallo; llamó á Manuel, y le encargó que fuese á notificárselo al enfermo, con todas las precauciones debidas, pues ella no se sentia con ánimo para hacerlo

Manuel entró en el cuarto del paciente.

—¡Hola! tio Pedro, le dijo, ¿cómo vamos?

—Vamos para abajo, Manuel, contestó el enfermo; ¿quiéres algo para el otro mundo? dilo pronto, que estoy levando el áncla, hijo.

—¡Qué! tio Pedro, no está Vd. en ese caso. Ha de vivir Vd. mas que yo. Pero..... como dice el refran, que hacienda hecha no estorba..... quiere decir...

—No digas mas, Manuel; repuso el tio Pedro sin alterarse. Dile á tu Madre, que dispuesto estoy. Ya ha tiempo que véo venir este trance, y no pienso mas que en eso; (y añadió en voz baja y fatigada) ¡y en ella!

Manuel salió conmovido, enjugándose los ojos

apesar de haber visto tanta sangre y tantas agonías en su carrera militar; ¡tan cierto es, que el alma mas estóica se ablanda á vista de la muerte, cuando no se fuerza al hombre á considerarla como un átomo lanzado en el insondable abismo, que abren á tantos miles el orgullo y la ambicion de los que sin autoridad, sin derecho ni razon, han querido imponer al mundo su personalidad ó sus idéas!

Al dia siguiente reinaba uno de aquellos violentos, ruidosos y animados temporales que consigo trae el equinoccio. Oíase el viento soplar en diferentes tonos, como una hidra cuyas siete cabezas estuviesen silbando á un tiempo.

Estrellábase contra la cabaña, que crujia siniestramente: oíase este invisible elemento, lúgubre entre las bóvedas sonoras de las altas ruinas del fuerte; violento entre las agitadas ramas de los pinos; plañidero entre las atormentadas cañas del navazo; y se desvanecia gimiendo en la dehesa, como se disipa la sombra gradualmente en un paisaje.

La mar agitaba las olas de su seno, con la ira y violencia con que sacude una Furia las sierpes de su cabellera. Las nubes, cual las Danáides, se relevaban sin cesar, vertiendo cada cual su contingente, que caia á raudales sobre las ramas, que se tronchaban, abriendo sus corrientes hondos surcos en la tierra. Todo se estremecía, temblaba ó se quejaba. El sol habia huido, y el triste color del dia era uniforme y sombrío como el de una mortaja.

Aunque la cabaña estaba resguardada por la peña, la tempestad habia arrebatado parte de su techo durante la noche. Para impedir su total destruccion, Manuel, ayudado por Momo, lo habia sujetado con el peso de algunos cantos traidos de las ruinas.—Ya que no quieras albergar mas á tu dueño, le decia Manuel, aguarda al ménos su muerte para hundirte.

Si alguna otra mirada que la de Dios, hubiera podido llegar á aquel desierto, cruzando la tempestad que lo azotaba, habria descubierto un grupo de hombres, que caminaban en direccion paralela al mar, arrostrando los furores del temporal, envueltos en sus capas, en actitud recogida y silenciosa, los cuerpos inclinados hácia adelante, y las cabezas bajas. Seguíalos grave y mesuradamente un anciano, cruzados los brazos sobre el pecho á la manera de los orientales, precedido por un muchacho que agitaba de cuando en cuando una campanilla. Se oia por intervalos, y á pesar de las ráfagas del huracan, la voz tranquila y sonora del anciano, que decia: *Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam:* y el coro de hombres respondia: *Et secundum multitudinem miserationum tuarum, de le iniquitatem meam.*

Penetrábalos la lluvia, azotábalos el viento; y ellos seguian impávidos en su marcha grave y uniforme.

Esta comitiva se componia del Cura y de algunos católicos piadosos, hermanos de la cofradía del Santísimo Sacramento, que presididos por Manuel, iban

á llevar á un moribundo, con los últimos Sacramentos, los últimos consuelos del cristiano.

Nada podia, como lo que acabamos de describir, dar realce y vida á esta verdad moral: que en medio del tumulto y de las borrascas de las malas pasiones, la voz de la santa religion se deja oir por intervalos, grave y poderosa, suave y firme, aun á aquellos mismos que la olvidan y la reniegan.

El Cura entró en el cuarto del enfermo.

Los niños que habian acudido, recitaban estos versos, que aprendieron al mismo tiempo que aprendieron á hablar.

Jesucristo va á salir.
Yo por Dios quiero morir,
Porque Dios murió por mí.

Los ángeles cantan,
Todo el mundo adora,
Al Dios tan piadoso
Que sale á estas horas.

Jesucristo va á salir, etc.

Aquella pobre morada se habia aseado y dispuesto con esmero y decencia, gracias á los cuidados de la tia María y del hermano Gabriel. Sobre una mesa se habia colocado un Crucifijo con luces y flores; porque las luces y los perfumes son los homenajes externos que se tributan á Dios. La cama estaba limpia y primorosa.

Concluida la ceremonia, nadie quedó con el enfermo, sino el Cura, la buena tía María y Fr. Gabriel. El tío Pedro yacía tranquilo. Al cabo de algún tiempo abrió los ojos, y dijo:

—¿No ha venido?

—Tío Pedro—respondió la tía María, mientras corrían por sus arrugadas mejillas dos lágrimas que no alcanza á ver el enfermo:—hay mucho trecho de aquí á Madrid. Ha escrito que iba á ponerse en camino, y pronto la veremos llegar.

Santaló volvió á caer en su letargo. Una hora después recobró el sentido, y fijando sus miradas en la tía María, le dijo:

—Tía María, he pedido á mi divino Salvador, que se ha dignado venir á mí, que me perdone, que la haga feliz, y que le pague á usted cuanto por nosotros ha hecho.

Después se desmayó; volvió en sí, abrió los ojos que ya cristalizaba la muerte, y pronunció con acento ininteligible estas palabras:

—¡No ha venido!

En seguida dejó caer la cabeza en la almohada, y exclamó en voz alta y firme:

—Misericordia, Señor.

—Rezad el Credo—dijo el Cura tomando entre sus manos las del moribundo, y acercándose á su oído, para hacer llegar á su percepción algunas palabras de Fe, Esperanza y Caridad, enmedio del entorpecimiento creciente de sus sentidos.

La tia María y el hermano Gabriel se postraron.

Los católicos conservan á la muerte todo el respeto solemne que Dios le ha dado, adoptándola él mismo como sacrificio de expiacion.

Reinaban un silencio y una calma llena de magestad, en aquel humilde recinto donde acababa de penetrar la muerte.

Fuera, seguia desencadenada y rugiente la tempestad.

Adentro todo era reposo y paz, porque Dios despoja á la muerte de sus horrores y de sus inquietudes, cuando el alma se exhala hácia el cielo al grito de ¡misericordia!, rodeada de corazones fervorosos, que repiten en la tierra: «misericordia. misericordia!»

CAPITULO XI.

El mundo es un compuesto de contrastes. No es muy nueva, ni muy original esta observacion; pero cada dia se nos presentan á la vista la aurora y el ocaso, y cada vez nos sorprenden y admiran, á pesar de su repeticion.

Asi es, que miéntras el pobre pescador ofrecia á sus humildes y piadosos amigos el grande y augusto espectáculo de la santa muerte del cristiano, su hija daba al público de Madrid, frenéticamente entusiasmado, el de una *prima donna* sin una gota de sangre italiana en las venas, y que eclipsaba ya en el ejercicio de su arte al mismo gran Tenorini. Habia lo bastante con esto para restablecer el antiguo y noble orgullo de los tiempos de Cárlos III; para libertarnos por siempre jamás amen de la rabia y comezon de

imitar, recobrando nuestra inmaculada y pura nacionalidad; en fin, habia lo bastante para decir al monumento del Dos de Mayo, á la estátua de Felipe IV y á la de Cervantes: «Humilláos, sombras ilustres, que aquí viene quien sobrepuja vuestra grandeza y vuestra gloria.» No faltaron entusiastas que pensasen acudir á la Reina, para que se dignase ennoblecer á María, dándole un escudo de armas, cuyo lema, imitando el de los Duques de Veragua, en lugar de: A Castilla y á Leon, nuevo mundo dió Colon, dijese: A alta y baja Andalucía, nueva gloria dió María. En fin, tal era la impresion hecha por la cantatriz en el público de Madrid, que ya no se escribia en las oficinas, ni se estudiaba en los colegios: hasta los fumadores se olvidaban de acudir al estanco. La fábrica de tabacos se estremeció de indignacion en sus cimientos, á pesar de que, como es público y notorio, son tan profundos, que llegan hasta América. Todo el entusiasmo que hemos procurado bosquejar sin haberlo conseguido, se manifestaba una noche á la puerta del teatro, en un grupo de jóvenes, que se esforzaban en comunicárselo á dos extranjeros recien-venidos. Aquellos inteligentes no solo encomiaron, examinaron y analizaron la calidad del órgano, la flexibilidad de garganta, y todo lo que hacia tan sobresaliente el canto de María, sino que tambien pasaron revista de inspeccion á sus prendas personales. Otro jóven, embozado hasta los ojos en su capa, estaba cerca de aquel grupo, y se mantenia inmóvil y

callado, pero cuando se trató de las dotes físicas, dió colérico con el pié un golpe en el suelo.

—Apuesto cien guinéas, Vizconde de Fadièse, *(fá sostenido)*, decia nuestro amigo Sir John Burnwood, (que no habiendo obtenido licencia para llevarse el Alcázar, pensaba en renovar la misma demanda con respecto al Escorial), apuesto á que esta mujer hará mas ruido en Francia que Mad. Laffarge; en Inglaterra, que Tom Pouce, y en Italia que Rossini.

—No lo dudo, Sir John, respondió el Vizconde.

—¡Qué ojos tan árabes! añadió el jóven Don Celestino Armonía. ¡Qué cintura tan esbelta! En cuanto á los pies, no se vén, pero se sospechan; en cuanto al cabello, la Magdalena se lo envidiaría.

—Estoy impaciente por ver y oir ese portento, exclamó con exaltacion el Vizconde, el cual siempre estaba, como lo indicaba su nombre, montado medio tono mas alto que todos los demás Vizcondes. Preparémos los anteojos, y entremos.

Entretanto el jóven embozado habia desaparecido.

María, en traje de Semiramis, estaba preparada para salir á la escena. Rodeábanla algunas personas.

El embozado, que no era otro que Pepe Vera, entró á la sazon, se aproximó á ella, y sin que nadie lo oyese, le dijo al oido:

—No quiero que cantes:—y siguió adelante con impasible aire de indiferencia.

María se puso pálida de sorpresa, y enrojeció de indignacion en seguida.

—Vamos, dijo á su doncella; Marina, ajusta bien los pliegues del vestido. Van á empezar: (y añadió en voz alta para que lo oyese Pepe Vera, que se iba alejando):—con el público no se juega.

—Señora, le dijo uno de los empleados, ¿puedo mandar que alcen el telon?

—Estoy lista, respondió.

Pero, no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando lanzó un grito agudo.

Pepe Vera habia pasado por detrás, y cogiéndole el brazo con fuerza brutal, habia repetido:

—No quiero que cantes.

Vencida por el dolor, María se habia arrojado en una silla llorando. Pepe Vera habia desaparecido.

—¿Qué tiene? ¿Qué ha sucedido? preguntaban todos los presentes.

—Me ha dado un dolor, respondió María llorando.

—¿Qué teneis, Señora? preguntó el Director, á quien habian dado aviso de lo que pasaba.

—No es nada, contestó María, levantándose y enjugándose las lágrimas. Ya pasó; estoy pronta. Vamos.

En este momento, Pepe Vera, pálido como un cadáver, y ardiéndole los ojos como dos hornillos, vino á interponerse entre el Director y María.

—Es una crueldad, dijo con mucha calma, sacar á las tablas á una criatura que no puede tenerse en pié.

—¡Pero qué! Señora, exclamó el Director, ¿estais

enferma? ¿Desde cuándo? Hace un momento que os he visto rozagante, alegre y animada!

María iba á responder, pero bajó los ojos, y no desplegó los lábios. Las miradas terribles de Pepe Vera la fascinaban, como fascinan al ave las de la serpiente.

—¿Porqué no ha de decirse la verdad? continuó Pepe Vera sin alterarse. ¿Porqué no habeis de confesar que no os hallais en estado de cantar? ¿Es pecado por ventura? ¿Sois esclava, para que os arrastren á hacer lo que no podeis?

Entretanto el público se impacientaba. El Director no sabia qué hacer. La autoridad envió á saber la causa de aquel retardo; y mientras el Director explicaba lo ocurrido, Pepe Vera se llevaba á María, bajo el pretexto de necesitar asistencia, agarrándola por el puño con tanta fuerza que parecia romperle los huesos, y diciéndola con voz ahogada, pero firme:

—¡Caramba! ¿No basta decir que no quiero?

Cuando estuvieron solos en el cuarto que servia de vestuario á María, estalló la rábia de ésta.

—Eres un insolente, un infame, exclamó con voz sofocada por la ira. ¿Qué derecho tienes para tratarme de esta suerte?

—El quererte, respondió Pepe Vera, con flema.

—Maldito sea tu querer, dijo María.

Pepe Vera se echó á reir.

—¡Lo dices eso, como si pudieras vivir sin él, dijo volviendo á reir!

—¡Véte, véte! exclamó María, y no vuelvas jamás á ponérteme delante.

—Hasta que me llames.

—¡Yo á tí! Antes llamaria al demonio.

—Eso puedes hacer; que no tendré celos.

—¡Véte, véte al instante, déjame!

—Concedido, dijo el torero; de hilo me voy en casa de Lucía del Salto. (María estaba celosísima de aquella muger, que era una bailarina á quien Pepe Vera cortejaba antes de conocer á María.)

—¡Pepe! ¡Pepe! gritó María, ¡villano! ¡La traicion despues del vejámen!

—Aquella, dijo Pepe Vera, no hace mas que lo que yo quiero. Tú eres demasiado Señorona para mí. Si quieres que hagamos buenas migas, se han de hacer las cosas á mi voluntad. Para mandar tú y no obedecer, ahí tienes á tus Duques, á tus Embajadores, á tus desaboridas y achacosas Excelencias.

Dijo y echó á andar hácia la puerta.

—¡Pepe! ¡Pepe! gritó María, desgarrando su fino pañuelo entre sus crispados dedos.

—Llama al demonio, le respondió irónicamente Pepe Vera.

—¡Pepe! ¡Pepe! tén presente lo que voy á decirte. Si te vás con la Lucía, me dejo enamorar por el Duque.

—¿A que no te atreves? respondió Pepe, dando algunos pasos atrás.

—¡A todo me atrevo yo por vengarme!

Pepe se quedó plantado delante de María, con los brazos cruzados, y los ojos fijos en ella.

María sostuvo sin alterarse, aquellas miradas penetrantes como dardos.

Aquellos toscos y brutales amores parecian mas bien de tigres que de séres humanos. ¡Y tales son, sin embargo, los que la literatura moderna suele atribuir á distinguidos caballeros y á damas elegantes!

En aquel corto instante, aquellas dos naturalezas se sondearon recíprocamente, y conocieron que eran del mismo temple y fuerza. Era preciso cortar sus relaciones, ó suspender la lucha. Por mútuo instinto de esto cada cual renunció el triunfo.

—Vamos, Maruja, dijo Pepe Vera, que habia sido el agresor, séamos amigos, y pelillos á la mar. No iré en casa de Lucía; pero en cambio, y para estar seguros uno de otro, me vas á esconder esta noche en tu casa, de modo que pueda ser testigo de la visita del Duque, y convencerme por mí mismo de que no me engañas.

—No puede ser, respondió friamente María

—Pues bien, dijo Pepe, ya sabes donde voy en saliendo de aquí.

—¡Infame! repuso María apretando los puños con rábia, me pones entre la espada y la pared.

Una hora despues de esta escena, María estaba en su casa medio recostada en un sofá; el Duque estaba sentado cerca de ella; Stein en pie, tenia en sus manos las de su mujer, observando el estado del pulso.

—No es nada, María, dijo á ésta. No es nada, señor Duque: un ataque de nervios que ya ha pasado. El pulso está perfectamente tranquilo. Reposo, María, reposo. Te matas á fuerza de trabajo. Hace algun tiempo que tus nervios se irritan de un modo extraordinario. Tu sistema nervioso se resiente del impulso que dás á los papeles. No tengo la menor inquietud, y así me vòy á velar un enfermo grave. Toma el calmante que voy á recetar; cuando te acuestes, una horchata, y por la mañana leche de burra;—y dirigiéndose al Duque,—mi obligacion me fuerza, mal que me pese, á ausentarme, Señor Duque.

Y volviendo á recomendar á su mujer el sosiego y el reposo, Stein se retiró, haciendo al Duque un profundo saludo.

El Duque, sentado enfrente de María, la miró largo tiempo.

María parecia extraordinariamente aburrida.

—¿Estais cansada? dijo aquel con la suavidad que solo el amor puede dar á la voz humana.

—Estoy descansando, respondió ella.

—¿Quereis que me vaya?

—Si os place...

—Al contrario, me disgustaría mucho.

—Pues, entónces, quedáos.

—María, dijo el Duque despues de algunos instantes de silencio, y sacando un papel del bolsillo; cuando no puedo hablaros, canto vuestras alabanzas.

Hé aquí unos versos que he compuesto anoche; porque de noche, María, sueño sin dormir. El sueño ha huido de mis ojos, desde que la paz ha huido de mi corazon. Perdon, perdon, María, si estas palabras que rebosan de mi corazon, ofenden la inocencia de vuestros sentimientos, tan puros como vuestra voz. Tambien he padecido yo, cuando padecíais vos.

—Ya veis, repuso ella bostezando, que no ha sido cosa de cuidado.

—¿Quereis, María, le preguntó el Duque, que os lea los versos?

—Bien, respondió friamente María.

El Duque leyó una linda composicion.

—Son muy hermosos, dijo María algo mas animada: ¿van á salir en *El Heraldo*?

—¿Lo deseais? preguntó el duque suspirando.

—Creo que lo merecen, contestó María.

El Duque calló apoyando su cabeza en sus manos.

Cuando la levantó vió en los ojos de María, fijos en la puerta de cristales de su alcoba, un vivo rayo, inmediatamente apagado. Volvió la cara hácia aquel lado: pero no vió nada.

El Duque, en su distraccion, habia hecho un rollo del papel en que estaban escritos sus versos, que María no habia reclamado.

—¿Vais á hacer un cigarro con el soneto? preguntó María.

—Al ménos, así serviria para algo, respondió el Duque.

—Dádmelos, y los guardaré, repuso María.

El Duque pasó en el papel enrollado una magnífica sortija de brillantes.

—¡Qué! dijo María, ¿la sortija tambien?

Y se la puso en el dedo, dejando caer al suelo el papel.

—¡Ah! pensó entonces el Duque: ¡no tiene corazon para el amor, ni alma para la poesía! ¡ni aun parece que tiene sangre para la vida! Y sin embargo, el cielo está en su sonrisa; el infierno en sus ojos; y todo lo que el cielo y la tierra contienen, en los acentos de su soberana voz.

El Duque se levantó.

—Descansad, María, le dijo. Reposad tranquila en la venturosa paz de vuestra alma, sin que la importune la idéa de que otros velan y padecen.

CAPITULO XII.

Apénas cerró el Duque la puerta, cuando Pepe Vera salió por la de la alcoba, riéndose á carcajadas.

—¿Quiéres callar? le dijo María haciendo reflejar los rayos de la luz en el solitario que el Duque acababa de regalarle.

—No, respondió el torero, porque me ahogaria la risa. Ya no estoy celoso, Mariquita. Tantos celos tengo como el sultan en su serrallo. ¡Pobre muger! ¿Qué sería de tí, con un marido que te enamora con recetas, y un cortejo que te obsequia con coplas, sino tuvieras quien supiera camelarte con zandunga? Ahora que el uno se ha ido á *soñar despierto*, y el otro á *velar dormido,* vámonos tú y yo á cenar con la gente alegre, que aguardándonos está.

—No, Pepe. No me siento buena. El sofocon que he tomado, el frio que hacia al salir del teatro, me han cortado el cuerpo. Tengo escalofrios.

—Tus dengues de Princesa, dijo Pepe Vera. Vente conmigo. Una buena cena te sentará mejor que no esa zonzona horchata, y un par de vasos de buen vino, te harán mas provecho que la asquerosa leche de burra. vamos, vamos.

—No voy, que hace un Norte de Guadarrama, de esos que no apagan una luz, y matan á un cristiano.

—Pues bien, dijo Pepe, si esa es tu voluntad, y quieres curarte en salud, buenas noches.

—¡Cómo! exclamó María. ¿Te vas á cenar y me dejas? ¿Me dejas sola y mala como lo estoy, por tu causa?

—¡Pues qué! replicó el torero, ¿quieres que yo tambien me ponga á dieta? Eso no, morena. Me aguardan y me largo. Buen rato te pierdes.

María se levantó con un movimiento de coraje, dejó caer una silla, salió del cuarto cerrando la puerta con estrépito, y volvió en breve, vestida de negro, cubierta de una mantilla cuyo velo le ocultaba el rostro, y envuelta en un pañolon, y salieron los dos juntos.

Muy entrada la noche, al volver Stein á su casa el criado le entregó una carta. Cuando estuvo en su cuarto, la abrió. Su contenido y su ortografía eran como sigue

«Señor dotor.

«No creha V. que esta es una carta nónima; yo hago las cosas claras; comienzo por decirle mi nombre que es Lucía del Salto; me parece que es nombre bastante conocido.

«Señor marío de la Santaló, es menester ser tan bueno ó tan bolo como V. lo es, para no caher en lo qüenta de que su muger de V. está mal entretenía por Pepe Vera, que era mi novio, que yo lo puedo decir, porque no soy casada y á nadie engaño. Si V. quiere que se le caigan las cataratas, vaya V. esta noche á la calle de*** número 13, y alli ará V. como santo Tomas.»

—¡Puede darse una infamia semejante! exclamó Stein, dejando caer la carta al suelo. Mi pobre María tiene envidiosas, y lo son mujeres de teatro ¡Pobre María! enferma, quizás durmiendo ahora sosegadamente. Pero veamos si su sueño es tranquilo. Anoche no estaba bien. Tenia el pulso agitado, y la voz tomada. ¡Hay tantas pulmonías ahora en Madrid!

Stein tomó una luz, salió de su cuarto, pasó á la sala, por la cual comunicaba con la alcoba de su mujer, entró en ella, pisando con las puntas de los pies, se acercó á la cama, entreabrió las cortinas... no habia nadie!

En un ser íntegro, tan confiado como Stein, no era fácil que penetrase de pronto y sin combate, la conviccion de tan infame engaño.

—No, dijo despues de algunos instantes de reflexion. ¡No es posible! Debe haber alguna causa, algun motivo imprevisto.

—Sin embargo, continuó despues de otra pausa; es preciso que no me quede nada sobre el corazon.

Es preciso que yo pueda responder á la calumnia, no solo con el desprecio, sino con un solemne mentís y con pruebas positivas.

Con el auxilio de los serenos, Stein pudo hallar fácilmente el lugar indicado en la carta.

La casa indicada no tenia portero: la puerta de la calle estaba abierta. Stein entró, subió un tramo de la escalera, y al llegar al primer descanso, no supo donde dirigirse.

Debilitado el primer ímpetu de su resolucion, empezó á avergonzarse de lo que hacia. Espiar, decia, es una bajeza. Si María supiera lo que estoy haciendo, se resentiria amargamente, y tendria razon. ¡Dios mio! ¿sospechar á la persona que amamos, no es crear la primera nube en el puro cielo del amor? ¡yo espiar! ¿á esto me ha rebajado el despreciable escrito de una mujer mas despreciable aun?

Vuélvome. Mañana le preguntaré á María cuánto saber deséo, que este medio es el debido, el natural y el honrado. Alto allá, corazon mio; limpia mi pensamiento de sospechas, como limpia el sol la atmósfera de negras sombras.

Stein lanzó un profundo suspiro, que parecia estarle ahogando, y pasó su pañuelo por su húmeda frente. ¡Oh! exclamó ¡la sospecha, que créa la idéa de la posibilidad del engaño que no existia en nuestra alma! ¡oh! la infame sospecha, hija de malos instintos ó de peores insinuaciones, por

un momento este mónstruo ha envilecido mi alma, y ya para siempre tendré que sonrojarme ante María!

En aquel instante se abrió una puerta que daba al descanso en que se habia parado Stein, y dió salida á un rumor de vasos, de cantos y de risas: una criada que salia de adentro sacando botellas vacias, se hizo atrás, para dejar pasar á Stein, cuyo aspecto y traje le inspiraron respeto.

—Pasad adelante, le dijo; aunque venís tarde, porque ya han cenado; y siguió su camino.

Stein se hallaba en una pequeña antesala. Estaba abierta una puerta que daba á una sala contigua. Stein se acercó á ella. Apenas habian echado sus ojos una mirada á lo interior de aquella pieza, cuando quedó inmóvil y como petrificado.

Si todos los sentimientos que elevan y ennoblecen el alma, cegaban al Duque, todos los impulsos buenos y puros del corazon, cegaban á Stein con respecto á María ¡Cuál seria, pues, su asombro al verla (1) sentada á la mesa en un taburete, teniendo á sus piés una silla baja, en que estaba Pepe Vera, que tenia una guitarra en la mano y cantaba.

(1) Aqui decia *sin mantilla*, y hemos suprimido esta frase que ha dado lugar á los traductores que no saben que la mantilla es un tocado, á que hayan puesto la poco decente aserc'on de estar María *descotada* en semejante fiesta.

Una muger andaluza
Tiene en sus ojos el sol;
Una aurora en su sonrisa,
Y el Paraiso en su amor.

¡Bien, bien, Pepe! gritaron los otros comensales. Ahora le toca cantar á Marisalada. Que cante Marisalada. Nosotros no somos gente de levita ni de paletós; pero tenemos oidos como los tienen ellos; que en punto á orejas, no hay pobres ni ricos. Ande Vd., Mariquita, cante Vd. para sus paisanos que lo entienden; que las gentes de bandas y cruces no saben jalear sino en francés.

María tomó la guitarra que Pepe Vera le presentó de rodillas, y cantó:

Mas quiero un jaleo pobre,
Y unos pimientos asados,
Que no tener un usía
Desaborïo á mi laó.

A esta copla respondió un torbellino de aplausos, vivas y requiebros, que hicieron retemblar las vidrieras.

Stein se puso rojo como la grana, menos de indignacion, que de vergüenza.

—Sobre que ese Pepe Vera nació de pié, dijo uno de sus compañeros.

—¡Tiene masuerte s que quiere!

—Cómo que hoy por hoy, no la cambio por un Imperio, repuso el torero.

—¿Pero qué dice á eso el marido? preguntó un picador, que contaba mas años que todos los demas de la cuadrilla.

—¿El marido? respondió el torero: no conozco á su mercé sino para servirlo. Pepe Vera no se las aviene sino con toros bravos.

Stein habia desaparecido.

CAPÍTULO XIII

El dia siguiente al de los sucesos referidos en el capítulo que precede, el Duque estaba sentado en su librería enfrente de su carpeta. Tenia en la mano la pluma inmóvil y derecha, semejante á un soldado de ordenanza que no aguarda más que una órden para ponerse en movimiento.

Abrióse lentamente la puerta, por la que se vio aparecer la hermosa cabeza de un niño de seis años, casi sumergida en una profusion de rizos negros.

—Papá Cárlos, dijo; ¿estáis solo? ¿Puedo entrar?

—¿Desde cuándo, Angel mio, respondió el Padre, necesitas tú licencia para entrar en mi cuarto?

—Desde que no me quereis tanto como ántes, respondió el niño apoyándose en las rodillas de su Padre. Y eso que soy bueno: estudio bien con Don Fe-

derico, como me lo habeis mandado, y en prueba de ello voy á hablar en aleman.

—¿De veras? dijo el Duque tomando á su hijo en brazos.

—De veras: escucha: *Gott segne meinen guten Vater;* que quiere decir: Dios bendiga á mi buen Padre.

El Duque estrechó entre sus brazos á la hermosa criatura, la cual poniendo sus manecitas en los hombros de su padre, y echándose atrás añadió:

—*Und meine liebe mutter,* que quiere decir; y á mi querida madre.—Ahora, dadme un beso, prosiguió el niño echándose al cuello del Duque.

—Pero, dijo de repente, se me olvidaba que traigo un recado de Don Federico.

—¿De Don Federico? preguntó el Duque con extrañeza.

—Dice que quisiera hablaros.

—Que entre, que entre. Ve á decírselo, hijo mio. Su tiempo es precioso, y no debe perderlo.

El Duque guardó el papel en que habia trazado algunos renglones, y Stein entró.

—Señor Duque, le dijo, voy á causaros una gran sorpresa, porque vengo á tomar vuestras órdenes, á daros gracias por tantas bondades, y á anunciaros mi inmediata partida.

—¡Partir! exclamó el Duque, con la expresion de la mas viva sorpresa.

—Si, señor, sin demora.

—¿Sin demora? ¿Y María?

—María no viene conmigo.

—Vamos, Don Federico, os chanceais. No puede ser.

—Lo que no puede ser, señor Duque, es que yo permanezca aqui.

—¿La razon?

—¡Ah! no me la pregunteis; porque no puedo decirla.

—No puedo concebir una sola, dijo el Duque, que sea bastante á justificar semejante locura.

—Bien imperiosa debe de ser, respondió Stein, la que me pone en el caso de tomar este partido extremo.

—Pero..... amigo Stein, ¿qué razon es esa?

—Debo callarla, señor.

—¿Qué debeis callarla? exclamó el Duque cada vez mas atónito.

—Así lo créo, dijo Stein; y este deber me priva del único consuelo que me quedaba, el de poder desahogar mi corazon en el del noble y generoso mortal que me abrió su mano poderosa, y se dignó llamarme su amigo.

—¿Y á dónde vais?

—A América.

—Eso es imposible, Stein; lo repito; ¡es imposible! exclamó el Duque, levantándose en un estado de agitacion que crecia por momentos. Nada puede haber en el mundo que os obligue á abandonar vuestra mujer, á separáros de vuestros amigos, á deser-

tar de vuestro empléo, y á dejar plantada vuestra clientela, como podria hacerlo un tarambana. ¿Teneis ambicion? ¿Os han prometido mayores ventajas en América?

Stein sonrió amargamente.

—¡Ventajas, Señor Duque! ¿No ha sobrepujado la fortuna todas las esperanzas que pudo haber soñado vuestro compañero de viaje?

—Me confundís, dijo el Duque. ¿Es capricho? ¿Es un rapto de locura?

Stein callaba.

—De todos modos, añadió el Duque, es una ingratitud.

Al oir esta palabra cruel y tierna al mismo tiempo, Stein se cubrió el rostro con las manos, y su dolor largo rato comprimido estalló en hondos sollozos.

El Duque se acercó á él, le tomó la mano, y le dijo:

—No hay indiscrecion en desahogar sus penas en el corazon de un amigo, ni puede existir deber alguno que prohiba á un hombre recibir los consejos de las personas que se interesan en su bienestar, particularmente en las circunstancias graves de la vida. Hablad, Stein. Abridme vuestro corazon. Estais harto agitado para obrar con sangre fria; vuestra razon está demasiado ofuscada, para poder aconsejar cuerdamente. Sentémonos en este divan. Abandonáos á mis consejos en una circunstancia

que parece de trascendencia, como yo me abandonaria á los vuestros, si me hallára en el mismo caso.

Stein se dió por vencido: sentóse cerca del Duque, y los dos quedaron por algun tiempo en silencio. Stein parecia ocupado en buscar el modo de hacer la declaracion que exigia la amistad del Duque. Por fin, levantando pausadamente la cabeza

—Señor Duque, le dijo, ¿qué haríais si la señora Duquesa os prefiriese otro hombre?... ¿si os fuera infiel?

El Duque se puso en pié de un salto, erguida la frente, y mirando severamente á su interlocutor.

—Señor Doctor, esa pregunta.....

—Respondedme, respondedme, dijo Stein, cruzando las manos en actitud de un hombre profundamente angustiado.

—¡Por Cristo Santo! dijo el Duque, ¡ambos moririan á mis manos!

Stein bajó la cabeza.

—Yo no los mataré, dijo; pero me dejaré morir!

El Duque empezó entónces á columbrar la verdad, y un temblor que no pudo contener, recorrió sus miembros.

—¡María!...exclamó al fin.

—María, respondió Stein sin levantar la frente, como si la infamia de su mujer fuese un peso que se la oprimiera.

—¡Y la habeis sorprendido! dijo el Duque, pu-

diendo apénas pronunciar estas palabras, con una voz que la indignacion ahogaba.

—En una verdadera orgía, respondió Stein, tan licenciosa como grosera, en que el vino y el tabaco servian de perfumes, y en que el torero Pepe Vera, se jactaba de ser su amante. ¡Ah María, María! prosiguió, cubriéndose el rostro con las manos.

El Duque, que como todos los hombres serenos tenia un gran imperio sobre sí mismo, dió algunas vueltas por el aposento. Parándose despues delante de su pobre amigo, le dijo con solemnidad:

—Partid, Stein.

Stein se levantó; apretó entre sus manos las del Duque: quiso hablar, y no pudo.

El Duque le abrió los brazos.

—Valor, Stein, le dijo; y hasta la vista.

—¡Adios, y.. para siempre! murmuró Stein, arrojándose fuera del cuarto.

Cuando el Duque estuvo solo, se paseó largo rato. A medida que se calmaba la agitacion producida por la terrible sorpresa que se habia apoderado de su alma al oir la revelacion de Stein, se iba asomando á sus labios la sonrisa del desprecio. El Duque no era uno de esos hombres de torpes inclinaciones, estragados y vulgares, para los cuales los desórdenes de la mujer, léjos de ser motivo de desvío y repugnancia, sirven de estimulante á sus toscas pasiones. En su temple elevado, altivo, recto y noble, no podian albergarse juntos el amor y el

desprecio; los sentimientos mas delicados, al lado de los mas abyectos.

El desprecio iba, pues, sofocando en su corazon toda ilusion como la nieve apaga la llama del holocáusto en el altar en que arde. Ya no existía para él la mujer á quien habia cantado en sus versos, y que en sus sueños le habia seducido.

—¡Y yo, decía, yo que la adoraba, como se adora á un ser ideal; que la honraba como se honra á la virtud; que la respetaba, como debe respetarse á la mujer de un amigo!... ¡Y yo, que enteramente absorto en ella, me alejaba de la noble mujer, que fué mi primero, mi único amor!... ¡la casta, la pura Madre de mis hijos! ¡mi Leonor, que todo lo ha sobrellevado en silencio, y sin quejarse!

Por un movimiento repentino, y cediendo al influjo poderoso de sus últimas reflexiones, el Duque salió de su gabinete, y se encaminó á las habitaciones de su mujer. Entró en ellas por una puerta secreta. Al aproximarse á la pieza en que la Duquesa solia pasar el dia, oyó hablar y pronunciar su nombre. Entónces se detuvo.

—¿Con que se ha hecho invisible el Duque? decia una voz agridulce. Hace quince dias que he llegado á Madrid, y no solo no se ha dignado venir á verme mi querido sobrino, sino que no le he visto en ninguna parte.

—Tia, respondió la Duquesa, puede ser que no sepa vuestra llegada.

—¡No saber que la Marquesa de Gutibamba ha llegado á Madrid! No es posible, sobrina. Sería la única persona de la córte que lo ignorase. Además, me parece que has tenido sobrado tiempo para decírselo.

—Es verdad, Tia; soy culpable de ese olvido.

—Pero no hay que extrañarlo, continuó la voz agridulce. ¿Cómo ha de gustar de mi sociedad, ni de las personas de su clase, cuando todo el mundo dice que no trata mas que con cómicas?

—Es falso, respondió con sequedad la Duquesa.

—O eres ciega, dijo la Marquesa exasperada, o eres consentidora.

—Lo que no consentiré jamás, dijo la Duquesa, es que la calumnia venga á hostilizar á mi marido, aquí, en su misma casa, y á los oidos de su mujer.

—Mejor harías, continuó la voz, perdiendo mucho en lo dulce y ganando mucho en lo ágrio, en impedir que tu marido diese lugar á lo mucho que se habla en Madrid sobre su conducta, que en defenderlo, alejando de aquí á todos tus amigos, con esas asperezas y repulsivas sentencias, que sin duda tienes prevenidas por órden de tu confesor.

—Tia, respondió la Duquesa, mejor haríais en consultar al vuestro, sobre el lenguaje que ha de usarse con una mujer casada, sobrina vuestra.

—Bien está, dijo la Gutibamba; tu carácter austero, reservado y metido en tí, te priva ya del corazon de tu marido, y acabará por alejar de tí á todos tus amigos.

Y la Marquesa salió muy satisfecha de su peroracion.

Leonor se quedó sentada en su sofá, inclinada la cabeza, y humedecido su hermoso y pálido rostro con las lágrimas que por largo tiempo habia logrado contener.

De repente se volvió dando un grito. Estaba en los brazos de su marido. Entónces estallaron sus sollozos; pero sus lágrimas eran dulces. Leonor conocía que aquel hombre, siempre franco y leal, al volver á ella, le restituía un corazon, y un amor sincero que ya nadie le disputaba.

—¡Leonor mia! ¿Querrás y podrás perdonarme? dijo, dejándose caer de rodillas ante su mujer.

Esta selló con sus lindas manos los labios de su marido.

—¿Vas á echar á perder lo presente con el recuerdo de lo pasado? le dijo.

—Quiero, dijo el Duque, que sepas mis faltas, juzgadas por el mundo con demasiada severidad, mi justificacion y mi arrepentimiento.

—Hagamos un pacto, dijo la Duquesa interrumpiéndole. No me hables nunca de tus faltas, y yo no te hablaré nunca de mis penas.

En este momento entró Angel corriendo. El Duque y la Duquesa se separaron por un movimiento pronto y simultáneo; porque en España, en donde el lenguaje es libre por demás, hay una extremada reserva en las acciones.

—¿Llora Mamá?! ¿llora Mamá?! gritó el niño, poniéndose colorado, y llenándosele los ojos de lágrimas. ¿La habeis reñido, Papá Cárlos?

—No, hijo mio, respondió la Duquesa. Lloro de alegría.

—¿Y porqué? preguntó el niño, en cuyo rostro la sonrisa habia sucedido inmediatamente á las lágrimas.

—Porque mañana sin falta, respondió el Duque, tomándole en brazos y acercándose á su mujer, salimos todos para nuestras posesiones de Andalucía, que tu Madre desea ver, y allí serémos felices, como los ángeles en el Cielo.

El niño lanzó un grito de alegría, enlazó con un brazo el cuello de su Padre, y con el otro el de su Madre, acercando sus cabezas y cubriéndolas sucesivamente de besos.

En aquel instante se abrió la puerta, y dió entrada al marqués de Elda.

—Papá Marqués, gritó su nieto, mañana nos vamos todos.

—¿Es cierto? preguntó el Marqués á su hija.

—Sí, Padre, respondió la Duquesa; y una sola cosa falta á mi contento, y es que querais acompañarnos.

—Señor, dijo el Duque, ¿podeis negar algo á vuestra hija, que sería una santa, si no fuera un ángel?

El Marqués miró á su hija, en cuyo rostro bri-

llaba un gozo intenso, despues al Duque, que ostentaba la mas pura satisfaccion. Entónces una tierna sonrisa suavizó la austeridad natural de su semblante, y acercándose á su yerno:

—Venga acá esa mano, le dijo; y contad conmigo!

CAPÍTULO XIV.

María, indispuesta desde antes de ir á la cena, habia empeorado, y tenía calentura á la mañana siguiente.

—Marina, dijo á su criada, despues de un inquieto y breve sueño, llama á mi marido; que me siento mala.

—El amo no ha vuelto, respondió Marina.

—Habrá estado velando á algun enfermo, dijo María. ¡Tanto mejor! Me recetaría una cáfila de cosas y de remedios, y yo los aborrezco.

—Estais muy ronca, dijo Marina.

—Mucho, respondió María, y es preciso cuidarme. Me quedaré hoy en cama, y tomaré un sudorífico. Si viene el Duque, le dirás que estoy dormida. No quiero ver á nadie. Tengo la cabeza loca,

—¿Y si viene alguien por la puerta falsa?

—Si es Pepe Vera, déjale entrar, que tengo que decirle. Echa las persianas, y véte.

Salió la criada, y á los pocos pasos volvió atrás, dándose un golpe en la frente.

—Aquí, dijo, hay una carta que el amo ha dejado á Nicolás para entregárosla.

—Véte á paseo con tu carta, dijo María; aquí no se vé, y ademas quiero dormir. ¿Qué me dirá? Me indicará el sitio donde le *llama el deber*.—¿Qué se me dá á mí de eso?—Deja la carta sobre la cómoda, y véte de una vez.

Algunos minutos después volvió á entrar Marina.

—¡Otra te pego! gritó su ama.

—Es que el Señor Pepe Vera quiere veros.

—Que entre, dijo María volviéndose con prontitud.

Entró Pepe Vera, abrió las persianas para que entrase la luz, se echó sobre una silla sin dejar de fumar, y mirando á María, cuyas megillas encendidas y cuyos ojos hinchados indicaban una séria indisposicion:

—¡Buena estás! le dijo. ¿Qué dirá Poncio Pilato?

—No está en casa, respondió María cada vez mas ronca.

—Tanto mejor; y quiera Dios que siga andando como el judío errante, hasta el dia del juicio.—Ahora vengo de ver los toros de la corrida de esta tarde. Ya nos darán que hacer los tales bichos! Hay

uno negro que se llama Medianoche, que ya ha matado un hombre en el encierro.

—¿Quieres asustarme, y ponerme peor de lo que estoy? dijo María. Cierra las persianas, que no puedo aguantar el resplandor.

—¡Tonterías! replicó Pepe Vera: ¡puros remilgos! No está aquí el Duque para temer que te ofenda la luz, ni el *mata-sanos* de tu marido, para temer de que éntre un soplo de aire, y te mate. Aquí huele á patchulí, á algalia, á almizcle, á cuantos potingues hay en la botica. Esas porquerías son las que te hacen daño. Deja que éntre el aire, y que se orée el cuarto, que eso te hará provecho. Díme, prenda ¿irás esta tarde á la corrida?

Al decir estas palabsas se levantó y abrió de par en par la ventana.

—¿Acaso estoy capaz de ir? respondió María. Cierra esa ventana, Pepe. No puedo soportar esa luz tan viva, ni ese aire tan frio.

—Y yo, dijo Pepe, no puedo soportar tus dengues. Lo que tienes es, poco mal y bien quejado. Con Dios: ¡no parece sino que vas á echar el alma! Pues, Señá de la media almendra, voy á mandar hacerte el ataud, y despues á matar á Medianoche, brindándoselo á Lucía del Salto, que se pondrá poco hueca en gracia de Dios.

—¡Dále con esa mujer! exclamó María, incorporándose con un gesto de rábia. ¿No dicen que se iba con un inglés?

—¿Qué se habia de ir á aquellas tierras, donde no se ve el sol sinó por entre cortinas, y dónde se duerme la gente en pié? dijo el torero.

—Pepe, no eres capaz de hacer lo que dices ¡Sería una infamia!

—La infamia sería, dijo Pepe Vera, plantándose delante de María con los brazos cruzados, que cuando yo voy á exponer mi vida, en lugar de estar tú allí para animarme con tu presencia, te quedases en tu casa, para recibir al Duque con toda libertad, bajo el pretexto de estar resfriada.

—¡Siempre el mismo tema! dijo María. ¿No te basta haber estado espiando oculto en mi cuarto para convencerte por tus mismos ojos, de que entre el Duque y yo no hay nada? Sabes que lo que le gusta en mí es la voz, no mi persona. En cuanto á mí, bien sabes....

—Lo que yo sé, dijo Pepe Vera, es que me tienes miedo! ¡y haces bien, por vida mia! Pero Dios sabe lo que puede suceder, quedándote sola, y segura de que no puedo sorprenderte. No me fio de ninguna muger; ni de mi madre

—¡Miedo yo! replicó María. ¡Yo!

Pero sin dejarla hablar, Pepe Vera continuó:

—¿Me crees tan ciego que no vea lo que pasa? ¿No sé yo que le estás haciendo buena cara, porque se te ha puesto en el testuz que ese desaborido de tu marido tenga los honores de cirujano de la Reina, como acabo de saberlo de buena tinta?

—¡Mentira! gritó María con toda su ronquera.

—¡María! ¡María! No es Pepe Vera hombre á quien se dá gato por liebre. Sábete que yo conozco las mañas de los toros bravos, como las de los toros marrajos.

María se echó á llorar.

—Si, dijo Pepe, suelta el trapo, que ese es el *Refugium peccatorum* de las mujeres. Tú te fias del refran: «mujer, llora, y vencerás.»—No, morena: hay otro que dice, «en cojera de perro, y lágrimas de mujer, no hay que creer.» Guarda tus lágrimas para el teatro; que aquí no estamos representando comedias. Mira lo que haces: si juegas falso, peligra la vida de un hombre. Con que, cuenta con lo que haces. Mi amor no es cosa de recetas ni de décimas. Yo no me pago de hipíos, sinó de hechos; y ten entendido que, si no vás esta tarde á los toros, te ha de pesar.

Diciendo esto, Pepe Vera se salió de la habitacion.

Estaba á la sazon combatido por dos sentimientos de una naturaleza tan poderosa, que se necesitaba un temple de hierro para ocultarlos, como él lo estaba haciendo, bajo la exterioridad mas tranquila, el rostro mas sereno, y la mas natural indiferencia. Habia examinado los toros que debian correrse aquella tarde: jamás habia visto animales mas formidables y feroces. La vista de uno de ellos le habia causado una impresion siniestra y de mal agüero, cosa que suele acaecer entre los de su profesion, que se creen salvos

y seguros si de aquel libran bien, sin cuidarse de los demás de la corrida.

Además, estaba celoso; ¡celoso él, que no sabia mas que vencer, y recibir aplausos! Le habian dicho que le estaban burlando, y dentro de pocas horas iba á verse entre la vida y la muerte, entre el amor y la traicion. Asi lo creia al ménos.

Cuando salió Pepe Vera de la alcoba de María, ésta desgarró las guarniciones bordadas de las sábanas; riñó ásperamente á Marina, lloró; despues se vistió, mandó recado á una compañera de teatro, y se fué con ella á los toros.

María, temblando con la calentura y con la agitacion, se colocó en el asiento que Pepe Vera le habia reservado.

El ruido, el calor y la confusion aumentaron el malestar que sentia María. Sus mejillas siempre pálidas, estaban encendidas; un ardor febril animaba sus negros ojos. La rabia, la indignacion, los celos, el orgullo lastimado, la ansiedad, el terror, y el dolor físico se esforzaban en vano por arrancar una queja, un suspiro, de aquella boca tan cerrada y muda como el sepulcro.

Pepe Vera la vió. En su rostro se bosquejó una sonrisa, que no hizo en María la menor impresion, resbalando en su aspecto glacial, debajo del cual su orgullo herido juraba venganza.

El traje de Pepe Vera era semejante al que sacó en la corrida de que en otra parte hemos hecho men-

cion, con la diferencia de ser el raso verde, y las guarniciones de oro.

Ya se habia lidiado un toro, y lo habia despachado otro primer espada. Habia sido *bueno:* pero no tan bravo como habian creido los inteligentes.

Sonó la trompeta; abrió el toril su ancha y sombría boca, y salió un toro negro á la plaza.

—¡Ese es Medianoche! gritaba el gentío. Medianoche era el toro de la corrida; como si dijéramos el Rey de la funcion.

Medianoche, sin embargo, no salió de carrera, cual salen todos, como si fuesen á buscar su libertad, sus pastos, sus desiertos. Él queria, ántes de todo, vengarse; queria acreditar que no sería juguete de enemigos despreciables; queria castigar. Al oir la acostumbrada gritería que lo circundaba, se quedó parado.

No hay la menor duda de que el toro es un animal estúpido. Pero con todo, sea que la rábia sea poderosa á aguzar la mas torpe inteligencia, ó que tenga la pasion la facultad de convertir el mas rudo instinto en perspicacia, ello es, que hay toros que adivinan y se burlan de las suertes mas astutas de la tauromaquia.

Los primeros que llamaron la atencion del terrible animal, fueron los picadores. Embistió al primero, y le tiró al suelo. Hizo lo mismo con el segundo sin detenerse, y sin que la pica bastase á contenerle, ni hiciese mas que herirle ligeramente. El tercer picador tuvo la misma suerte que los otros.

Entonces el toro, con las astas y la frente teñidas en sangre, se plantó en medio de la plaza, alzando la cabeza hácia el tendido, de donde salia una gritería espantosa, excitada por la admiracion de tanta bravura.

Los chulos sacaron á los picadores á la barrera. Uno tenia una pierna rota, y se le llevaron á la enfermería. Los otros dos fueron en busca de otros caballos. Tambien montó el sobresaliente; y miéntras que los chulos llamaban la atencion del animal con las capas, los tres picadores ocuparon sus puestos respectivos, con las garrochas en ristre.

Dos minutos despues de haberlos divisado el toro, yacian los tres en la arena. El uno tenia la cabeza ensangrentada, y habia perdido el sentido. El toro se encarnizó en el caballo, cuyo destrozado cuerpo servia de escudo al malparado ginete.

Entonces hubo un momento de lúgubre terror.

Los chulillos procuraban en vano, y exponiendo sus personas, distraer la atencion de la fiera; mas ella parecía tener sed de sangre, y querer saciarla en su víctima. En aquel momento terrible un chulo corrió hácia el animal, y le echó la capa á la cabeza para cegarle. Lo consiguió por algun instante; pero el toro sacó la cabeza, se desembarazó de aquel estorbo, vió al agresor huyendo, se precipitó en su alcance, y en su ciego furor, pasó delante, habiéndole arrojado al suelo. Cuando se volvió, porque no sabia abandonar su presa, el ágil lidiador se

habia puesto en pié y saltado la barrera, aplaudido por el concurso con alegres aclamaciones. Todo esto habia pasado con la celeridad del relámpago.

El heróico desprendimiento con que los toreros se auxilian y defienden unos á otros, es lo único verdaderamente bello y noble en estas fiestas crueles, inhumanas, inmorales, que son un anacronismo en el siglo que se precia de ilustrado. Sabemos que los aficionados españoles, y los exóticos como el vizconde de Fadièse, montados siempre medio tono mas alto que los primeros, ahogarán nuestra opinion con sus gritos de anatema. Por esto nos guardamos muy bien de imponerla á otros, y nos limitamos á mantenernos en ella. No la discutimos ni sostenemos, porque pensamos como Mr. Joubert «que el trabajo de la disputa excede con mucho á su utilidad.»

El toro estaba todavía enseñoreándose solo, como dueño de la plaza. En la concurrencia dominaba un sentimiento de terror. Pronunciábanse diversas opiniones: los unos querian que los cabestros entrasen en la plaza, y se llevasen á la formidable fiera, tanto para evitar nuevas desgracias, como á fin de que sirviese para propagar su valiente casta. A veces se toma esta medida; pero lo comun es que los toros indultados no sobrevivan á la inflamacion de sangre que adquirieron en el combate. Otros querian que se le desjarretase para poder matarle sin peligro. Por desgracia, la gran mayoría gritaba que era lástima, y que un toro tan bravo debia morir con todas las reglas del arte.

El Presidente no sabia qué partido tomar. Dirigir y mandar una corrida de toros no es tan fácil como parece. Mas fácil á veces es presidir un cuerpo legislativo. En fin, lo que acontece muchas veces en estos, sucedió en la ocasion presente. Los que mas gritaban, pudieron mas; y quedó decidido que aquel poderoso y terrible animal muriese en regla, y dejándole todos sus medios de defensa.

Pepe Vera salió entónces armado á la lucha. Despues de haber saludado á la autoridad, se plantó delante de María, y la brindó el toro.

El estaba pálido; María encendida, y los ojos saltándosele de las órbitas. Su respiracion era ruidosa y agitada como el estertor del que agoniza. Apoyaba su cuerpo en la barandilla, y tenia clavadas en ella las uñas; porque María amaba á aquel hombre jóven y hermoso, á quien veia tan sereno delante de la muerte. Gozando en un amor que la subyugaba, que la hacia temblar, que le arrancaba lágrimas; porque ese amor brutal y tiránico, era en cambio profundo, apasionado y exclusivo, y era el amor que ella necesitaba; como ciertos hombres de tosca organizacion, en lugar de licores dulces y vinos delicados, necesitan de las bebidas alcohólicas para embriagarse.

Todo quedó en el mas profundo silencio. Como si un horrible presentimiento se hubiese apoderado de las almas de todos los circunstantes, oscureciendo el brillo de la fiesta, como la nube oscurece el del sol.

Mucha gente se levantó y se salió de la plaza.

El toro, entretanto, se mantenia en medio de la arena con la tranquilidad de un hombre valiente, que, con los brazos cruzados y la frente erguida, desafía arrogantemente á sus adversarios.

Pepe Vera escogió el lugar que le convenia, con su calma y desgaire acostumbrados, y señalándoselo con el dedo á los chulos:

—¡Aquí! les dijo.

Los chulos partieron volando, como los cohetes de un castillo de pólvora. El animal no vaciló un instante en perseguirlos. Los chulos desaparecieron. El toro se encontró frente á frente con el matador.

Esta formidable situacion no duró mucho. El toro partió instantáneamente, y con tal rapidez, que Pepe Vera no pudo prepararse, y solo pudo rehuir la embestida. Pero aquel animal no seguia, como lo hacen comunmente los de su especie, el empuje que les dá su furioso ímpetu. Volvióse de repente, se lanzó sobre el matador como el rayo, y lo cogió ensartado en las astas.

Millares de voces humanas lanzaron entónces un grito, como solo hubiera podido concebirlo la imaginacion de Dante: ¡un grito hondo, lúgubre, prolongado!

Los chulos, como bandada de pájaros, á quienes el cazador arrebata su nido, rodearon á la fiera que alzaba sobre sus astas como un trofeo, al desmayado matador.

—¡Las medias lunas! ¡las medias lunas! gritó la concurrencia entera. El Alcalde repitió el grito.

Salieron aquellas armas terribles, y el toro quedó en breve desjarretado: dió un rugido de dolor, sacudió su cabeza con rabia, y lanzó á Pepe Vera á distancia, y cayó al golpe del puñal que le clavó en la nuca el innoble cachetero.

Los chulos levantaron á Pepe Vera.

—¡Está muerto! tal fué el grito que exhaló unánime el brillante grupo que rodeaba al desventurado jóven, y que de boca en boca, subió hasta las últimas gradas, cerniéndose sobre la plaza á manera de fúnebre bandera!!

. . . .

Transcurrieron quince dias despues de aquella funesta corrida.

En una alcoba, en que se veian todavía algunos muebles decentes, aunque habian desaparecido los de lujo; en una cama elegante, pero cuyas guarniciones estaban marchitas y manchadas, yacia una jóven pálida, demagrada y abatida. Estaba sola.

Esta muger pareció despertar de un largo y profundo sueño. Incorporóse en la cama, recorriendo el cuarto con miradas atónitas. Apoyó su mano en la frente, como si quisiese fijar sus ideas, y con voz débil y ronca dijo: ¡Marina!—Entró entónces, no Marina, sino otra mujer, trayendo una bebida que habia estado preparando.

La enferma la miró.

—¡Yo conozco esta cara! dijo con sorpresa.

—Puede ser, hermana, respondió con mucha

dulzura la que habia entrado. Nosotras vamos á las casas de los pobres como á las de los ricos.

—Pero, ¿dónde está Marina? ¿Donde está? dijo la enferma.

—Se ha huido con el criado, robando cuanto han podido haber á las manos.

—¿Y mi marido?

—Se ha ausentado sin saberse á dónde.

—¡Jesus! esclamó la enferma, aplicándose las manos á la frente.

—¿Y el Duque? preguntó despues de algunos instantes de silencio. Debeis conocerle, pues en su casa fué dónde créo haberos visto.

—¿En casa de la Duquesa de Almansa? sí, en efecto, esa señora me encargaba de la distribucion de algunas limosnas. Se ha ido á Andalucía con su marido y toda su familia.

—¡Con qué estoy sola, y abandonada! exclamó entónces la enferma, cuyos recuerdos se agolpaban á su memoria, siendo los primeros los mas lejanos, como suele suceder al volver en sí de un letargo.

—¿Y qué? ¿no soy yo nadie? dijo la buena hermana de la Caridad, circundando con sus brazos á María. Si ántes me hubieran avisado, no os hallaríais en el estado en que os hallais.

De repente salió un ronco grito del dolorido pecho de la enferma.

—¡Pepe!... ¡el toro!... ¡Pepe!... ¡muerto!... ¡ha!

Y cayó sin sentido en la almohada.

CAPÍTULO XV.

Seis meses despues de los sucesos referidos en el último capítulo, la Condesa de Algar estaba un dia en su sala, en compañía de su Madre. Ocupábase en adornar con cintas, y en probar á su hijo un sombrero de paja.

Entró el General Santa María.

—Ved, Tio, dijo, que bien le sienta el sombrero de paja á este ángel de Dios.

—Le estás mimando que es un contento, repuso el General.

—No importa, intervino la Marquesa. Todas mimamos á nuestros hijos, que no por eso dejan de ser hombres de provecho. No te mimó poco nuestra Madre, hermano; lo cual no te ha impedido ser lo que eres.

—Mamá, dáme un bizcocho, dijo con media lengua el niño.

—¿Qué significa eso de tutear á su Madre, señor renacuajo? dijo el General. No se dice asi: se dice, «Madre, ¿quiére Vd. hacerme el favor de darme un bizcocho?»

El niño se echó á llorar, al oir la voz áspera de su Tio. La Madre le dió un bizcocho á hurtadillas, y sin que el General lo viese.

—Es tan chico, observó la marquesa, que todavía no sabe distinguir entre el *tú* y el *usted*.

—Si no lo sabe, replicó el General, se le enseña.

—Pero Tio, dijo la Condesa, yo quiero que mis hijos me tutéen.

—¡Como, sobrina! exclamó el General. ¿Tambien quieres tu entrar en esa moda, que nos ha venido de Francia, como todas las que corrompen las costumbres?

—¿Con qué el tutéo entre padres é hijos corrompe las costumbres?

—Si, sobrina; como todo lo que contribuye á disminuir el respeto, sea lo que fuere. Por esto me gustaba la antigua costumbre de los Grandes de España, que exigian el tratamiento de Excelencia á sus hijos.

—El tutéo, que pone en un pié de igualdad, que no debe existir entre padres é hijos, no hay duda que disminuye el respeto, dijo la Marquesa. Dicen que aumenta el cariño; no lo creo. ¿Acaso, hija mia, me habrias amado mas si me hubieras tuteado?

—No, Madre, dijo la Condesa, abrazándola con ternura; pero tampoco os hubiera respetado ménos.

—Siempre has sido tú una hija buena y dócil, dijo el General, y las excepciones no prueban nada. Pero, vamos á otra cosa. Traigo á Vds. una noticia, que no podrá menos de serles grata. La hermosa corbeta *Iberia*, procedente de la Habana, acaba de llegar á Cádiz; con que mañana es probable que demos un abrazo á Rafael. ¡Qué afortunado es ese muchacho! Apénas nos escribe que tenia ganas de volver á la Península, cuando se le presenta la ocasion que deseaba, y el Capitan General le envía de vuelta con pliegos importantes.

Aun estaban la Marquesa y la Condesa expresando la alegría que esta noticia les causaba, cuando se abrió la puerta, y Rafael Arias se precipitó en los brazos de sus parientas, estrechándolàs repetidas veces entre los suyos.

—¡Cuánto me alegro de verte, mi bueno, mi querido Rafael! decía la Condesa.

—¡Jesus! añadió la Marquesa; ¡gracias á Nuestra Señora del Cármen, que estás de vuelta! Pero ¿qué necesidad tenias, con un buen patrimonio, de ir á pasar la mar, como si fuera un charco? Apuesto á que te has mareado.

—Eso es lo de ménos, porque es mal pasajero, raspondió Rafael; pero tuve otro mal que empeoraba de dia en dia, y era el ánsia por mi Patria y ¡por las personas de mi cariño. No sé si es porque Es-

paña es una excelente madre, ó porque nosotros los españoles, somos buenos hijos, lo cierto es que no podemos vivir sinó en su seno.

—Es por lo uno y por lo otro, mi querido sobrino; por lo uno y por lo otro, repitió con una sonrisa de gran satisfaccion el General.

—¡Es la Habana pais muy rico! ¿no es verdad, Rafael? preguntó la Condesa.

—Sí, prima, respondió Rafael; y sabe serlo, como una gran Señora que es. Su riqueza no es como la del que se enriqueció ayer; que á manera de torrentes, corre, se precipita y pasa, haciendo gran estrépito. Allí la opulencia mana blandamente y sin ruido, como un rio profundo y copioso, que deriva sus aguas de manantiales permanentes. Allí la riqueza está en todas partes; y sin necesidad de anunciarse con ostentacion, todo el mundo la vé y la siente.

—Y las mujeres, ¿te han gustado? preguntó la Condesa.

—Regla general, contestó Rafael: todas las mujeres me gustan en todas partes. Las jóvenes porque lo son; las viejas porque lo han sido; las niñas porque lo serán.

—No generalices tanto la cuestion, Rafael; precísala.

—Pues bien, prima: las habaneras son unos preciosos *Lazzaronis* femeninos, cubiertos de olan y de encajes; cuyos zapatos de raso son adornos inúti-

les de los pequeñísimos miembros á que están destinados, puesto que jamás he visto á una habanera en pié. Cantan hablando como los ruiseñores; viven de azúcar como las abejas, y fuman como las chimeneas de vapor. Sus ojos negros son poemas dramáticos, y su corazon un espejo sin azogar. El drama lúgubre y horripilante no se hizo para aquel gran vergel, en donde pasan las mujeres la vida recostadas en sus hamacas, meciéndose entre flores, aireadas por sus esclavas con abanicos de plumas.

—¿Sabes, dijo la Condesa, que la voz pública anunció que te ibas á casar?

—Esa señora doña *Voz pública,* mi querida Gracia, se arroga hoy el lugar que ocupaban ántes los bufones en las córtes de los Reyes. Como ellos, dice todo lo que se le antoja, sin cuidarse de que sea cierto: asi pues, Doña *Voz pública* ha mentido, prima.

—Pues decia más, añadió la Condesa riéndose. Le daba á tu futura dos millones de duros de dote.

Rafael se echó á reir.

—Ya caigo en la cuenta, dijo: en efecto, el Capitan General tuvo la idea de endosarme esa letra de cambio.

—¿Y qué tal era mi presunta prima?

—Fea como el pecado mortal. Su espaldilla izquierda se inclinaba decididamente hácia la oreja del mismo lado, y la derecha por el contrario, de-

mostraba el mayor alejamiento por la oreja su vecina.

—¿Y qué respondiste?

—Que no me gustaban las píldoras, ni aun doradas.

—Mal hecho, dijo el General.

—Mal hecho era su torso, Señor, repuso Rafael.

—Y más, sabiendo, dijo la Condesa, que.... No acabó la frase al notar que una expresion penosa, como de amargo recuerdo, se habia esparcido en la abierta y franca fisonomía de su primo.

—¿Es feliz? preguntó.

—Cuanto es posible serlo en este mundo, respondió la Condesa. Vive muy retirada, sobre todo desde que se han presentado síntomas de hallarse en estado de *buena esperanza,* segun la expresion alemana de que se servia Don Federico, expresion harto mas sentida, y ménos melíflua que la inglesa de *estado interesante,* á la cual hemos dado carta de connaturalizacion.....

—Con el ridículo espíritu de extranjerismo y de imitacion que vive y reina, añadió el General, y el pésimo gusto que los inspira y dirije. ¿Porqué no ha de decirse clara y castizamente, embarazo ó preñez, en lugar de esas ridículas y afectadas frases traducidas? Lo mismo haceis que hacian los franceses en el siglo pasado cuando representaban con polvos y tontillos á las diosas del Paganismo.

—¿Y él? preguntó Arias.

—Cambiado enteramente, desde que se casó y se reconcilió con su cuñado. Este es el que le dirije en todo. Ahora labra ,or sí sus haciendas, aconsejado por mi marido, con el que pasa semanas enteras en el campo. En fin, es el niño mimado de la familia, donde ha sido recibido como el hijo pródigo

—Hé aquí porqué, observó el General, nuestro sensato proverbio dice: mas vale malo conocido, que bueno por conocer.

—¿Y Eloisa? tornó á preguntar Arias.

—Esa es una historia *lamentable*, dijo la Condesa. Se casó en secreto con un aventurero francés que se decia primo del Príncipe de Rohan, colaborador de Dumas, enviado por el Baron Taylor para comprar curiosidades artísticas, y que por desgracia se llamaba Abelardo. Ella encontró en su nombre y en el de su amante, la indicacion de su union marcada por el Destino. En él vió un hombre que era al mismo tiempo literato, artista y de familia de Príncipes, y creyó haber encontrado el ser ideal que habia visto en sus dorados ensueños. A sus Padres, que se oponian á aquella union, los miraba como tiranos de melodrama, de idéas atrasadas y sumidos en el oscurantismo...

—Y en el *españolismo*, añadió el General en tono de ironía, y la señorita ilustrada, *nutrida* de novelas y de poesías lloronas, se unió con aquel gran bribon, casado ya dos veces, como despues lo su-

pimos. Pasados algunos meses, y despues de haber gastado todo el dinero que ella le llevó, la abandono en Valencia, adonde fué á buscarla su desventurado Padre, para traerla deshonrada, ni casada, ni viuda, ni soltera. Ved ahí, sobrinos mios, adónde conduce el extranjerismo exagerado y falso.

—Rafael, tú habrías podido ahorrarle sus desgracias, dijo la Condesa.

—¡Yo! exclamó su primo.

—Sí, tú, continuó Gracia. Tú sabes muy bien cuánto te estimaba, y cuánto precio daba á tu opinion.

—Sí, dijo el General, porque merecías la de los extranjeros.

—Hablando de otra cosa, ¿qué es de nuestro punto de admiracion, el insigne A. Polo de Mármol de los Cementerios? preguntó Arias.

—Se ha metido á *hombre político*, respondió Gracia.

—Ya lo sé, dijo Rafael: ya sé que ha escrito una oda contra el trono, bajo el seudónimo de la Tirania.

—¡Pobre tiranía! dijo el General: de árbol caido todos hacen leña: ya recibió la coz el asno!

—Ya sé, prosiguió Rafael, que escribió otro poema contra las Preocupaciones, contando entre ellas el presagio fatal que se atribuye al número 13, la infalibilidad del Papa, el vuelco de un salero, y la fidelidad conyugal.

—¡Vaya, Rafael! exclamó la Condesa riéndose, que no ha dicho nada de eso.

—Si no son las mismas palabras, dijo Rafael, tal es poco más ó ménos el espíritu de aquella obra maestra, la cual será clasificada por la opinion........

—Entre las polillas que están carcomiendo esta sociedad, dijo el General. Cuando esté destruida, verémos con qué la reemplazan!

—Además, prosiguió Rafael, ya sé que nuestro A. Polo ha compuesto una sátira (se sentía inclinado á este género, y hace mucho tiempo que sintió brotar en su cabeza los cuernos de Marsías), una sátira, digo, contra la hipocresía, en la cual dice que es un rasgo de hipocresía reclamar el pago de la asignacion del clero, de los exclaustrados y de las monjas.

—Pues bien, sobrino, dijo el General; con esas bellas composiciones hizo bastantes méritos para que le recibiesen de colaborador en un periódico de oposicion.

—Ya caigo, digo Rafael; y adivino lo que sucedió, porque es una farsa que se representa todos los dias. Cortó la pluma á guisa de mandíbula asnal, y armado con ella, atacó á los filisteos del poder.

—Has acertado como un Zahorí, dijo el General. No sé como se ha ingeniado: lo cierto es que en el dia le tienes hecho un personaje: con dinero, rebosando *buen tono*, y reventando *da forte*.

—Estoy seguro, dijo Rafael, que va á ponerse otro nombre mas, A. Polo de Mármol de Carrara; y que, sin dejar de escribir contra la nobleza y las distinciones, solicita y obtiene algun cargo honorífico de la Córte, como por ejemplo: Caballerizo mayor del Parnaso.—Y al Duque ¿le encontraré en Madrid?

—No, pero podrás verle al pasar por Córdoba, donde se halla con toda su familia.

—El Duque ha tomado por fin mi consejo, dijo el General; se ha separado de la vida pública. Todas las personas de importancia deben en estos tiempos retirarse á sus tiendas como Aquíles.

—Pero, Tio, dijo Rafael, ese es el modo de que todo se lo lleve la trampa.

—Dicen, continuó la Condesa, que el Duque se ha dedicado enteramente á la literatura. Está componiendo algo para el teatro.

—Apuesto á que el título de la pieza será: *La cabra tira al monte*; dijo Rafael en voz baja á la Condesa.—Aludía esto á los amores de María con Pepe Vera, que todo el mundo sabía menos aquellos dos hombres tan parciales de María, que nunca pudo ni la nobleza del uno ni la buena fé del otro sospechar algo malo en ella.

—Calla, Rafael, repuso su prima. Debemos hacer con nuestros amigos lo que hicieron los buenos hijos de Noé con su Padre.

—¿Qué dice? preguntó la Marquesa.

—Nada, Madre, respondió la Condesa: habla de la pieza sin haberla leido.

—¿Y Marisalada? preguntó Rafael; ¿ha subido al Capitolio en un carro de oro puro, tirado por aficionados?

—Ha perdido la voz, respondió la Condesa, de resultas de una pulmonia. ¿Lo ignorabas?

—Tan ageno estaba de ello, respondió Rafael, que le traigo magníficas proposiciones de ajuste para el teatro de la Habana. Pero ¿en qué ha venido á parar?

—Ya que no puede cantar, dijo el General, seguirá probablemente el consejo que dió la hormiga á la chicharra en la fábula, aprenderá á bailar.

—Ó lo que es mas probable, dijo la Condesa, estará llorando sus faltas y la pérdida de su voz.

—Pero ¿dónde está? repitió con insistencia Rafael.

—No lo sé, respondió la Condesa, y lo siento, porque quisiera ofrecerle consuelos y socorros si los necesita.

—Guárdalos para quien los merezca, dijo el General.

—Todos los desgraciados los merecen, Tio, repuso la Condesa.

—Bien dicho, hija mia, añadió en tono sentido su Madre. Haz bien, y no mires á quién. Haz mal, y guardarte hás, como dice el refran.

—Insisto en preguntar dónde se halla; continuó Rafael, porque le traigo una carta.

—¡Una carta! ¿y de quién?

—De su marido.

—¿Le has visto? preguntó con interés la Condesa. ¿Pues no decian que estaba en Alemania?

—No es cierto. Se embarcó en el mismo buque que nosotros, para la Habana. ¡Qué mudado estaba, y cuán desgraciado era! Estoy seguro de que no le habríais conocido; pero siempre tan suave, tan condescendiente, tan bueno! Poco tiempo despues de nuestra llegada, murió de la fiebre amarilla.

—¿Murió? exclamaron á un tiempo la Marquesa y su hija.

—¡Pobre, pobre Stein! dijo la Condesa.

—¡Dios le tenga en su gloria! añadió la Madre.

—Sobre la conciencia de la maldita cantatriz, va la muerte de ese hombre de bien, dijo el General.

—Yo, que me creo invulnerable, prosiguió Rafael, aunque no habia tenido la epidemia, fuí á verle cuando supe que estaba enfermo.

—¡Mi buen Rafael! dijo la Condesa tomando la mano á su primo.

—La enfermedad fué tan violenta, que le encontré casi en las últimas: pero le hallé tan tranquilo y tan benévolo como siempre. Me dió gracias por mi visita, y me dijo, que era una felicidad para él, ver una cara amiga ántes de morir. Me pidió pluma y papel, escribió casi moribundo algunos renglones, y me pidió que pusiese el sobrescrito á su mujer, y que se los enviase, juntamente con su fé

de muerto. En seguida le sobrevinieron los vómitos, y murió, con una mano en la del sacerdote que le ayudaba á bien morir, y la otra en la mia.—Yo te entregaré este depósito, prima, para que lo envies con un hombre de confianza á Villamar, donde probablemente se habrá retirado ella al lado de su Padre. Hé aqui la carta, dijo Rafael, sacando del bolsillo un papel cuidadosamente doblado. Yo la leo algunas veces, como se lee un trozo de lectura piadosa.

La Condesa desplegó la carta y leyó.

«María: tú á quien tanto he amado, y á quien amo aún; si mi perdon puede ahorrarte algunos remordimientos, si mi bendicion puede contribuir á tu felicidad, recibe ambos desde mi lecho de muerte.»

FRITZ STEIN.

CAPÍTULO XVI.

Si el lector quiere ántes de que nos separemos para siempre, echar otra ojeada sobre aquel rinconcillo de la tierra llamado Villamar, bien ageno sin duda del distinguido huésped que va á recibir en su seno, le conduciremos allá, sin que tenga que pensar en fatigas ni gastos de viaje. Y en efecto, sin pensar en ello, ya hemos llegado. Pues bien, lector, aqui tienes el birrete de Merlin: házme el favor de cubrirte con él, porque si permaneces tan visible como estás ahora, turbarás con tu presencia aquel lugar sosegado y quieto, asi como un objeto cualquiera arrojado á las aguas dormidas y claras de un estanque, altera su trasparencia y reposo.

Despues de cuatro años, es decir, un dia de verano de 1848, encontrarías al dicho pueblo tan

tranquilamente sentado al borde del mar, como si fuera un pescador de caña. Vamos á dar cuenta de algunos graves sucesos públicos y privados, que habian ocurrido allí durante aquel intérvalo.

Empecemos por la malaventurada inscripcion que tantos afanes habia costado al Alcalde ilustrado, de oficio herrero, el cual solia decir que el hierro no era mas duro que las cabezas de sus subordinados; inscripcion, que habia causado además un tremendo batacazo al maestro de escuela y tres dias de flatos á Rosa Mística; pero que en compensacion, habia hecho pasmar de admiracion á Don Modesto Guerrero.

Los demás habitantes habian tomado la inscripcion por un bando: uno de aquellos bandos que empiezan: «Cuatro ducados de multa al que arroje inmundicias de cualquiera especie en este sitio.»

Los aguaceros de Andalucía, que parecen mas bien destinados á azotar la tierra que á regarla, habiendo caido en las hermosas letras que de mayor á menor le componian, le habian casi borrado.

Temeroso el Alcalde de que produjese esta vista una impresion análoga en el patriotismo de los habitantes, se propuso despertar en su corazon este noble sentimiento, por otro medio mas eficaz y poderoso. El nombre de Calle Real ofendia sus orejas representativas. Quiso *patriotizarla*, y publicó un bando para que aquel nombre malsonante, se cambiase en el de calle de los hijos de Padilla.

Con este motivo hubo su poco de motin en Villamar. ¿Qué punto del globo se escapa sin motines en el siglo en que vivimos?

Era el caso que habia muerto uno de los habitantes de la misma calle, llamado Cristóbal Padilla, y sus hijos heredaron naturalmente la casa que en la misma localidad poseia. Pero en el mismo caso se hallaban los Lopez, los Perez y los Sanchez, los cuales protestaron enérgicamente contra tan infundada preferencia. En vano quiso explicarles el Alcalde que los llamados Hijos de Padilla compusieron en otro tiempo una asociacion de hombres libres: á esto respondian ellos, que ya sabian que los Padillas eran hombres libres, y que nadie pensaba en disputarles este título. Pero que tambien lo eran, y lo habian sido desde la creacion del mundo, los Lopez, los Perez y los Sanchez; que ellos no pasaban por la humillacion de verse pospuestos á osı Padillas, y que si el Alcalde insistía en su empeño, ellos se quejarian á la autoridad competente, porque siempre habian existido tribunales superiores á donde poder acudir contra la arbitrariedad y la injusticia, á ménos que con las novedades del dia no se los hubiese llevado la trampa.

El Alcalde, aburrido de tanto clamoréo, los envió á todos los demonios.

No sabiendo á qué santo encomendarse para dar á Villamar un aire moderno, que lo elevase á la altura del dia, imaginó dar al camino que iba des-

de el pueblo á la colina en que estaban el cementerio y la capilla del Señor del Socorro, el nombre patriótico de CAMINO DE URDAX, por ser el de una batalla que precedió al convenio de Vergara.

Pero entónces le salió peor la cuenta. Hubo motin de mujeres: motin en regla, capitaneado por Rosa Mística en persona. Sus gritos y sus lamentaciones habrian aturdido á los sordos.

—¿Qué quiere decir Urdáx? gritaba la una.

—¿Qué tenemos nosotros que ver con Urdáx? clamaba la otra.

—¿Quién ha de querer enterrarse en Urdáx? chillaba una vieja.

—Señor Alcalde, dijo una pobre viuda, si tanto empeño tiene Vd. en hacer mejoras, disminuya Vd. las contribuciones, póngalas como estaban ántes, en tiempo del Rey, y deje Vd. á las cosas el nombre que siempre han tenido.

—Si tanto le place á Vd. el nombre de Urdáx, dijo una jóven, póngaselo á sí propio.

—Señor, dijo gravemente Rosa Mística: ese camino es el de la VIA CRUCIS, y Vd. lo profana con ese nombre moruno.

El Alcalde se tapó los oidos, y echó á correr.

Frustradas tantas bellas idéas, declaró que los habitantes de Villamar eran unos animales, unos brutos estólidos, partidarios del abominable tiempo del absolutismo, sin otro móvil que el bajo interés pecuniario; enemigos de todo progreso social,

y de toda mejora; despreciables rutineros, que no merecian llamarse aldeanos, y mucho ménos ciudadanos libres.

Y despues de este formidable anatema, Villamar y sus habitantes continuaron pasándolo tan bien como ántes.

Poco tiempo despues, se leia en un periódico de los de fuste:

«Nuestro corresponsal de Villamar (Andalucía baja) nos escribe: La tranquilidad pública ha estado amenazada en esta poblacion. Algunos mal intencionados, excitados sin duda por los infames agentes de la odiosa faccion, han querido oponerse á las sábias mejoras, á los útiles progresos, que nuestro digno alcalde Don Perfecto Cívico queria introducir, bajo el ridículo pretexto de que no eran necesarios. Pero la admirable sangre fria, el valor heróico de que ha dado muestras aquella excelente autoridad, intimidaron á los audaces, y todo ha entrado en el órden, sin que hayamos tenido que deplorar ningun grave accidente. Vivan sin inquietud los buenos patriotas. Sus hermanos de Villamar sabrán frustrar las maniobras de nuestros enemigos.

«Como estamos en julio la temperatura está bastante elevada. No podemos decir positivamente hasta cuántos grados; porque la civilizacion no ha proporcionado todavía á Villamar el beneficio de un termómetro.

«La cosecha se presenta bien, sobre todo en el

ramo de calabazas, cuya cantidad y dimensiones llenan de satisfaccion y de alegría á sus honrados cosecheros.» Firmado

El Patriota Modelo.

Es excusado decir que este modelo de patriotismo era el mismo alcalde, autor del artículo (1).

Este buen hombre habia sido albeitar, y corriendo por el mundo, habia llegado á una altura prodigiosa en idéas modernas y miras avanzadas. Hablaba mucho y se escuchaba á sí propio, con lo cual nunca le faltaba auditorio. Tambien era el único representante de su partido en Villamar: asi como el médico que habia reemplazado á Stein, lo era del *justo medio*.

La pandilla del Cura, de Rosa Mística, y de las buenas mujeres, como la tia María, estaba por las idéas antiguas. La de Ramon Perez y otros cantarines, no tenia color político. La de José y otros pobres de su clase, echaba de menos los bienes pasados, y deploraba los males presentes, sin definir su origen. Quedaba el escribano, que era un descarado bribon, como suele haberlos en los pueblos pequeños; acérrimo defensor del partido triunfante, y lo que es peor, perseguidor encarnizado del

(1) Recomendamos á nuestros lectores la lectura de Lágrimas, otra novela de nuestro autor, en que se cuenta la historia del buen alcalde patriota Don Perfecto Cívico y de su familia —N. E.

vencido; animal maléfico y hostil, que solo se domestica con plata.

Pero volvamos á nuestro asunto.

La torre del fuerte de San Cristóbal se habia derrumbado, y con ella las últimas esperanzas que abrigaba Don Modesto, de ver figurar su fuerte en la misma línea que Gibraltar, Brest, Cádiz, Dunquerque, Malta y Sebastopol.

Pero nada habia causado tanta admiracion en nuestros amigos, los habitantes de Villamar, como la mudanza que se observaba en la tienda del barbero Ramon Perez.

Ramon Perez, despues de la muerte de su Padre, que acaeció algunos meses despues de la partida de María, no habia podido resistir al deséo de ir tambien á la capital, siguiendo los pasos de la ingrata, que le habia sacrificado á un *desaborido* extranjero. Emprendió, pues, su marcha, y volvió al cabo de quince dias, trayendo consigo:

Primero: un caudal inagotable de mentiras y fanfarronadas:

Segundo: una infinidad de canciones á la italiana, á cual mas detestables:

Tercero: un aire de taco, un gesto de *¿qué se me dá á mí?* una desenvoltura, un *sans-façon*, capaz de rallar las tripas á todos los habitantes de Villamar, cuyas desgraciadas orejas, y mas desgraciadas mandíbulas, conservaron largo tiempo deplorables, testimonios de aquellas nuevas adquisiciones.

Cuarto: las mas funestas aspiraciones á imitar al leon de los barberos, Fígaro, que, por desgracia vió ejecutar en el teatro de Sevilla. Por consiguiente, á imitacion de su modelo, habia procurado sacar al alcalde de la senda del progreso, para introducirlo en la del conde de Almaviva: pero en primer lugar, como el Alcalde era casado, habria sido difícil encontrar en Villamar una Rosina, que hubiera querido pasar por aquel inconveniente. En segundo lugar, la alcaldesa era una gallega de admirable fuerza y robustez, y naturalmente era mas temible á sus ojos que el doctor Bartolo lo habia sido á los de su modelo.

Ramon Perez habia traido de sus viajes otra cosa, que no reveló nadie, y cuya adquisicion hizo del modo siguiente.

Una noche, que rondaba la calle en que vivia Marisalada, suspirando como una ballena, llamó la atencion de un jóven que guardaba una esquina, embozado en su capa hasta los ojos, y que acercándose á él, le dijo esta sola palabra: —¡Largo!

Ramon quiso replicar; pero recibió tan vigoroso puntapié, que el cardenal que le resultó, contribuyó poderosamente á que su viage de vuelta fuera sumamente penoso, puesto que habia recaido en el lugar que estaba en contacto con el albardon.

Por una circunstancia que se aclarará mas adelante, el barbero habia conseguido reunir una buena suma de dinero. Entónces los recuerdos de Sevilla y

de Fígaro, se habian despertado con nuevo ardor en su mente. Habia hermoseado su tienda con lujo asiático; magníficas sillas pintadas de verde esmeralda; clavos romanos, tamaños como platos soperos, para colgar las tohallas de tela de un dedo de grueso; grabados que representaban un Telémaco muy largo, un Mentor muy barbudo, y una Calipso muy descarnada: tales eran los adornos que rivalizaban en dar esplendor al establecimiento. Ramon Pérez habia afirmado, con tanta mas certeza, cuanto que él mismo lo creia así, que aquellas figuras eran San Juan, San Pedro y la Magdalena. Algunos mal contentadizos habian observado, meneando la cabeza, que todo se habia renovado en el laboratorio de Ramon Perez, ménos las navajas: pero él respondia que eran hombres del otro jueves, y que no habian perdido la antigua maña de observar el fondo de las cosas; cuando la regla del dia era dar únicamente importancia á la exterioridad y á la apariencia.

Pero lo que pasmó de admiracion á los villamarinos, fué una formidable muestra que cubria gran parte de la fachada de la casa barbería. En medio figuraba, pintado con arte maravilloso, un pié, que parecia un pié chinesco, de color amarillento, del cual brotaba un chorro de sangre, digno de rivalizar con las fuentes de Aranjuez y de Versalles. A los dos lados estaban dos enormes navajas de afeitar entreabiertas, que formaban dos pirámides; en el centro de éstas, habia dos muelas colosales. En torno reinaba

una guirnalda de rosas, semejantes á ruedas de remolachas, y de la guirnalda colgaba un monstruoso par de tijeras. Para colmo de ostentacion y de lujo, Ramon Perez habia recomendado al pintor el uso del dorado, y el artista habia distribuido el oro del modo siguiente: en las espinas de las rosas, en las hojas de las navajas y en las uñas del pié. Esta muestra indicaba lo que todos sabian: es decir, que su poseedor ejercia en Villamar las cuádruples funciones de barbero, sangrador, sacamuelas, y *pelador*.

Pero la muestra resultó tener tal magnitud y tal peso, que la pared de la casa de Ramon, compuesta de tierra y piedras, no pudo sostenerla. Fué preciso levantar á los dos lados de la puerta dos estribos de ladrillo, para apoyarla. Esta construccion formó á la entrada de la casa una especie de portal ó frontispicio, que Ramon Perez declaró con la mas grave é imperturbable desfachatez, ser una copia exacta del de la Lonja de Sevilla, la que, como es sabido, es una de las obras maestras de nuestro gran arquitecto Herrera.

Enterado ya el lector de las cosas pasadas, volvemos á tomar el hilo de las actuales.

Era tan profundo el silencio en aquel rincon del mundo, que se oia desde léjos la voz de un hombre, que se acompañaba con la guitarra, no las rondeñas, ni las mollares, ni el contrabandista, ni la caña, ¡ah! no: sinó una cancion llorona, ¡la Atala! Y lo peor era que la adornaba con tales gorgoritos, con tan des-

cabelladas *fiorituras,* con cadencias tan detestables, y que los versos eran tan malos, que Chateaubriand hubiera podido citar con harto derecho á juicio de conciliacion, al poeta, al compositor y al cantor, como reos de un abuso de popularidad.

Este canto infernal salía de la tienda cuya descripcion hemos presentado en el capítulo anterior; y quien lo ejecutaba era el poseedor de aquel establecimiento, el insigne Ramon Perez.

Entonaba las palabras *Triste Chactas*, etc. con una expresion, con un entusiasmo, que le conmovian á él mismo hasta llenarle los ojos de lágrimas. Enfrente del cantor, estaba erguido como siempre, Don Modesto Guerrero, escuchando en actitud grave y recogida, idéntico al Mentor respetable que adornaba la pared, sin mas diferencia que estar muy bien afeitado, y con su hopito muy liso, tieso y perpendicular.

De repente, se abrió de par en par la puerta que estaba en el fondo de la tienda, y se vió salir por ella á una muger con un niño en los brazos, y otro que la seguia llorando agarrándose á sus enaguas. Esta mujer pálida, delgada, de gesto altanero é indigesto, estaba cubierta con un pañolon de espumilla desteñido y viejo. Sus largos cabellos mal trenzados, desaliñados y sin peineta, colgaban hasta el suelo. Calzaba zapatos de seda en chancletas, y llevaba largos pendientes de oro.

—¡Cállate, cállate, Ramon! dijo con voz ronca al

entrar en la tienda. No me desuelles los oidos. Mas quisiera oir los graznidos de todos los cuervos del coto, y los mahullidos de todos los gatos del pueblo, que tu modo de destrozar la música séria. Te he dicho mil veces que cantes los cantos de la tierra. Eso tal cual; se puede tolerar. Tu voz es flexible, y no te falta la gracia que ese género requiere. Pero tu malhadada manía de cantar á lo fino, no hay quien la resista. Te lo digo, y sabes que lo entiendo. Tus disparatados floréos me afectan de tal modo los nervios, que si persistes en imponerme este tormento, me marcho para siempre de esta casa. Calla, añadió dando un golpe en la cabeza, al niño que lloraba,—calla, qué berréas lo mismo que tu Padre.

—Véte con mil santos;—y desde ahora;—respondió el barbero picaro en lo mas vivo de su amor propio. Véte, echa á correr, y no vuelvas hasta que yo te llame, que de esta suerte podrás correr sin parar.

—¿Que no me llamarás, dices? replicó la mujer; sería quizás demasiado favor, que harías á la que tantas veces ha sido llamada por los Grandes, por los Embajadores, por la córte entera! ¿Sabes tú, rústico, ganso, zopenco, el dineral que se daba solo por oirme?

—Si esos mismos, dijo el barbero, te vieran ahora con esa cara de vinagre, y te oyeran esa voz de pollo ronco, estoy para mí que pagarian doble por no verte ni oirte.

—¿Quién me ha metido á mí en este virrollo, entre este hato de villanos? exclamó la mujer furiosa. ¿Quién me ha casado con este rapa-barbas, con este mostrenco, que despues de haberse comido la dote que me envió el Duque, se atreve á insultarme? ¡A mí, la célebre María Santaló, que ha hecho tanto ruido en el mundo!

—Más te hubiera valido no haber hecho tanto, dijo Ramon, á que daba un valor inaudito el entusiasmo que le inspiraba la cancion de Atala, y su indignacion al verla menospreciada.

Al oir estas palabras, la mujer se avalanzó á su diminuto marido, el cual lleno de espanto, solo tuvo tiempo de poner la guitarra sobre una silla, y echarse á correr.

A la puerta tropezó con un personaje, á quien por poco derriba en tierra, el cual se paró en el umbral.

Apénas lo percibió María, su cólera cedió á un impulso de risa, no ménos violento.

El personaje que lo ocasionaba, era Momo, uno de cuyos carrillos estaba horrorosamente hinchado. Traia un pañuelo atado alrededor de su deforme rostro, y venía á que el barbero le sacase una muela.

—¡Qué horrenda vision! exclamó María, entre sus carcajadas. Dicen que el Sargento de Utrera reventó de feo. ¿Cómo es que no te sucede á tí otro tanto? Capaz eres de pegar un susto al miedo.

¿Con qué tienes preñado el cachete? Pues parirá un melon, y podrás enseñarlo por dinero. ¡Qué espantoso estás! ¿Vienes á que te retraten para que te pongan en la *Ilustracion*, que anda á caza de curiosidades?

—Vengo, dijo Momo, á que tu Raton Perez me saque una muela dañada, y no á que me hartes de desvergüenzas; pero Gaviota fuiste, Gaviota eres, y Gaviota serás!

—Si vienes á que te saquen lo que tienes dañado, repuso María, bien pueden empezar por el corazon y las entrañas.

—¡Por vía de los gatos! ¡miren quien habla de corazon y de entrañas! replicó Momo; la que dejó morir á su Padre en manos extrañas, sin acordarse del santo de su nombre, ni de enviarle siquiera un mal socorro.

—¿Y quién tuvo la culpa, malvado ganso? respondió María. Nada de eso habría sucedido, si no hubieras sido tú un salvaje, que te volviste de Madaid, sin haber desempeñado tu encargo, y esparciendo la nueva de mi muerte; de modo que cuando volví al lugar creyendo que mi Padre vivia, todos me tomaron por ánima del otro mundo. Solamente en tus entendederas, que son tan romas como tus narices, cabe el haber creido que una representacion era una realidad.

—¡Representacion! repuso Momo: siempre dices que aquello era fingido. Lo cierto es, que si aque

Telo hubiera sabido darte la puñalada en regla, y si no te hubiera curado tu marido, á quien todo el mundo llora, ménos tú, estarias ahora roida de gusanos, para descanso de cuantos te conocen. Lo que es á mi, no me la cuelas, pedazo de embustera.

—Pues sábete, Cara y media, dijo María abriendo la mano, y poniéndola delante de su nariz, que he de vivir cien años, para que rabies, y hacer que tu nariz roma se ponga tamaña.

Momo miró á María con toda la despreciativa dignidad compatible con su tuerta cara, y dijo en voz profunda y tono concluyente, alzando y bajando alternativamente el dedo índice:

—¡Gaviota fuiste, Gaviota eres, Gaviota serás!

Y le volvió arrogantemente la espalda.

Cuando Don Modesto, aturdido por los gritos de la disputa que hemos referido, vió que las carcajadas sucedian á la explosion de cólera, gracias á la fea y ridícula figura de Momo, de quien solo el lapiz de Cruikshank el célebre dibujante inglés de caricaturas, podria dar cabal idea, aprovechó aquella ocasion, para escurrirse, sin ser sentido, de aquel campo de batalla. Nuestros lectores saben que Don Modesto, esencialmente grave y pacífico, tenia una profunda antipatía contra toda especie de disputas, altercados, riñas y quimeras. Pero apénas hubo entrado en su casa, muy satisfecho del éxito de su oportuna retirada, nuevos

terrores vinieron á asaltarle, al ver el ojo válido de Rosita, severo, iracundo, amenazador, como un soldado sobre las armas; y su boca grave, remilgada é imponente como un juez en su tribunal. Don Modesto se sentó en un rincon, y bajó la cabeza, á manera de ave, que, presintiendo la tempestad, se posa en la rama de un árbol, y oculta la cabeza debajo de un ala.

Antes de todo es de saber que las buenas cualidades y los defectos de Rosita habian ido en aumento con los años. Su aséo habia llegado á convertirse en angustiosa pulcritud. Don Modesto tenia que mudarse de zapatos cada vez que entraba á verla. Si Rosita hubiera tenido noticia de las chinelas que se ponen en Bruselas los curiosos que van á visitar el palacio del Príncipe de Orange, no hay duda que habria adoptado el mismo medio para preservar las bastas esteras de esparto que cubrian los rajados ladrillos del pavimento de su sala. Si Don Modesto dejaba caer una aceituna en el mantel, Rosita se estremecia: si una gota de vino tinto, lloraba. Su abstinencia y su sobriedad llegaban á los límites de lo posible, y daban á entender que queria rivalizar con Manuela Torres, la famosa mujer del pueblo de Gansar, que habia muerto recientemente, despues de haber vivido cuarenta años sin comer ni beber.

—Rosita, le decia Don Modesto; ántes comia usted lo que un pájaro puede llevar en el pico: pero

ahora está Vd. acreditando que lo que se cuenta del camaléon no es fábula.

—Ya ve Vd., respondia Rosita, que gozo de perfecta salud; lo cual prueba que necesitamos muy poco para vivir, y que todo lo demás es pura gula.

En cuanto á su austeridad, habia llegado á ser algo más que severa: era cáustica.

—¡Bien le sienta á Vd., dijo á Don Modesto,—mientras éste se encomendaba con todas las veras de su corazon á nuestra señora de la Paz;—¡bien le sienta á un hombre de su edad y dignidad de Vd., á una de las primeras autoridades del pueblo, á un hombre que se ha visto en letra de molde en la Gaceta, ir á casa de esas gentes, de esos casquiyanos (por no decir otra cosa) y entrometerse en esa San-Francia de matrimonio, que ha sido el escándalo de la vecindad.

—Pero, Rosita, contestó Don Modesto, yo no me he entrometido en la gresca: ella fué la que se entrometió donde yo estaba.

—Si no hubiera Vd. ido en casa de ese rapabarbas, cantor sempiterno; si no hubiera Vd. estado allí con la boca abierta, oyendo sus cantos impúdicos, no se habría Vd. hallado en el caso de ser testigo de ese escándalo.

—Pero, Rosita, Vd. no reflexiona que es preciso afeitarme de cuando en cuando, so pena de parecer zapador de un regimiento; que ese buen Ramon Perez me afeita de valde, como lo hacia su Padre, y que la política y la gratitud exigen que,

si se pone á cantar delante de mí, tenga yo paciencia, y me preste á oirle. Además que no ha cantado nada mal sonante, sino una cancion de las que cantan las gentes finas, en la que dice que una jóven llamada Atala.....

—¿Qué pamplinas va Vd. á contarme, Don Modesto? dijo Rosita indignada. ¡Si no sabré yo lo que dice el Año Cristiano de Atila, que fué un Rey de los bárbaros que invadieron á Roma, y de quien triunfó la elocuencia de San Leon el Magno, Papa á la sazon! Si Vds. quieren que sea una jóven enamorada, contra lo que dicen la sana razon y el Año Cristiano, buen provecho les haga á Vd. y á Ramon Perez. El siglo de las luces, como dice ese caribe de alcalde, que queria convertir la *Via crucis* en camino de Urdáx, trastorna todas las idéas. Con que así, crean Vd., si les dá la gana, que fué una muchacha la que capitaneó los feroces ejércitos de los bárbaros. En cuanto á canciones profanas y malsonantes, sepa Vd. que no le pegan ni á mi edad, ni á mi modo de pensar. Pero los hombres tienen siempre los oidos abiertos á las cosas amorosas. Usted se derrite al oir las canciones de esa gente, cuando yo le he visto..... ¡si!... yo he visto á Vd. en el Quinario de San Juan Nepomuceno, (modelo de confesores) cuando al fin se cantan las coplas en honor del Santo, yo he visto á Vd. dormido como un tronco!

—¡Yo! Rosita, ¡Jesus! Mire Vd. que se ha equivoca-

do de medio á medio. Tendría los ojos cerrados, y Vd. tomaría mi recogimiento por un sueño irreverente.

—No disputemos, Don Modesto, porque capaz sería Vd. de pecar con descaro contra el octavo mandamiento. Pero, volviendo á lo que decíamos, digo á Vd. que es una vergüenza que esté Vd. uña y carne con esas gentes.

—¡Ah Rosita! ¿cómo puede Vd. hablar en esos términos del buen Ramon que me afeita de valde, y de esa ilustre Marisalada que ha sido aplaudida por Generales y por Ministros?

—Nada de eso impide, replicó Rosa Mística, que haya sido cómica, de las que ántes estaban excomulgadas, y que deberían estarlo todavía. Yo quisiera saber porqué no lo están ya.

—Es probable, dijo Don Modesto, que el teatro sería entónces una cosa muy mala, en lugar de que ahora, como dice el folletin del periódico, es la escuela de las costumbres.

—¡La escuela de las costumbres.... el teatro! No hay remedio; Vd. se vá pervirtiendo, Don Modesto. Eso es peor que dormirse en el Quinario. ¡Que! ¿toma Vd. los periódicos por textos de la Escritura? Dígole á Vd., Señor, que el Papa ha hecho muy mal en levantar la excomunion á esas mujeres provocativas.

—¡Jesus, María y José! exclamó Don Modesto asustado: ¿Rosita, se atreve Vd. á condenar lo que hace el Papa, justamente cuando se están cantando himnos en su loor, como dice el periódico?

—Bien, bien, repuso Rosita; ya lo sé mejor que Vd. Y me guardaré muy bien de condenar lo que hace el Papa; me limitaré á desear que no tengamos que cantar el *Miserere* despues del himno. Pero volviendo á esa mujer que tantos personajes han aplaudido:—¿piensa Vd. que esos necios aplausos la absuelvan de sus malos procederes, y de su perversa índole?

—No sea Vd. tan justiciera, Rosita.—En el fondo no es mala: me ha hecho una cucarda para el sombrero.

—Lo que ha hecho ha sido burlarse de Vd. dándole en lugar de una cucarda, una escarola tamaña como un plato. ¿Con qué no es mala en el fondo, dice Vd., la que dejó morir á su Padre, que tanto la queria, solo, pobre, olvidado, mientras que ella se estaba haciendo gorgoritos en las tablas?

—Pero, Rosita, si no sabia la gravedad.....

—Sabia que estaba malo, y basta. Cuando un Padre padece, la hija no debe cantar. Una mujer cuya conducta obligó al pobre de su marido á huir é irse á morir de vergüenza allá en las Indias!.....

—Murió de la epidemia, observó el veterano.

—¡Buena será ella, (continuó la severa maestra de Amiga, enardeciéndose cada vez mas), cuando fué la única en el pueblo que no veló en su última enfermedad á la tia María, que tanto la habia querido, y tanto habia hecho por ella; la única, que faltó á su entierro; la única, que por ella no rezó en la iglesia, ni lloró por ella en el Campo Santo!

—Estaba de sobreparto, y no habria sido prudente antes de la cuarentena.

—¿Qué entiende Vd. de sobrepartos ni de cuarentenas? exclamó Rosa Mística, exasperada al ver el empeño con que Don Modesto defendia á sus amigos. ¿Ha parido Vd. alguna vez, para entender de esas cosas? ¿Con qué tiene buen fondo la que cuando poco despues de la muerte de su bienhechora, Fray Gabriel la siguió al sepulcro; se echó á reir diciendo, que habia creido que solo en el teatro se moria la gente de amor y de pena?

—¡Pobre Fr. Gabriel! dijo Don Modesto conmovido por los recuerdos que acababa de despertar su patrona. Todos los viernes de su vida, vino al Cristo del Socorro para pedirle una buena muerte. Despues de la de su bienhechora venía todos los dias, porque ya no le quedaba mas que aquel buen Señor, que le comprendiese y le consolase. Yo fuí quien le encontré un viernes por la mañana, de rodillas, delante de la reja de la capilla del Cristo, inclinada la cabeza sobre las barras. Le llamé y no respondió. Me acerqué..... ¡estaba muerto! muerto como habia vivido; en silencio y solo! ¡Pobre Fr. Gabriel! añadió el Comandante despues de algunos instantes de silencio. Te moriste sin haber visto rehabilitado tu Convento. ¡Yo tambien moriré sin ver reedificado mi Fuerte!

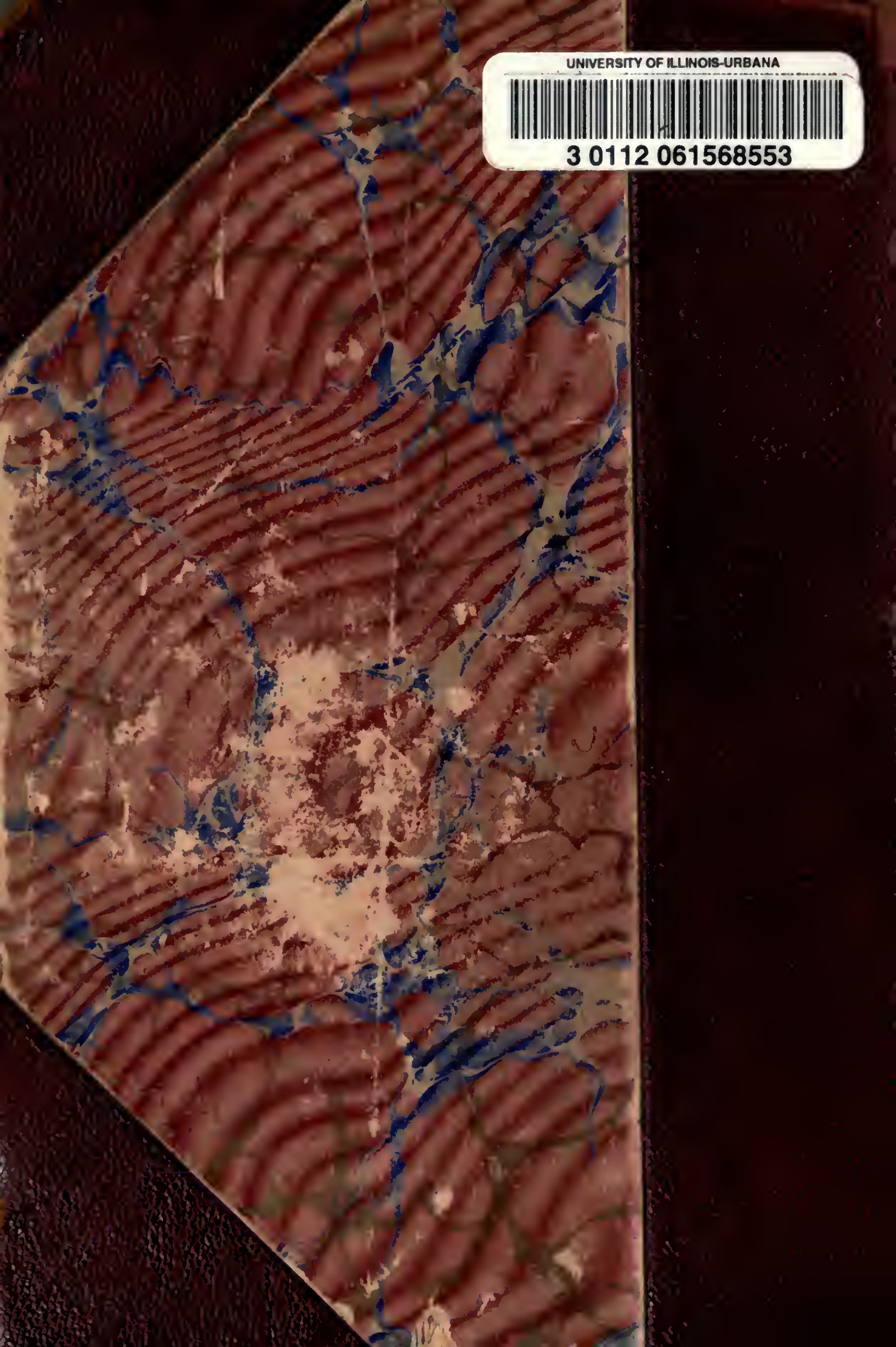
FIN DE LA GAVIOTA.



250




FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE NEW YORK


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 061568553